

LOUISE PENNY

EL JUEGO DE LA LUZ



CONTENIDO

[PORTADA](#)
[DEDICATORIA](#)
[UNO](#)
[DOS](#)
[TRES](#)
[CUATRO](#)
[CINCO](#)
[SEIS](#)
[SIETE](#)
[OCHO](#)
[NUEVE](#)
[DIEZ](#)
[ONCE](#)
[DOCE](#)
[TRECE](#)
[CATORCE](#)
[QUINCE](#)
[DIECISÉIS](#)
[DIECISIETE](#)
[DIECIOCHO](#)
[DIECINUEVE](#)
[VEINTE](#)
[VEINTIUNO](#)
[VEINTIDÓS](#)
[VEINTITRÉS](#)
[VEINTICUATRO](#)
[VEINTICINCO](#)
[VEINTISÉIS](#)
[VEINTISIETE](#)

VEINTIOCHO
VEINTINUEVE
TREINTA
AGRADECIMIENTOS
CRÉDITOS

LOUISE PENNY

EL JUEGO DE LA LUZ



*A Sharon, Margaret, Louise
y a todas las mujeres maravillosas
que me ayudaron a encontrar
un lugar tranquilo al sol*

UNO

«¡Pero no! ¡No y no!», pensó Clara Morrow mientras caminaba hacia las puertas cerradas.

Veía las sombras y siluetas moviéndose de un lado a otro como espectros, de aquí para allá, de aquí para allá tras el cristal esmerilado. Aparecían y desaparecían. Distorsionadas, pero humanas.

«Seguía lamentándose el difunto.»

Llevaba todo el día con esas palabras en la cabeza: aparecían y desaparecían. Un poema a medio recordar. Palabras que flotaban hacia la superficie y volvían a hundirse. El cuerpo del poema, más allá de su alcance.

¿Cómo era el resto?

Le parecía importante.

«¡Pero no! ¡No y no!»

Las siluetas borrosas que había al otro extremo del largo pasillo parecían líquidas, o vaporosas. Presentes, pero sin sustancia. Fugaces. Huidizas.

Ella también deseaba huir.

Había llegado: allí terminaba su viaje. Y no sólo el que habían hecho ese día. Ella y su marido, Peter, habían conducido desde su pueblecito de Quebec hasta el Musée d'Art Contemporain de Montreal, un lugar que conocían muy bien. De forma íntima. ¿Cuántas veces habían acudido al MAC para maravillarse ante alguna exposición nueva o para apoyar a algún amigo también artista? O sólo para sentarse en silencio en el centro de la elegante galería un día cualquiera, entre semana, cuando el resto de la ciudad estaba en el trabajo.

Para ellos el arte era su trabajo. Pero también mucho más que eso, qué remedio. Si no, ¿para qué soportar todos aquellos años de soledad? ¿O de fracaso? De silencio por parte de un mundo artístico perplejo y desconcertado.

Peter y ella no habían dejado de trabajar, día sí y día también, cada uno en su diminuto estudio, en su pequeño pueblo, viviendo vidas insignificantes. Felices. Aunque anhelasen mucho más.

Clara avanzó unos pasos por el interminable pasillo de mármol blanco.

Aquello era su «mucho más»: lo que había al otro lado de esas puertas, por fin. La culminación de todos sus esfuerzos, de todos sus caminos, de toda su vida.

El primer sueño que tuvo de niña, el último sueño de esa misma mañana, casi cincuenta años más tarde, estaba al otro extremo del exigente corredor blanco.

Ambos daban por hecho que el primero en cruzar ese umbral sería Peter. Era con diferencia el artista de mayor éxito de los dos, gracias a sus estudios exquisitos y minuciosos sobre la vida. Con tantos detalles y precisión que un pedazo de naturaleza acababa resultando abstracto y distorsionado. Irreconocible. Peter tomaba lo natural y le daba una apariencia desnaturalizada.

Sin embargo, la gente disfrutaba de sus cuadros. Gracias a Dios. Así siempre había comida en la mesa y los lobos que merodeaban por su pequeño hogar de Three Pines no se acercaban a la puerta. Gracias a Peter y a sus obras de arte.

Clara lo miró un momento; caminaba algo más adelantado que ella, con una sonrisa en su apuesto rostro. Sabía que cuando los presentaban, la mayoría daba por sentado que ella no era su esposa. En vez de eso, lo emparejaban con cualquier ejecutiva esbelta que sostuviese una copa de vino con elegancia. Ejemplo de selección natural. Atracción entre iguales.

Era imposible que el distinguido artista de pelo entrecano y rasgos nobles hubiese escogido a la mujer que agarraba una cerveza con lo que, más que manos, parecían guantes de boxeo. La que tenía restos de paté en la melena encrespada y el estudio lleno de esculturas realizadas con piezas de viejos tractores y cuadros de repollos con alas.

No. Peter Morrow no podía haberla elegido. Habría resultado extraño.

Aun así, lo había hecho.

Y ella a él.

De no estar a punto de vomitar, Clara le habría devuelto la sonrisa.

«¡Pero no! ¡No y no!», pensó una vez más mientras lo veía caminar con seguridad hacia la puerta cerrada y hacia los espectros del arte que esperaban a emitir su juicio. A juzgarla a ella.

A medida que avanzaba a ritmo pausado, pero impulsada por una fuerza innegable, por una mezcla grosera de emoción y terror, se le quedaron las

manos frías y entumecidas. Quería salir corriendo hacia las puertas, abrirlas de golpe y gritar: «¡Aquí estoy!»

Aunque más que nada quería dar media vuelta, salir huyendo y esconderse.

Retroceder atropelladamente por aquel pasillo tan largo, tan lleno de luz, de arte y de mármol. Y admitir que se había equivocado. Que cuando le preguntaron si quería hacer una exposición individual nada menos que en el Musée, al responder a si deseaba que sus sueños se hiciesen realidad, había dado la respuesta incorrecta.

Había contestado mal: había dicho que sí. Por eso estaba allí.

Alguien había mentido. O no había dicho toda la verdad. En su sueño, el único sueño que había tenido y que se repetía una y otra vez desde su infancia, hacía una exposición individual en el Musée d'Art Contemporain. Recorría aquel pasillo. Serena y compuesta. Hermosa y esbelta. Ingeniosa y aclamada.

Y recibía el abrazo de un mundo que la adoraba.

Sin terror. Sin náuseas. Sin criaturas que la mirasen a través del cristal esmerilado, esperando a devorarla. A diseccionarla. A subestimarla tanto a ella como a sus creaciones.

Alguien había mentido. No le había advertido que tal vez también hubiese algo más aguardando.

El fracaso.

«¡Pero no! ¡No y no! —recordó Clara—. Seguía lamentándose el difunto.»

¿Cómo era el resto del poema? ¿Por qué se le escapaba?

En aquel momento, a tan sólo unos metros del final de su viaje, lo único que quería era huir a casa, a Three Pines. Abrir la cerca de madera. Apresurarse por el camino flanqueado de manzanos en flor. Entrar en casa y cerrar la puerta de golpe. Apoyarse en ella. Cerrarla con llave. Apretujar su cuerpo contra ella y mantener el mundo fuera.

En ese instante, ya demasiado tarde, cayó en quién le había mentido.

Había sido ella misma.

El corazón le golpeaba las costillas como un ser enjaulado, aterrorizado y desesperado por escapar. Se dio cuenta de que estaba aguantando la respiración y no sabía desde cuándo. Para compensar, empezó a respirar deprisa.

Peter le hablaba, pero su voz sonaba como con sordina, lejana, sofocada por los gritos de su cabeza y el martilleo en el pecho.

Y por el ruido al otro lado de la puerta, que iba en aumento a medida que se

acercaba.

—Ya verás qué bien lo pasamos —dijo Peter con una sonrisa tranquilizadora.

Clara abrió la mano y dejó caer el bolso. Éste aterrizó en el suelo con un ruido sordo, pues estaba casi vacío y tan sólo contenía un caramelo mentolado y un pincel pequeño del primer kit de pintura que le regaló su abuela para pintar uniendo los puntos numerados.

Se arrodilló y fingió estar recogiendo objetos invisibles para guardarlos en el bolso de mano. Agachó la cabeza en un intento de recuperar el aliento y se preguntó si estaba a punto de desmayarse.

—Inspira profundamente —oyó—. Suelta todo el aire.

Dejó de contemplar el bolsito sobre el reluciente suelo de mármol y se fijó en el hombre que se había arrodillado frente a ella.

No era Peter.

En lugar de a su marido, vio a su amigo y vecino de Three Pines, Olivier Brulé. Estaba agachado junto a ella, observándola; su mirada amable, un salvavidas para una mujer ahogándose. Se aferró a ella.

—Inspira profundamente —susurró él.

Le hablaba con calma. Era una crisis privada, de ellos dos. Su rescate particular.

Clara inspiró profundamente.

—No sé si podré.

Se inclinó hacia delante, se sentía algo mareada; le daba la sensación de que las paredes se le venían encima. Un poco más allá vio los zapatos de cuero negro y reluciente de Peter en el lugar donde por fin se había detenido. No la había echado de menos de inmediato. No se había dado cuenta de que su mujer estaba arrodillada en el suelo.

—Ya lo sé —susurró Olivier—. Pero también sé cómo eres. Da igual si es de rodillas o andando, pero vas a cruzar esa puerta.

Sin dejar de mirarla, señaló el final del pasillo con un movimiento de cabeza.

—Casi mejor andando, ¿no?

—Pero aún estoy a tiempo...

Clara estudió el rostro de Olivier. Le miró la cabellera rubia y sedosa y las arrugas que sólo se veían desde muy cerca. Más de las que debería tener un hombre de treinta y ocho años.

—Podría marcharme. Podría volver a casa.

La expresión amable de Olivier desapareció y, una vez más, Clara vio el jardín, tal como lo había visto esa mañana con los últimos restos de niebla. El rocío denso bajo sus botas de goma. La rosas tempranas y las peonías tardías, húmedas y aromáticas. Se había sentado en el banco de madera del jardín con el café matutino, a pensar en el día que tenía por delante.

Ni una sola vez se había imaginado derrumbada en el suelo. Presa del terror. Deseando marcharse de allí. Volver al jardín.

Sin embargo, Olivier tenía razón: no iba a regresar. Todavía no.

«¡Pero no! ¡No y no!» Debía atravesar esa puerta. Era la única forma de llegar a casa.

—Suelta el aire —susurró Olivier con una sonrisa.

Clara se rió y exhaló.

—Podrías ser comadrona, se te daría bien.

—¿Qué hacéis en el suelo? —preguntó Gabri sin apartar la vista de Clara y de su pareja—. Espero que no sea lo que acostumbra a hacer Olivier en esa posición. —Se dirigió a Peter—. Aunque eso explicaría las risas.

—¿Estás lista?

Olivier le entregó el bolso, y se pusieron en pie.

Gabri, que nunca se alejaba demasiado de él, dio a Clara un abrazo de oso.

—¿Estás bien?

La observó con atención. Era un hombre grande, aunque Gabri prefería definirse como «corpulento». A diferencia de su pareja, las preocupaciones no le habían surcado el rostro de arrugas.

—Estoy bien —contestó Clara.

—O sea, que estás bien jodida: insegura, neurótica y egocéntrica, ¿verdad? —preguntó Gabri.

—Exacto.

—Fantástico, igual que yo. Y que todos esos que están al otro lado. —Gabri señaló la puerta—. El problema que tienen es que no son artistas fabulosos con su propia exposición individual. Así que estás bien y, además, eres famosa.

—¿Venís? —preguntó Peter con una sonrisa mientras hacía señas a Clara.

Ella dudó un momento, pero enseguida cogió a Peter de la mano y recorrió el pasillo con él. El eco agudo de sus pisadas no conseguía ensordecir el júbilo que se oía al otro lado.

«Se están riendo —pensó Clara—. Se están riendo de mis cuadros.»

Y en ese instante, el cuerpo del poema emergió a la superficie y le reveló los versos que le faltaban.

«¡Pero no! ¡No y no! —recordó Clara—. Seguía lamentándose el difunto. / Toda mi vida al margen y demasiado lejos. / ¡Y no los saludaba! ¡Estaba ahogándome!»

Desde lejos, Armand Gamache oía a los niños jugando. Sabía de dónde venía el vocerío: del parque de enfrente, aunque, a través de las copas frondosas y primaverales de los arces, no alcanzaba a ver a las criaturas. De vez en cuando, le gustaba sentarse allí y fingir que los gritos y las risas eran los de sus nietas, Florence y Zora. Imaginaba que su hijo Daniel estaba en el parque con Roslyn, vigilando a las niñas, y que enseguida cruzarían de la mano aquella tranquila calle del centro de la gran ciudad para comer con ellos en casa. O que él y Reine-Marie se unían a ellos. Y jugaban a pillar.

Le gustaba fingir que ellos no estaban en París, a miles de kilómetros de distancia.

Sin embargo, la mayor parte del tiempo simplemente se detenía a escuchar los chillidos, gritos y risas de los niños del vecindario. Y sonreía. Y se relajaba.

Gamache cogió la cerveza y dejó la revista *L'Observateur* en su regazo. Reine-Marie, su esposa, estaba sentada delante de él en la terraza, también con una cerveza, pues la temperatura tan alta de aquel día de mediados de junio era inesperada. Su ejemplar de *La Presse* estaba plegado sobre la mesa y tenía la mirada perdida en el infinito.

—¿En qué estás pensando? —preguntó él.

—En nada, estaba distraída.

Gamache se quedó mirándola un momento, en silencio. Su esposa tenía ya bastantes canas, aunque él no se quedaba atrás. Durante varios años, Reine-Marie se había teñido de castaño rojizo, pero hacía poco que había dejado de hacerlo. Y él se alegraba; los dos estaban en el ecuador de los cincuenta y las parejas de su edad tenían el mismo aspecto que ellos. Los más afortunados, claro.

Ninguno de los dos parecía un modelo. Nadie iba a tomarlos por lo que no eran. Armand Gamache no tenía una constitución gruesa, sino robusta. Y si un

desconocido lo visitase en su casa, quizá pensaría que monsieur Gamache era más bien un académico de vida tranquila, un catedrático de historia o literatura, tal vez de la Universidad de Montreal.

Aunque tampoco era nada de eso.

En su espaciosa vivienda había libros por todas partes: volúmenes de historia, biografías, novelas, estudios sobre las antigüedades de Quebec, poesía. Todos colocados en orden en sus respectivas librerías. En casi todas las mesas había al menos un libro y, a menudo, varias revistas. Delante de la chimenea, en la mesita del salón, estaban esparcidas las distintas ediciones de fin de semana de la prensa. Sin embargo, si el visitante era observador y se adentraba hasta el estudio de Gamache, tal vez sería capaz de descifrar la historia que contaban los libros de su interior.

De hecho, no tardaría en darse cuenta de que aquél no era el hogar de un profesor de literatura francesa a punto de jubilarse, pues las estanterías estaban a rebosar de archivos de casos, libros sobre medicina y ciencias forenses, tomos sobre derecho anglosajón y el código civil francés, sobre huellas dactilares, códigos genéticos, lesiones corporales y armas.

Asesinatos. El estudio de Armand Gamache contenía cientos de ellos.

Aun así, entre toda aquella muerte, había espacio para volúmenes sobre filosofía y poesía.

Mientras observaba a Reine-Marie en la terraza, Gamache volvió a sentir la impactante certeza de que se había casado con alguien por encima de lo que le correspondía. No a nivel social. Ni académico. No obstante, jamás había dejado de sospechar que había tenido mucha mucha suerte.

Era consciente de que había sido muy afortunado en la vida, pero nada superaba el hecho de haber amado a la misma mujer durante treinta y cinco años. A excepción, claro, del extraordinario golpe de suerte que significaba que ella le correspondiera.

Reine-Marie lo miró con sus ojos azules.

—En realidad, estaba pensando en el *vernissage* de Clara.

—Ya.

—Deberíamos salir pronto.

—Tienes razón.

Gamache miró la hora. Las cinco y cinco. La fiesta de inauguración de la exposición de Clara Morrow en el Musée empezaba a las cinco y acabaría sobre las siete.

—En cuanto llegue David.

Su yerno llevaba ya un retraso de media hora y Gamache miró hacia el interior del piso. A duras penas vislumbraba a su hija Annie sentada en el salón, leyendo; delante de ella estaba su segundo al mando, Jean-Guy Beauvoir, sobándole a *Henri* las orejas descomunales. El pastor alemán de los Gamache podía pasarse el día entero así, con una sonrisa bobalicona en su joven rostro.

Jean-Guy y Annie no se prestaban atención. Gamache esbozó una sonrisa; al menos no se estaban lanzando insultos o algo peor en mitad del salón.

—¿Quieres que salgamos ya? —propuso Armand—. Podríamos llamar a David al móvil y quedar con él allí.

—¿Por qué no esperamos un par de minutos más?

Gamache asintió y cogió la revista, pero enseguida la apartó.

—¿Eso es todo?

Reine-Marie vaciló un momento y después sonrió.

—Simplemente me preguntaba qué te parece la idea de ir al *vernissage*. Y también si estarías intentando darme largas.

Sorprendido, Armand enarcó las cejas.

Jean-Guy Beauvoir le rascaba las orejas al perro sin dejar de mirar a la joven que tenía delante. Hacía quince años que la conocía, desde que él era el novato de Homicidios, y ella, una adolescente. Torpe, desgarrada, mandona.

A él no le gustaban los niños y, desde luego, tampoco los adolescentes sabiondos. Aún así, se había empeñado en que Annie Gamache le cayese bien, aunque sólo fuera por ser la hija de su jefe.

Se había empeñado a conciencia. Y por fin...

Lo había conseguido.

Ahora él se acercaba a los cuarenta, y ella, a los treinta. Era abogada, estaba casada. Seguía siendo torpe, desgarrada y mandona, pero Jean-Guy se había esforzado tanto en que le cayese bien que al final logró ver más allá de eso. La había visto reír con verdadero júbilo, escuchar a personas muy aburridas como si le resultaran fascinantes. Los miraba como si la alegría de verlos fuese sincera, como si fuesen importantes. La había visto bailar con los brazos en alto y la cabeza inclinada hacia atrás. Con brillo en los ojos.

Y había sentido el tacto de su mano. Una sola vez.

En el hospital, Jean-Guy había emergido de un lugar muy profundo, luchando contra el dolor y la oscuridad para sentir ese tacto ajeno pero amable. Sabía que no era el de su esposa, Enid. La forma en que ella lo asía, con garras de pájaro, no lo habría hecho regresar.

Sin embargo, aquella mano era grande, cálida, segura. Lo invitaba a volver.

Beauvoir había abierto los ojos y se había encontrado a Annie Gamache mirándolo con preocupación. Se preguntó qué hacía ella allí y enseguida lo supo.

No tenía adónde ir. No podía sentarse junto a ninguna otra cama del hospital.

Porque su padre había muerto. Un tipo armado lo había asesinado en la fábrica abandonada. Beauvoir había sido testigo, había visto cómo le disparaban. Cómo salía volando por los aires y caía sobre el suelo de cemento.

Y se quedaba tendido, inmóvil.

Y ahora, Annie Gamache estaba en el hospital sujetándole la mano, porque la que quería tener entre las suyas ya no existía.

Jean-Guy Beauvoir había abierto los ojos con gran esfuerzo para ver a Annie Gamache con cara de tristeza. Se le había partido el corazón. Sin embargo, enseguida percibió algo más.

Alegría.

Nunca lo habían mirado de ese modo: con dicha desatada y no disimulada.

Así lo miraba Annie cuando él abrió los ojos.

Jean-Guy había intentado hablar, en vano. Aun así, ella adivinó lo que intentaba decir.

Se acercó a él, le susurró al oído, y él olió su fragancia: ligeramente cítrica, limpia y fresca. No como el perfume intenso y empalagoso de Enid; Annie olía como un campo de limoneros en verano.

—Papá está vivo.

En ese instante hizo algo que lo avergonzaría. Durante su estancia en el hospital lo esperaban muchas humillaciones, desde cuñas y pañales hasta baños de cama. Pero ninguna tan personal, tan íntima, como la traición que en ese momento cometió su cuerpo quebrado.

Lloró.

Y Annie lo vio. Pero jamás se lo había mencionado.

Con el consiguiente desconcierto de *Henri*, Jean-Guy dejó de rascarle las

orejas y colocó una mano encima de la otra, un gesto que se había convertido en habitual.

Así recordaba la sensación que había tenido: la mano de Annie sobre la suya.

Eso era todo lo que iba a conseguir de ella. La hija casada de su jefe.

—Tu marido llega tarde —comentó Jean-Guy.

Él mismo notó su tono de acusación. La pulla.

Muy lentamente, Annie bajó el periódico y le clavó la mirada.

—¿Qué quieres decir con eso?

¿Qué quería decir con eso?

—Que vamos a llegar tarde por su culpa.

—Pues vete. A mí qué más me da.

Él mismo había cargado la pistola, se la había colocado en la sien y le había suplicado a Annie que apretase el gatillo. Y ahora sentía el impacto de las palabras. Le atravesaban la piel, se le incrustaban dentro y explotaban.

«A mí qué más me da.»

Se dio cuenta de que aquello le suponía casi un consuelo. Aquel dolor. Tal vez, si la obligaba a hacerle suficiente daño, acabaría por no sentir nada.

—Escucha... —Ella se inclinó hacia delante y dijo con voz algo más suave —: Siento lo tuyo con Enid. Vuestra separación.

—Ya, bueno, son cosas que pasan. Como abogada, deberías saberlo.

Ella lo miró con ojos inquisitivos, igual que su padre. Después asintió.

—Sí, pasan. —Se quedó un momento callada, inmóvil—. Sobre todo después de lo que has vivido. Supongo que te hace reflexionar sobre tu propia vida. ¿Quieres hablar de ello?

¿Hablar de Enid con Annie? Riñas estúpidas y sórdidas, pequeños desaires, arañazos y cicatrices. La mera idea le resultaba repugnante. Se le debió de notar, porque Annie se retiró y se sonrojó como si la hubiese abofeteado.

—De acuerdo, olvídalo —le espetó, y se tapó la cara con el periódico.

Jean-Guy buscó algo que decir, un puente que tender, un espigón que lo llevase hasta ella. Fueron pasando los minutos, que le parecieron cada vez más largos.

—El *vernissage* —soltó Beauvoir al final.

Era lo primero que se le había pasado por la cabeza, vacía. Como una Bola Ocho Mágica, que al agitarla ofrecía una única palabra. En este caso era «*vernissage*».

El periódico descendió y en su lugar apareció el rostro pétreo de Annie.

—Ya sabes que habrá gente de Three Pines.

Ella siguió mirándolo sin expresión alguna.

—El pueblecito de los cantones del Este —añadió señalando en dirección a la ventana—, al sur de Montreal.

—Ya sé dónde están los cantones —respondió ella.

—La exposición es de Clara Morrow, pero estoy seguro de que acudirán todos.

Ella volvió a levantar el diario. Según pudo leer Jean-Guy desde el otro extremo de la habitación, el dólar canadiense se mantenía fuerte y los socavones del invierno seguían sin reparar. Se estaba investigando la corrupción del Gobierno.

Nada nuevo.

—Uno de ellos odia a tu padre.

Ella apartó el periódico sin prisa.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno... —Por la expresión de Annie, se dio cuenta de que quizá se había excedido—. No como para hacerle daño ni nada.

—Mi padre me ha hablado de Three Pines y de su gente, pero nunca ha mencionado que alguien lo odiara.

Ahora que estaba disgustada, Jean-Guy deseó no haber dicho nada. No obstante, había servido de algo: le estaba hablando. Su padre les hacía de puente.

Annie dejó la prensa en la mesa y echó un vistazo a sus padres, detrás de Beauvoir, mientras ellos charlaban tranquilamente en la terraza.

De pronto parecía la adolescente del pasado. Annie nunca sería la mujer más hermosa de la sala, algo que ya era obvio cuando la conoció: no era delicada ni de huesos finos. Más atlética que elegante. La ropa le parecía importante, pero estar cómoda también.

Era de opiniones firmes, voluntad férrea, físico fuerte. Jean-Guy podía ganarle un pulso, lo sabía porque habían competido varias veces, pero vencer le había costado un esfuerzo.

Con Enid ni siquiera se le ocurriría probarlo, y ella tampoco se ofrecería.

Annie Gamache no sólo se lo había propuesto, sino que esperaba derrotarlo. Y al perder, se había echado a reír.

Otras mujeres, incluida Enid, eran encantadoras, mientras que Annie

Gamache estaba viva.

Cuando Jean-Guy Beauvoir comprendió lo importante que era, lo atractiva y poco común que resultaba esa vitalidad, ya era tarde. Demasiado tarde.

Annie volvió a mirar a Beauvoir.

—¿Y por qué iba uno de ellos a odiar a mi padre?

—Está bien, mira —explicó Beauvoir en voz baja—, lo que pasó es lo siguiente.

Annie se inclinó hacia delante. Estaban a menos de un metro de distancia y Beauvoir podía oler su perfume. Tuvo que hacer un esfuerzo supremo por no cogerle las manos.

—Hubo un asesinato en el pueblo de Clara, en Three Pines.

—Sí, ya me lo contó. Parece que es la especialidad local.

Beauvoir no pudo evitar echarse a reír.

—«No hay sombra más fuerte que donde hay mucha luz.»

La cara de asombro de Annie le provocó otra carcajada.

—Deja que adivine —respondió ella—. Eso no te lo has inventado tú.

Beauvoir sonrió e indicó que no con la cabeza.

—Lo escribió un tipo alemán. Y luego se lo apropió tu padre.

—Entonces, ¿lo dice a menudo?

—Lo suficiente para que yo me despierte chillándolo por las noches.

Annie sonrió.

—Te entiendo. En el colegio yo era la única que citaba a Leigh Hunt: «Más que nada, lo complacía un rostro humano y dichoso.»

Al oír las risas del salón, Gamache sonrió. Inclinó la cabeza hacia donde estaban.

—¿Crees que por fin han hecho las paces?

—O eso, o es una señal del apocalipsis —respondió Reine-Marie—. Si ves a cuatro jinetes salir del parque al galope... Búsquese la vida, monsieur.

—Da gusto oírlo reír —confesó Gamache.

Desde que se había separado de Enid, Jean-Guy parecía frío, distante. No es que antes estuviera de un humor exuberante, pero esos días se lo veía más callado que de costumbre, como si las murallas que lo rodeaban se hubiesen hecho más altas y gruesas. Como si hubiera recogido el estrecho puente levadizo.

Armand Gamache sabía que levantar muros no servía de nada. Que aquello que la gente tomaba por seguridad era en realidad cautiverio. Y pocas cosas prosperaban en cautividad.

—Lleva su tiempo —dijo Reine-Marie.

—*Avec le temps* —convino Armand.

Sin embargo, para sus adentros, Gamache se preguntó si tenía razón. Sabía que el tiempo curaba, pero también podía causar más daño. Si duraba demasiado, un incendio forestal acababa consumiéndolo todo.

Gamache echó un último vistazo a los dos jóvenes y continuó la conversación con Reine-Marie.

—¿De verdad piensas que no quiero ir al *vernissage*? —preguntó.

Ella se lo pensó un momento.

—No estoy segura. Digamos que no parece que tengas prisa por llegar.

Gamache asintió y reflexionó un instante.

—Sé que estarán todos allí. Supongo que podría ser incómodo.

—Arrestaste a uno de ellos por un crimen que no había cometido —repuso Reine-Marie.

No se trataba de una acusación. De hecho, lo dijo con tacto y con calma. Intentando sonsacar a su marido sus verdaderos sentimientos. Emociones de las que tal vez ni siquiera él fuese consciente.

—¿Y eso te parece una metedura de pata social? —preguntó Gamache con una sonrisa.

—Más que una mera metedura de pata, diría yo.

Reine-Marie se echó a reír con alivio, al ver una expresión de auténtica diversión en su rostro. En un rostro que por fin llevaba afeitado. Sin bigote. Sin barba entrecana. Armand a secas. Él la miró con sus ojos marrones e intensos. Ella le sostenía la mirada, y mientras lo hacía casi se olvidaba de la cicatriz que tenía en la sien izquierda.

Después de un momento, a Armand se le borró la sonrisa; respiró hondo y asintió de nuevo.

—Fue algo espantoso que afectó a alguien.

—Pero no lo hiciste a propósito, Armand.

—Cierto, pero eso no hace que su estancia en prisión fuese más agradable.

Gamache reflexionó unos instantes, contempló primero el rostro amable de su esposa y después los árboles del parque. Un entorno natural. Anhelaba algo así, pues dedicaba los días a la caza de lo antinatural. De asesinos. De

personas que arrebatan la vida a otros. A menudo de forma truculenta y espantosa. Armand Gamache era el líder del Departamento de Homicidios de la famosa Sûreté du Québec y se le daba bien su trabajo.

Pero no era perfecto.

Había arrestado a Olivier Brulé por un asesinato que no había cometido.

—¿Qué sucedió? —quiso saber Annie.

—Bueno, ya te habrás enterado de casi todo, ¿no? Salió en la prensa.

—Sí, leí los artículos y lo hablé con mi padre, pero en ningún momento me contó que alguno de los involucrados siguiera odiándolo.

—Como ya sabes, fue hace casi un año —explicó Jean-Guy—. Hallaron a un hombre muerto en el *bistrot* de Three Pines. Realizamos la investigación y las pruebas parecían de una claridad abrumadora. Encontramos huellas dactilares, el arma del crimen, objetos robados de la cabaña que tenía la víctima en el bosque; todo escondido en el *bistrot*. Arrestamos a Olivier. Fue a juicio y lo condenaron.

—¿Tú creías que había sido él?

Beauvoir respondió que sí con la cabeza.

—Estaba seguro. Tu padre no era el único.

—Entonces, ¿qué os hizo cambiar de opinión? ¿Hubo otra confesión?

—No. ¿Te acuerdas de hace unos meses, después del ataque en la fábrica, cuando tu padre estaba recuperándose en Quebec?

Annie asintió.

—Pues estando allí empezó a dudar y me pidió que volviese a Three Pines a investigar.

—Y tú lo hiciste.

Jean-Guy asintió. Claro que había regresado: haría cualquier cosa que el inspector jefe le pidiera. Aun cuando no compartía esas dudas y estaba convencido de que habían encarcelado al hombre correcto. Sin embargo, se puso a investigar y descubrió algo que lo impactó hasta la médula.

Al verdadero asesino. Y el motivo del asesinato.

—Pero ya has estado en Three Pines después de que arrestaras a Olivier —comentó Reine-Marie—. No será la primera vez que los veas.

Ella también había ido de visita a Three Pines y se había hecho amiga de

Clara y de Peter y de los demás, aunque hacía bastante tiempo que no los veía. Desde antes de que ocurriera todo aquello.

—Es cierto —admitió Armand—. Jean-Guy y yo llevamos a Olivier a casa cuando lo soltaron.

—No me puedo ni imaginar cómo debió de ser ese momento para él.

Gamache se quedó en silencio. Recordaba el reflejo del sol en los montones de nieve. A través de los cristales escarchados, veía a los habitantes del pueblo que se habían reunido en el *bistrot*. Calientes y a salvo. Los alegres fuegos encendidos en la chimenea. Jarras de cerveza y tazones de *café au lait*. Risas.

Y Olivier, paralizado. A medio metro de la puerta cerrada. Con la mirada fija en ella.

Jean-Guy había hecho amago de abrirla, pero Gamache le había posado la mano enguantada en el brazo.

Y esperaron juntos en aquel frío cortante. Esperaron. A que Olivier diese el paso.

Tras lo que pareció una eternidad, pero a buen seguro no fueron más que unos instantes, Olivier estiró el brazo, hizo otra pequeña pausa y abrió la puerta.

—Ojalá hubiese podido verle la cara a Gabri —dijo Reine-Marie.

Se estaba imaginando a aquel hombre corpulento y expresivo en el momento de ver que su pareja había regresado.

Gamache se lo había relatado al llegar a casa, pero estaba convencida de que por mucho éxtasis que ella imaginase, la realidad había sido aún mejor. Al menos por parte de Gabri. El resto de los vecinos también estaban eufóricos por ver a Olivier, pero...

—¿Qué pasa? —quiso saber Reine-Marie.

—Bueno, Olivier no mató a nadie, pero, como ya sabes, en el juicio salieron a la luz muchos detalles desagradables sobre él. Había robado al Ermitaño, de eso no cabe duda: se había aprovechado de su amistad y de su frágil estado mental. Y resulta que Olivier había usado el dinero robado para comprar un montón de propiedades en Three Pines. Ni siquiera Gabri estaba al tanto de eso.

Reine-Marie permaneció en silencio, reflexionando sobre lo que acababa de oír.

—Me pregunto qué pensarán sus amigos de eso —dijo al final.

Gamache compartía esa curiosidad.

—¿Olivier odia a mi padre? —preguntó Annie—. Pero ¿cómo puede ser? Él lo sacó de la cárcel. Lo llevó de vuelta a Three Pines.

—Sí, pero tal como lo ve Olivier, de prisión lo saqué yo. Tu padre lo metió. Annie se quedó mirando a Beauvoir y meneó la cabeza.

Beauvoir continuó el relato.

—Como te puedes imaginar, tu padre se disculpó. Lo hizo delante de todos, en el *bistrot*. Le dijo a Olivier que sentía mucho lo que le había hecho.

—¿Y qué contestó él?

—Que no podía perdonarlo. Todavía no.

Annie reflexionó sobre la situación.

—¿Y cómo reaccionó mi padre?

—No parecía sorprendido ni molesto. De hecho, creo que si Olivier hubiese decidido de pronto que no le guardaba ningún rencor, eso sí lo habría sorprendido. Porque no podría haberlo dicho en serio.

Beauvoir sabía que lo único peor que no disculparse era una disculpa falsa.

Jean-Guy debía reconocerle eso. En lugar de fingir que aceptaba la disculpa, al final Olivier había dicho la verdad: que la herida era demasiado profunda. Y él no estaba preparado para perdonar.

—¿Y ahora? —preguntó Annie.

—Supongo que lo averiguaremos.

DOS

—Excepcional, ¿no le parece?

Armand Gamache se volvió hacia el señor mayor de aspecto distinguido que estaba a su lado.

—Así es —respondió el inspector jefe con un gesto afirmativo.

Ambos permanecieron un momento en silencio, contemplando el cuadro que tenían ante sus ojos. A su alrededor, el bullicio de la fiesta se hallaba en su momento álgido: risas, conversaciones, amigos poniéndose al día, gente presentando a desconocidos.

En cambio, aquellos dos hombres parecían haber formado un reducto de paz, un *quartier* tranquilo.

En la pared que tenían delante, se encontraba la pieza principal —de forma natural o intencionada— de la exposición en solitario de Clara Morrow. Sus obras, en su mayoría retratos, colgaban de los blancos muros de la galería principal del Musée d'Art Contemporain. Algunos estaban agrupados, como en reunión. Y otros, suspendidos en solitario, aislados. Como ése.

El retrato más modesto, en la pared más amplia.

Sin competencia ni compañía. Una nación insular. Un retrato soberano.

Solitario.

—¿Qué siente cuando lo mira? —preguntó el hombre antes de dirigir la mirada hacia Gamache.

El inspector jefe sonrió.

—Bueno, no es la primera vez que lo veo. Mi esposa y yo somos amigos de los Morrow. La primera vez que Clara lo sacó del estudio, yo estaba presente.

—Qué suerte.

Gamache bebió un trago de aquel vino tinto tan bueno y asintió. Sí, qué suerte.

—François Marois —anunció el señor mayor, y le ofreció la mano.

—Armand Gamache.

El tipo miró al inspector jefe con mayor atención y asintió con la cabeza.

—*Désolé*. Debería haberlo reconocido, inspector jefe.

—No, en absoluto. Soy más feliz cuando nadie me reconoce —confesó Gamache con una sonrisa—. ¿Es usted artista?

De hecho, tenía más aspecto de banquero. Tal vez de coleccionista. En cualquier caso, estaba al otro extremo de la cadena artística. Gamache supuso que debía de tener poco más de setenta años; adinerado, con un traje hecho a medida y corbata de seda. Lo acompañaba un levísimo rastro de colonia cara. Muy sutil. Se estaba quedando calvo, pero llevaba un corte de pelo reciente e impecable, un afeitado perfecto. Ojos azules de mirada inteligente. El inspector jefe Gamache se percató de todo eso de manera rápida e instintiva. François Marois parecía a un tiempo enérgico y contenido, a gusto en aquel entorno enrarecido y tan artificial.

Gamache echó un vistazo a la sala, abarrotada de hombres y mujeres que pululaban por allí, charlaban y hacían malabares con los aperitivos y el vino. En mitad de aquel espacio cavernoso habían instalado un par de bancos estilizados e incómodos. Más forma que función. Al otro lado de la estancia vio a Reine-Marie hablando con una señora. También divisó a Annie. David acababa de llegar y se estaba quitando el abrigo antes de ir a saludarla. El inspector jefe hizo un barrido del recinto y encontró a Gabri y a Olivier, el uno al lado del otro. Se preguntó si debería ir a hablar con Olivier.

¿Y qué pensaba decirle? ¿Iba a disculparse de nuevo?

¿Acaso Reine-Marie tenía razón, y él buscaba el perdón? ¿La expiación? ¿Purgar los errores de su historial? La equivocación que había enterrado en su interior y que anotaba a diario.

En el libro de cuentas.

¿Quería que le borrasen ese desliz?

Lo cierto era que podía vivir bien sin el perdón de Olivier. No obstante, ahora que volvía a tenerlo delante, Gamache había sentido un ligero *frisson* y se preguntó si quería ese indulto o no. Y también si Olivier estaba preparado para ofrecerlo.

Volvió a mirar a su compañero.

A Gamache le llamaba la atención que, mientras que el mejor arte reflejaba la humanidad y la naturaleza, ya fuese humana o de otra clase, las galerías en sí eran a menudo frías y austeras. No eran acogedoras ni naturales.

Y aun así, monsieur Marois se sentía cómodo. El mármol y los ángulos rectos parecían ser su hábitat natural.

—No —contestó Marois a la pregunta de Gamache—. No soy artista. —Soltó una risita—. Siento admitir que no soy creativo. Como la mayoría de mis colegas, hice mis pinitos en el arte cuando era un joven inexperto, pero de inmediato descubrí una falta de talento profunda, casi mística. Fue todo un disgusto.

Gamache se echó a reír.

—Entonces, ¿qué lo trae aquí?

Como el inspector jefe sabía bien, se trataba de una fiesta privada que se celebraba la víspera de la inauguración de la exposición de Clara. A un *vernissage*, sobre todo a los del famoso Musée de Montreal, sólo se invitaba a los más selectos: a los adinerados, a los influyentes, a los amigos y familiares de los artistas. Y por último, al artista. Por ese orden.

En esas fiestas se esperaba muy poco de los autores de las obras. Si estaban vestidos y sobrios, la mayoría de los conservadores se daban por satisfechos. Gamache echó un vistazo fugaz a Clara: aun enfundada en un traje de ejecutiva, parecía desaliñada y presa del pánico. El atuendo había sufrido algún contratiempo: llevaba la falda algo torcida y el cuello de la chaqueta descolocado hacia arriba, como si hubiese intentado rascarse el centro de la espalda.

—Soy marchante de arte.

El señor sacó una tarjeta, y Gamache la aceptó y examinó el fondo color crema con una simple rotulación negra: su nombre y número de teléfono. Nada más. La cartulina era gruesa, con textura. De calidad. Para un negocio de calidad, sin duda.

—¿Conoce la obra de Clara? —preguntó Gamache mientras se la guardaba en el bolsillo de la pechera.

—En absoluto, pero soy amigo de la conservadora jefe del museo, y ella me pasó uno de los folletos. Si le digo la verdad, me quedé pasmado. La descripción dice que madame Morrow ha vivido en Quebec toda la vida y que tiene casi cincuenta años. Y, sin embargo, al parecer nadie la conoce. Ha salido de la nada.

—Ha salido de Three Pines —repuso Gamache, y ante la mirada confusa de su compañero, explicó—: Es un pueblecito minúsculo que hay al sur. Junto a la frontera de Vermont. Muy pocos lo conocen.

—Como a ella. Una artista desconocida en un pueblo anónimo. Y aun así...

Monsieur Marois abrió los brazos en un gesto elegante y elocuente que

abarcaba tanto el entorno como el acontecimiento.

Los dos siguieron observando el retrato que tenían delante. Mostraba la cabeza y los hombros esqueléticos de una anciana. Una mano artrítica, surcada de venas, aferraba el chal azul de tela basta que le rodeaba el cuello, aunque dejaba a la vista la piel de la clavícula, tensa sobre el hueso y los tendones.

Pero lo que los cautivaba era su rostro.

Los miraba directamente a ellos. A la concurrencia, al tintineo de las copas, a las animadas conversaciones, al júbilo.

Estaba rabiosa. Llena de desprecio. Odiaba lo que oía y lo que veía, la felicidad que la rodeaba. Las risas. Odiaba el mundo que la había dejado atrás, sola en aquella pared. Para ver, para observar y no ser incluida en nada.

Como el Prometeo encadenado, tenía un gran espíritu continuamente atormentado. Cada vez más amargado y mezquino.

A su lado, Gamache oyó que su compañero tomaba aire de forma repentina y supo por qué. El marchante, François Marois, había comprendido el cuadro. No la furia, que era obvia y estaba a la vista de todos, sino algo más complejo y sutil. Marois había entendido la verdadera creación de Clara.

—*Mon Dieu*. —Monsieur Marois soltó el aire—. Dios mío.

Apartó la vista del cuadro y miró a Gamache.

Al otro lado de la sala, Clara sonreía y asentía, pero apenas se percataba de nada.

Tenía un vendaval en los oídos y un remolino ante los ojos. Las manos, entumecidas. Estaba perdiendo las sensaciones.

«Inspira profundamente —se repitió para sus adentros—. Suelta todo el aire.»

Peter le había llevado una copa de vino, y su amiga Myrna le había ofrecido un plato de canapés, pero Clara temblaba de tal manera que había tenido que rechazarlo.

Y ahora estaba concentrada en no parecer una mujer demente. El traje nuevo le picaba y era consciente de que la hacía parecer una contable. Una contable del bloque del Este. O quizá una maoísta. Una contable maoísta.

Ésa no era la imagen que pretendía dar cuando compró el traje en una tienda elegante de la rue Saint-Denis de Montreal. Buscaba un cambio, algo distinto de sus habituales faldas y vestidos vaporosos. Algo más estiloso y refinado;

minimalista y conjuntado.

Y en la tienda estaba fantástica; sonreía a la dependienta a través del espejo mientras le contaba los detalles de su próxima exposición individual. Se lo explicaba a todo el mundo. A taxistas, camareros, al chaval que se había sentado a su lado en el autobús, aunque estuviera enchufado al iPod y no la escuchase. A Clara no le importaba; le dio los detalles de todos modos.

Y por fin había llegado el día.

Esa mañana, sentada en su jardín de Three Pines, se había atrevido a pensar que todo sería diferente. Se había imaginado atravesando aquella enorme puerta doble de cristal esmerilado al final del pasillo, y que la recibían con un aplauso enloquecido. Ella estaría fabulosa con su traje nuevo, y el mundo del arte, encandilado. Los críticos y los conservadores se apresurarían a acercarse, ansiosos por pasar un minuto con ella. Tropezando unos con otros para darle la enhorabuena, tratando de escoger las palabras adecuadas —*les mots justes*— para describir sus cuadros.

Formidable. Excelente. Luminoso. Genial.

Obras maestras, todas y cada una de ellas.

Esa mañana, en la tranquilidad de su jardín, Clara había cerrado los ojos con la cara vuelta hacia el sol naciente y había sonreído.

Un sueño hecho realidad.

Completos extraños iban a estar pendientes de todo lo que dijese. Tal vez llegasen al extremo de tomar notas. De pedirle consejo. La escucharían embelesados mientras ella hablaba de su visión, de su filosofía, de su percepción del mundo del arte. Hacia dónde iba, de dónde venía.

La adorarían y la respetarían, porque era lista y hermosa. Las mujeres más elegantes le preguntarían dónde había comprado el traje. Iba a dar pie a un nuevo movimiento. A una moda.

En cambio, se sentía como una novia desaliñada en una boda fallida donde los invitados, en lugar de prestarle atención, se concentraban en la comida y en la bebida. Nadie quería atrapar el ramo de flores ni acompañarla hasta el altar. Ni siquiera bailar con ella. Y, además, parecía una contable maoísta.

Se rascó la cadera y, al pasarse la mano por el pelo, se lo pringó de paté. Miró el reloj.

Por Dios, aún faltaba una hora.

«¡Pero no! ¡No y no!», pensó Clara. Llegado ese punto, trataba de sobrevivir, nada más. De mantener la cabeza a flote sin desmayarse, vomitar o

hacerse pis. Su nuevo objetivo era mantener la conciencia y la continencia.

—Al menos no estás ardiendo.

—¿Disculpa?

Clara se volvió hacia la voluminosa mujer negra con un caftán verde lima que estaba a su lado. Era su amiga y vecina Myrna Landers, una psicóloga jubilada de Montreal, propietaria de la librería de novedades y ejemplares de segunda mano de Three Pines.

—Ahora, digo —aclaró Myrna—. Que no estás ardiendo.

—Tienes toda la razón. Qué observadora. Tampoco estoy volando. La lista de las cosas que no estoy haciendo es bastante larga.

—Tanto como la de las que sí estás haciendo —respondió Myrna entre risas.

—¿Ahora tienes que ponerte grosera? —preguntó Clara.

Myrna hizo una pausa y se tomó un momento para sopesar a Clara. Casi todos los días, la pintora iba a su librería a tomar un té y a charlar. Si no, Myrna iba a cenar con Peter y con ella.

Sin embargo, aquél no era un día cualquiera. Ningún otro día de la vida de Clara se le había parecido y era posible que tampoco se repitiera uno igual. Myrna conocía los miedos de Clara, sus fracasos, sus decepciones. Tal como Clara conocía los suyos.

—Ya sé que te resulta difícil —dijo Myrna.

Se puso delante de Clara y su masa corporal eclipsó la sala: lo que un momento antes era una escena atestada se convirtió en algo íntimo. La mujer era una esfera perfecta de color verde que bloqueaba la vista y el ruido. Estaban en otro mundo.

—Quería que fuese perfecto —se lamentó Clara en un susurro, con la esperanza de no estar a punto de echarse a llorar.

Mientras otras niñas fantaseaban con el día de su boda, Clara soñaba con una exposición individual. En el Musée. Allí mismo. Sólo que no había imaginado que sería así.

—¿Quién decide si lo es o no lo es? ¿Qué lo haría perfecto?

Clara se lo pensó un momento.

—Que yo no estuviese tan asustada.

—¿Y qué es lo peor que puede pasar? —preguntó Myrna en voz baja.

—Que mi arte les parezca odioso, que digan que no tengo talento, que soy ridícula. El hazmerreír. Que se ha cometido un error. Que la exposición sea un

fracaso, y todos se rían de mí.

—Exacto —repuso Myrna con una sonrisa—. A todo eso se sobrevive. Y si es así, ¿qué harás?

Clara reflexionó.

—Me subiré al coche con Peter, y volveremos a Three Pines.

—¿Y?

—Esta noche celebraremos la fiesta, con nuestros amigos.

—¿Y qué más?

—Mañana por la mañana me levantaré...

A medida que Clara imaginaba la vida más allá del apocalipsis, su voz se fue apagando. Al día siguiente se despertaría en su pequeña aldea y su mundo consistiría en la existencia tranquila de siempre. Regresaría a lo de cada día: paseos con el perro, copas en la *terrasse*, *café au lait* y *croissants* delante de la chimenea del *bistrot*. A las cenas íntimas con amigos. A sentarse en el jardín a leer o pensar.

A pintar.

Daba igual lo que ocurriese en el museo: nada podía cambiar todo aquello.

—Al menos no estoy ardiendo —soltó, y sonrió de oreja a oreja.

Myrna le cogió las manos y las sostuvo un instante.

—La mayoría de la gente mataría por un día como éste. No lo dejes pasar sin disfrutar de él. Clara, tus cuadros son obras maestras.

Clara le apretó las manos. A lo largo de todos aquellos años, meses y días tranquilos en los que nadie prestaba atención ni se interesaba por lo que Clara hacía en el estudio, Myrna había estado allí. Y en mitad de aquel silencio, le susurraba:

«Tus cuadros son obras maestras.»

Y Clara se había atrevido a creérselo. Y a seguir adelante. Alentada por sus sueños y por aquella voz tranquilizadora.

Entonces Myrna se hizo a un lado y le reveló una sala bien diferente. Una sala llena de personas, no de amenazas. Gente que se divertía, que lo estaba pasando bien. Estaban allí para celebrar la primera exposición individual de Clara Morrow en el Musée.

«Merde», le chilló al oído un hombre a la mujer que tenía al lado, tratando de que se le oyese por encima del barullo de conversaciones.

—Esto es una mierda. ¿Te puedes creer que Clara Morrow haya conseguido una exposición individual?

La mujer respondió que no con la cabeza e hizo una mueca. Llevaba una falda con mucho vuelo, una camiseta estrecha y varios fulares alrededor del cuello y de los hombros. Los pendientes eran aros y en cada dedo tenía al menos un anillo.

En otro lugar y en otro momento la habrían considerado una gitana, pero allí la conocían como lo que era: una artista de éxito moderado.

A su lado, su marido, otro artista que vestía pantalones de pana con una chaqueta raída y un pañuelo desenfadado en el cuello, ojeó la pintura de nuevo.

—Terrible.

—Pobre Clara —convino la esposa—. Los críticos la van a masacrar.

Jean-Guy Beauvoir, que estaba junto a la pareja y de espaldas al cuadro, se dio la vuelta para echarle un vistazo.

Rodeada de un grupo de retratos, en la pared estaba la obra de mayor tamaño: tres mujeres, todas muy mayores, riéndose.

Se miraban y se tocaban, se agarraban de las manos o del brazo, inclinaban la cabeza con complicidad. Fuera lo que fuese lo que las hacía reír, reaccionaban buscándose unas a otras. Igual que harían si lo sucedido hubiera sido algo horrible. Lo harían de forma espontánea, sin importar lo ocurrido.

Más que amistad o alegría, más que amor, el cuadro rezumaba intimidad.

Incapaz de mirar, Jean-Guy se apresuró a darle la espalda. Recorrió la estancia con la mirada hasta que la encontró de nuevo.

—Míralas —comentaba el hombre mientras diseccionaba el retrato—. No son muy atrayentes que digamos.

Annie Gamache estaba al otro lado de la abarrotada galería, junto a su esposo. Ambos escuchaban a un señor mayor, pero David parecía distraído, apenas interesado. En cambio, a Annie le brillaban los ojos. Estaba fascinada, absorbiéndolo todo.

Beauvoir sintió una punzada de celos; quería que también lo mirase así a él.

«Aquí —le ordenó la mente de Beauvoir—, mira hacia aquí.»

—Y se están riendo —prosiguió el hombre de atrás mientras contemplaba con desaprobación el cuadro de las tres ancianas—. Qué pocos matices. Para eso que pinte payasos.

La mujer soltó una risa socarrona.

En el otro extremo, Annie Gamache le tocó el brazo a su marido, pero él no pareció darse cuenta.

Beauvoir se tocó el brazo, con suavidad. Así es como él lo sentiría.

—Por fin te encuentro, Clara —dijo la conservadora jefe del Musée, y la cogió del brazo para llevársela a un lado—. Enhorabuena, ¡menudo éxito!

Clara conocía a suficientes miembros del mundo del arte como para saber que lo que ellos llamaban «éxito» para otros no era más que una casualidad. Aun así, mejor eso que una patada en la espinilla.

—¿Tú crees?

—*Absolument*. Les está encantando.

La mujer la abrazó con entusiasmo. Llevaba gafas, un par de rectángulos pequeños que le cubrían los ojos, y Clara se preguntó si siempre vería el mundo con la montura de por medio, como una especie de astigmatismo. Su peinado era corto y angular, igual que su atuendo. El rostro, de una palidez imposible. Ella misma era una instalación andante.

Pero era amable, y a Clara le caía bien.

—¡Qué bien estás! —exclamó la conservadora jefe, y dio un paso atrás para contemplar su nueva imagen—. Me gusta. Muy retro, muy *chic*. Te parece a...

Describió un círculo contenido con la mano, buscando el nombre que tenía en la punta de la lengua.

—¿A Audrey Hepburn?

—*C'est ça* —respondió la conservadora con una palmada, y se echó a reír—. Seguro que lo pones de moda.

Clara también se rió y se quedó un poquito prendada de ella. Al otro lado de la sala vio a Olivier, como siempre, al lado de Gabri. Sin embargo, a diferencia de él, que estaba cotorreando con un desconocido, Olivier miraba a la multitud.

La artista siguió aquella mirada tan acerada y dio con Armand Gamache.

—Veamos —propuso la conservadora, rodeándole la cintura—, ¿a quién conoces?

Antes de que Clara pudiera contestar, la mujer señaló a varias personas de entre la concurrencia.

—Seguro que conoces a esos —apostó, y señaló a la pareja de mediana edad que estaba junto a Beauvoir.

Parecían fascinados con el cuadro de *Las tres Gracias*.

—Un matrimonio que hace equipo: Normand y Paulette. Él dibuja y ella se ocupa de los detalles.

—Trabajando en equipo, como los maestros del Renacimiento.

—Sí, más o menos —respondió la conservadora—.

O más bien como Christo y Jeanne-Claude. Las parejas de artistas tan sincronizadas son muy poco comunes. La verdad es que son muy buenos y veo que adoran tus cuadros.

En efecto, Clara los conocía, pero sospechaba que ellos no lo llamarían «adorar».

—¿Quién es ese señor? —preguntó Clara, y señaló al caballero distinguido que estaba con Gamache.

—François Marois.

Clara miró a su alrededor con sorpresa. ¿Cómo era posible que no se produjese una estampida para hablar con el destacado marchante? ¿Por qué era Armand Gamache, que ni siquiera pertenecía al mundo del arte, el único que hablaba con monsieur Marois? Si los *vernissages* estaban pensados para algo, no era para homenajear al artista, sino para hacer contactos. Y no había presa más importante que François Marois. Sin embargo, enseguida se dio cuenta de que pocos de los presentes debían de conocerlo.

—Como ya sabes, casi nunca viene a las exposiciones, pero le envié uno de los catálogos y pensó que tu trabajo era fabuloso.

—¿De verdad?

Incluso dejando algo de margen para traducir «fabuloso» del dialecto del arte al habla de la gente normal, se trataba de un gran cumplido.

—François conoce a todos los que tienen dinero y buen gusto —comentó la conservadora—. Es un golpe maestro: si le gustan tus obras, tienes el éxito asegurado. No sé quién es el tipo con el que habla —admitió forzando la vista—. Debe de ser algún catedrático de historia del arte.

Antes de que Clara tuviera ocasión de aclarar que no era profesor, vio que Marois se dirigía de pronto a Armand Gamache con una expresión de sorpresa en la cara.

Se preguntó qué habría visto. Y qué significaba.

—Veamos —dijo la conservadora, y le hizo una señal para que mirase en otra dirección—: André Castonguay, el de allí; alguien a quien también te interesa impresionar.

Al otro lado de la sala, Clara vio a la conocida figura de la escena artística de Quebec. Al contrario que François Marois, que apreciaba la intimidad y estaba a punto de jubilarse, André Castonguay era omnipresente, la *éminence grise* del arte quebequés. Algo más joven que Marois, más alto y fornido, monsieur Castonguay estaba rodeado de corrillos de gente. El más cercano a él estaba compuesto de críticos de arte de varios periódicos de gran influencia. En las siguientes capas se hallaban los propietarios de galerías de menor importancia y otros críticos. Por último, en la órbita más exterior se encontraban los artistas.

Eran satélites y André Castonguay, el Sol.

—Venga, que te presento.

—Fabuloso —contestó Clara.

En su cabeza tradujo ese «fabuloso» a lo que en realidad quería decir: «Ay, merde.»

—¿Es posible? —preguntó François Marois buscando una respuesta en la expresión del inspector jefe.

Gamache miró al señor y asintió con una leve sonrisa.

Marois volvió a contemplar el retrato.

A medida que los invitados habían ido llegando al *vernissage*, el barullo de la galería había aumentado hasta volverse casi ensordecedor.

Sin embargo, François Marois tan sólo tenía ojos para una cara: la anciana desengañada de la pared, tan llena de desesperanza y reprobación.

—Es María, ¿verdad? —preguntó Marois casi en un susurro.

El inspector jefe Gamache no estaba seguro de si el marchante hablaba con él, así que no respondió. Marois había visto lo que sólo unos pocos habían logrado captar.

El retrato de Clara no era el de una vieja enfadada sin más. Había pintado a la Virgen María. Anciana. Abandonada por un mundo cansado y receloso de los milagros. Un mundo demasiado ajetreado como para darse cuenta de si una piedra se había movido de su sitio o no. Ocupado con otras maravillas.

Aquella era María en sus últimos años. Olvidada. Sola.

Miraba con rabia una estancia llena de gente prometedora que bebía buen vino. Gente que pasaba de largo.

Excepto François Marois, que apartó la mirada del cuadro para dirigirse de

nuevo a Gamache.

—¿Qué ha hecho Clara? —preguntó en voz baja.

Gamache permaneció un momento en silencio, ordenando sus pensamientos antes de responder.

—Hola, imbécil. —Ruth Zardo se cogió del brazo de Jean-Guy Beauvoir—. Dime cómo estás.

Era una orden, y pocos tenían la fortaleza necesaria para no hacerle caso a Ruth. Por otro lado, eran muy pocos aquellos a los que ella preguntaba por su estado.

—Estoy bien.

—¡Y una mierda! —repuso la vieja poeta—. Se te ve de pena. Estás flaco y pálido. Tienes arrugas.

—Se está describiendo a sí misma, vieja borracha.

Ruth Zardo soltó una carcajada.

—Tienes razón: pareces una anciana amargada. Y no es ningún cumplido.

Beauvoir sonrió. Lo cierto es que tenía ganas de verla de nuevo. Observó a la anciana, alta y delgada, apoyada en un bastón. Tenía el pelo blanco y tan corto que daba la sensación de que llevase el cráneo al descubierto, cosa que a Beauvoir le parecía todo un acierto, ya que dentro de aquella cabeza nunca quedaba un pensamiento sin airear o sin expresar. Era el corazón lo que mantenía oculto.

Sin embargo, éste transcendía en sus poemas. De algún modo —y Beauvoir no podía ni siquiera imaginar cómo se había hecho con él—, Ruth Zardo había ganado el premio Governor General de poesía. No entendía sus versos, pero, por fortuna, Ruth en persona era mucho más fácil de decodificar.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, y le clavó la mirada.

—¿Y usted? No me diga que ha venido desde Three Pines para apoyar a Clara.

Ruth lo miró como si se hubiese vuelto tarumba.

—Por supuesto que no. He venido por lo mismo que los demás: comida y bebida gratis. Pero ya estoy llena. ¿Vas a venir a la fiesta de Three Pines?

—Nos han invitado, pero no creo que vaya.

Ruth asintió.

—Bien, así tocaré a más. He oído lo del divorcio. Supongo que te puso los

cuernos. Es normal.

—Bruja —musitó Beauvoir.

—Capullo —respondió ella.

Beauvoir había desviado la vista, y Ruth le siguió la mirada hasta la joven del otro lado de la estancia.

—Puedes conseguir a alguien mejor —afirmó Ruth, y sintió cómo el inspector tensaba el brazo.

Beauvoir guardó silencio. Ella le lanzó una mirada perspicaz y se fijó de nuevo en la mujer que el inspector contemplaba.

Más cerca de los treinta que de los veinte; no era gorda, pero tampoco delgada. Ni guapa ni fea del todo. Ni baja ni alta.

A primera vista era del montón, de lo más común. Excepto por una cosa.

La joven irradiaba bienestar.

Mientras Ruth la vigilaba, una señora se acercó al grupo, le rodeó la cintura con el brazo y le dio un beso.

Reine-Marie Gamache. Ruth había coincidido con ella un puñado de veces.

La vieja poeta marchita miró a Beauvoir con gran interés.

Peter Morrow estaba cortejando a unos cuantos galeristas. Dentro del mundo del arte no eran más que figuras menores, pero era mejor tenerlos contentos.

Sabía que André Castonguay, de la Galerie Castonguay, estaba presente y se moría por conocerlo. También había reconocido a los críticos del *New York Times* y *Le Figaro*. Echó un vistazo rápido y vio que un fotógrafo le sacaba una foto a Clara.

Ella apartó la vista un instante del objetivo y, cuando sus miradas se encontraron, se encogió de hombros. Él la saludó levantando la copa de vino y sonrió.

Peter se preguntó si debería acercarse a Castonguay y presentarse. El galerista tenía tal corro de gente a su alrededor que temía resultar patético si lo hacía. No quería estar esperando. Era mejor mantenerse al margen como si no le importase, como si no necesitase a André Castonguay.

Prestó atención al propietario de una pequeña galería; le estaba explicando que les encantaría hacer una exposición de su obra, pero tenían el programa lleno.

Por el rabillo del ojo vio que los satélites de Castonguay se separaban y que

el galerista se dirigía hacia Clara.

—Usted me ha preguntado qué siento al ver este cuadro —afirmó Armand Gamache mientras ambos observaban el retrato—. Me siento tranquilo. Reconfortado.

François Marois lo miró con asombro.

—¿Reconfortado? ¿De qué manera? ¿Le alegra no estar tan enfadado como ella? ¿Cree que una rabia tan intensa como la del retrato hace la suya más aceptable? ¿Qué título le ha puesto madame Morrow?

Marois se quitó las gafas y se acercó a la descripción que había en la pared. Entonces dio un paso atrás, aún más perplejo que antes.

—Se titula *Naturaleza muerta*. ¿Por qué lo habrá llamado así?

Mientras el marchante se concentraba en el retrato, Gamache vio a Olivier al otro lado de la sala. No le quitaba ojo. El inspector jefe lo saludó con una sonrisa y no se sorprendió al ver que el hostelero se daba media vuelta.

Ahí tenía su respuesta.

A su lado, Marois suspiró.

—Ya veo.

Gamache se volvió hacia él. El hombre ya no estaba sorprendido; esa aura de cortesía y sofisticación se había esfumado y en su lugar asomaba una sonrisa auténtica.

—En los ojos, ¿verdad?

Gamache indicó que sí.

Entonces Marois ladeó la cabeza y se fijó no en el cuadro, sino en la multitud. Estaba desconcertado. Una vez más, miró primero el retrato y después hacia el gentío.

Gamache le siguió la mirada y no se sorprendió cuando el marchante reparó en la anciana que hablaba con Jean-Guy Beauvoir.

Ruth Zardo.

Beauvoir parecía enfadado, molesto, algo bastante habitual en quien estuviera en compañía de Ruth. Sin embargo, ella parecía bastante satisfecha.

—Es ella, ¿verdad? —preguntó Marois con excitación y en voz baja, como si no quisiera que nadie más fuese partícipe de su secreto.

Gamache contestó que sí con la cabeza.

—Una vecina de Clara, de Three Pines.

Marois observó a Ruth con fascinación. Era como si el retrato hubiese cobrado vida. Un momento después el inspector jefe y el marchante miraron de nuevo la pintura.

Clara la había representado en el papel de una Virgen María abandonada y beligerante. Consumida por la edad y la rabia, por resentimientos reales y fabricados. Por amistades avinagradas. Por derechos negados y amor no dispensado. Pero también había algo más. Una insinuación vaga en aquella mirada cansina. Algo que en realidad no se veía; más bien una promesa. Un rumor en la distancia.

Entre todas las pinceladas, todos los elementos, todo el color y los matices del retrato, había un detalle diminuto y crucial. Un único punto blanco.

En los ojos.

Clara Morrow había pintado el momento en el que la desesperación se convertía en esperanza.

François Marois retrocedió medio paso e inclinó la cabeza con seriedad.

—Es extraordinario. Hermoso. —Entonces se dirigió a Gamache—. A menos que se trate de una artimaña.

—¿A qué se refiere? —preguntó Gamache.

—Tal vez no sea esperanza —explicó Marois—, sino simplemente el juego de la luz.

TRES

A la mañana siguiente, Clara se levantó pronto. Se puso un par de botas de agua y un jersey encima del pijama, se sirvió un café y fue a sentarse en una de las sillas Adirondack del jardín.

Los del servicio de restauración lo habían dejado todo limpio y no quedaba ni rastro de la enorme barbacoa ni del baile de la noche anterior.

Cerró los ojos y, con la cara vuelta hacia el cielo, sintió los rayos del sol joven del mes de junio en la piel y escuchó el canto de los pájaros y el borboteo del río Bella Bella al final del jardín. Por debajo de ese rumor se distinguía el zumbido de los abejorros que entraban y salían de la mata de peonías y revoloteaban alrededor de las corolas. Se perdían en ellas.

Volaban de aquí para allá con torpeza.

La imagen era cómica, ridícula. Igual que tantas otras cosas, a menos que tuvieses información privilegiada.

Con la taza caliente entre las manos, Clara Morrow olió el café y la hierba recién cortada. Las lilas, las peonías, las rosas jóvenes y aromáticas.

Aquél era el pueblo que existía debajo de su ropa de cama cuando Clara era niña. El pueblo que ella construía tras la fina puerta de madera de su habitación mientras sus padres discutían al otro lado, mientras sus hermanos la ignoraban. Donde el teléfono sonaba, pero no para ella. Donde las miradas pasaban de largo o la atravesaban hasta reparar en otra persona; alguien más agraciado, más interesante. Donde la gente la apartaba como si fuese invisible y la interrumpía como si no estuviera hablando.

Así que cuando de pequeña cerraba los ojos y se tapaba la cabeza con las sábanas, Clara veía el hermoso pueblecito del valle. Sus bosques y flores, y sus habitantes amables.

Un lugar donde la torpeza era una virtud.

En toda su vida, Clara sólo había querido una cosa, más incluso que la exposición individual. No eran riquezas ni poder, ni siquiera amor.

Clara Morrow quería encajar. Y ahora, a punto de cumplir los cincuenta, lo

había conseguido.

¿Había cometido un error aceptando la exposición? Al hacerlo, ¿se había separado del resto?

Mientras estaba allí sentada, le vinieron a la cabeza diferentes escenas de la noche anterior. Sus amigos, otros artistas, Olivier intercambiando una mirada con ella y animándola con un gesto de la cabeza. La emoción al conocer a André Castonguay y a los demás. La cara de felicidad de la conservadora. La barbacoa al regresar al pueblo. La comida, la bebida, los fuegos artificiales. La música en vivo y el baile. Las risas.

El alivio.

Sin embargo, en ese instante a plena luz del día, volvía a sentir ansiedad. No la tormenta en la que ésta se había convertido en el peor momento, sino una ligera niebla que atenuaba la luz del sol.

Y Clara sabía por qué.

Peter y Olivier habían ido a por los periódicos. Habían ido a buscar lo que llevaba toda la vida esperando leer. Las críticas. Las palabras de los entendidos.

Excelente. Visionaria. Magistral.

Aburrida. Trillada. Predecible.

¿Con qué se iba a encontrar?

Bebió un trago de café e intentó no preocuparse. Trató de no ver cómo se iban alargando las sombras, acercándose a ella a medida que pasaban los minutos.

Se oyó el portazo de un coche y Clara, sobresaltada, salió de su ensoñación con un respingo.

—Ya estamos en casa —canturreó Peter.

Oyó pasos en el lateral de la casa, se levantó y se dio media vuelta para recibir a Peter y a Olivier. Pero en lugar de acercarse a ella, los dos se habían quedado paralizados. Como si se hubiesen convertido en un par de enanos de jardín gigantes.

Ni siquiera la miraban, sino que contemplaban un macizo de flores.

—¿Qué pasa? —preguntó Clara.

Caminaba hacia ellos, pero aceleró al verles la expresión de la cara.

—¿Qué ha pasado?

Peter se volvió hacia ella, dejó caer los periódicos en la hierba y le impidió seguir avanzando.

—Llama a la policía —ordenó Olivier.

Y poco a poco se acercó al parterre de plantas perennes donde había peonías, corazones sangrantes y amapolas.

Y algo más.

El inspector jefe Gamache se irguió y suspiró.

No había lugar a dudas: se trataba de un asesinato.

La mujer que yacía a sus pies tenía el cuello partido. De haber estado junto a una escalera, tal vez lo habría considerado un accidente, pero estaba tendida boca arriba junto a un parterre. En la hierba suave.

Con los ojos abiertos. Mirando el sol de última hora de la mañana.

Gamache tenía la sensación de que iba a parpadear en cualquier momento.

Miró alrededor de aquel jardín agradable. Un jardín conocido. ¿Cuántas veces había estado allí con Peter y Clara, con una cerveza en la mano y la barbacoa encendida? Charlando.

Sin embargo, ese día no había ido allí para eso.

Peter y Clara, Olivier y Gabri estaban junto al río. Observando. Entre ellos y Gamache había una cinta amarilla, la gran línea divisoria. A un lado, los investigadores, y al otro, los investigados.

—Mujer blanca —dijo la médica forense Harris.

Estaba de rodillas junto a la víctima, igual que la agente Isabelle Lacoste. El inspector Jean-Guy Beauvoir dirigía el equipo de la escena del crimen de la Sûreté du Québec. Estaban inspeccionando toda la zona de forma metódica. Recabando pruebas. Haciendo fotografías. Siguiendo el protocolo forense con cuidado y meticulosidad.

—Mediana edad —continuó la voz de la forense. Clínica. Objetiva.

El inspector jefe Gamache escuchaba mientras la doctora dictaba la información. Él mismo conocía el poder de los datos mejor que la mayoría, pero también sabía que buscando entre ellos se encontraba a muy pocos asesinos.

—Pelo rubio teñido, raíces canosas visibles. Ligero sobrepeso. Ausencia de anillo en el dedo anular.

Los datos eran necesarios. Indicaban una dirección y ayudaban a crear una red. Sin embargo, al homicida se lo encontraba siguiendo no sólo esa información, sino también sentimientos. Emociones fétidas que convertían a un

hombre en un asesino.

—Cuello partido por la segunda vértebra.

El inspector jefe Gamache escuchaba y observaba. Era una rutina conocida, pero no por ello menos espeluznante.

Que alguien le arrebatase la vida a otra persona no dejaba de impactarlo, incluso después de tantos años como jefe de Homicidios de la afamada Sûreté du Québec. Después de tantos asesinatos y asesinos.

Lo que un humano podía hacerle a otro todavía lo asombraba.

Peter Morrow no apartaba la vista de los zapatos rojos que asomaban por detrás del parterre. Acompañaban a los pies de la mujer muerta, que a su vez iban con el cuerpo, tendido en el césped. En aquel momento no veía el cadáver, pues las flores altas lo escondían, pero sí los pies. Desvió la mirada e intentó concentrarse en otra cosa: en los investigadores, en Gamache y en los miembros de su equipo, que se agachaban, se arrodillaban y murmuraban como si todos participasen en una misma oración. Un rito oscuro en mitad de su jardín.

Se dio cuenta de que Gamache nunca tomaba notas. Él escuchaba y asentía de manera respetuosa. De vez en cuando hacía preguntas con semblante pensativo. Las notas se las dejaba a los demás; en ese caso, a la agente Lacoste.

Peter intentó mirar hacia otra parte, concentrarse en la belleza de su jardín.

Sin embargo, regresaba una y otra vez al cadáver. No lograba evitarlo.

En ese momento, mientras Peter lo contemplaba, Gamache se dio la vuelta de forma rápida y repentina. Y se fijó en él. De inmediato y por instinto, Peter miró al suelo, como si hubiera hecho algo vergonzoso.

Se arrepintió al instante y levantó la vista, pero para entonces el inspector jefe ya no lo miraba. En lugar de eso, caminaba hacia él.

Peter pensó en marcharse como si tal cosa, como si creyese haber oído a un ciervo en el bosque al otro lado del río Bella Bella.

Empezó a dar media vuelta, pero enseguida se detuvo.

Se dijo que no tenía por qué desviar la mirada: no había hecho nada mal. Sin duda, observar a la policía era algo normal.

¿O acaso no lo era?

Peter Morrow, siempre tan seguro de sí mismo, sintió que el suelo que

pisaba ya no era tan firme. No distinguía qué era natural y qué no. Ya no sabía qué hacer con las manos, con la mirada, con el cuerpo. Con su vida. Con su esposa.

—Clara —saludó el inspector jefe Gamache antes de estrecharle la mano y besarla en las mejillas.

Si al resto de los investigadores les parecía raro que el inspector jefe diera dos besos a una sospechosa, no lo demostraron. Y era obvio que a Gamache tampoco le importaba.

Saludó a todos con un apretón de manos y dejó a Olivier para el final, con la clara intención de ofrecerle al más joven de los dos la oportunidad de prepararse. Le tendió la mano. Los demás los miraron y, por un momento, se olvidaron del cadáver.

Olivier no vaciló: se la estrechó, pero no fue capaz de mirarlo a los ojos.

El inspector jefe Gamache esbozó una sonrisa casi de disculpa, como si lo del cadáver fuese cosa suya. Peter se preguntó si era así como empezaban las cosas horribles; no con un trueno o un alarido ni con sirenas, sino con una sonrisa. Algo horroroso que llamaba a la puerta con buenos modales y disfrazado de cortesía.

No obstante, allí ya había ocurrido algo atroz, y el resultado era una mujer muerta.

—¿Cómo estás? —preguntó Gamache, dirigiéndose a Clara.

No se trataba de una mera formalidad; su interés parecía sincero.

Peter se relajó. Sintió que le quitaban el peso del cadáver de encima y se lo ponían sobre los hombros a un hombre más robusto.

Clara meneó la cabeza.

—Pasmada —contestó ella al final, y miró a su espalda—. ¿Quién es?

—¿No lo sabes?

Miró primero a Peter, después a Gabri y por último a Olivier. Todos indicaron que no con la cabeza.

—¿No era una de las invitadas de la fiesta?

—Supongo que debió de venir —respondió Clara—. Pero yo no la invité.

—¿Quién es? —preguntó Gabri.

—¿La habéis mirado bien? —insistió Gamache, que aún no estaba dispuesto a contestar a la pregunta.

Todos asintieron.

—Después de llamar a la policía, he salido de nuevo al jardín para echar un

vistazo —explicó Clara.

—¿Por qué?

—Tenía que averiguar si la conocía de algo. Para ver si era alguna amiga o una vecina.

—Pero no lo es —aclaró Gabri—. Yo estaba preparando el desayuno para los clientes del bed & breakfast cuando me ha llamado Olivier para contarme lo que había pasado.

—Y has venido, ¿no? —preguntó Gamache.

—¿Tú que habrías hecho? —quiso saber Gabri.

—Yo soy detective de homicidios, diría que no me queda más remedio. Pero no es tu caso.

—Pues yo soy un cabrón metomentodo. Tampoco me queda más remedio. Y al igual que Clara, necesitaba saber si la conocía.

—¿Se lo has contado a alguien más? —inquirió Gamache—. ¿Ha venido alguien más al jardín a echar una ojeada?

Todos negaron con la cabeza.

—Entonces, todos la habéis mirado bien y ninguno la reconoce, ¿verdad?

—¿Quién era? —insistió Clara.

—No lo sabemos —admitió Gamache—. Se ha desplomado sobre el bolso y la doctora Harris no quiere moverla todavía. Pronto lo averiguaremos.

Gabri dudó un momento y se dirigió a Olivier.

—¿No te recuerda algo?

Olivier guardó silencio, pero Peter no.

—¿«Murió la bruja»?

—¡Peter! —exclamó Clara al instante—. La han matado y la han dejado en nuestro jardín, no digas cosas horribles.

—Lo siento —repuso Peter, disgustado consigo mismo—. Pero es que con esos zapatos rojos sobresaliendo parece la Malvada Bruja del Este.

—No estamos diciendo que lo sea —se apresuró a decir Gabri—. Pero es innegable que con esa vestimenta no parece de Kansas.

Clara los miró incrédula y, mientras negaba con la cabeza, murmuró:

—Madre mía...

Gamache debía admitir que él y su equipo también lo habían comentado. No que les recordase a la Bruja del Este, sino de que era evidente que no se había vestido para una barbacoa al aire libre.

—Yo anoche no la vi —afirmó Peter.

—Y creo que nos acordaríamos —apuntó Olivier al final—. Habría llamado la atención.

Gamache les dio la razón. Él también se habría percatado de su presencia. Con ese vestido brillante de color rojo habría destacado. Toda ella era un anuncio que decía: «Mírame.»

Se fijó de nuevo en la mujer asesinada y rebuscó en la memoria. ¿Había visto a alguien en el museo con un llamativo vestido rojo? Tal vez hubiese ido directa desde allí, como es probable que hiciesen muchos de los invitados. Pero no le venía nadie a la mente. Casi todas las mujeres, con la notable excepción de Myrna, llevaban colores menos llamativos.

Entonces se le ocurrió una cosa.

—*Excusez-moi* —dijo.

Cruzó el jardín aprisa, habló un momento con Beauvoir y regresó pensativo, con parsimonia.

—He leído el informe cuando veníamos en el coche, pero me gustaría que me explicaseis vosotros mismos cómo la habéis encontrado.

—Los primeros en verla han sido Peter y Olivier —relató Clara—. Yo estaba sentada en esa silla.

Señaló una de las dos sillas Adirondack de color amarillo. Sobre uno de los reposabrazos todavía descansaba la taza de café.

—Ellos dos habían ido a Knowlton, a por los periódicos; yo los estaba esperando.

—¿Por qué? —preguntó el inspector jefe.

—Por las críticas.

—Ah, claro. Por eso hay... —empezó a decir, y señaló el montón de diarios que había sobre el césped, dentro del cordón policial amarillo.

Clara también los miró. Le gustaría poder decir que el impacto de lo que habían descubierto le había hecho olvidar las críticas, pero no era cierto. El *New York Times*, el *Globe and Mail* de Toronto y el *Times* de Londres estaban amontonados en el suelo, donde Peter los había dejado caer.

Fuera de su alcance.

Gamache la miró perplejo.

—Pero si estabas tan ansiosa por leerlas, ¿por qué no has consultado internet? Deben de haberlas colgado hace horas, *non*?

Peter le había preguntado lo mismo. Y Olivier también. ¿Cómo podía explicárselo a los demás?

—Porque quería sentir el diario en las manos —contestó—. Quería leer las reseñas igual que leo las de los artistas que más me gustan. Con la prensa en la mano, pasando las páginas, oliéndolas. He soñado con este momento toda mi vida y he pensado que merecía la pena esperar una hora más.

—Así que esta mañana has estado aquí fuera alrededor de una hora, ¿verdad?

Clara asintió.

—¿De qué hora a qué hora?

—Más o menos desde las siete y media hasta que han regresado, sobre las ocho y media.

Clara miró a su marido.

—Eso es —intervino Peter.

—¿Y qué habéis visto al volver? —preguntó Gamache dirigiéndose a Peter y a Olivier.

—Hemos salido del coche y, como sabíamos que Clara estaba en el jardín, hemos pasado por aquí. —Peter señaló la esquina de la casa, donde un viejo lilo aún conservaba las últimas flores de la temporada.

—Yo iba detrás de Peter, y de pronto se ha detenido —añadió Olivier.

—He visto algo rojo en el suelo al doblar la esquina —dijo Peter para retomar el hilo—. Creo que al principio he supuesto que se habría caído alguna amapola, pero era demasiado grande. Así que me he parado y he echado un vistazo. Y me he dado cuenta de que era una mujer.

—¿Qué has hecho?

—He pensado que a lo mejor era una de las invitadas, alguien que había bebido demasiado y se había desmayado —contó Peter—. Que estaría durmiendo la mona en el jardín. Pero entonces he visto que tenía los ojos abiertos y la cabeza...

Ladeó la suya, pero como era de esperar no pudo conseguir el mismo ángulo. Ninguna persona con vida lo habría logrado. Era una proeza reservada a los muertos.

—¿Y tú? —preguntó Gamache a Olivier.

—Yo he pedido a Clara que avisara a la policía y después he llamado a Gabri.

—Dices que tenéis huéspedes, ¿verdad? —preguntó Gamache—. ¿Son de la fiesta?

Gabri respondió que sí.

—Un par de artistas que vinieron desde Montreal decidieron quedarse en el bed & breakfast. Hay alguno más en el hotel balneario.

—¿Fue una reserva de última hora?

—La nuestra, sí. La hicieron durante la fiesta.

Gamache asintió, se dio la vuelta y le hizo un gesto a la agente Isabelle Lacoste, que se acercó de inmediato, escuchó mientras el inspector jefe le susurraba instrucciones y se marchó deprisa. A su vez, ella habló con dos agentes jóvenes de la Sûreté y éstos aceptaron las órdenes con un gesto de la cabeza y salieron del jardín.

A Clara siempre le fascinaba ver la facilidad con la que Gamache se hacía con el mando y la naturalidad con la que los demás lo acataban. Jamás voceaba ni gritaba, no usaba malos modos, sino que siempre se dirigía a los demás con calma y hasta con cortesía. Verbalizaba las órdenes casi como peticiones. Y, sin embargo, ni una sola persona las confundía con eso.

Gamache volvió a prestar toda su atención a los cuatro amigos.

—¿Alguno de vosotros ha tocado el cadáver?

Los cuatro se miraron, negaron con la cabeza y se dirigieron al inspector jefe.

—No —contestó Peter.

Se sentía algo más seguro ahora. La base se iba fortaleciendo, completada con hechos. Con preguntas directas y respuestas claras.

No había nada que temer.

—Si me lo permitís...

Gamache echó a andar hacia la silla. Aunque no se lo hubiesen permitido, habría dado igual: iba a acercarse a la Adirondack y, si querían, podían acompañarlo.

—Antes de que volvieran, cuando todavía estabas aquí sentada sola, ¿notaste algo extraño? —preguntó de camino.

Parecía obvio que de haber visto un cadáver en el jardín, Clara lo habría dicho antes. No obstante, quería seguir indagando, ir más allá. Aquél era el jardín de Clara y ella lo conocía bien, de manera íntima. Tal vez hubiese otras cosas fuera de lugar: una planta rota, algún arbusto movido.

Algún detalle que sus investigadores podrían pasar por alto. Algo muy sutil de lo que tal vez ni siquiera ella se hubiera percatado hasta que él se lo preguntase.

Que no respondiera con sorna decía mucho de ella. Sin embargo, Gabri no

pudo evitarlo.

—¿Te refieres a algo como el cadáver?

—No —contestó el inspector jefe al llegar a la silla.

Se volvió y echó un vistazo a todo el jardín desde ese lugar. Era cierto, desde aquel ángulo la mujer quedaba oculta tras las flores.

—Me refería a otras cosas. —Miró a Clara con expresión pensativa—. ¿Has notado algo fuera de lo normal en el jardín? —Lanzó una mirada de advertencia a Gabri, que se llevó un dedo a los labios—. Cualquier cosa, por pequeña que sea, algún detalle que no cuadre.

Clara miró a su alrededor. Detrás de la casa había varios parterres esparcidos por el césped. Algunos eran redondos, otros, ovalados. A orillas del río, los árboles ofrecían algo de sombra, aunque en casi todas partes lucía el sol de la mañana. Escrutó el jardín, igual que los demás.

¿Había algo distinto? Era muy difícil saberlo con tanta gente, con los periódicos, la actividad, la cinta amarilla. Los periódicos. El cadáver. Los periódicos.

Todo era diferente.

Se volvió hacia Gamache y le pidió ayuda con la mirada.

Él detestaba tener que ofrecerla. Le molestaba hacer sugerencias, pues temía inducirla a ver algo que en realidad no estaba allí.

—Cabe la posibilidad de que el asesino se escondiera aquí atrás —añadió él al final—. Que esperase aquí.

No dijo más, pero se dio cuenta de que Clara había entendido. Ella miró el jardín de nuevo: ¿era posible que un hombre hubiese aguardado en su santuario particular con la intención de matar?

¿Se había ocultado entre los parterres? ¿Esperó agachado detrás de las peonías más altas? ¿Se habría asomado tras los dondiegos que trepaban por el poste o arrodillado junto a las matas de polemonio?

Agazapado.

Miró cada una de las plantas perennes, todos los arbustos. Buscaba alguna rama partida, torcida, una hoja marchita, algún capullo mutilado.

Sin embargo, todo estaba en perfecto estado. Myrna y Gabri habían dedicado días enteros a arreglar el jardín; lo habían dejado perfecto para la fiesta. Así estaba la noche anterior. Y seguía estándolo por la mañana.

Con la excepción de la policía, que se había dispersado por el césped como una plaga. Y del cadáver chillón: otro parásito.

—¿Ves algo? —preguntó Clara a Gabri.

—No —contestó él—. Si el asesino se escondió aquí, no fue entre las flores. A lo mejor detrás de un árbol, ¿no?

Señaló los arces, pero Gamache negó con la cabeza.

—Están demasiado lejos. Habría tardado mucho en cruzar el césped y rodear los parterres, y ella lo habría visto venir.

—Entonces, ¿dónde se ocultó? —preguntó Olivier.

—En ninguna parte —contestó Gamache, y se sentó en la silla Adirondack.

Desde allí tampoco se veía el cadáver. No, Clara no podía haber visto a la mujer muerta.

El inspector jefe se puso en pie.

—No, no se escondió. La esperó a plena vista.

—¿Quieres decir que ella fue a él? —preguntó Peter—. ¿Que lo conocía?

—O él a ella —aclaró Gamache—. En cualquier caso, la víctima no se alarmó ni tuvo miedo.

—¿Qué hacía aquí atrás? —quiso saber Clara—. La barbacoa era al otro lado —comentó, y señaló más allá de la vivienda—. Todo estaba en la parte delantera, en el césped: la comida, la bebida, la música. Los del servicio de restauración colocaron las sillas y las mesas frente a la entrada.

—Pero si alguien hubiera querido, podría haber entrado en cualquier jardín trasero, ¿verdad? —preguntó Gamache para hacerse a la idea.

—Claro —respondió Olivier—. Si hubieran querido, sí. No hay vallas ni cadenas que lo impidan, pero tampoco hacen falta.

—Bueno...

Todos se volvieron hacia Clara.

—Bueno, anoche yo no vine aquí atrás, pero en otras fiestas sí lo he hecho. Para escaparme de la gente un par de minutos, ¿sabes?

Para sorpresa de todos, Gabri asintió.

—A veces yo hago lo mismo. Para estar tranquilo, alejarme un poco del gentío.

—¿Anoche también? —preguntó Gamache.

Gabri respondió que no con la cabeza.

—Tenía demasiadas cosas que hacer. Contratamos un servicio de restauración, pero aun así había que supervisar que todo fuera bien.

—Así pues, podría ser que la víctima viniera aquí a descansar un poco —concluyó Gamache—. Puede que no supiese que era vuestro jardín. —Miró a

Clara y a Peter—. Eligió un sitio cualquiera con algo de intimidad, lejos del barullo.

Permanecieron un momento en silencio, imaginando a la mujer del llamativo vestido rojo escabullirse de la fiesta por un lateral de la vieja casa de ladrillo. Alejarse de la música, de los fuegos artificiales y de las miradas.

Buscando unos instantes de paz y tranquilidad.

—No tiene pinta de tímida —comentó Gabri.

—Tú tampoco —repuso Gamache con una sonrisa antes de inspeccionar el jardín.

Se enfrentaba a un problema. De hecho eran unos cuantos, pero lo que tenía perplejo al inspector jefe en aquel momento era que ninguna de las cuatro personas que lo acompañaban hubiera visto a la mujer en la fiesta, ni viva ni muerta.

—*Bonjour*.

El inspector Jean-Guy Beauvoir caminaba hacia ellos. Cuando ya estaba cerca, Gabri esbozó una sonrisa y le tendió la mano.

—Empiezo a pensar que eres gafe —bromeó Gabri—. Cada vez que vienes a Three Pines aparece un cadáver.

—Y yo creo que te los sacas de la manga con tal de disfrutar de mi compañía —respondió Beauvoir.

Le dio un cálido apretón de manos y, a continuación, hizo lo mismo con Olivier.

Se habían visto la noche anterior en el *vernissage*. En ese momento ninguno de los dos estaba en su elemento, sino en el de Peter y Clara. En la galería. Sin embargo, ahora se encontraban en el hábitat de Beauvoir: la escena del crimen.

El arte lo asustaba. En cambio, si lo que había expuesto en la pared era un muerto, se quedaba tan tranquilo. O como en ese caso, si la víctima aparecía tendida en un jardín. Esas cosas las comprendía. Eran simples. Siempre, muy simples.

Alguien odiaba a aquella mujer lo suficiente como para matarla.

Y su trabajo era encontrar a esa persona y encerrarla.

No había lugar para subjetividades, no cabía la distinción entre el bien y el mal. No era cuestión de perspectiva ni de matices. No había sombras. Nada que comprender. Era, sin más.

Recopilar hechos. Ponerlos en orden. Encontrar al asesino.

Claro que, por simple que fuese, no siempre resultaba fácil.

De todos modos, si le daban a escoger entre un asesinato y un *vernissage*, siempre escogería el asesinato.

Aunque, como el resto de los presentes, sospechaba que en ese caso el asesinato y el *vernissage* eran una misma cosa. Indivisibles.

Esa idea lo consternaba.

—Aquí están las fotos que ha pedido.

Beauvoir le entregó unas imágenes al inspector jefe, y éste las estudió.

—*Merci. C'est parfait.*

Se volvió hacia los cuatro, que no le quitaban ojo.

—Me gustaría que miraseis estas fotos de la mujer muerta.

—Pero ya la hemos visto —repuso Gabri.

—¿Estás seguro de que os habéis fijado bien? Cuando os he preguntado si la visteis en la fiesta, todos habéis respondido que con ese atuendo habría resultado difícil que pasara desapercibida. Yo he pensado lo mismo. Clara, cuando he intentado acordarme de si la había visto en el *vernissage* de ayer, lo que estaba haciendo era buscar a una mujer de rojo. Me estaba centrando en la ropa, no en ella.

—¿Y? —preguntó Gabri.

—Pues imaginemos que el vestido rojo es algo más reciente —explicó Gamache—. Puede que estuviese en el museo, pero que llevase algo más discreto. Puede incluso que estuviese aquí.

—¿Y se cambiase a media fiesta? —preguntó Peter con incredulidad—. ¿Por qué iba a hacer algo así?

—¿Por qué iba alguien a matarla? —reflexionó Gamache—. ¿Por qué había una desconocida en la fiesta? Hay muchas preguntas que hacer. Y no digo que ésta sea la respuesta, pero es una posibilidad. Quizá el vestido os haya impresionado tanto que no os hayáis fijado en su cara.

Les mostró una fotografía.

—Éste es su aspecto.

Se la dio a Clara. La mujer tenía los ojos cerrados y una expresión tranquila, aunque también algo flácida. Incluso mientras dormimos los rostros dan señales de vida, pero aquél estaba vacío. En blanco. Sin pensamientos ni sentimientos.

Clara negó con la cabeza y le pasó la imagen a Peter. La foto fue de mano en mano, y la reacción, siempre la misma.

Nada.

—La forense está lista para levantar el cadáver —informó Beauvoir.

Gamache asintió y se guardó la foto en el bolsillo. Sabía que Beauvoir, Lacoste y los demás tendrían su copia particular. Los policías se disculparon y fueron hacia donde estaba la víctima.

Había dos ayudantes junto a una camilla, esperando para recoger a la fallecida y llevarla al furgón. El fotógrafo también estaba cerca, y todos miraban al inspector jefe Gamache, aguardando la orden.

—¿Sabe cuánto tiempo lleva muerta? —preguntó Beauvoir a la forense, que acababa de levantarse con las piernas entumecidas y estaba estirándolas.

—Entre doce y quince horas —respondió la doctora Harris.

Gamache miró la hora e hizo el cálculo. Eran las once y media del domingo; eso significaba que a las ocho y media de la tarde anterior aún estaba viva, pero muerta a medianoche. No llegó a ver el domingo.

—No se aprecian signos de agresión sexual. Ni de ninguna otra clase, salvo el cuello partido —informó la doctora Harris—. La muerte debió de ser inmediata. No hay señales de forcejeo. Sospecho que se puso detrás de ella y le retorció el cuello.

—¿Así de fácil, doctora Harris? —preguntó el inspector jefe.

—Siento decir que sí. Sobre todo si la víctima no estaba en tensión. Si estaba relajada y la pilló desprevenida, no ofreció resistencia. Sólo hace falta un giro seco. Un chasquido y ya está.

—¿Diría que hay mucha gente que sepa cómo partirle el cuello a alguien? —preguntó la agente Lacoste mientras se limpiaba los pantalones.

Como la mayoría de los quebequeses, era menuda y, aun con ropa para el campo, se las arreglaba para estar elegante pero informal.

—Es que tampoco cuesta tanto —contestó la doctora Harris—. Es un giro. Pero es posible que el asesino tuviera una alternativa; que, por ejemplo, fuese a estrangularla si eso no funcionaba.

—Lo dice como si se tratase de un plan de negocios —comentó Lacoste.

—¿Quién dice que no lo es? Se trata de un acto frío, racional. Puede que no sea difícil desnucar a alguien, pero créanme: a nivel emocional es muy complicado. Por eso la mayoría de las víctimas mueren por disparo o de un fuerte golpe en la cabeza. O de una cuchillada. Lo fácil es dejar que sea otra cosa lo que mata, no hacerlo con tus propias manos. Y no me refiero a una pelea, sino a un acto frío y calculado. No, eso no es fácil. —La doctora Harris

se volvió hacia la fallecida—. Hay que ser una persona muy especial para llevar a cabo algo así.

—¿Y qué quiere decir con «muy especial»? —preguntó Gamache.

—Ya sabe a qué me refiero, inspector jefe.

—Sí, pero quiero que sea específica.

—Alguien a quien el asunto le trae sin cuidado, o con un brote psicótico. O bien alguien a quien ella le importaba mucho, muchísimo. Tanto que quería hacerlo con sus propias manos, arrebatándole la vida él mismo.

La doctora Harris miró a Gamache y éste asintió.

—*Merci*.

Echó un vistazo a los ayudantes de la forense y les hizo una señal para que cargasen el cadáver en la camilla. La taparon con una sábana y se la llevaron para no volver a ver la luz del sol.

El fotógrafo se puso a tomar fotos y el equipo forense entró en escena para recoger muestras de debajo del cadáver. Incluido el bolso de mano. Clasificaron el contenido con mucho cuidado y después lo fotografiaron, le hicieron pruebas y buscaron huellas antes de entregárselo todo a Beauvoir.

Pintalabios, maquillaje, pañuelos de papel, llaves del coche, llaves de casa y un monedero.

Beauvoir lo abrió, miró el carnet de conducir y se lo entregó al inspector jefe.

—Ya tenemos el nombre, jefe. Y una dirección.

Gamache lo ojeó y después se fijó en que los cuatro lugareños lo observaban. Cruzó el jardín hasta ellos.

—Ya sabemos quién es la fallecida. —Gamache consultó el carnet—: Lillian Dyson.

—¿Qué?! —exclamó Clara—. ¿Lillian Dyson?

Gamache se volvió hacia ella.

—¿La conoces?

Clara le dirigió una mirada incrédula, pero acto seguido la desvió más allá del jardín y del serpenteante río Bella Bella, hacia el bosque.

—Imposible —susurró.

—¿Quién era? —preguntó Gabri.

Clara parecía perpleja y llena de estupor, y tenía la mirada fija en el bosque.

—¿Me dejas ver la foto? —pidió al final.

Gamache le tendió el permiso de conducir. No era una gran foto, pero sí mejor que la que le habían tomado esa mañana. Clara la examinó, respiró muy hondo y aguantó el aire un momento antes de soltarlo.

—Sí, podría ser ella. Lleva otro peinado. Se ha teñido de rubio. Y está mayor, también más corpulenta. Pero podría ser ella.

—¿Quién? —exigió Gabri de nuevo.

—Pues Lillian Dyson, ¿quién si no? —espetó Olivier.

—Eso ya lo sé —contestó Gabri con malos humos a su pareja—. Pero ¿quién es?

—Lillian era...

Peter calló al ver que Gamache levantaba la mano. No era una amenaza, sino una orden. La señal para que parase de hablar. Y le hizo caso.

—Necesito oírlo primero de boca de Clara —explicó el inspector jefe—. ¿Prefieres hablar en privado?

Clara se lo pensó e indicó que sí con la cabeza.

—¿Cómo? ¿Sin nosotros? —preguntó Gabri.

—Lo siento, *mon beau* Gabri —respondió ella—. Prefiero hablar con ellos tranquilamente.

Gabri parecía ofendido, pero aceptó. La pareja se marchó y dobló la esquina de la casa.

Gamache intercambió una mirada con la agente Lacoste, asintió y miró las dos sillas Adirondack que tenían delante.

—¿Podemos conseguir dos más?

Las trajeron con la ayuda de Peter, y los cuatro se sentaron en círculo. Con una hoguera en el centro, habría parecido una historia de fantasmas.

Y hasta cierto punto, lo era.

CUATRO

Gabri y Olivier regresaron al *bistrot* justo antes del turno de comidas. El local estaba lleno, pero en cuanto entraron, cesaron la actividad y las conversaciones.

—Bueno —los apremió Ruth en mitad del silencio—, ¿quién la ha diñado?

El comentario de Ruth rompió el dique, y a continuación los inundaron a preguntas.

—¿Era algún conocido?

—He oído que es alguien del hotel balneario.

—Una mujer.

—Debe de ser alguien de la fiesta. ¿Clara la conocía?

—¿Es alguien del pueblo?

—¿Ha sido asesinato? —exigió saber Ruth.

Y del mismo modo que había roto el silencio, lo provocó de nuevo. Las preguntas cesaron y las miradas de los presentes fueron de la vieja poeta a los propietarios del *bistrot*.

Gabri se volvió hacia Olivier.

—¿Qué decimos?

Olivier se encogió de hombros.

—Gamache no nos ha dicho que cerremos el pico.

—¡Venga, joder! —espetó Ruth—, ¡contadlo ya! Y ponedme una copa. O mejor todavía: servidme una copa y después lo explicáis todo.

Se produjo un rumor de protesta, y Olivier levantó los brazos.

—¡De acuerdo, está bien! Os contaremos lo que sabemos.

Y eso hicieron.

El cadáver era el de una mujer llamada Lillian Dyson. Al principio se hizo el silencio, pero los asistentes empezaron a comentar entre ellos enseguida. No hubo gritos ni desmayos repentinos, nadie se rasgó las vestiduras.

No reconocían el nombre.

Olivier confirmó que la habían encontrado en el jardín de los Morrow.

Asesinada.

Tras la palabra, hubo un largo silencio.

—Debe de ser algo en el agua —musitó Ruth, que no se detenía ante la vida ni ante la muerte—. ¿Cómo la ha palmado?

—Le han partido el cuello —respondió Olivier.

—¿Quién es esa tal Lillian? —preguntó alguien desde el fondo del comedor.

—Parece que Clara la conocía —contestó el hostelero—, pero a mí nunca me ha hablado de ella.

Miró a Gabri, que negó con la cabeza.

Entonces se dio cuenta de que alguien había entrado detrás de ellos sin que se percataran de su presencia, y permanecía junto a la puerta, en silencio.

La agente Isabelle Lacoste lo había presenciado todo. La había enviado el inspector jefe Gamache, consciente de que la pareja iba a contar todo lo que sabía. Quería averiguar si alguno de los que estaban en el *bistrot* se delataba al oír la historia.

—Dime —le pidió Gamache.

Estaba sentado en la silla, inclinado hacia delante y con los codos apoyados en las rodillas. Una mano sostenía a la otra en un gesto nuevo pero necesario.

A su lado, el inspector Beauvoir acababa de sacar una libreta y un bolígrafo.

Clara se recostó en la gran silla de madera y se agarró a los anchos reposabrazos como si fuera a darse impulso. Sólo que en lugar de hacia delante, estaba a punto de caer en picado hacia atrás.

A lo largo de las décadas. Salió por la puerta de su casa y de Three Pines. Hasta Montreal. Hasta la facultad de Bellas Artes y las exposiciones de los estudiantes. Clara Morrow viajó de la universidad al instituto y después a la escuela. A la guardería.

Y por fin frenó de golpe, delante de la niña pelirroja de la casa de al lado.

Lillian Dyson.

—De pequeña, Lillian era mi mejor amiga —explicó Clara—. Mi vecina. Tenía dos meses más que yo. Éramos inseparables, aunque en realidad éramos polos opuestos. Ella creció rápido y se hizo muy alta, pero yo no. Era muy lista, la escuela se le daba muy bien, mientras que yo hacía lo que podía. Algunas asignaturas me iban bastante bien, pero en clase me quedaba como un

pasmarote. Me ponía muy nerviosa. Los demás críos se metieron conmigo desde el principio, pero Lillian siempre me protegía. A ella la dejaban en paz: de niña era muy dura.

Clara recordó a su amiga y sonrió. La melena brillante y pelirroja de Lillian mientras miraba con cara de pocos amigos a un grupito de niñas que se estaba portando mal con Clara. Las estaba retando. Y ella se colocaba detrás de su amiga. Deseaba ponerse a su lado, pero no tenía suficiente coraje. Todavía no.

Lillian, la querida hija única.

La amiga valiosa.

Lillian, la guapa; Clara, el personaje.

Se llevaban mejor que si fuesen hermanas y, en las notas llenas de flores que nunca dejaban de enviarse, decían que eran almas gemelas. Inventaban códigos y lenguajes secretos. Se habían pinchado el dedo y habían mezclado la sangre con solemnidad. Así lo habían declarado: hermanas.

Les gustaban los mismos chicos de las series de televisión, besaban los mismos pósteres y lloraron cuando los Bay City Rollers se separaron y también cuando dejaron de emitir *The Hardy Boys*.

Clara les contó todo esto a Gamache y a Beauvoir.

—¿Qué pasó? —preguntó el inspector jefe en voz baja.

—¿Cómo sabes que pasó algo?

—Porque no la has reconocido.

Clara negó con la cabeza. ¿Qué había ocurrido? No sabía cómo explicarlo.

—Lillian fue mi mejor amiga —repitió Clara, como si ella misma necesitase volver a escucharlo—. Me salvó la infancia, sin ella habría sido muy infeliz. Aún no sé por qué me eligió, porque podría haber escogido a cualquiera: todos querían tenerla como amiga. Al menos al principio.

Los hombres esperaron. El sol de mediodía calentaba tanto que empezaban a estar incómodos, pero esperaron de todos modos.

—Esa amistad tenía un precio —prosiguió Clara al cabo de un poco—. El mundo que ella creaba era maravilloso. Era divertido y seguro, pero ella siempre debía tener la razón y ser la primera en todo: ése era el precio. Al principio me pareció justo. Ella ponía las normas, y yo las acataba. Yo era bastante patética de todos modos, así que nunca me pareció un problema. No me importaba.

Clara respiró hondo y soltó el aire.

—Pero más tarde empezó a no darme igual. En el instituto cambiaron las

cosas. Al principio no me daba cuenta, pero solía llamarla los sábados por la noche para ver si quería salir, ir al cine o hacer cualquier cosa, y ella contestaba que ya me diría algo, pero no lo hacía. Cuando la volvía a llamar, me enteraba de que había salido.

Clara miró a los tres hombres. Se dio cuenta de que, aunque iban siguiendo el relato, era posible que no comprendiesen del todo las emociones. No sabían lo que eso significaba. Sobre todo la primera vez. No sabían lo que se sentía cuando alguien te dejaba atrás.

Parecía una minucia, una necesidad. Sin embargo, ésa fue la primera grieta. Una grieta finísima.

En su momento, ni siquiera Clara se daba cuenta. Pensaba que quizá se hubiera olvidado de llamarla y, además, Lillian también tenía derecho a salir con otras chicas.

Pero un fin de semana Clara quedó con una amiga nueva.

Y Lillian montó en cólera.

—Tardó meses en perdonarme.

Clara se percató de la expresión de Jean-Guy: repugnancia. ¿Era por la forma en que Lillian la había tratado o por cómo lo había llevado ella? ¿Cómo podía explicárselo? ¿Y cómo podía explicárselo a sí misma?

En aquella época le había parecido algo normal. Ella quería a Lillian, y Lillian la quería a ella. La había librado de muchos abusos y nunca le había hecho daño. Al menos no a propósito.

Si había algún resentimiento, debía de ser culpa de Clara.

Entonces cambiaban las tornas: se perdonaban, volvían a ser las mejores amigas, y de nuevo Clara era bien recibida en el refugio que era Lillian.

—¿Cuándo empezaste a sospechar? —preguntó Gamache.

—¿Sospechar qué?

—Que en realidad no era tu amiga.

Era la primera vez que escuchaba esas palabras en voz alta, dichas de forma tan simple y clara. Su relación siempre le había resultado compleja, problemática. Clara era la torpe, la débil; la que abandonaba la amistad, la que la rompía. Lillian era la fuerte, la que no necesitaba a nadie. La que perdonaba y recogía los pedazos de la amistad.

Hasta que llegó un día.

—Fue casi al final del instituto. La mayoría de las chicas se peleaba por ciertos chicos, por las pandillas o por simples malentendidos. Orgullos

heridos. Los profesores y los padres creen que las aulas y los pasillos están llenos de alumnos, pero no es así. Están llenos de emociones. Sentimientos que chocan entre sí, que se hacen daño. Es horrible.

Clara retiró los brazos de la silla y los cruzó. Se le estaban tostando al sol.

—A nosotras dos nos iba bien. Parecía que ya no teníamos tantos altibajos, pero un día, en clase de arte, nuestra profesora favorita me felicitó por una de mis obras. Era la única asignatura que se me daba bien, la única que me importaba de verdad, a pesar de que lengua e historia tampoco me iban mal. Pero el arte era mi pasión. Y también la de Lillian. Solíamos comentar ideas, y ahora me doy cuenta de que, aunque entonces no conocía la palabra, nos servíamos como musas. No se me ha olvidado cuál era la pieza que le gustó a la profesora: una silla con un pájaro posado en el respaldo.

Clara había mirado a Lillian, contenta. Ansiosa por intercambiar miradas. Aquello era un pequeño cumplido, un pequeño triunfo, y quiso compartirlo con la única persona que la iba a comprender.

Y eso hizo. Sin embargo... En el instante previo a que Lillian forzase la sonrisa, Clara le había adivinado algo más. Cierta recelo.

Seguido de una sonrisa de apoyo, feliz. Una transición tan rápida que Clara se convenció de que la inseguridad le había hecho ver algo que no existía.

Que una vez más, la culpa era suya.

Pero a posteriori, Clara se fue dando cuenta de que esa fisura se había agrandado. Hay grietas que dejan pasar la luz. Otras dejan escapar la oscuridad.

Había echado un breve vistazo al interior de Lillian y lo que había visto no era agradable.

—Después fuimos juntas a la facultad de Bellas Artes y compartimos piso. Para entonces yo había aprendido a restar importancia a los halagos que recibía por mi trabajo e invertía mucho tiempo en decirle lo fantástico que era el suyo. Y lo era. Como es natural, estaba evolucionando, igual que todo lo nuestro. Estábamos experimentando. Por lo menos yo. Me había hecho a la idea de que la facultad era para eso: no para hacerlo bien a la primera, sino para descubrir cuáles eran las posibilidades. Para romper las normas.

Clara hizo una pausa y se miró las manos, los dedos entrelazados.

—A Lillian no le gustaba. Mi trabajo era demasiado raro para ella. Le daba la sensación de que afectaba a su imagen y decía que los demás pensaban que si ella era mi musa, mis cuadros debían hablar sobre ella. Y como las pinturas

y el resto de las piezas eran tan extrañas, ella también debía de serlo. —Clara vaciló un instante—. Me pidió que lo dejase.

De pronto, percibió la primera reacción de Gamache a toda la conversación. El inspector jefe había entrecerrado los ojos un poquito, pero su expresión y su conducta volvieron a la normalidad de inmediato. Neutralidad. Sin emitir ningún juicio.

Al menos en apariencia.

Él permaneció callado, se limitó a escuchar.

—Y eso hice —confesó Clara en voz baja y con la cabeza gacha. Como si hablara a su regazo.

Llenó los pulmones con algo de dificultad y soltó el aire, sintiendo cómo se le deshinchaba el cuerpo.

Eso era lo que había sentido entonces también: como si tuviera un pequeño desgarró y se estuviera desinflando.

—Le dije una y otra vez que ella había inspirado alguna de las obras, que incluso algunos cuadros eran un tributo a nuestra amistad, pero no eran ella. Aun así, Lillian respondía que le daba igual. Si los demás pensaban que lo era, daba lo mismo. Insistía en que si ella significaba algo para mí, si éramos amigas, tenía que dejar de hacer obras tan extrañas. Y hacer cosas más atractivas.

»Así que le hice caso. Destruí todo lo que tenía y empecé a producir obras que gustasen a la gente.

Clara siguió narrando sin atreverse a mirar a los que la escuchaban.

—Lo cierto es que empecé a sacar mejores notas, así que me convencí de que era la opción correcta. De que escoger una carrera antes que a una amiga era una equivocación.

Entonces levantó la mirada, directa a los ojos del inspector jefe Gamache. Una vez más se fijó en la cicatriz profunda de la sien. Y en su mirada firme y pensativa.

—Me pareció un sacrificio muy pequeño. Hasta que se organizó la exposición de los alumnos. Yo tenía varias piezas expuestas, pero Lillian no tenía ninguna porque había escogido la asignatura de crítica del arte y prefería escribir un trabajo. Hizo una reseña de la exposición para la publicación del campus. Elogiaba alguna de las obras de otros alumnos, pero había hecho trizas todo lo mío. Decía que eran obras banales, que carecían de emoción. Que yo no arriesgaba.

Clara todavía sentía el temblor, el estruendo de aquella rabia volcánica.

Su amistad se rompió: no quedó ni un solo pedazo visible, era imposible de reparar.

Y lo que emergió de entre los escombros fue una profunda enemistad. Un odio intenso. Al parecer, era mutuo.

Clara acabó el relato temblando, pese al transcurso de los años. Peter la obligó a separar las manos y le acarició una.

El sol seguía castigándolos, así que Gamache se levantó y les indicó que moviesen las sillas a la sombra. Clara se puso en pie, le ofreció a Peter una breve sonrisa y se soltó la mano. Cada uno cogió su silla y se acercaron a la orilla del río, donde había sombra y se estaba más fresco.

—Creo que deberíamos hacer un descanso —anunció Gamache—. ¿Os gustaría tomar algo?

Clara indicó que sí, sintiéndose aún incapaz de hablar.

—*Bon* —respondió Gamache, y miró al equipo forense—. Seguro que a ellos también les apetece algo. Si tú encargas unos sándwiches del *bistrot* —indicó a Beauvoir—, Peter y yo podemos preparar algo para beber.

El anfitrión guió al inspector jefe hasta la puerta de la cocina mientras Beauvoir iba al *bistrot* y Clara paseaba por la orilla del río, a solas con sus pensamientos.

—¿Conocías a Lillian? —preguntó Gamache cuando estuvieron en la cocina.

—Sí.

Peter sacó un par de jarras grandes y unos vasos, mientras Gamache cogía del congelador el concentrado de limonada, de un brillante color rosa, y lo vertía en ellas.

—Nos conocimos en la facultad de Bellas Artes.

—¿Qué te pareció?

Peter, pensativo, frunció los labios.

—Era muy atrayente. Creo que la palabra sería «vivaz», tenía una personalidad muy fuerte.

—¿Te resultaba atractiva?

Estaban el uno al lado del otro junto a la encimera de la cocina, mirando por la ventana. A mano derecha se encontraba el equipo de Homicidios, que recorría la escena del crimen al milímetro; enfrente, Clara haciendo saltar piedras en la superficie del río Bella Bella.

—Hay algo que Clara no sabe —dijo Peter antes de apartar la vista de su esposa y mirar a Gamache a los ojos.

El inspector jefe esperó. Se daba cuenta de que Peter se hallaba ante un dilema y dejó pasar el tiempo en silencio. Era preferible esperar unos minutos a que llegase toda la verdad en lugar de presionarlo y arriesgarse a que sólo le contase una parte.

Finalmente, Peter dejó caer la mirada hacia la pila de la cocina, se puso a llenar las jarras de limonada con agua y murmuró algo mientras dejaba correr el agua.

—¿Disculpa? —preguntó Gamache con tono calmado y razonable.

—Yo fui quien le dijo a Lillian que las obras de Clara eran absurdas —confesó Peter alzando la voz y la cabeza.

Estaba enfadado consigo mismo por haberlo hecho, y con Gamache por obligarlo a admitirlo.

—Le comenté que su trabajo era banal, superficial. La crítica que escribió fue culpa mía.

Gamache estaba sorprendido. De hecho, estaba anonadado. Cuando Peter admitió que había algo que Clara no sabía, el inspector jefe había supuesto que se trataba de un *affaire*. Un breve desliz estudiantil entre Peter y Lillian.

Sin embargo, no esperaba algo así.

—Yo había ido a la exposición. Había visto las obras —explicó Peter—. Estaba al lado de Lillian y de otro grupo y ellos se estaban burlando. Entonces me vieron y me preguntaron qué opinaba. Clara y yo ya habíamos empezado a salir, y creo que incluso en aquella época ya sabía que lo suyo iba en serio. Que no fingía ser artista, sino que lo era. Llevaba la creatividad en el alma. Igual que ahora.

Peter se quedó callado. No acostumbraba a hablar del alma, pero cuando pensaba en Clara, eso era lo que le venía a la mente: el alma.

—No sé qué se me pasó por la cabeza. A veces me ocurre que si hay mucho silencio, me dan ganas de gritar; o si tengo algo delicado en las manos, quiero dejarlo caer. No sé por qué.

Miró al hombre corpulento y callado que tenía a su lado, pero Gamache permaneció en silencio. Dispuesto a escuchar.

Peter tomó aire varias veces.

—Creo que yo mismo quería causar una buena impresión, y es más fácil aparentar inteligencia por medio de la crítica. Así que dije algunas cosas

sobre la exposición de Clara que no estuvieron bien, y Lillian las incluyó en su reseña.

—¿Tu esposa no sabe nada de esto?

Peter respondió que no con la cabeza.

—Después de ese día, ella y Lillian casi no volvieron a dirigirse la palabra, y en cambio nosotros dos estábamos más unidos. Yo mismo conseguí olvidar que había ocurrido y que el asunto tenía alguna importancia. De hecho, me convencí de que le había hecho un favor, porque la ruptura con Lillian permitió a Clara liberarse para desarrollar su propio arte. Probar todo lo que ella quería hacer. Experimentar a fondo. Y mira hasta dónde ha llegado: una exposición individual en el Musée.

—¿Quieres decir que el mérito es tuyo?

—La he apoyado todos estos años —respondió Peter, y el tono de su voz dejó entrever su actitud, a la defensiva—. ¿Dónde estaría sin eso?

—¿Sin ti? —preguntó Gamache, y se volvió para mirar a la cara a aquel hombre rabioso—. No tengo la menor idea, ¿y tú?

Peter apretó los puños.

—¿Qué fue de Lillian después de la facultad? —prosiguió el inspector jefe.

—No tenía grandes dotes artísticas, pero resultó ser muy buena crítica. Consiguió un puesto en uno de los periódicos semanales de Montreal y fue progresando hasta que al final se encargaba de las reseñas de *La Presse*.

Gamache enarcó la ceja de nuevo.

—¿*La Presse*? Yo leo las críticas de ese diario, pero no recuerdo haber visto ningún artículo firmado por Lillian Dyson. ¿Tenía un *nom de plume*?

—No —contestó Peter—. Eso fue hace mucho tiempo, décadas. Cuando aún estábamos empezando. Deben de haber pasado al menos veinte años.

—¿Y después?

—No mantuvimos el contacto. Sólo coincidíamos en algún *vernissage*, y Clara y yo solíamos evitar hablar con ella. Si no nos quedaba más remedio, éramos cordiales, pero preferíamos no relacionarnos con ella.

—¿Sabes si le pasó algo? Dices que dejó de trabajar en *La Presse* hace veinte años. ¿Qué hizo después?

—Alguien me comentó que se había mudado a Nueva York. Supongo que se daría cuenta de que el clima de aquí no le sentaba bien.

—¿Demasiado frío?

Peter sonrió.

—No, más bien había un olor fétido. Me refiero al clima artístico. Digamos que, como crítica, no hizo muchos amigos.

—Imagino que es el precio que deben pagar los de su profesión.

—Sí, supongo que sí.

Sin embargo, Peter no parecía convencido.

—Dime, ¿qué más hay? —insistió el inspector jefe.

—Hay muchos críticos, y la mayoría tienen el respeto de la comunidad. Porque son justos, constructivos. Sin embargo, algunos resultan ser muy mezquinos.

—¿Y Lillian Dyson?

—Ella pertenecía a esa minoría. Sus críticas podían ser claras, consideradas, constructivas y hasta brillantes; sin embargo, de vez en cuando le soltaba a alguien una buena. Al principio nos hacía gracia, pero a medida que fuimos viendo que sus objetivos eran bastante aleatorios, dejamos de verle el lado divertido. Algunos de sus ataques eran feroces. Como el que tuvo con Clara. A veces era injusta.

Gamache se dio cuenta de que parecía estar pasando por alto su propia intervención en aquella historia.

—¿Alguna vez escribió una reseña de una de tus exposiciones?

Peter asintió.

—Pero le gustó —admitió con las mejillas enrojecidas—. De todos modos, siempre he pensado que me hizo una crítica elogiosa para cabrear a Clara. Para abrir una grieta entre nosotros. Como ella era tan necia y celosa, suponía que Clara también lo sería.

—¿Y no lo era?

—¿Clara? No me malinterpretes: puede volverte loco, es enervante, impaciente y a veces incluso insegura. Pero siempre se alegra por los demás. Se alegra por mí.

—¿Y tú por ella?

—Por supuesto que sí. Todo el éxito que consiga será merecido.

Era mentira. No que ella mereciese el éxito, pues Gamache sabía tan bien como Peter que así era. Pero ambos tenían claro que él no se alegraba tanto como decía.

Gamache se lo había preguntado no porque no conociese la respuesta, sino porque quería averiguar si Peter sería capaz de mentirle.

Y lo había hecho. Si no le contaba la verdad sobre algo así, ¿qué otras

cosas podía inventarse?

Gamache, Beauvoir y los Morrow se sentaron a comer en el jardín. El equipo de investigadores forenses estaba al otro lado de los altos y perennes parterres, con vasos de limonada y un surtido de sándwiches del *bistrot*. Pero para los otros cuatro, Olivier había preparado algo más especial. Así que Beauvoir había regresado con una sopa fría de pepino con menta y melón, una ensalada de tomate y albahaca aliñada con vinagre balsámico, y lomos fríos de salmón hervido.

El entorno era idílico, a pesar de que de vez en cuando un investigador de homicidios rompía el encanto al pasar por allí o asomarse junto a un parterre.

Gamache había colocado a Peter y a Clara de espaldas a la actividad del jardín, y sólo él y Beauvoir veían lo que ocurría. De todos modos, se daba cuenta de que era un gesto presuntuoso, pues los Morrow eran del todo conscientes de que la imagen amable que contemplaban —el río, las flores de finales de primavera y el bosque en calma— formaba parte de un escenario de mayores dimensiones.

Y si se les olvidaba, la conversación se lo iba recordando.

—¿Cuándo fue la última vez que supiste algo de Lillian? —preguntó Gamache.

Cogió un bocado de salmón con el tenedor y le puso mahonesa. Hablaba con voz suave, mirada atenta y expresión amable.

No obstante, Clara no se dejaba engañar. Gamache podía ser cortés y amable, pero se ganaba la vida persiguiendo a asesinos. Y eso no se consigue tan sólo con buenas palabras.

—Hace años —contestó Clara.

Tomó un sorbo de sopa fría y refrescante. Estaba pensando si era normal que estuviera tan hambrienta. Le resultaba extraño que cuando aún se trataba de un cadáver anónimo, hubiera perdido el apetito por completo, en cambio, ahora que sabía que era Lillian, se sintiera famélica.

Cogió un trozo de *baguette*, arrancó un pedazo y lo untó con mantequilla.

—¿Crees que ha sido intencionado? —preguntó.

—¿Si ha sido intencionado el qué? —inquirió Beauvoir.

El inspector apenas tenía hambre y estaba comiendo muy poco. Antes de la hora del almuerzo se había tomado un analgésico en el baño, porque no quería

que el inspector jefe lo viese. No quería que supiera que, tantos meses después del tiroteo, aún tenía dolores.

Sentado a la fresca, a la sombra de los árboles, el dolor iba remitiendo y la tensión empezaba a aflojar.

—¿Qué opinas tú? —intervino Gamache.

—Me cuesta creer que alguien haya matado a Lillian aquí por casualidad —respondió Clara.

Se revolvió en la silla y vio algo de movimiento entre el follaje verde intenso. Agentes tratando de reconstruir los hechos.

Lillian había estado allí. La noche de la fiesta. Y la habían asesinado.

No cabía discusión al respecto.

Beauvoir observó a Clara mientras ésta se daba la vuelta. Estaba de acuerdo con ella: no cuadraba.

Lo único que parecía encajar era que ella misma hubiese matado a la mujer. Era su casa, su fiesta y su antigua amiga. Tenía un motivo y la oportunidad. No obstante, Beauvoir no tenía claro cuántas pastillitas necesitaría tomarse para convencerse de que Clara pudiera matar a alguien. Sabía que la mayoría de las personas eran capaces de algo así, y a diferencia de Gamache, que creía en la existencia del bien, Beauvoir estaba seguro de que se trataba de un estado pasajero. Mientras brillase el sol y hubiera salmón hervido en el plato, la gente podía ser buena.

En cambio, uno podía arrebatárles todo eso y esperar a ver qué sucedía. Llevarse la comida, las sillas, las flores, la casa. Dejar a Clara sin amigos, sin el apoyo de su marido y sin ingresos, y ver qué ocurría entonces.

El inspector jefe estaba convencido de que si uno examinaba cuidadosamente la maldad, en el fondo encontraba el bien. Estaba convencido de que la maldad tiene sus propios límites. Pero Beauvoir, no. Él opinaba que si se examinaba el bien, al final hallabas el mal. Sin fronteras, sin freno, sin límites.

Y día tras día, lo asustaba darse cuenta de que Gamache no era capaz de verlo. Que cerraba los ojos ante esa verdad. Porque las cosas más terribles surgían en los ángulos muertos, donde uno no estaba mirando.

Alguien había matado a una mujer a seis metros de donde ellos estaban haciendo una cena campestre muy elegante. Había sido un acto intencionado, perpetrado con las manos, y podían estar casi seguros de que Lillian Dyson no había muerto allí por casualidad. En el jardín perfecto de Clara Morrow.

—¿Podrías proporcionarnos una lista de los invitados al *vernissage* y a la barbacoa de después? —solicitó Gamache.

—Bueno, podemos decirte a quién invitamos nosotros, pero la lista completa tendrás que pedírsela al Musée —explicó Peter—. En cuanto a la fiesta de anoche aquí en Three Pines...

Miró a Clara, y ella sonrió de oreja a oreja.

—No tenemos ni idea de quién vino —admitió ella—. Invitamos a todo el pueblo y a gran parte de los que viven en los alrededores. Les dijimos que vinieran y se marchasen cuando les conviniera.

—Pero dices que hubo algunos que vinieron desde la inauguración de Montreal.

—Sí, es cierto —respondió Clara—. Puedo decirte a quiénes invitamos. Escribiré una lista.

—¿No invitasteis a todos los que estaban en el *vernissage*? —preguntó Gamache.

A Reine-Marie y a él sí se lo habían dicho, igual que a Beauvoir. No habían podido asistir, pero había entendido que era una invitación general. Sin embargo, era obvio que se equivocaba.

—No. Esos eventos son para trabajar, conseguir contactos y hacerle la pelota a más de uno —explicó Clara—. Queríamos que la fiesta de aquí fuese más relajada. Una celebración.

—Sí, pero... —intervino Peter.

—¿Qué? —preguntó Clara.

—¿André Castonguay?

—Ah, sí.

—¿De la Galerie Castonguay? —preguntó el inspector jefe—. ¿Estuvo en Montreal?

—Y aquí también —respondió Peter.

Clara asintió. No había admitido delante de Peter que el único motivo por el que había invitado a Castonguay y a otros marchantes a la barbacoa era por él; tenía la esperanza de que le diesen una oportunidad.

—Sí, invité a algún pez gordo. Y a varios artistas. Fue muy divertido.

Lo cierto era que había disfrutado. Ver a Myrna charlando con François Marois, y a Ruth intercambiando insultos con un puñado de amigos artistas beodos había sido fantástico. Igual que ver a Billy Williams y a los granjeros de la zona riéndose y hablando con los propietarios de las galerías más

elegantes.

Y cuando dieron las doce, todo el mundo estaba bailando.

Excepto Lillian, que estaba tendida en el jardín de Clara.

«Ding, dong», pensó la pintora.

Murió la bruja.

CINCO

El inspector jefe Gamache recogió el montón de periódicos que había dentro del cordón policial y se lo entregó a Clara.

—Estoy seguro de que les encantó.

—Dime, ¿por qué no te haces crítico de arte en lugar de perder el tiempo con una profesión tan banal como la tuya? —preguntó ella.

—Estoy de acuerdo, es un desperdicio espantoso —respondió él con una sonrisa.

—Bueno. —Clara clavó la mirada en los diarios—. Me parece que no puedo contar con que aparezca otro cadáver: tendré que ponerme a leer ya.

Miró a su alrededor. Peter ya estaba dentro de casa, y se preguntó si ella debería hacer lo mismo. Para leer las reseñas en paz y con tranquilidad. En secreto.

Sin embargo, optó por dar las gracias a Gamache y acercarse al *bistrot* con la prensa pegada al pecho. Ya desde lejos vio a Olivier sirviendo unas bebidas en la *terrasse*. Monsieur Beliveau estaba sentado a una mesa con una sombrilla azul y blanca, bebiendo Cinzano y leyendo la prensa dominical.

Todas las mesas estaban ocupadas, tomadas por vecinos del pueblo y por amigos disfrutando del *brunch* del domingo. En cuanto ella apareció, acaparó casi todas las miradas.

Aunque por poco tiempo.

Sintió una punzada de rabia. No por culpa de aquella gente, sino por Lillian, que había escogido el día más importante de su vida profesional para morir. Ahora, en lugar de sonreír y saludarla y comentar la fiesta, al verla la gente volvía la cara. Una vez más, su antigua amiga le había arrebatado un triunfo.

Miró al tendero, monsieur Beliveau, que enseguida apartó la vista.

Ella hizo lo mismo.

Cuando la alzó un momento después, casi le da un vuelco el corazón: Olivier estaba apenas a unos centímetros de ella, con un vaso en cada mano.

—¡Mierda! —musitó entre dientes.

—¡Traigo unas claras! —anunció él—. Hechas con cerveza de jengibre y cerveza tostada, como a ti te gusta.

La artista lo miró, después se fijó en los vasos y por último volvió a él. Una brisa suave le revolvía la cabellera, rubia y rala. Incluso con su figura esbelta envuelta por un delantal, conseguía un aspecto sofisticado y relajado. Pero a Clara no se le olvidaba la mirada que habían intercambiado de rodillas en el pasillo del Musée d'Art Contemporain.

—Qué rápido.

—Bueno, en realidad eran para una mesa, pero te he visto con cara de emergencia.

—¿Tan obvio es? —preguntó ella con una sonrisa.

—Cuesta no tenerla cuando aparece un muerto en tu casa. Qué me vas a contar.

—Sí, es verdad. Ya sabes cómo es.

Olivier señaló uno de los bancos del parquecito y se acercaron hasta allí. Clara soltó el pesado fardo de diarios, y al caer en el banco, éstos hicieron un ruido sordo. Ella también.

Aceptó el vaso que le ofrecía su amigo y se sentaron uno al lado del otro, de espaldas al *bistrot*, a la gente, a la escena del crimen. A las miradas inquisitivas y los que preferían mirar hacia otra parte.

—¿Qué tal? —quiso saber Olivier.

A punto había estado de preguntar si estaba bien, pero era evidente que no.

—Ojalá lo supiera. Encontrar a Lillian viva en el jardín ya habría sido una sorpresa desagradable, pero que haya aparecido muerta es algo inconcebible.

—¿Quién era?

—Una amiga de hace mucho tiempo. Bueno, ya no éramos amigas. Nos peleamos.

Clara no especificó más, y Olivier no hizo preguntas. Se bebieron las claras a la sombra de los tres enormes pinos que se alzaban sobre ellos y sobre el pueblo.

—¿Qué sentiste al ver a Gamache de nuevo? —preguntó ella.

Olivier se paró a pensar y al final sonrió. Parecía juvenil, un chaval; mucho más joven de los treinta y ocho años que tenía.

—Pues bastante incómodo. ¿Crees que se dio cuenta?

—Cabe la posibilidad —contestó ella, y le apretó la mano—. ¿Aún no lo has perdonado?

—¿Tú serías capaz?

Ahora le tocaba a Clara pararse a reflexionar. No acerca de la respuesta, que ya conocía, sino acerca de si debía dársela o no.

—Nosotros te perdonamos a ti.

Lo dijo con la esperanza de que sonara amable y suave. Que las palabras no le resultaran hirientes. Aun así, percibió que Olivier se ponía tenso y se cerraba en banda. No de forma física, pero le dio la sensación de que daba un paso atrás en un sentido emocional.

—¿De verdad? —respondió él después de unos instantes.

Olivier hablaba con el mismo tono cariñoso. Y no lo decía como acusación, sino más bien con asombro. Como si él mismo se lo preguntase a diario en voz baja.

Ya lo habían perdonado. Ya.

Era cierto, él no había matado al Ermitaño. Pero sí lo había traicionado. Le había robado. Había arramblado con todo lo que el solitario demente le había ofrecido.

Y también con algo que no. Olivier se lo había arrebatado todo al frágil anciano, incluso la libertad. Lo había recluido en la cabaña con palabras crueles.

Y cuando todo salió a la luz en el juicio, Olivier vio cómo reaccionaban.

Como si de pronto estuviesen mirando a un desconocido. Como si hubieran tenido a un monstruo en casa.

—¿Qué te hace pensar que no te hemos perdonado? —quiso saber Clara.

—Ruth, por ejemplo.

—¡Venga ya! —protestó Clara entre risas—. Ella siempre te ha dicho que eres un capullo.

—Cierto, pero ¿sabes cómo me llama ahora?

—¿Cómo? —preguntó ella, y sonrió de oreja a oreja.

—Olivier.

La sonrisa se desdibujó poco a poco.

—¿Sabes? Pensé que la cárcel iba a ser lo peor. Las humillaciones, el terror. Pero es asombroso a cuántas cosas puede acostumbrarse uno. Esos recuerdos empiezan a desvanecerse. Bueno, no del todo, pero más bien los tengo en la cabeza, en lugar de aquí. —Se llevó la mano al pecho—. ¿Sabes qué es lo que no consigo olvidar?

Clara negó con la cabeza y se preparó para lo peor.

—Cuéntame.

No quería aceptar lo que Olivier le ofrecía: el recuerdo doloroso de un homosexual en la cárcel. De un buen hombre en prisión. Dios sabía que tenía sus defectos, puede que más que la mayoría, pero el castigo recibido sobrepasaba con creces el crimen cometido.

Clara no tenía claro si podría soportar oírlo hablar siquiera de lo mejor de su encarcelamiento y, sin embargo, estaba a punto de escuchar lo peor. Pero él necesitaba contarlo. Y ella debía escuchar.

—No es el juicio, ni la cárcel en sí. —Olivier le clavó una mirada triste—. ¿Sabes qué me despierta a las dos de la madrugada con ataques de pánico?

Clara aguardó la respuesta con el corazón martilleándole en el pecho.

—Cuando ya estábamos aquí. Después de que me soltasen. Lo que no se me olvida es el recorrido con Beauvoir y Gamache desde el coche. El largo camino por la nieve hasta el *bistrot*.

Clara miró a su amigo sin comprender del todo. ¿Cómo podía temer más el recuerdo de llegar a casa, a Three Pines, que estar entre rejas?

Ella misma recordaba ese día con claridad: una tarde de domingo en febrero. Otro día frío y despejado de invierno. Ella, Myrna, Ruth y Peter, y casi todo el pueblo, estaban calentitos en el *bistrot*, tomando *café au lait* y charlando. Ella estaba en mitad de una conversación con Myrna cuando se dio cuenta de que Gabri miraba por la ventana, mucho más callado que de costumbre. Clara lo imitó. Había niños patinando en el estanque, jugando un partido de *hockey*. Otros se tiraban en trineo, hacían guerras de bolas de nieve o construían fuertes. Entonces vio un Volvo que le resultaba familiar entrando en Three Pines sin prisa, por la rue du Moulin. Estacionó junto al parque y de él se bajaron tres hombres envueltos en gruesas parkas. Se detuvieron un instante y, poco a poco, recorrieron los metros que los separaban del establecimiento.

Gabri se puso en pie y estuvo a punto de derramar el café. De pronto, toda la clientela calló, y todas las miradas siguieron la de Gabri. Observaron a las tres figuras. Era casi como si los tres pinos hubiesen cobrado vida y se estuvieran acercando.

Clara permaneció en silencio, esperando a que Olivier continuase.

—Sé que no eran más que unos metros —afirmó al final—, pero me pareció que el *bistrot* estaba lejísimo. Hacía un frío que pelaba y se te colaba por debajo del abrigo, y el crujido de la nieve bajo nuestras botas era tan evidente

que parecía que estuviéramos pisando un organismo vivo, que le estuviésemos haciendo daño.

Olivier calló y entornó los ojos de nuevo.

—Veía a todos los que estaban dentro. Hasta los leños ardiendo en la chimenea. La escarcha en las ventanas.

Mientras Olivier hablaba, Clara visualizaba lo que él había visto.

—No se lo he contado ni siquiera a Gabri. No quería hacerle daño ni que se lo tomase a mal, pero caminando hacia el *bistrot*, estuve a punto de detenerme. De pedirles que me llevaran a otra parte, a cualquier otro sitio.

—¿Por qué? —susurró Clara.

—Porque estaba aterrorizado. Nunca había estado tan asustado, ni siquiera en la cárcel.

—¿De qué tenías miedo?

Una vez más, Olivier sintió el filo cortante del frío en las mejillas. Escuchó el lamento agudo de la nieve tras sus pasos y vio el cálido *bistrot* a través de las ventanas cuarteadas. A sus amigos y vecinos en plena charla, tomando algo. Riendo. La chimenea estaba encendida.

Un lugar cálido y seguro.

Y ellos, fuera. Él mismo mirando desde el exterior.

Una puerta cerrada entre él y todo lo que había querido en la vida.

Había estado a punto de desmayarse del pánico y, de haber sido capaz de hablar, estaba convencido de que habría exigido a Gamache a gritos que lo llevase de regreso a Montreal. Que lo dejase en cualquier pensión de mala muerte donde tal vez no lo aceptasen, pero tampoco lo rechazarían.

—Tenía miedo de que no quisierais verme. De no formar parte de esta comunidad.

Olivier suspiró y agachó la cabeza. Su mirada clavada en el suelo, fijándose hasta en la última brizna de hierba.

—Dios mío, Olivier —exclamó Clara. Soltó la bebida encima de los periódicos, y el vaso se volcó y empapó las páginas—. ¡Eso nunca!

—¿Estás segura? —preguntó mirándola a los ojos.

Buscaba consuelo en su expresión.

—Por supuesto. Todos lo hemos dejado atrás.

Permaneció un momento en silencio y, mientras tanto, ambos observaron a Ruth salir de su casita a un extremo del parque, abrir la verja y acercarse cojeando hasta el otro banco. Una vez allí, los miró y levantó la mano.

«Hazme una peineta, por favor —pensó Olivier—. Dime cualquier grosería; llámame marica, invertido. Capullo.»

—Sí, todos lo decís, pero no creo que sea verdad.

Aunque le hablaba a Clara, estaba mirando a Ruth.

—O sea, que no lo habéis dejado atrás.

Ruth miró a Olivier. Dudó un instante y al final lo saludó con la mano.

Olivier esperó un momento y le devolvió el saludo con un gesto de la cabeza. Se volvió hacia Clara y le ofreció una sonrisa triste.

—Gracias por escucharme. Si en algún momento quieres hablar sobre Lillian o sobre cualquier otra cosa, ya sabes dónde encontrarme.

Hizo un gesto que señalaba no el *bistrot*, sino a Gabri, que estaba ocupado ignorando a los clientes y cotorreando con un amigo. Olivier se quedó mirándolo con una sonrisa en la cara.

«Sí —pensó Clara—, Gabri es su hogar.»

Recogió la pila de diarios empapados y echó a caminar por el césped. Entonces Olivier la llamó. Clara se dio la vuelta y vio que se acercaba.

—Toma, que se te ha caído el tuyo —dijo, y le ofreció su vaso.

—No, no pasa nada. Ya tomaré algo donde Myrna.

—Por favor —insistió él.

Ella los miró, primero el vaso a medio beber y luego a él. A sus ojos afables y suplicantes. Y le cogió el vaso.

—*Merci, mon beau* Olivier.

Mientras se dirigía a las tiendas del pueblo, se acordó de lo que le había dicho su amigo.

Se preguntó si tendría razón: tal vez fuera cierto que no lo habían perdonado.

Justo entonces, dos hombres salieron del *bistrot* y enfilaron la rue du Moulin sin prisa, en dirección al hotel balneario que había en la cima de la colina. Los siguió con la mirada, sorprendida. De que estuviesen allí. Y de que estuviesen juntos.

Entonces algo le llamó la atención. Apostada en la esquina de su casa, había una figura solitaria, también contemplando a los dos tipos.

Era el inspector jefe Gamache.

Gamache observó a François Marois y a André Castonguay subir la cuesta

poco a poco.

No parecían estar conversando, aunque sí estar haciéndose compañía. A gusto.

Se preguntó si siempre había sido así, o si, décadas atrás, cuando ambos eran sangre fresca recién llegada al mundo del arte, las cosas habían sido distintas. Si entonces se disputaban el terreno, las influencias, los artistas.

Era posible que siempre se hubiesen caído bien, aunque Gamache lo dudaba. Los dos eran demasiado poderosos y ambiciosos. Tenían demasiado ego y había demasiado en juego. Tal vez se comportasen con amabilidad y cortesía, pero estaba casi seguro de que no eran amigos.

Y, sin embargo, allí estaban, como un par de viejos combatientes, subiendo la cuesta uno al lado del otro.

Mientras los observaba, Gamache percibió una fragancia conocida. Se volvió ligeramente y se dio cuenta de que estaba junto al lilo viejo y retorcido que había en la esquina de la casa de Peter y Clara.

Parecía delicado, frágil, pero Gamache sabía que los lilos tenían una vida muy larga. Sobrevivían a tormentas y sequías, vientos glaciales y heladas tardías. Crecían y florecían allí donde otras plantas de apariencia más robusta se marchitaban.

Se fijó en que había lilos por todo el pueblo de Three Pines. No eran los nuevos híbridos de flor doble y colores vibrantes, sino los blancos y violeta claro del jardín de su abuela. ¿En qué año florecieron por primera vez? Se preguntó si los jóvenes soldados, a su regreso desde Vimy, Flanders y Passchendaele, habrían marchado por delante de aquellos mismos arbustos. Si habrían percibido la misma fragancia y comprendido, al fin, que estaban en casa. En paz.

Se volvió de nuevo, justo a tiempo de ver a los dos señores mayores llegar juntos a la entrada del hotel balneario y desaparecer en su interior.

—Inspector jefe —lo llamó el inspector Beauvoir, que se acercaba a él desde el jardín de Peter y Clara—. El equipo forense está a punto de terminar, y la agente Lacoste ha regresado del *bistrot*. Tenía razón: Gabri y Olivier no llevaban ni treinta segundos en el restaurante y ya habían anunciado lo sucedido.

—¿Y?

—Nada. Lacoste dice que todos se han comportado como era de esperar: con curiosidad o disgusto, o preocupados por su seguridad; pero nadie se ha

mostrado afectado. Parece que nadie conocía a la víctima. Después ha ido de mesa en mesa enseñando la foto y describiendo a la víctima, pero los clientes no recuerdan haberla visto en la barbacoa.

Aunque sintió cierta decepción, Gamache no se sorprendió. Estaba cada vez más seguro de que nadie había visto a la mujer. Al menos con vida.

—Lacoste está instalando el centro de coordinación en la antigua estación de ferrocarriles.

—*Bon.*

Gamache empezó a caminar por el césped del parque, y Beauvoir lo alcanzó.

—No sé si deberíamos convertirlo en un destacamento permanente —comentó el inspector jefe.

Beauvoir se echó a reír.

—¿Por qué no trasladamos todo el Departamento de Homicidios aquí? Por cierto, hemos encontrado el coche de madame Dyson. Parece que vino sola. Está allí arriba. —Beauvoir señaló la rue du Moulin—. ¿Lo quiere ver?

—*Absolument.*

Cambiaron de dirección y subieron por el camino de tierra, siguiendo los pasos de los dos señores mayores apenas un momento antes. Al llegar a la cima de la colina, Gamache vio un Toyota gris aparcado junto a la acera, a unos cien metros de distancia.

—Está muy lejos de la casa de los Morrow y de la fiesta —apuntó Gamache.

Sentía el calor de los rayos de sol que se colaban a través de las hojas.

—Es verdad, pero imagino que estaba todo lleno de coches. Seguramente no pudo acercarse más.

Gamache le dio la razón con un gesto lento de aprobación.

—Eso podría querer decir que no llegó de los primeros. O quizá aparcó tan lejos a propósito.

—¿Por qué?

—Tal vez no quisiera que la viesen.

—Entonces, ¿por qué se vistió de rojo chillón?

Gamache sonrió. No le faltaba razón.

—Tener a un segundo tan listo es muy molesto. Fantaseo con los días en los que me decías que sí a todo.

—¿Y cuándo fue eso?

—Vuelves a tener razón. Esto no puede seguir así —dijo, y sonrió para sí mismo.

Se detuvieron al lado del coche.

—Ya lo han revisado. Lo han registrado buscando pruebas y huellas dactilares, pero quería que lo viese usted antes de que se lo lleve la grúa.

—*Merci*.

Beauvoir abrió el vehículo, y el inspector jefe se sentó en el asiento del conductor y lo echó hacia atrás para acomodar su voluminoso cuerpo.

El del copiloto estaba cubierto de mapas: las *cartes routières du Québec*.

Estiró el brazo y abrió la guantera. Dentro había el habitual batiburrillo de cosas que uno piensa que va a utilizar y al final acaba olvidando: servilletas, gomas elásticas, tiritas y una pila AA, además de la información del vehículo, el seguro y los papeles. Gamache lo sacó todo y lo leyó. El coche tenía cinco años, pero Lillian Dyson lo había comprado hacía tan sólo ocho meses. Cerró la guantera, cogió los mapas y después de ponerse las gafas de lectura, les echó un vistazo. Lillian los había doblado de cualquier manera, como hacen las personas impacientes con estos mapas infernales.

Uno de ellos abarcaba todo Quebec y no resultaba muy útil, a menos que estuvieras planeando una invasión y necesitases saber dónde caían más o menos las ciudades de Montreal y Quebec. El otro era de Les Cantons de l'Est, los cantones del Este.

Seguro que Lillian Dyson no lo sabía cuando los compró, pero aquél tampoco le habría sido de mucha ayuda. Para comprobarlo, Gamache desplegó uno de ellos y justo donde debería estar Three Pines, encontró los meandros del río Bella Bella, colinas, un bosque. Pero nada más. En lo que a los cartógrafos oficiales respectaba, Three Pines no existía.

Nadie había hecho un reconocimiento de la población, no la habían señalado en ningún mapa. Ningún GPS o sistema de navegación por satélite, por sofisticado que fuese, sería capaz de ubicar la aldea, pues tan sólo aparecía, como por accidente, al coronar la cima de la colina. De repente. El único modo de encontrarla era perdiéndose.

¿Le había pasado eso a Lillian Dyson? ¿Había topado con Three Pines por error?

No, le parecía demasiada coincidencia. Iba vestida para una fiesta, para impresionar. Para que la viesen. Para llamar la atención.

Entonces, ¿por qué nadie había reparado en ella?

—¿Qué hacía aquí? —musitó casi para sí mismo.

—¿Crees que sabía que era la casa de Clara? —inquirió Beauvoir.

—Lo mismo me pregunto yo —admitió Gamache antes de quitarse las gafas y salir del vehículo.

—En cualquier caso, vino.

—Sí, pero cómo.

—En coche —respondió Beauvoir.

—Sí, hasta ahí llego —repuso Gamache con una sonrisa—. Pero una vez en el coche, ¿cómo acabó aquí?

—¿Con los mapas? —sugirió Beauvoir con infinita paciencia, pero al ver al inspector jefe negando con la cabeza, se lo repensó—. No, con los mapas no.

Gamache permaneció en silencio y dejó que su segundo al mando encontrara la respuesta por sí mismo.

—No podría haber encontrado Three Pines con la ayuda de los mapas —concluyó Beauvoir, que hablaba despacio—. Porque no sale —añadió, e hizo una pausa para pensar—. Así pues, ¿cómo llegó aquí?

Gamache se dio la vuelta y emprendió el camino de regreso al centro del pueblo con paso comedido.

Cuando alcanzó a su jefe, a Beauvoir se le ocurrió otra posibilidad.

—¿Cómo lo encontraron los demás, los que vinieron desde Montreal?

—Clara y Peter enviaron las indicaciones con la invitación.

—Pues ahí tiene la respuesta: tenía las indicaciones.

—Pero no la habían invitado. Y aunque se las hubiera ingeniado para hacerse con una invitación y con las direcciones, ¿dónde las dejó? No estaban en el bolso ni las llevaba encima. Y en el coche, tampoco.

Beauvoir, pensativo, apartó la mirada.

—Entonces vino sin mapas ni instrucciones. ¿Cómo encontró este sitio?

Gamache se detuvo frente al hotel balneario.

—No lo sé —admitió.

El inspector jefe se volvió hacia el hotel. Tiempo atrás había sido una monstruosidad: un lugar desdichado y derruido, una propiedad victoriana de lujo construida hacía más de cien años a base de orgullo desmesurado y sudor ajeno.

Estaba pensado para imponerse al pueblo y al paisaje, pero mientras Three Pines había sobrevivido a recesiones, depresiones y guerras, aquel adefesio con torrecillas había acabado deteriorándose y atrayendo tan sólo desgracias.

En lugar de una mansión, cuando la gente del pueblo levantaba la mirada, veía una sombra, un temblor en la colina.

Sin embargo, eso ya formaba parte del pasado y con el tiempo se había convertido en un hotel rural elegante y resplandeciente. Aun así, desde cierto ángulo y bajo cierta luz, Gamache aún alcanzaba a ver la tristeza que emanaba de aquel lugar. Y cuando se ponía el sol, con la brisa, le parecía oír un temblor.

En el bolsillo de la pechera tenía la lista de las personas de Montreal a las que Peter y Clara habían invitado. ¿Estaría el nombre del asesino en ellas?

Aunque tal vez el asesino no fuese un invitado, sino alguien que ya estaba allí.

—¡Hola!

A su lado, Beauvoir dio un respingo. Intentó disimularlo, pero por mucho que le hubieran lavado la cara, ese caserón viejo todavía le daba escalofríos.

Dominique Gilbert apareció por la esquina del hotel. Llevaba pantalones de equitación, un casco de terciopelo negro y una fusta de cuero en la mano. Estaba a punto de salir a caballo, o de dirigir un corto de Mack Sennett.

La señora sonrió en cuanto los reconoció y le tendió la mano.

—Inspector jefe.

Se saludaron y se volvió hacia Beauvoir para hacer lo mismo. Entonces la sonrisa se desvaneció.

—¿Es cierto lo del cadáver en el jardín de Clara?

Se quitó el casco y la melena castaña, pegada al cuero cabelludo por el sudor, quedó al descubierto. Dominique Gilbert rondaba los cincuenta y era alta y esbelta. Una refugiada de la ciudad, igual que su marido, Marc. Juntos habían hecho las maletas y habían huido.

Sus colegas ejecutivos del banco habían predicho que no durarían ni un invierno. Sin embargo, aquél era ya su segundo año y no mostraban ninguna señal de arrepentirse de haber comprado aquella vieja casa en ruinas para convertirla en un atractivo hotel balneario.

—Siento decir que sí, es cierto —respondió Gamache.

—¿Le importa si uso el teléfono? —preguntó el inspector Beauvoir.

Aunque sabía de sobra que no funcionaría, había estado tratando de contactar con el equipo forense con el móvil.

—*Merde* —murmuró—, es como volver a la Edad Media.

—Claro, ya sabe dónde está. —Dominique señaló la casa—. Ya no hace

falta darle a la manivela.

El inspector, que ya se dirigía hacia la entrada al tiempo que insistía con el botón de rellamada de su móvil, no escuchó la broma.

—Me han dicho que hay invitados de la fiesta de anoche que se han alojado con ustedes —dijo Gamache en el porche.

—Sí, algunos. Unos habían reservado, y otros lo hicieron a última hora.

—¿Demasiadas copas?

—Iban como una cuba.

—¿Siguen aquí?

—Llevan dos horas intentando despegarse las sábanas. Su agente les ha pedido que no se marchen de Three Pines, pero la mayoría apenas podía salir de la cama. Creo que no hay riesgo de huida. Como mucho, a gatas.

—¿Dónde está mi agente?

Gamache miró a su alrededor. En cuanto supo que algunos de los asistentes habían pasado la noche allí, dio instrucciones a la agente Lacoste para que enviase a dos de los nuevos: uno a custodiar el bed & breakfast y otro allí arriba.

—Está atrás, con los caballos.

—No me diga —contestó Gamache—. ¿Los está vigilando?

—Como bien sabe, inspector jefe, los caballos tampoco representan un factor de riesgo para la huida.

Claro que lo sabía. Una de las primeras cosas que había hecho Dominique al llegar allí había sido comprar caballos: un sueño de infancia hecho realidad.

Pero en lugar de a *Azabache*, a *Pequeño Tío* o a *Pegaso* encontró a cuatro jamelgos maltrechos. Animales que habían visto días mejores y que ya iban camino del matadero.

De hecho, uno de ellos parecía más un alce que un caballo.

Pero ésa era la naturaleza de los sueños. No siempre son reconocibles.

—Enseguida vienen a por el coche —anunció Beauvoir a su regreso.

Gamache se percató de que todavía sujetaba el móvil en la mano. Como un chupete.

—Los invitados más irreductibles quieren dar un paseo a caballo —explicó Dominique—. Estaba a punto de salir con ellos, porque el agente me ha dado permiso. Al principio no estaba seguro, pero al ver los animales ha cedido. Supongo que habrá comprendido que no llegaríamos a la frontera ni queriendo.

Espero no haberlo metido en un lío.

—En absoluto —respondió Gamache, pero la expresión de Beauvoir delataba que él no habría respondido lo mismo.

Cruzando el césped hacia el establo, vieron que en el interior había personas y animales. Todo sumido en la sombra, siluetas recortadas y colocadas allí.

Y entre ellas, el perfil de un joven agente de la Sûreté vestido de uniforme. Esbelto. Torpe, incluso desde la distancia.

De pronto, el inspector jefe Gamache notó que el corazón le daba un vuelco y se le helaba la sangre. En un abrir y cerrar de ojos, se sintió mareado y pensó que iba a desmayarse. Se le quedaron las manos frías. Se preguntó si Jean-Guy Beauvoir se había percatado de su reacción, de aquel espasmo inesperado. Porque le había traído a la memoria a otro agente joven. Uno que había vuelto a la vida. Durante un instante.

Y después había fallecido de nuevo.

La impresión había sido tan fuerte que durante un momento Gamache se sintió aturdido. A punto de tambalearse. Pero cuando el mareo desapareció, se dio cuenta de que aún caminaba hacia delante. De que tenía el rostro relajado. No había señales que manifestasen lo que le acababa de ocurrir. Un *grand mal* de las emociones.

Con la salvedad de un ligerísimo temblor en la mano derecha. Apretó el puño.

La silueta del joven se separó del resto y salió a la luz del día. Tomó consistencia. Un rostro bello y entusiasta pero también preocupado que se apresuraba hacia ellos.

—Señor —saludó, y se cuadró ante el inspector jefe, que lo mandó descansar con un gesto—. He venido a echar un vistazo —dijo el agente, nervioso—. Para asegurarme de que podían salir a caballo. No pretendía dejar el lugar sin vigilar.

El joven no conocía al inspector jefe Gamache. Era obvio que lo había visto de lejos, como la mayoría de los habitantes de la provincia. En las noticias, en entrevistas, en las fotografías que publicaba la prensa. En el televisado cortejo fúnebre de los agentes que fallecieron. Cumpliendo las órdenes de Gamache, tan sólo seis meses antes.

El agente incluso había asistido a una de las charlas del inspector jefe en la academia.

Pero en aquel momento, mirándolo a la cara, el resto de las imágenes desaparecieron, y las reemplazó la grabación filtrada de una actuación policial en la que tantos habían perdido la vida. Nadie debería haberla visto; en cambio, millones de personas la visionaron cuando se convirtió en un fenómeno viral. Tanto que resultaba difícil mirar al inspector jefe, ver su cicatriz irregular, y no pensar en el vídeo.

En cambio, allí estaba el hombre en persona: el famoso jefe del conocido Departamento de Homicidios. Lo tenía tan cerca que el joven podía incluso sentir su olor. Un sutil aroma a madera de sándalo y a algo más. A agua de rosas. El agente miró los ojos de color castaño oscuro de Gamache y se dio cuenta de que eran distintos de todos los demás. Eran muchos los policías que lo habían mirado fijamente —todos sus superiores, y en el cuerpo todos lo superaban en rango—, pero aquella experiencia era nueva para él.

La mirada del inspector jefe era inteligente, considerada, inquisitiva.

Mientras otros escondían a un ser cínico y lleno de censura, los ojos de Gamache eran distintos.

Eran amables.

El agente se hallaba al fin ante aquel hombre famoso y ¿dónde lo había encontrado el inspector jefe? En un establo. Oliendo a estiércol y dándole zanahorias a un animal que parecía un alce. Ensillando caballos para sospechosos de asesinato.

Se preparó para el ataque de ira. Para un correctivo cortante.

En cambio, el inspector jefe Gamache hizo lo impensable.

Le tendió la mano.

El joven agente la miró un momento. Y notó el ligerísimo temblor. Pero se la estrechó y vio que su apretón era firme y fuerte.

—Inspector jefe Gamache —se presentó el hombre corpulento.

—*Oui, patron*. Agente Yves Rousseau, de la comisaría de Cowansville.

—¿Todo tranquilo por aquí?

—Sí, señor. Mis disculpas. Quizá no debería haber permitido que fueran de paseo.

Gamache sonrió.

—No tienes derecho a impedírselo. Además, no creo que lleguen muy lejos.

Los tres agentes de la Sûreté miraron a las dos mujeres y a Dominique. Cada una llevaba las riendas de uno de los caballos, y mientras los sacaban del establo se oía el golpeteo de los cascos.

Gamache se centró en el agente que tenía delante. Joven, entusiasta.

—¿Les has pedido los nombres y las direcciones?

—Sí, señor. También he comprobado los documentos de identidad. Tengo los datos de todos.

Abrió el botón del bolsillo para sacar la libreta.

—Podrías llevarlo al centro de coordinación —sugirió Gamache— y dárselo a la agente Lacoste.

—De acuerdo —aceptó Rousseau, y tomó nota.

Jean-Guy Beauvoir gimió para sus adentros. «Ya estamos otra vez —pensó—: va a ofrecer a este chaval unirse a la investigación. ¿Es que no aprenderá nunca?»

Armand Gamache sonrió y saludó al agente con la cabeza antes de dar media vuelta y echar a caminar hacia el hotel, dejando atrás a dos hombres sorprendidos.

A Rousseau, por la cortesía con la que se había dirigido a él, y a Beauvoir, por no haber hecho lo mismo que en casi todas las investigaciones del pasado: invitar a uno de los jóvenes agentes locales a formar parte del equipo.

Beauvoir sabía que debería alegrarse. Sentirse aliviado.

Entonces, ¿por qué estaba tan triste?

Al entrar en el hotel, el inspector jefe Gamache se sorprendió una vez más de lo agradable que había quedado. Elegante y tranquilo. La restauración del viejo caserón victoriano se había llevado a cabo con amor. Las vidrieras de los dinteles estaban reparadas y limpias, y el sol lanzaba destellos de color esmeralda, rubí y zafiro sobre los pulidos azulejos blancos y negros del vestíbulo. Era una sala circular con una amplia escalinata curvada de caoba.

En el centro de la recepción había una mesa de madera resplandeciente con un ramo compuesto de lilas, sellos de Salomón y ramas de manzano.

La estancia daba sensación de frescura, era luminosa y acogedora.

—¿Puedo ayudarlo? —preguntó la joven recepcionista.

—Estamos buscando a dos de sus huéspedes: messieurs Marois y Castonguay.

—Están en el salón —respondió ella con una sonrisa antes de acompañarlo hacia la derecha.

Los dos inspectores de la Sûreté sabían de sobra dónde se ubicaba, pues

habían estado allí muchas veces, pero permitieron a la recepcionista hacer su trabajo.

Después de ofrecerles un café que rehusaron, los dejó a las puertas de la sala. Gamache estudió la estancia. También era amplia y luminosa, con unas ventanas que se extendían del suelo al techo y ofrecían vistas al pueblo. En la chimenea había unos leños preparados, pero el fuego no estaba encendido, y en algunas de las mesas, jarrones con flores. El mobiliario daba al comedor un aspecto moderno, aunque el diseño y los detalles eran de estilo tradicional. Habían conseguido llevar aquella ruina grandilocuente hasta el siglo XXI con muy buen gusto.

—*Bonjour*.

François Marois se levantó de una de las sillas Eames y dejó la edición del día de *Le Devoir*.

André Castonguay levantó la vista de su ejemplar del *New York Times*, que estaba leyendo sentado en un sillón, y también se levantó para recibir a los agentes.

Gamache ya conocía a monsieur Marois de haber hablado el día anterior con él en el *vernissage*, pero el otro caballero, salvo por su reputación, era un desconocido para él. Castonguay se irguió y Gamache vio a un hombre alto, tal vez algo perjudicado por las celebraciones del día anterior. Tenía la cara hinchada y enrojecida por los capilares rotos de las mejillas y la nariz.

—No esperaba verlo aquí —admitió Gamache.

Avanzó hasta ellos y estrechó la mano de Marois como si saludase a un huésped cualquiera.

—Ni yo a usted —respondió Marois—. André, éste es el inspector jefe Gamache, de la Sûreté du Québec. ¿Conoce a mi colega André Castonguay?

—Sólo de oídas. Pero tiene muy buena reputación, por cierto. La Galerie Castonguay es famosa; los artistas que representa son magníficos.

—Me alegra que lo piense, inspector jefe —repuso Castonguay.

El inspector jefe presentó a Beauvoir, que estaba alerta y que de inmediato sintió desagrado por aquel hombre. De hecho, le había caído mal antes incluso de escuchar el comentario displicente que le había hecho a su jefe. Cualquier propietario de una galería de arte selecta se convertía al instante en sospechoso de arrogancia, si no de asesinato. Jean-Guy Beauvoir no soportaba ninguna de las dos cosas.

Sin embargo, Gamache no parecía molesto. En todo caso, contento con la

réplica del galerista. Beauvoir percibió algo más.

Castonguay había empezado a relajarse, a sentirse más seguro de sí mismo. Le había dado un toque a un policía y éste no le había devuelto el empujón. Era obvio que se creía el mejor de los dos.

Beauvoir esbozó una leve sonrisa y agachó la cabeza para que Castonguay no la viese.

—Uno de sus hombres nos ha tomado los datos —explicó André, y se sentó en uno de los enormes sillones que había junto a la chimenea—. Las direcciones de casa y del trabajo. ¿Significa eso que somos sospechosos?

—*Mais non*, monsieur —contestó Gamache, y tomó asiento en el sofá de enfrente.

Beauvoir se hizo a un lado, y monsieur Marois se colocó junto a la chimenea.

—Espero no haberles causado ningún inconveniente —añadió.

Gamache parecía preocupado, contrito incluso. André Castonguay se relajó aún más. Era obvio que estaba acostumbrado a ser la voz cantante. A que todo se hiciese según su designio.

Jean-Guy Beauvoir observó mientras Gamache parecía seguirle la corriente a Castonguay. Agachar la cabeza ante una personalidad más dominante. Sin andar de puntillas a su alrededor, pues eso habría sido una táctica demasiado evidente, pero sí cediéndole el espacio.

—*Bon*, me alegro de haberlo aclarado —dijo Castonguay—. No ha sido molestia. De todos modos, pensábamos quedarnos unos días.

«Pensábamos», repitió Beauvoir para sí y miró a François Marois. Supuso que debían de tener la misma edad. La cabellera de Castonguay era densa y blanca. La de Marois, entrecana y corta, y además se estaba quedando calvo. Ambos iban muy aseados y bien vestidos.

—Aquí tiene mi tarjeta, inspector jefe —ofreció Castonguay.

—¿Su especialidad es el arte moderno? —preguntó Gamache, y cruzó las piernas como preparándose para una charla entretenida.

Beauvoir, que lo conocía mejor que la mayoría de la gente, observó con interés y cierta diversión. Su jefe estaba cortejando a Castonguay, y con éxito. Estaba claro que el galerista consideraba que el inspector jefe Gamache estaba tan sólo un paso por encima de las bestias: una criatura evolucionada que caminaba sobre dos patas, pero cuyo lóbulo frontal no daba la talla. Beauvoir se imaginaba lo que pensaría de él: el eslabón perdido, si es que

llegaba a eso.

Estaba deseando decir algo inteligente, algo que demostrase su ingenio y sus conocimientos. O en su defecto, algo de una grosería tan violenta e impactante que aquel hombre tan pagado de sí mismo dejase de creer que estaba al mando.

No obstante, no sin algo de esfuerzo, el inspector mantuvo la boca cerrada. Más que nada porque no se le ocurrió nada ingenioso que decir sobre arte.

Castonguay y el inspector jefe estaban comentando tendencias del arte moderno: Castonguay aleccionando, y Gamache escuchando como si estuviera realmente interesado.

¿Y François Marois?

Jean-Guy Beauvoir casi se había olvidado de él, de lo callado que estaba. Pero entonces lo miró y descubrió que el hombre silencioso también observaba. Aunque no a Castonguay.

François Marois tenía la mirada fija en el inspector jefe Gamache. Lo estaba examinando. Con mucha atención. Entonces desvió la vista a Beauvoir. No era una mirada fría, pero sí clara y sagaz.

A Beauvoir se le heló la sangre.

La conversación entre el inspector jefe y Castonguay había seguido su curso natural hasta el tema del asesinato.

—Terrible —decía Castonguay, como si diese voz a un sentimiento único y perspicaz.

—Terrible —convino Gamache, y se echó adelante en el asiento—. Tenemos un par de fotografías de la mujer asesinada. ¿Les importaría echarles un vistazo?

Beauvoir se las dio primero a Marois, que las miró y se las pasó a André Castonguay.

—Lo siento, pero no la conozco —dijo éste.

Muy a su pesar, el inspector debía admitir que, al ver a la mujer muerta, el hombre pareció apenado.

—¿Quién era?

—¿Monsieur Marois? —preguntó Gamache dirigiéndose ahora al otro señor.

—No, siento decir que tampoco me suena. ¿Estaba en la fiesta?

—Eso es lo que intentamos averiguar. ¿Alguno de ustedes dos la vio allí? Como pueden ver en las fotos, llevaba un vestido rojo bastante llamativo.

Se miraron, pero ambos negaron con la cabeza.

—*Désolé* —se disculpó Castonguay—. Me pasé la velada hablando con amistades que no veo muy a menudo. Es posible que estuviera allí y yo no me diese ni cuenta. ¿Quién era? —repitió.

Devolvieron las fotos a Beauvoir.

—Se llamaba Lillian Dyson.

No hubo reacción al oír el nombre.

—¿Era artista? —quiso saber Castonguay.

—¿Por qué lo pregunta?

—Porque va de rojo. Es extravagante. Los artistas pueden ser unos auténticos pordioseros que apenas se lavan y están casi siempre sucios y hechos un asco, y a la vez ser... Bueno, así. —Señaló las fotos que sostenía el inspector—. Estrafalarios y excéntricos. La clase de persona que busca atraer las miradas. Los dos extremos resultan agotadores.

—No parece que los artistas le gusten demasiado —comentó Gamache.

—Cierto. Me gusta el producto, pero no la persona. Son gente necesitada, loca. Ocupan demasiado tiempo y espacio. Me agotan. Son como bebés.

—Sin embargo, tengo entendido que fuiste artista —apuntó François Marois.

Los agentes de la Sûreté se volvieron hacia el señor callado que se sentaba junto a la chimenea. ¿Era ésa una expresión de satisfacción?

—Así es, pero estaba demasiado cuerdo para tener éxito.

Marois se rió, y Castonguay, pareció molestarse. No lo había dicho en broma.

—Monsieur Castonguay, ¿estuvo ayer en el *vernissage* del Musée? —preguntó Gamache.

—Sí. Me invitó la conservadora jefe. Y ni que decir tiene que Vanessa es una buena amiga mía. Siempre que voy a Londres, cenamos juntos.

—¿Vanessa Destin-Browne? ¿La jefa de la Tate Modern? —Gamache parecía impresionado—. ¿Ella también estaba anoche en el museo?

—Sí, claro. Allí y aquí. Mantuvimos una discusión muy larga sobre el futuro del arte figurativo.

—Pero no ha pasado la noche en el pueblo, ¿verdad? ¿O es una de las huéspedes del hotel?

—No, ella se marchó pronto. Creo que las hamburguesas y las jigas no son su estilo.

—Pero ¿el suyo sí?

Beauvoir se preguntó si André Castonguay se había percatado del cambio en la corriente.

—Por lo general, no. Pero había gente con quien quería hablar.

—¿Con quién?

—*Pardon?*

El inspector jefe Gamache seguía siendo cordial y cortés, pero también estaba claro que había cogido las riendas. De hecho, siempre las había tenido.

Una vez más, Beauvoir se fijó en François Marois. Sospechaba que ese cambio no lo había sorprendido.

—¿Con quién quería hablar en la fiesta que se hizo aquí? —preguntó Gamache, paciente, claro.

—Bueno, con Clara Morrow, por ejemplo. Quería darle las gracias por su trabajo.

—¿Con quién más?

—Eso es privado —respondió Castonguay.

Sí que se había dado cuenta, pensó Beauvoir. Pero ya era demasiado tarde. El inspector jefe Gamache era la marea, y André Castonguay, una ramita. No podía aspirar a nada más que a mantenerse a flote.

—Podría ser relevante, monsieur. Y si no lo es, prometo que no saldrá de aquí.

—Pues venía con la esperanza de abordar a Peter Morrow. Es un gran artista.

—No tanto como su mujer —apuntó François Marois en voz baja.

Había sido poco más que un susurro, pero todos se volvieron hacia él.

—¿Tan buena es Clara? —inquirió el inspector jefe Gamache.

Marois lo miró un instante.

—Estaré encantado de responderle, pero tengo curiosidad por saber qué opina usted. Además de estar en el *vernissage*, precisamente usted quien me descubrió aquel magnífico retrato de la Virgen María.

—¿Un retrato de quién? —espetó Castonguay—. No había ningún cuadro de la Virgen María.

—Había que buscarlo —le aseguró Marois antes de dirigirse de nuevo al inspector jefe—. Usted era uno de los pocos invitados que estaba prestando atención a los cuadros.

—Como creo que ya mencioné ayer, Clara y Peter Morrow son amigos míos

—aclaró Gamache.

El comentario provocó en Castonguay una mirada de sorpresa y desconfianza.

—¿Eso está permitido? Significa que está investigando a sus amigos por un asesinato, *n'est-ce pas*?

Beauvoir dio un paso adelante.

—Por si no se ha dado cuenta, el inspector jefe Gamache...

Pero el inspector jefe alzó la mano, y Beauvoir se las apañó para no continuar.

—La pregunta es pertinente. —Gamache miró a André Castonguay—. Son amigos míos y, sí, también sospechosos. De hecho, tengo muchas amistades en el pueblo y todos están en la lista. Soy consciente de que esto podría interpretarse como una desventaja, pero la verdad es que conozco a esas personas. Las conozco bien. ¿Quién mejor para encontrar a un asesino entre ellos que alguien que está al tanto de sus debilidades, de sus puntos ciegos, sus miedos? Pero veamos —Gamache se inclinó hacia delante con parsimonia—, si cree que yo podría encontrar al asesino y dejarlo marchar...

El tono era afable y el inspector jefe había esbozado una leve sonrisa, pero ni siquiera André Castonguay podía pasar por alto la seriedad de su voz y de su mirada.

—No, no creo que fuese capaz de eso.

—Me alegra oírlo.

Gamache se reclinó en el asiento.

Beauvoir mantuvo la mirada fija en el galerista unos instantes, para asegurarse de que no estuviera a punto de desafiar al inspector jefe de nuevo. Gamache tal vez creyese que hacerlo era natural y hasta sano, pero Beauvoir no.

—Se equivoca en cuanto a la obra de esta mujer —protestó Castonguay con tono huraño—. No es más que un puñado de retratos de viejas. No aporta nada nuevo.

—Todo es nuevo, si miras debajo de la superficie —lo contradijo Marois, y se sentó en el sillón de al lado—. Fíjate mejor, *mon ami*.

Sin embargo, estaba claro que no eran amigos. Quizá tampoco enemigos, pero ¿acaso quedarían para comer como colegas en el *café bistrot* Lèmeac o para tomar algo en el bar de L'Express de Montreal?

No. Puede que Castonguay sí, pero Marois no.

—¿Y por qué está usted aquí, monsieur? —preguntó Gamache a Marois.

Entre ellos no parecía haber ninguna lucha por el poder. No era necesaria. Ambos tenían suficiente confianza en sí mismos.

—Yo soy marchante, pero no tengo galería. Como ya le dije anoche, la conservadora me dio un catálogo, y me enamoré de la obra de madame Morrow. Quería ver los cuadros en persona. Y siento decir —confesó con una sonrisa atribulada— que a mi edad sigo siendo un romántico.

—¿No me irá a decir que se ha prendado de Clara Morrow?

François Marois se rió.

—No, no es eso. Aunque después de ver su obra es difícil que no te caiga bien. Mi romanticismo es más bien un estado filosófico.

—¿De qué manera?

—Me encanta que se pueda descubrir a una artista y arrancarla de entre las sombras casi a los cincuenta. ¿Hay algún artista que no sueñe con eso? ¿Alguno que no piense todas las mañanas que hoy será el día en que se acueste siendo famoso? ¿Se acuerda de Magritte, el pintor belga?

—*Ceci n'est pas une pipe?* —preguntó Gamache.

Beauvoir no comprendía. Esperaba que a su jefe no acabase de darle un ataque de algo y estuviera diciendo cosas sin sentido.

—Ése mismo. Pasó años trabajando, décadas. Vivía en la miseria y sobrevivía a base de falsificar billetes y cuadros de Picasso. Cuando pintaba algo propio, los galeristas y coleccionistas le daban la espalda, y el resto de los artistas se burlaban de él, pues pensaban que estaba loco. Debo decir que cuando otros artistas creen que estás mal de la cabeza, la cosa se pone muy fea.

Gamache se rió.

—¿Y estaba loco?

—Puede que sí. ¿Ha visto su obra?

—Sí, y me gusta, pero no estoy seguro de qué pensaría de ella si nadie me hubiese dicho que Magritte era un genio.

—Exacto —convino Marois, y de pronto se echó adelante con más vitalidad de la que Beauvoir le había visto hasta entonces. Parecía hasta emocionado—. Por eso mi trabajo es tan excitante: del mismo modo que todos los pintores se despiertan pensando que alguien va a descubrir su talento, todos los marchantes nos levantamos creyendo que ese día descubriremos a un genio.

—Pero ¿quién decide?

—Eso es lo que lo hace tan emocionante.

Beauvoir estaba convencido de que el señor no estaba interpretando un papel: le brillaban los ojos y no paraba de gesticular con las manos. No hacía aspavientos, sino que las movía con excitación.

—Una muestra de cuadros que a mí me parece brillante, a cualquier otro le puede resultar sosa o trillada. Sólo tiene que fijarse en nuestras reacciones ante las obras de Clara Morrow.

—Sigo pensando que carecen de interés —insistió Castonguay.

—Y yo, que sí lo tienen: ¿quién está en lo cierto? Eso es lo que vuelve locos a los artistas y a los marchantes: que es muy subjetivo.

—Para mí que ya nacen mal de la cabeza —musitó Castonguay.

Beauvoir estaba de acuerdo.

—Eso explica su presencia en el *vernissage* —concluyó Gamache—. Pero ¿por qué vino a Three Pines?

Marois vaciló. Intentaba decidir cuánto debía revelar sin tratar de ocultar su indecisión.

Gamache esperó. Beauvoir, que tenía la libreta y el bolígrafo en la mano, empezó a garabatear. Un monigote con un caballo. O tal vez fuese un alce. El ruido de la pesada respiración de Castonguay le llegaba desde el sillón.

—Una vez tuve un cliente; murió hace años, pero era un hombre adorable. Era artista comercial, pero en el plano creativo también era excelente. Tenía la casa llena de cuadros maravillosos. Lo descubrí cuando ya era bastante mayor aunque, pensándolo bien, debía de ser más joven que yo ahora.

Marois sonrió, y Gamache también. Conocía esa sensación.

—Uno de mis primeros clientes, y le fue bien. Estaba encantado, igual que su esposa. Un día me pidió un favor: me preguntó si ella podía colocar algunas de sus obras en la siguiente exposición. Yo rechacé la oferta con mucha educación, sin embargo, insistió mucho más de lo que era habitual en él. Yo no conocía bien a la señora y no había visto ni uno de sus cuadros; sospechaba que estaría presionando al viejo. Pero resultaba evidente que el asunto era importante para él, y transigí. Le cedí una esquina y un martillo.

Hizo una pausa y le brillaron los ojos.

—No estoy muy orgulloso de lo que hice. Debería haberla tratado con respeto, o rechazar la exposición del todo. Pero era joven y tenía mucho que aprender.

Suspiró.

—La primera vez que vi sus pinturas fue la misma tarde del *vernissage*. Entré en la sala y todo el mundo estaba apiñado en esa esquina. Pueden imaginarse qué pasó, ¿verdad?

—Vendió todos los cuadros —aventuró Gamache.

Marois respondió que sí con un gesto.

—Hasta el último. Había gente comprando incluso los que se había dejado en casa: lo nunca visto. Con más de uno se armó una guerra de pujas. Mi cliente era un artista de talento, pero ella era mejor. Mucho mejor. Un hallazgo sensacional. Una verdadera oreja de Van Gogh.

—*Pardon?* —preguntó Gamache—. ¿Una qué?

—¿Qué hizo el viejo? —interrumpió Castonguay, que ahora prestaba atención—. Debía de estar furioso.

—No, era un tipo encantador. Me enseñó a actuar con elegancia, como hacía él. Sin embargo, la reacción que no olvidaré es la de ella, por eso la he descrito como una verdadera oreja de Van Gogh. —Se quedó callado un momento y era obvio que estaba viendo a la pareja de artistas ancianos—. Ella se sacrificó. Abandonó la pintura. No sólo no volvió a exponer, sino que dejó de pintar. Por muy bien que lo disimulase su marido, se dio cuenta del dolor que le había causado. Y para ella la felicidad de su esposo era más importante que la suya. Más que su propio arte.

El inspector jefe Gamache sabía que aquella historia debía sonar a relato de amor, a sacrificio, a elecciones altruistas, pero a él le parecía sólo una tragedia.

—¿Por eso vino? —preguntó Gamache al marchante.

Marois asintió.

—Mal que me pese.

—¿Qué es lo que te pesa? —exigió saber Castonguay, que había perdido el hilo de la conversación una vez más.

—¿No viste cómo miraba Clara Morrow a su marido anoche? —preguntó Marois.

—Y él a ella —apuntó Gamache.

Ninguno apartó la vista del otro.

—Clara no es la anciana que usted está recordando —dijo el inspector jefe.

—Cierto —admitió François Marois—. Y Peter Morrow tampoco es el señor mayor que fue mi cliente.

—¿De verdad cree que Clara dejaría de pintar?

—¿Para salvar su matrimonio? ¿A su marido? La mayoría no lo haría, pero la mujer que ha creado esos cuadros tal vez sea capaz.

Armand Gamache no se había planteado esa posibilidad, pero lo reflexionó y se dio cuenta de que François Marois podría tener razón.

—Aun así, ¿qué podría hacer usted al respecto?

—Bueno, no mucho, pero quería ver, al menos, dónde se había escondido todos estos años. Por curiosidad.

—¿Eso es todo?

—¿Nunca ha querido visitar Giverny para ver dónde pintaba Monet, o ir al estudio de Winslow Homer en Prouts Neck? ¿No ha querido ver dónde escribían Shakespeare y Victor Hugo?

—Tiene toda la razón —admitió Gamache—. Madame Gamache y yo hemos estado en las casas de muchos de nuestros artistas, escritores y poetas favoritos.

—¿Y por qué?

Gamache reflexionó un momento.

—Por la magia que tienen.

André Castonguay resopló. Beauvoir se revolvió en su asiento; sentía vergüenza ajena por su jefe. Era una respuesta ridícula, mostraba debilidad. Estaba admitiendo ante un sospechoso que creía en la magia.

Pero Marois permaneció inmóvil, contemplando al inspector jefe. Al final, inclinó la cabeza un poco, sin prisa. Beauvoir creyó incluso adivinarle un ligero temblor.

—*C'est ça* —concluyó Marois—: magia. No tenía pensado venir, pero al ver los cuadros en el *vernissage*, quise ver el pueblo que había dado lugar a esa magia.

Hablaron unos minutos más sobre lo que habían hecho: a quién vieron, con quién hablaron. Pero como en el resto de los casos, no había nada que destacar.

El inspector jefe Gamache y el inspector Beauvoir dejaron a los dos caballeros sentados en el alegre salón del hotel balneario y fueron a buscar a otros huéspedes. En menos de una hora los habían interrogado a todos.

Nadie conocía a la víctima. Nadie había visto nada sospechoso ni que les fuese de ayuda.

Mientras bajaban la cuesta hacia Three Pines, Gamache repasó las entrevistas y lo que le había dicho François Marois.

Sin embargo, Three Pines tenía algo más que magia. Algo monstruoso se había paseado por el parque del pueblo, había comido su comida y había bailado entre ellos. Algo oscuro se había apuntado a la fiesta.

Y el resultado no era magia, sino un asesinato.

SEIS

Por la ventana de la librería, Myrna vio a Armand Gamache y a Jean-Guy Beauvoir bajando el camino hacia el pueblo.

Entonces se volvió a mirar su tienda, las estanterías de madera llenas de libros nuevos y de segunda mano, los anchos tablones de pino del suelo. Sentada de cara a la estufa de leña, en el sofá que había junto a la ventana, estaba Clara.

Había llegado unos minutos antes con un fardo de periódicos pegado al pecho, como si fuera una inmigrante en la isla de Ellis, y los diarios, algo andrajoso pero muy querido.

Myrna se preguntó si de verdad eran tan importantes.

Aunque tampoco se engañaba: ya sabía lo que había en las páginas de la prensa. La opinión de los demás. El parecer del mundo exterior. Lo que los demás veían al mirar las obras de arte de Clara.

Y Myrna sabía aún más. Sabía lo que decían esas páginas empapadas de cerveza.

Ella también se había levantado pronto. Aún cansada, había salido de la cama y se había arrastrado al baño. Se había duchado, cepillado los dientes y se había vestido con ropa limpia. Y al despuntar la luz del nuevo día, se había subido al coche para ir hasta Knowlton.

A por la prensa. Podría haber descargado los diarios de una serie de páginas de Internet, pero si Clara quería leerlos en papel, ella también.

Lo que pensase el resto del mundo sobre los cuadros de Clara la traía sin cuidado. Ella ya sabía que eran la obra de un genio.

Sin embargo, a Clara no le daba igual.

Y ahora su amiga estaba sentada en el sofá como si fuera una muñeca de trapo, mientras ella la contemplaba desde el sillón de enfrente.

—¿Una cerveza? —ofreció Myrna, y señaló la pila de diarios.

—No, gracias —contestó Clara con una sonrisa—. La llevo puesta.

Se señaló el pecho empapado.

—Debes de ser el sueño de todo hombre —bromeó Myrna, y se rió—: por fin una mujer hecha de cerveza y *croissants*.

—Un sueño húmedo, claro —convino Clara, y sonrió.

—¿Has podido leerlos?

No hacía falta que Myrna señalase el montón de papel apestoso. Ambas sabían a qué se refería.

—No. Cada vez que lo intento, algo me lo impide.

—¿Algo?

—Un maldito cadáver —espetó Clara, y enseguida intentó recuperar la compostura—. Dios mío, Myrna, no sé qué me pasa. Debería estar disgustada, destrozada por lo que ha ocurrido. Debería sentirme fatal por la pobre Lillian, pero ¿sabes qué es lo que no me quito de la cabeza? ¿En qué no puedo dejar de pensar?

—En que te ha estropeado tu gran día.

Era una afirmación. Y era cierta. Se lo había arruinado. Ambas estaban de acuerdo en que Lillian tampoco había tenido un buen día, pero de eso ya hablarían más tarde.

Clara lanzó una mirada inquisitiva a su amiga, buscando censura.

—¿Qué me pasa?

—No te pasa nada —respondió Myrna, y se inclinó hacia su amiga—. Yo me sentiría igual. Cualquiera se sentiría fatal. Lo que pasa es que, a lo mejor, no lo decimos. —Sonrió—. Si hubiese sido yo la que estaba allí tendida... —empezó a decir.

—Ni se te ocurra pensar eso —la interrumpió Clara.

Clara estaba asustada, como si dar voz a una idea significase aumentar las posibilidades de que ocurriera; como si ése fuera el proceder del dios en el que ella creía. Pero Myrna sabía que ni su dios ni el de Clara eran tan caóticos y mezquinos como para necesitar o hacer caso de sugerencias tan ridículas.

—Si hubiese sido yo —continuó Myrna—, te importaría.

—Por Dios, jamás me habría recuperado.

—Los periódicos te darían igual.

—Seguro que sí.

—Si se tratase de Gabri o de Peter o de Ruth...

Ambas callaron. Lo estaban llevando demasiado lejos.

—Bueno —continuó Myrna—, incluso siendo una completa desconocida, te habría importado.

Clara asintió.

—Pero Lillian no lo es.

—Ojalá —admitió Clara en voz baja—. Ojalá nunca la hubiera conocido.

—¿Qué era para ti? —preguntó Myrna.

Conocía la historia por encima, pero ahora quería los detalles.

Clara se lo contó todo: la Lillian pequeña, la Lillian adolescente. La Lillian veinteañera. A medida que la historia avanzaba, Clara fue bajando la voz, tirando de las palabras.

Y entonces paró, y Myrna miró a su amiga, en silencio.

—Me recuerda a uno de esos vampiros emocionales —concluyó Myrna al cabo de un momento.

—¿Un qué?

—Cuando ejercía, me encontré con unos cuantos. Gente que exprime a los demás. Todos conocemos a alguien así. Cuando pasamos un rato con ellos, acabamos hechos polvo, sin motivo aparente.

Clara asintió. Se había relacionado con más de una de esas personas, aunque no en Three Pines. Ni siquiera Ruth encajaba en la descripción: ella sólo agotaba las existencias de alcohol y, por extraño que pareciese, después de visitar a la poeta demente, Clara siempre se sentía descansada, llena de energía.

Sin embargo, había otros que sí le chupaban la vida.

Lillian era una de esas personas.

—Pero no fue siempre así —explicó Clara, intentando ser justa con ella—. Hubo un tiempo en que era mi amiga.

—Exacto, así es como suele ocurrir —declaró Myrna, asintiendo con la cabeza—. La rana hervida.

Clara no estaba segura de cómo responder a eso. ¿Seguían hablando de Lillian, o es que la conversación había derivado hacia un programa de cocina francesa?

—¿Quieres decir la vampiresa emocional hervida? —preguntó Clara.

Estaba bastante segura de que ningún humano había pronunciado esa frase antes que ella. Al menos esperaba que así fuese.

Myrna se echó a reír, se reclinó en el sillón y apoyó los pies en el escabel.

—No, pequeño saltamontes. Lillian es el vampiro emocional, tú eres la rana.

—Suenas como un cuento de hadas rechazado de los hermanos Grimm: *La*

rana y el vampiro emocional.

Las dos callaron un momento e imaginaron las ilustraciones.

Myrna fue la primera en reaccionar.

—Se trata de un término de psicología, un fenómeno —aclaró—. Si metes una rana en una olla con agua caliente, ¿qué crees que hará?

—¿Saltar? —sugirió Clara.

—Eso es. Pero si la metes cuando el agua de la olla está a temperatura ambiente y la aumentas poco a poco, ¿qué ocurre?

Clara lo pensó.

—¿Que saltará cuando esté demasiado caliente?

Myrna negó con la cabeza.

—Pues no.

Levantó los pies del pequeño taburete, volvió a echarse hacia delante y la miró con atención.

—La rana se queda en la olla. Se va calentando más y más, pero no se mueve, porque se va adaptando a la temperatura. Y nunca salta.

—¿Nunca? —preguntó Clara en voz baja.

—No. Y al final muere.

Clara respiró hondo poco a poco y después soltó el aire.

—Lo he visto en casos de clientes que habían recibido abusos físicos o emocionales. La relación nunca se inicia con un puñetazo ni con un insulto. De ser así, no habría segunda cita. La cosa empieza bien. Con amabilidad. La otra persona se hace contigo, logra que confíes en ella, que la necesites. Y entonces comienza a cambiar. Aumenta el calor sin que te des cuenta. Hasta que estás atrapada.

—Pero Lillian no era una amante ni mi pareja. Sólo era una amiga.

—Los amigos también pueden abusar de uno. Las amistades pueden deteriorarse, pudrirse —explicó Myrna—. Ella se nutría a base de gratitud, se alimentaba de tus inseguridades y de tu amor por ella. Sin embargo, tú hiciste algo que no había previsto.

Clara esperó.

—Te defendiste. Defendiste tu arte y te marchaste.

Y ella te odió por eso.

—Pero entonces, ¿por qué vino aquí? —preguntó Clara—. Hacía más de veinte años que no la veía, ¿para qué volvió? ¿Qué quería?

Myrna negó con la cabeza, pero no le reveló sus sospechas: que sólo había

un motivo para el regreso de Lillian.

Arruinar el gran día de Clara.

Y eso mismo había hecho, aunque estaba casi segura de que no como ella lo había imaginado, cosa que a Myrna le planteaba una pregunta: ¿quién había urdido el plan?

—¿Puedo decirte algo? —preguntó la librera.

Clara hizo una mueca.

—No me gusta nada cuando me dicen eso, significa que me espera algo horrible. ¿De qué se trata?

—«La esperanza se asienta entre los maestros modernos.»

—Menos mal —suspiró Clara con perplejidad y alivio—, sólo era un sinsentido. ¿Qué es, un juego? ¿Puedo jugar? A menudo la silla de papel de la pared es vacas. —Miró a Myrna con expresión suspicaz—. ¿No habrás estado fumándote el cañán otra vez? Ya sé que dicen que el cáñamo no es una droga, pero no estoy muy convencida.

—«Las obras de Clara Morrow ponen de moda el regocijo.»

—Vale, ¿es una conversación de *non sequiturs*! Es como hablar con Ruth, pero sin tantas putas palabrotas.

Myrna sonrió.

—¿Sabes qué estaba citando?

—Ay, ¿eran citas? —preguntó Clara.

Myrna asintió con la cabeza y señaló la pila de periódicos mojados con la mirada. Clara se fijó y abrió los ojos con sorpresa. Su amiga se levantó, fue arriba y le llevó sus ejemplares, limpios y secos. Clara los cogió, pero le temblaban demasiado las manos, así que Myrna tuvo que buscarle las páginas.

El retrato de Ruth como la Virgen María las contemplaba desde la portada de la sección de arte del *New York Times*. Encima, una única palabra: «Resurgimiento.» Debajo, el titular decía: «La esperanza se asienta entre los maestros modernos.»

Clara soltó esa sección y fue a por las críticas de arte del *Times* de Londres. En la portada había una foto de una contable maoísta en el *vernissage* de Clara y a continuación: «Las obras de Clara Morrow ponen de moda el regocijo.»

—Clara, son buenísimas —declaró Myrna con una sonrisa tan amplia que le dolían las mejillas.

La artista dejó caer las páginas del diario y miró a su amiga. Aquella amiga que le había susurrado en mitad del silencio.

Se levantó. «Resurgimiento», pensó. Surgida.
Y abrazó a Myrna.

Peter Morrow estaba sentado en su estudio, escondiéndose del insistente teléfono, que no paraba de sonar.

Ring. Ring. Ring.

Después de comer, había vuelto a casa buscando un poco de paz y tranquilidad. Clara se había llevado la prensa, supuso él que para leerla a solas. No tenía ni idea de qué habían escrito los críticos, pero las llamadas no habían cesado desde que había puesto un pie en casa. Todo el mundo quería darle la enhorabuena a Clara.

Había mensajes de los conservadores del Musée, encantados con las reseñas y con la consiguiente venta de entradas. Otro de Vanessa Destin-Browne, de la Tate Modern de Londres, que les daba las gracias por la fiesta y también la enhorabuena a Clara. Además, le proponía una reunión para hablar de una posible exposición.

Una exposición de Clara.

Al final había dejado que el teléfono sonase sin contestar y había ido a la puerta del estudio de su esposa. Desde allí se veían unas cuantas marionetas, de cuando Clara pensaba hacer una serie con ellas.

—Tal vez sea demasiado político —había dicho Clara.

—Puede que sí —fue la respuesta de Peter, aunque «político» no era la palabra que le venía a la cabeza.

Veía también los úteros guerreros, amontonados en una esquina. Abandonados tras otra exposición desastrosa.

—Quizá demasiado adelantados a su tiempo —había dicho Clara.

—Tal vez sí —había concedido Peter, aunque «demasiado adelantados a su tiempo» tampoco era lo que le venía la cabeza.

Cuando Clara empezó a pintar *Las tres Gracias* y llevó a su estudio a las tres señoras mayores para que posaran, Peter había sentido lástima por ellas. Le había parecido egoísta por parte de Clara hacerlas estar ahí plantadas para un cuadro que no vería la luz.

Sin embargo, a ellas no les había importado. A juzgar por las risas que interrumpían su concentración, parecían estar divirtiéndose.

Y ahora el cuadro estaba expuesto en el Musée d'Art Contemporain,

mientras que las obras detallistas de Peter se exhibían en alguna escalinata o, con algo de suerte, sobre alguna chimenea, donde apenas las verían un puñado de personas al año y les prestarían la misma atención que al papel de las paredes o a las cortinas. Las considerarían parte de la decoración de un hogar acomodado.

¿Cómo era posible que los retratos que Clara hacía de mujeres tan corrientes fuesen obras maestras?

Peter dio la espalda al estudio de su mujer, pero no antes de ver el sol de la tarde reflejado en los enormes pies de fibra de vidrio colocados a lo largo de la sala.

—A lo mejor son demasiado sofisticados —había sugerido Clara.

—Puede ser —había murmurado Peter.

Cerró la puerta y regresó a su estudio con el sonido del teléfono metido en la cabeza.

El inspector jefe Gamache estaba en el salón grande del bed & breakfast. Las paredes estaban pintadas de un color a medio camino entre el lino y el hueso, y Gabri se había encargado de escoger el mobiliario de entre las mejores antigüedades de Olivier. Pero en lugar de buscar un estilo victoriano recargado, había preferido la comodidad. Frente a la chimenea de piedra había dos sofás grandes, uno delante del otro, y varios sillones creaban distintos espacios tranquilos para conversar por toda la sala. El hotel balneario de Dominique era una joya reluciente y bien cuidada en la cima de la colina, mientras que el bed & breakfast de Gabri descansaba en el valle, algo más alegre, tranquilo y deslucido. Era como la casa de la abuela, si la abuela fuese un homosexual enorme.

Gabri y Olivier seguían sirviendo comidas en el *bistrot* y dejaron a los agentes de la Sûreté a su aire con los huéspedes.

Antes de empezar las entrevistas, sin haber cruzado el umbral del establecimiento, ya habían topado con terreno pedregoso. Al llegar al porche del bed & breakfast, Beauvoir, con mucha precaución, se había llevado a Gamache a un lado.

—Hay algo que creo que debería saber.

Armand Gamache miró a Beauvoir con una sonrisa.

—¿Qué has hecho?

—¿Qué quiere decir?

—Me has recordado a Daniel, cuando de adolescente se metía en líos.

—Sí, es que la noche del baile dejé preñada a Peggy Sue —confesó Beauvoir.

Gamache pareció sorprendido durante un instante, pero enseguida sonrió.

—Venga, ¿de qué se trata?

—He cometido una estupidez.

—Ah, qué recuerdos. Qué tiempos. Sigue.

—Bueno...

—Monsieur Beauvoir, ¡qué placer volver a verlo!

Se abrió la puerta mosquitera y lo saludó una mujer de unos sesenta años.

Gamache se volvió hacia Beauvoir.

—Dime, ¿qué has hecho? Y sé preciso.

—Espero que se acuerde de mí —dijo ella con una sonrisa tímida—. Me llamo Paulette, nos conocimos anoche, en el *vernissage*.

La puerta se abrió de nuevo, y apareció un hombre de mediana edad que, al ver a Beauvoir, sonrió de oreja a oreja.

—¡Mira quién está aquí! —exclamó el señor—. Me parecía haberlo visto bajando por el camino. Anoche lo busqué en la barbacoa, pero no estaba.

Gamache le lanzó una mirada inquisitiva.

Beauvoir dio la espalda a los sonrientes artistas.

—Les dije que era el crítico de arte de *Le Monde*.

—¿Y por qué? —preguntó el inspector jefe.

—Es una larga historia —contestó Beauvoir, aunque más bien era vergonzosa.

Era la pareja de artistas que había insultado las obras de Clara Morrow. Los que se estaban burlando de *Las tres Gracias*, diciendo que parecían payasos. Era cierto que a Beauvoir el arte no le gustaba mucho, pero Clara le caía bien y conocía y admiraba a las mujeres que se habían convertido en las Gracias.

Así que se había dirigido a aquel par de artistas petulantes y les había dicho que el cuadro le gustaba mucho. Entonces había repetido alguna de las frases que había pillado al vuelo en la fiesta sobre perspectiva, cultura y pigmento. Cuanto más hablaba, más le costaba parar, y se dio cuenta de que cuanto más ridículas eran sus afirmaciones, más atención le prestaban.

Hasta que les asestó el *coup de grâce*.

Les soltó una palabra que le había oído decir a alguien. Una palabra que no había escuchado antes y cuyo significado desconocía. Había contemplado el cuadro de las tres Gracias, el de las alegres ancianas, y había dicho: «Naturalmente, la única palabra que se me ocurre es “claroscuro”.»

Como era de esperar, los artistas lo miraron como si estuviera mal de la cabeza.

Y eso lo enojó. Tanto que hizo algo de lo que se arrepentiría al instante.

—No me he presentado —dijo con su francés más refinado—. Soy monsieur Beauvoir, el crítico de arte de *Le Monde*.

—¿Monsieur Beauvoir? —le preguntó el hombre, y abrió los ojos con expresión amable.

—Así es, monsieur Beauvoir, a secas. Creo que el uso de un nombre de pila no es necesario. Demasiado burgués. Ensucia demasiado la página. Supongo que lee mis críticas, *bien sûr*?

El resto de la velada, mientras se corría la voz de que monsieur Beauvoir, el famoso crítico parisino, estaba en la sala, fue muy agradable. Y todo el mundo estuvo de acuerdo con que las obras de Clara eran un maravilloso ejemplo de claroscuro.

Un día de esos, tenía que mirar qué significaba.

Los artistas se habían presentado como Normand y Paulette, nada más.

—Nosotros usamos sólo los nombres de pila.

Pensaba que estaban de broma, pero al parecer no era así. Y ahora los volvía a tener delante.

Normand, con los mismos pantalones de pana, la chaqueta gastada de *tweed* y el pañuelo de la noche anterior; por su parte, su pareja aún llevaba la misma falda de estilo rural, una camiseta y varios fulares.

Lo miraban a él, después a Gamache, y vuelta empezar.

—Tengo que darles dos malas noticias —anunció Gamache, y los condujo hacia el interior—. Ha habido un asesinato, y éste no es monsieur Beauvoir, crítico de arte de *Le Monde*, sino el inspector Beauvoir, un investigador de homicidios de la Sûreté du Québec.

Ya sabían lo del asesinato, así que lo que más les molestó fue la novedad sobre Beauvoir. Gamache contempló con diversión cómo la tomaban con el inspector.

Al ver su sonrisa burlona, Beauvoir le susurró:

—Para que lo sepa, también les dije que usted era monsieur Gamache, el

conservador jefe del Louvre. Que lo disfrute.

Gamache pensó que eso explicaba la gran cantidad de invitaciones a otras exposiciones que había recibido por sorpresa en el *vernissage* y tomó nota de no asistir a ninguna de ellas.

—¿Cuándo decidieron quedarse a dormir? —preguntó el inspector jefe en cuanto la ira amainó.

—Bueno, la idea era volver a casa después de la fiesta, pero se nos hizo tarde y...

Paulette inclinó la cabeza hacia Normand como si quisiera indicar que se había pasado con las copas.

—El dueño del bed & breakfast nos ha dado artículos de aseo y albornoces —explicó Normand—. Enseguida nos iremos a Cowansville, a comprar ropa.

—¿No regresan a Montreal? —preguntó Gamache.

—De momento no. Hemos decidido quedarnos un día o dos, como si fueran unas vacaciones.

Tras un gesto de Gamache, tomaron asiento en el cómodo salón. Los artistas se sentaron juntos en un sofá, y Beauvoir y el inspector jefe, delante de ellos, en el otro.

—¿Quién ha muerto? ¿No habrá sido Clara? —preguntó Paulette, que había conseguido disimular el optimismo casi por completo.

—No —respondió Beauvoir—. ¿Son amigas?

La respuesta le parecía obvia.

Normand soltó una risita burlona.

—Está claro que no conoce a muchos artistas, inspector. Entre nosotros podemos ser civilizados, incluso amigables, pero ¿amigos? Antes trabaríamos amistad con un carcajé.

—Entonces, si no son amigos de Clara, ¿qué los trajo hasta aquí? —preguntó Beauvoir.

—La comida y la bebida gratis. Mucha bebida —respondió Normand mientras se apartaba el pelo de los ojos.

El tipo tenía un aire hastiado, como si ya lo hubiera visto todo y esa experiencia lo divirtiese y entristeciese a un mismo tiempo.

—No vinieron a apoyar su obra, ¿no?

—Su obra no es mala —intervino Paulette—. Me gusta más que lo que hacía una década atrás.

—Demasiado claroscuro —aportó Normand, que al parecer había olvidado

quién había mencionado eso por primera vez—. La exposición de anoche fue una mejora, aunque tampoco era difícil subir el nivel. ¿Cómo olvidar la exposición de los pies gigantescos?

—Ahora en serio, Normand: ¿retratos? ¿Hay algún artista digno que todavía haga retratos?

Normand asintió.

—Su obra está muy manida, es fácil. Es cierto que los sujetos tenían carácter, y los retratos estaban bien ejecutados, pero no se puede decir que esté innovando. No hay nada original ni atrevido. Nada que no hubiésemos podido ver en cualquier galería provincial de segunda clase de Eslovenia.

—Si sus cuadros son tan malos, ¿cómo es que le han dado una exposición individual en el Musée d'Art Contemporain? —preguntó Beauvoir.

—Quién sabe —contestó Normand—. Sería un favor. Política. Esas instituciones tan grandes no se preocupan por el verdadero arte: no se arriesgan, juegan sobre seguro.

Paulette asentía con rotundidad.

—Si Clara Morrow no es amiga de ustedes y además piensan que su obra es una porquería, ¿qué hacen aquí? —preguntó Beauvoir a Normand—. Entiendo que fuesen al *vernissage* por la comida y la bebida, pero ¿por qué vinieron hasta aquí?

Tenía atrapado a Normand, y los dos lo sabían.

El artista respondió un momento después.

—Porque aquí iban a estar los críticos. Igual que los galeristas y los marchantes. Destin-Browne, de la Tate Modern. Castonguay, Fortin; Bishop, del Musée. Los *vernissages* y las exposiciones no tienen nada que ver con lo que cuelga de la pared: lo importante es quién está en la sala. Ése es el verdadero trabajo. Y yo vine a trabajar. No sé cómo se las apañaron los Morrow, pero reunieron a un grupo asombroso de críticos y conservadores.

—¿Fortin? —preguntó Gamache, con evidente sorpresa—. ¿Se refiere a Denis Fortin?

Ahora le tocaba a Normand sorprenderse por que aquel policía rústico conociese a Denis Fortin.

—Eso es, de la Galerie Fortin.

—¿Denis Fortin estuvo en el *vernissage* de Montreal? —insistió Gamache—. ¿Estuvo aquí?

—Sí, las dos cosas. Intenté hablar con él, pero estaba ocupado charlando

con otros.

Hubo una pausa, y el artista hastiado hundió los hombros, arrastrado por el gran peso de la irrelevancia.

—Nos sorprendió mucho que Fortin acudiera a la exposición —comentó Paulette—, teniendo en cuenta lo que le hizo a Clara.

Dejó el comentario en el aire, esperando una pregunta. Paulette y Normand miraron a los investigadores con ansia, como un par de niños hambrientos miraría un pastel.

Para mayor deleite de Beauvoir, el inspector jefe Gamache prefirió no picar el anzuelo. Además, los agentes ya sabían qué le había hecho Fortin a Clara; por eso su presencia les extrañaba tanto.

Beauvoir observó a Normand y a Paulette. Parecían agotados, y el inspector se preguntó de qué. ¿A causa de la larga noche de comida y bebida gratis? ¿O por una noche aún más larga de peloteo desesperado bajo la apariencia de una fiesta? Tal vez sólo estuviesen cansados de nadar sin conseguir salir a flote.

El inspector jefe Gamache se sacó una fotografía del bolsillo.

—Tengo una foto de la víctima, me gustaría que le echasen un vistazo.

Se la pasó a Normand, que enarcó las cejas de inmediato.

—Es Lillian Dyson.

—¿En serio? —preguntó Paulette. Se acercó a él, cogió la imagen y enseguida asintió—. Sí, es ella.

Paulette levantó la vista y la posó en el inspector jefe. Era una mirada sagaz, inteligente. No tan inmadura como la mujer parecía a simple vista. Si recordaba a una niña, pensó Gamache, era a una niña astuta.

—¿Conocían a madame Dyson? —preguntó Beauvoir.

—Bueno, no del todo —respondió Normand.

Gamache pensó que el artista le resultaba casi líquido. Lánguido, sin duda. Alguien que se adaptaba a las corrientes.

—Pues ¿de qué modo, exactamente? —insistió Beauvoir.

—La conocimos hace mucho tiempo, pero llevábamos años sin verla. De pronto, este invierno apareció en un par de exposiciones.

—¿Exposiciones de arte? —preguntó el inspector.

—Claro —respondió Normand—. ¿De qué si no?

Como si no existiera ni importara otra forma de cultura.

—Yo también la vi —añadió Paulette, que no quería ser menos.

Gamache reflexionó sobre la pareja y las creaciones que surgían de su

trabajo en común.

—La vi en algunas exposiciones. Al principio no la reconocí, y tuvo que venir a presentarse. Se había teñido el pelo. Antes lo había tenido pelirrojo, de un naranja brillante. Pero en ese momento lo llevaba rubio y, además, había engordado.

—¿Estaba trabajando como crítica? —preguntó Gamache.

—Que yo sepa no. No tengo ni idea de a qué se dedicaba —respondió ella. Gamache la miró un momento.

—¿Eran amigas?

Paulette vaciló.

—Ya no.

—¿Y años atrás, antes de que se marchase? —preguntó el inspector jefe.

—Yo pensaba que sí —respondió Paulette—. Estaba al inicio de mi carrera y había tenido algún éxito. Acababa de conocer a Normand, y estábamos decidiendo si debíamos colaborar o no. Es muy poco común que dos artistas trabajen en el mismo cuadro.

—Y cometiste el error de preguntarle a Lillian qué opinaba —explicó Normand.

—¿Y qué pensaba? —quiso saber Beauvoir.

—No sé qué le pareció la idea, pero puedo contarle lo que hizo —ofreció Paulette.

La rabia que emanaba de su voz y su mirada era inconfundible.

—Me aseguró que unos días antes Normand le había hablado mal de mí en un *vernissage*. Que se había mofado de mis obras y había comentado que preferiría colaborar con un chimpancé. Lillian me dijo que me lo contaba como amiga, para avisarme.

—Poco después, vino a verme a mí —continuó Normand—. Según ella, Paulette me había acusado de plagiar sus obras. De robarle las ideas. Añadió que sabía que no era cierto, pero quería que yo me enterase de que Paulette se lo estaba diciendo a todo el mundo.

—¿Qué pasó? —preguntó Gamache.

De pronto el ambiente se enranció y se cargó de frases viejas y recuerdos amargos.

—Qué inocentes fuimos —respondió Paulette—. Los dos la creímos y rompimos nuestra relación. Tardamos años en darnos cuenta de que Lillian nos había mentado a ambos.

—Pero ahora estamos juntos. —Normand posó la mano con delicadeza en la de Paulette y le sonrió—. Pese a los años perdidos.

Tal vez, se dijo Gamache mientras los contemplaba, eso era lo que agotaba a Normand: arrastrar ese recuerdo.

A diferencia de Beauvoir, el inspector jefe Gamache sentía mucho respeto por los artistas. Eran sensibles. A menudo parecían ensimismados y no eran aptos para estar en sociedad. Sospechaba que más de uno sufría algún trastorno importante. Vivir al margen no podía ser fácil. Vivir, a menudo, en condiciones de pobreza. Ignorados y ridiculizados por la sociedad, por los organismos de financiación, incluso por otros artistas.

La historia que François Marois les había explicado sobre Magritte no era una excepción. El hombre y la mujer que estaban sentados frente a los dos policías de la Sûreté en el bed & breakfast también eran Magritte: luchaban por su visibilidad, por ser respetados y aceptados.

Sería una vida difícil para cualquiera, y mucho más para personas tan sensibles como los artistas.

Gamache sospechaba que vivir así engendraba miedo. El miedo provocaba ira, e ir acumulando ira a lo largo de los años culminaba con el cadáver de una mujer en un jardín.

Sí, a Armand Gamache le caían bien los artistas, pero también sabía de qué eran capaces: de grandes creaciones y de gran destrucción.

—¿Cuándo se marchó Lillian de Montreal? —preguntó Beauvoir.

—Ni lo sé ni me importa —contestó Paulette.

—Pero ¿le importó cuando se enteró de que había regresado?

—¿Le importaría a usted?

Paulette miró a Beauvoir con rabia.

—Mantuve las distancias. Todos sabíamos lo que había hecho y de lo que era capaz. Así que no quisimos convertirnos en su objetivo.

—«Es un generador nato. Produce arte como si se tratara de una función fisiológica» —recitó Normand.

—*Pardon?*

—Es de una de sus críticas —aclaró Paulette—. La frase que la hizo famosa. Una agencia de información usó la reseña y se hizo internacional.

—¿Sobre quién lo escribió? —preguntó Beauvoir.

—Ésa es la cuestión —explicó Paulette—. Tiene gracia que todo el mundo recuerde la cita, pero no al artista.

Tanto Beauvoir como Gamache sabían que eso no era cierto.

«Es un generador nato. Produce arte como si se tratara de una función fisiológica.»

Era un comentario inteligente, casi un halago que escondía un rechazo feroz.

Cualquiera se acordaría de esa crítica.

Por ejemplo, el artista.

SIETE

Armand Gamache y Jean-Guy Beauvoir salieron al camino desde el amplio porche del bed & breakfast.

Hacía muy buen día, y Beauvoir tenía sed.

—¿Tomamos algo? —le propuso al inspector jefe, sabiendo que era una apuesta segura.

Sin embargo, Gamache lo sorprendió.

—Sí, pero dame unos minutos. Antes tengo que hacer una cosa.

Los dos se detuvieron en el camino de tierra. El día estaba pasando de cálido a caluroso. Algunos de los lirios tempranos de color blanco que había en los parterres estaban abiertos del todo; más que abiertos, estaban a punto de explotar y dejaban a la vista sus centros de color negro.

Beauvoir se lo tomó como una confirmación. Dentro de cada ser viviente, sin importar cuán hermoso fuese, si se abría lo suficiente, en su interior se hallaba oscuridad.

—Me parece interesante que Normand y Paulette conociesen a Lillian Dyson —dijo Gamache.

—¿Y por qué? —preguntó Beauvoir—. ¿No es lo habitual? Al fin y al cabo, están todos en el mismo ambiente. Lo estaban hace veinticinco años y también hace unos meses. Lo sorprendente sería que no se hubiesen conocido.

—Tienes razón. Lo que sí es interesante es que ni François Marois ni André Castonguay admitan conocerla. ¿Cómo es posible que Normand y Paulette la conozcan, y ellos dos no?

—Seguro que no frecuentaban los mismos círculos —aventuró Beauvoir.

Se alejaron del bed & breakfast y fueron hacia la colina donde terminaba Three Pines. Beauvoir se quitó la chaqueta, pero el inspector jefe se la dejó puesta. Hacía falta mucho más que un día cálido para que él fuese por ahí en mangas de camisa.

—La escena artística de Quebec no tiene tantos círculos —explicó Gamache—. Y puede que los marchantes no se hagan amigos de todo el

mundo, pero estoy seguro de que al menos saben que existen. Si no hoy en día, por lo menos sí hace veinte años, cuando Lillian era crítica de arte.

—Entonces nos han mentido.

—Eso es lo que voy a averiguar. Pero me gustaría que tú te acercaras al centro de coordinación para ver cómo van las cosas. ¿Qué tal si quedamos en el *bistrot* —Gamache miró el reloj— dentro de tres cuartos de hora?

Cada uno se fue por su lado, y Beauvoir se detuvo un momento a mirar al inspector jefe, que subía la colina con paso firme.

El inspector atravesó el parque del pueblo en dirección al centro de coordinación, pero mientras caminaba por el césped frenó, torció a la derecha y se sentó en un banco.

—Hola, capullo.

—Hola, vieja borracha.

Ruth Zardo y Jean-Guy Beauvoir, sentados el uno al lado del otro con una barra de pan duro entre los dos. El inspector cogió un pedazo, lo hizo migas y se las tiró a los petirrojos que se habían reunido allí.

—¿Qué haces? Eso es mi almuerzo.

—Los dos sabemos que hace años que usted no come sólido —espetó Beauvoir.

Ruth se echó a reír.

—Es verdad. De todos modos, ahora me debes una comida.

—Luego la invito a una cerveza.

—¿Qué os trae de nuevo a Three Pines?

Ruth lanzó más pan a los pájaros, o tal vez contra los pájaros.

—El asesinato.

—Ah, eso.

—¿La vio anoche en la fiesta?

Beauvoir le entregó la foto de la mujer muerta. Ella la estudió y se la devolvió.

—No.

—¿Qué tal estuvo la fiesta?

—¿La barbacoa que organizaron aquí? Demasiada gente. Demasiado ruido.

—Bebida gratis —sugirió Beauvoir.

—No me digas que era gratis. *Merde*. Entonces no hacía falta que la sacase a escondidas. De todos modos, es más divertido si la robas.

—¿No pasó nada raro? ¿Ni discusiones ni jaleo? ¿No hubo nadie que se

pusiera agresivo con tanta bebida de por medio?

—¿Qué me dices, que el alcohol causa agresividad? ¿De dónde has sacado esa idea, idiota?

—Entonces, ¿anoche no sucedió nada que se saliera de lo habitual?

—No, que yo viese.

Ruth partió otro pedazo de pan y se lo tiró a un petirrojo rechoncho.

—Siento lo de tu separación. ¿La quieres?

—¿A mi mujer?

A Beauvoir le habría gustado saber a qué venía la pregunta: ¿era puro interés o es que la mujer no sabía dónde se encontraba la barrera de lo personal?

—Creo que...

—No, a tu mujer no. A la otra. A la feúcha.

Beauvoir creyó que le daba un vuelco el corazón y sintió cómo palidecía de golpe.

—Está usted borracha —soltó, y se levantó.

—Y agresiva —añadió ella—. Pero tengo razón: vi cómo la mirabas y creo que sé quién es. Está usted enamorado, joven señor Beauvoir.

—No tiene ni idea de nada.

Se marchó. Intentó no echar a correr y se obligó a caminar poco a poco, pero con ritmo. Izquierda, derecha. Izquierda, derecha.

Delante de él tenía el puente y, más allá, el centro de coordinación. Allí estaría a salvo.

No obstante, el joven señor Beauvoir empezaba a ser consciente de algo.

No había ningún lugar seguro. Ya no.

—¿Has leído esto? —preguntó Clara.

Dejó el vaso vacío en la mesa y le dio el *Ottawa Star* a Myrna.

—Al *Star* le ha parecido una exposición horrible.

—¿En serio?

Myrna cogió el periódico y le echó un vistazo. Tenía que admitir que la reseña no era muy positiva.

—¿Qué me han llamado? —quiso saber Clara, sentada en el brazo del sillón de Myrna—. Aquí está —dijo, y clavó el índice en la página—. «Clara Morrow es un loro viejo y cansado que tan sólo imita a los artistas de

verdad.»

Myrna se rió.

—¿Te parece gracioso?

—¿No irás a tomarte ese comentario en serio?

—¿Por qué no? Si me tomo los buenos en serio, tendré que hacer lo mismo con los malos, ¿no?

—Pero fíjate —instó Myrna, y señaló los diarios que había sobre la mesita —: el *Times*, el *New York Times*, *Le Devoir*. Todos están de acuerdo en que tu arte es novedoso y apasionante. Magnífico.

—He oído que el crítico de *Le Monde* estaba por ahí, pero no se ha molestado en escribir una reseña.

Myrna observó a su amiga.

—Estoy segura de que lo hará y de que coincidirá con el resto. La exposición está siendo un gran éxito.

—«Pese a ser agradables, sus obras carecen de un elemento visionario y atrevido» —leyó Clara por encima del hombro de Myrna—. Ellos no piensan lo mismo.

—Pero si es el *Ottawa Star*, por Dios. A alguien tenía que desagradarle, y menos mal que es a ellos.

Clara releyó la reseña y sonrió.

—Tienes razón.

Regresó a su silla de la librería.

—¿Nunca te han dicho que los artistas están chiflados?

—Es la primera vez que lo oigo.

Myrna miró a Ruth por la ventana mientras la anciana acribillaba a los pájaros con pedazos de pan. En lo alto de la colina, vio a Dominique Gilbert regresar al establo a lomos de lo que parecía un alce. Fuera del *bistrot*, en la *terrasse*, Gabri estaba sentado a la mesa de una clienta, comiéndose su postre.

No era la primera vez que el pueblo de Three Pines le parecía el equivalente de una protectora de animales, donde se acogía a los heridos, a los rechazados. A los locos, a los doloridos.

Aquel lugar era un refugio. Aunque estaba claro que allí no se estaba a salvo del asesinato.

Dominique Gilbert le estaba almohazando el lomo a *Buttercup*. Iba

describiendo círculos y más círculos con la mano, y siempre se acordaba de aquella escena de *Karate Kid*: dar cera, pulir cera. Pero en lugar de una esponja tenía una almohaza, y en vez del coche, un caballo. O algo parecido.

Buttercup estaba en el pasillo del establo, fuera de su compartimento. *Chester* los observaba haciendo su bailecillo habitual, como si tuviera una banda de mariachis en la cabeza. *Macaroni*, al que ya había cepillado, estaba en el campo, revolcándose en el barro.

Mientras le frotaba el lodo seco y endurecido al enorme caballo, Dominique reparaba en las cicatrices, las costras, los trozos de piel donde las heridas habían sido tan profundas que el pelo no volvería a crecer.

Y, sin embargo, aquel caballo tan grande le dejaba que lo tocara. Que lo acicalara. Que lo montara. Igual que *Chester* y *Macaroni*. Si alguna criatura se había ganado el derecho a rebelarse, eran ellos; en cambio, eran las bestias más amables que existían.

De pronto oyó voces fuera.

—Ya nos ha mostrado la fotografía.

Era uno de sus huéspedes y sabía cuál: André Castonguay, el galerista. La mayoría de los clientes se había marchado, pero aún quedaban dos: messieurs Castonguay y Marois.

—Sí, pero me gustaría que la mirara de nuevo.

Era el inspector jefe Gamache, que había vuelto a subir. Dominique, oculta tras el gran lomo de *Buttercup*, miró a través del rectángulo de luz que había a un extremo del establo. Se sentía algo violenta y pensó que quizá debería anunciar su presencia. Los dos hombres estaban al sol, apoyados en la valla. Lo más probable es que fueran conscientes de que aquél no era un lugar privado. Además, ella había llegado primero. Y quería escuchar.

Así que, en lugar de decir nada, siguió frotando al caballo, que no daba crédito a su suerte: el cepillado estaba durando mucho más de lo habitual. Sin embargo, lo que parecía un cariño excesivo por su grupa era en realidad inquietud.

—Quizá deberíamos echarle otro vistazo —oyó decir a François Marois.

Su voz sonaba razonable, incluso amistosa.

Hubo una pausa. Dominique vio a Gamache entregar una foto a cada uno. Marois y Castonguay las miraron y se las intercambiaron.

—Me han dicho que no conocían a la mujer —empezó Gamache.

Parecía relajado, como en una conversación con amigos.

Sin embargo, Dominique no era tonta. Se preguntó si esos dos caballeros estarían mintiendo a Gamache. Castonguay tal vez sí. Pero dudaba de que Marois se prestara al engaño.

—He pensado —continuó Gamache— que a lo mejor antes les he pillado por sorpresa y que necesitarían verlas otra vez.

—Yo no —protestó Castonguay, pero Marois le tocó el brazo y calló.

—Tiene toda la razón, inspector jefe. No puedo hablar por André, pero me da apuro admitir que la conozco. Es Lillian Dyson, ¿verdad?

—Pues yo no sé quién es —dijo Castonguay.

—Creo que debería rebuscar en la memoria un poco más —insistió Gamache.

Su voz, aunque seguía siendo afable, tenía cierto peso. Ya no empleaba el tono ligero de un momento antes.

Detrás de *Buttercup*, Dominique se sorprendió rezando para que Castonguay aceptase el cable que le acababa de tender el inspector jefe. Que se diese cuenta de lo que era: un obsequio en lugar de una trampa.

El galerista miró hacia los campos, y los otros dos siguieron su ejemplo. Desde donde estaba, Dominique no veía la campiña, pero conocía las vistas muy bien. Las contemplaba a diario. A menudo, al acabar el día, se sentaba en el patio de detrás de su casa, donde no podían entrar los huéspedes, y se tomaba un *gin-tonic*. Y miraba. Igual que antes hacía desde la ventana de su oficina de ejecutiva en la decimoséptima planta del banco.

Ahora las vistas desde su ventana eran más reducidas pero más bellas. Hierbas altas, tiernas flores silvestres, montañas y bosques, y los caballos viejos y cansados dando vueltas por el campo.

En su opinión, no había nada más espléndido que eso.

Así que Dominique sabía qué estaban viendo los tres hombres, pero no lo que pensaban.

Pero podía imaginárselo.

El inspector jefe Gamache había regresado para interrogar de nuevo a ambos. Para repetir las mismas preguntas que ya les había hecho. Eso era evidente, igual que la conclusión.

La primera vez le habían mentido.

François Marois abrió la boca para hablar, pero Gamache lo acalló con un gesto.

Sólo Castonguay podía rescatarse a sí mismo.

—Es cierto —admitió el galerista al final—. Supongo que sí la conozco.

—¿Lo supone, o la conoce?

—La conozco, ¿de acuerdo?

Gamache lo miró con seriedad y recuperó las fotografías.

—¿Por qué me ha mentado?

Castonguay suspiró y negó con la cabeza.

—No ha sido así. Estaba cansado, puede que tuviera algo de resaca. La primera vez no he mirado bien la foto, y ya está. No ha sido a propósito.

Gamache dudaba de la veracidad de eso, pero pensó que no valía la pena discutir. Sería una pérdida de tiempo y sólo conseguiría ponerlo más a la defensiva.

—¿La conocía bien? —prefirió preguntar.

—No. Últimamente la he visto en algunas inauguraciones y en una ocasión vino a hablar conmigo —explicó Castonguay como si Lillian Dyson hubiese hecho algo de mal gusto—. Me dijo que tenía un portafolio con sus obras que podría enseñarme.

—¿Qué contestó usted?

Castonguay lo miró asombrado.

—Que no, por supuesto. ¿Tiene idea de cuántos artistas me envían muestras de su trabajo?

Gamache permaneció en silencio; esperaba una respuesta altanera.

—Todos los meses recibo cientos, desde todas las partes del mundo.

—Así que la rechazó. Pero ¿y si sus cuadros fuesen buenos? —sugirió el inspector jefe, y la respuesta fue otra mirada fulminante.

—Si tuviera algo de talento, ya me habrían hablado de ella. No era una joven brillante que digamos, y la mayoría de los artistas, si van a producir algo bueno, lo han hecho antes de los treinta.

—Pero no siempre es así —insistió Gamache—. Clara Morrow tiene la misma edad que madame Dyson y la acaban de descubrir.

—Yo no la he descubierto. Sigo pensando que su trabajo no vale nada.

Gamache se volvió hacia François Marois.

—¿Y usted, monsieur, conocía bien a Lillian Dyson?

—No, tampoco. Hacía unos meses que la veía en los *vernissages* y sabía quién era, nada más.

—¿Cómo lo sabía?

—La comunidad artística de Montreal es bastante pequeña. Hay mucha

gente que pinta por afición y sin gran talento. Después hay algunos que son mejores y de vez en cuando hacen una exposición. Pintores que, aunque no se han hecho muy famosos, son buenos artesanos. Como Peter Morrow. Y luego hay unos pocos que son grandes artistas, como Clara Morrow.

—¿Y en qué categoría estaba Lillian Dyson?

—No lo sé —admitió Marois—. A mí también me pidió que viese su trabajo, pero no pude aceptar. No tengo tiempo para todo.

—¿Por qué decidieron quedarse a pasar la noche en Three Pines?

—Como ya le he dicho, fue una decisión de última hora. Quería ver el lugar donde Clara crea sus obras.

—Sí, así es. Pero no con qué fin.

—¿Tiene que haber un fin? —preguntó Marois—. ¿No se puede echar un vistazo sin más?

—Puede que la mayoría sí. Sin embargo, sospecho que usted no.

Marois miró a Gamache a los ojos, con suspicacia. No parecía muy contento.

—Mire, Clara Morrow está en un cruce de caminos —explicó el marchante—. Tiene que tomar una decisión. Le han dado una oportunidad estupenda y de momento los críticos la adoran, pero mañana adorarán a otro, por eso necesita a alguien que la guíe. Un mentor.

Gamache lo miró desconcertado.

—¿Un mentor?

La pregunta quedó suspendida en el aire.

Se hizo un silencio largo y elocuente.

—Sí —contestó Marois, envuelto de nuevo en su aura elegante—. Soy consciente de que estoy llegando al final de mi carrera. Tendré ocasión de guiar a uno, quizá a dos artistas excepcionales, pero no puedo perder el tiempo. He pasado el último año buscando al que tal vez sea el último. He asistido a cientos de *vernissages* por todo el mundo. Y al final he encontrado a Clara Morrow aquí mismo.

El distinguido marchante miró a su alrededor. Al caballo descoyuntado que había en el campo y se había salvado del matadero. A los árboles y el bosque.

—Justo al lado de casa.

—En mitad de la nada, querrás decir —apuntó Castonguay, que continuó contemplando la escena con desagrado.

—Es obvio que Clara es una artista excepcional —prosiguió Marois sin

hacer caso del galerista—. Pero las mismas dotes que la convierten en eso le impiden navegar por el mundo del arte.

—Tal vez esté subestimando a Clara Morrow —respondió Gamache.

—Puede que sí, y que usted esté subestimando el mundo del arte. No se deje engañar por la creatividad ni por ese envoltorio amable. Es un mundo feroz, lleno de gente insegura y codiciosa. Miedo y codicia: eso es lo que hay en un *vernissage*. Mucho dinero en juego, fortunas. Y también muchos egos. Es una combinación volátil.

Marois lanzó una mirada breve a Castonguay y volvió al inspector jefe.

—Yo lo conozco bien. Puedo llevarlos hasta la cima.

—¿Llevarlos? —preguntó Castonguay.

Gamache pensaba que el galerista había perdido el interés por la conversación y ya no los escuchaba, pero se dio cuenta de que Castonguay estaba prestando mucha atención. Se advirtió a sí mismo de que en el futuro no debía subestimar la venalidad del mundo del arte ni a aquel hombre tan altanero.

Marois se volvió hacia Castonguay. Era obvio que estaba sorprendido de que el galerista estuviera siguiendo la conversación.

—Sí, en plural.

—¿Qué quieres decir? —exigió saber Castonguay.

—Me refiero a los dos Morrow. Me he propuesto ficharlos a los dos.

Castonguay abrió los ojos y apretó los labios. Cuando habló, lo hizo levantando la voz.

—Y luego eres tú quien habla de codicia. ¿Para qué los quieres a los dos? Ni siquiera te gusta cómo pinta él.

—¿Y a ti sí?

—Creo que sus cuadros son mucho mejores que los de su mujer. Tú quédate con Clara, y yo representaré a Peter.

Mientras escuchaba, Gamache se preguntó si así era como se había negociado la Conferencia de Paz de París después de la Primera Guerra Mundial, cuando los ganadores se repartieron Europa. Sentía curiosidad por saber si el resultado sería igual de desastroso.

—No quiero sólo a uno —repuso Marois con voz razonable, sedosa, contenida—. Los quiero a los dos.

—Cabrón de mierda... —soltó Castonguay.

A Marois no pareció importarle el insulto. Se volvió hacia el inspector jefe

como si Castonguay acabase de hacerle un cumplido.

—¿En qué momento de ayer decidió que Clara Morrow era la elegida?

—Usted estaba conmigo, inspector jefe. Fue cuando vi la luz en el ojo de la Virgen María.

Gamache guardó silencio, recordando aquel momento.

—Si no me falla la memoria, pensó que podría ser un efecto de la luz.

—Y lo mantengo, pero ¿no le parece extraordinario? En esencia, Clara Morrow ha capturado la experiencia humana. La esperanza de una persona significa la crueldad para otra. ¿Es luz o una falsa promesa?

Gamache se volvió hacia André Castonguay, que parecía atónito ante su conversación, como si hubieran asistido a exposiciones distintas.

—Me gustaría que nos centrásemos de nuevo en la víctima —anunció Gamache.

Se dio cuenta de que, durante un instante, Castonguay parecía perdido. Un asesinato eclipsado por la codicia. Por el miedo.

—¿Le sorprendió ver a Lillian Dyson en Montreal?

—¿Si me sorprendió? —se extrañó Castonguay—. No pensé nada. No le di más vueltas.

—Debo decir que a mí me pasó lo mismo, inspector jefe —añadió Marois—. Me daba lo mismo que madame Dyson estuviera en Montreal o en Nueva York.

Gamache lo miró interesado.

—¿Cómo sabía que estuvo en Nueva York?

Por primera vez, Marois vaciló. Se le agrietaba la compostura.

—Supongo que alguien me lo habrá dicho. El mundo del arte está lleno de chismosos.

El mundo del arte, pensó Gamache, estaba hasta arriba de otra cosa que también podría mencionar, y aquél le parecía el ejemplo perfecto. Le clavó la mirada al marchante, hasta que éste apartó la suya y se quitó un pelo invisible de la camisa inmaculada.

—He oído que otro de sus colegas del arte estuvo en la fiesta. Denis Fortin.

—Así es —contestó Marois—. Me sorprendió verlo allí.

—¡Eso sí que es quedarse corto! —soltó Castonguay con un resoplido—. Increíble, después de lo que le hizo a Clara Morrow. ¿Sabe algo de eso?

—Cuenta —le pidió Gamache, aunque conocía la historia de sobra, y la pareja de artistas se lo acababa de recordar con gran placer.

Con satisfacción manifiesta, André Castonguay relató la historia de cómo Denis Fortin había fichado a Clara para una exposición individual, aunque después había cambiado de opinión y la canceló.

—No sólo la canceló, la trató de pena. Le dijo a todo el mundo que no valía nada. Yo estoy de acuerdo, pero ¿se imagina su sorpresa al ver que, sin ir más lejos, era el Musée quien aprovechaba la oportunidad?

A Castonguay le gustaba la anécdota, porque denigraba no sólo a Clara, sino también a su competidor, Denis Fortin.

—En ese caso, ¿por qué cree que acudió a Montreal? —preguntó Gamache. Ambos se lo pensaron.

—No tengo ni idea —admitió Castonguay.

—Tienen que haberlo invitado —aseguró Marois—, pero no creo que estuviera en la lista de Clara Morrow.

—¿Es habitual que la gente se cuele en estos eventos?

—Sí, algunos lo hacen, pero suelen ser artistas que buscan contactos.

—O comida y bebida gratis —musitó Castonguay.

—Según ha dicho antes, madame Dyson le pidió que viese su trabajo —dijo Gamache a Castonguay—, pero usted lo rechazó. Sin embargo, yo tenía entendido que ella era crítica de arte y no artista.

—Cierto. Había escrito para *La Presse*, pero eso fue hace muchos años. Después desapareció y pusieron a otra persona.

Parecía aburrido, como si apenas pudiera mantener las formas.

—¿Era buena crítica de arte?

—¿Cómo espera que me acuerde de eso?

—Del mismo modo que esperaba que la recordase al ver la foto, monsieur.

Gamache clavó una mirada firme al galerista, y Castonguay, de mejillas ya rubicundas, se sonrojó.

—Yo recuerdo sus reseñas, inspector jefe —intervino Marois, y se dirigió a Castonguay—. Y tú también.

—De eso nada.

Castonguay lo miró con odio.

—«Es un generador nato. Produce arte como si se tratara de una función fisiológica.»

—¡No me digas! —exclamó Castonguay, y se rió—. ¿Eso lo escribió Lillian Dyson? *Merde*. Con esa mala baba, a lo mejor resulta que sí era una artista decente.

—¿A quién se refería? —preguntó Gamache a los dos.

—No puede haber sido nadie famoso, o nos acordaríamos —respondió Marois—. Seguro que fue algún pobre artista que cayó en el olvido.

Con esa crítica atada al cuello como una piedra, pensó Gamache.

—¿Qué más da? —quiso saber Castonguay—. Fue hace veinte años o más. ¿Cree que una reseña de hace décadas tiene algo que ver con el asesinato?

—Creo que el asesinato tiene muy buena memoria.

—Si me disculpa, tengo que hacer unas llamadas —informó André Castonguay.

Marois y Gamache lo observaron mientras caminaba hacia el hotel balneario.

—Ya sabe lo que va a hacer, ¿verdad?

—Va a llamar a los Morrow para convencerlos de que se reúnan con él.

Marois sonrió.

—*Exactement.*

Juntos se dirigieron a su vez al hotel.

—¿No está preocupado?

—André no me preocupa, para mí no es una amenaza. Si los Morrow son tan tontos como para irse con él, se los puede quedar.

Sin embargo, Gamache no le creyó. François Marois tenía una mirada demasiado afilada, demasiado perspicaz. Su ademán relajado estaba demasiado estudiado.

No, Marois tenía muchas preocupaciones. Disponía de dinero y de poder, así que debía de tratarse de otra cosa.

Miedo y codicia. Eso era lo que movía el mundo del arte. Gamache sabía que esa afirmación probablemente era cierta. Por lo tanto, si Marois no estaba actuando por codicia, su motivación era otra.

El miedo.

¿Qué podía asustar a aquel destacado marchante septuagenario?

—¿Me acompaña, monsieur? —Armand Gamache extendió el brazo, invitándolo a dar un paseo—. Voy a bajar al pueblo.

Marois, que no tenía ninguna intención de caminar hasta Three Pines, se paró a pensar y enseguida comprendió qué era en realidad aquella invitación: una petición educada. No llegaba a ser una orden, pero casi.

Fue hasta el inspector jefe y juntos bajaron la cuesta hacia el pueblo, sin prisa.

—Qué bonito —comentó Marois, que se había detenido a contemplar Three Pines con una sonrisa en los labios—. Entiendo que Clara Morrow escogiese vivir aquí. Tiene magia.

—A veces me pregunto lo importante que es el entorno para un artista. —Gamache también se fijó en la tranquilidad que respiraba el pueblo—. Muchos escogen las grandes ciudades: París, Londres, Venecia. Apartamentos sin agua caliente y buhardillas en el Soho y en Chelsea. Sin ir más lejos, Lillian Dyson se mudó a Nueva York, pero Clara no. Los Morrow escogieron quedarse aquí. ¿Afecta el lugar donde viven los artistas a sus creaciones?

—Sin duda. Su entorno y con quién pasan el tiempo. Estoy convencido de que Clara no habría creado esa serie de retratos en ningún otro lugar.

—Me resulta fascinante que haya gente que estudie esos cuadros y vea sólo retratos bonitos de señoras mayores. Algo tradicional, aburrido incluso. Pero usted no.

—Ni usted, inspector jefe. Y cuando miramos Three Pines tampoco vemos un simple pueblo.

—¿Qué ve usted, monsieur Marois?

—Un cuadro.

—¿Un cuadro?

—Uno muy bonito, claro. No obstante, todas las obras, desde la más inquietante hasta la más exquisita, están hechas de lo mismo: del juego entre la luz y la oscuridad. Eso es lo que yo veo: mucha luz y también mucha oscuridad. Y eso es lo que la gente echa en falta en las pinturas de Clara. La luz es tan obvia que los engaña, y algunos tardan un tiempo en apreciar el sombreado. Sin embargo, yo creo que ésa es una de las características que la hacen tan especial. Es muy sutil, pero muy subversiva. Tiene mucho que decir y no se apresura a revelarlo.

—*C'est intéressant, ça* —convino Gamache, asintiendo con la cabeza.

No era muy diferente de lo que él mismo pensaba de Three Pines, pues se necesitaba tiempo para descubrir el pueblo. Pero la analogía de Marois tenía sus límites. Por muy espectacular que fuese, una pintura no tendría nunca más de dos dimensiones. ¿Era así como Marois veía el mundo? ¿Había una tercera dimensión que él pasaba por alto?

Reemprendieron el paso. En el parque vieron a Clara sentada junto a Ruth y las observaron mientras la anciana arrojaba pedazos de pan seco a los pájaros. No tenían claro si intentaba alimentarlos o matarlos.

François Marois entrecerró los ojos.

—Ésa es la mujer del retrato de Clara.

—Eso es. Ruth Zardo.

—¿La poeta? Pensaba que estaba muerta.

—Es un error comprensible —concedió Gamache al tiempo que saludaba a Ruth, que contestó con una peineta—. Parece que el cerebro le aguanta, aunque se le haya parado el corazón.

El sol de la tarde daba a François Marois en la cara y lo obligaba a cerrar los ojos, pero detrás de él se alargaba una sombra larga y definida.

—¿Por qué quiere a los dos Morrow cuando es obvio que prefiere los cuadros de Clara? De hecho, ¿le gustan los de Peter?

—No. Me parecen superficiales. Calculados. Es un buen artista, pero creo que podría serlo mucho más si emplease más instinto y menos técnica. Es un delineante excelente.

Era un comentario sin malicia, lo que convertía aquel análisis frío en mucho más crítico. Y tal vez más certero.

—Dice que no le queda mucho tiempo ni energía —insistió Gamache—. Sé por qué motivo escogería a Clara, pero ¿por qué molestarse con Peter, si ni siquiera le interesa?

Marois vaciló.

—Así es más fácil de gestionar. Podemos tomar decisiones que afecten a la carrera de ambos. Quiero que Clara sea feliz y creo que estaría más contenta si alguien se ocupase de Peter.

Gamache miró al marchante. Era una observación astuta, pero insuficiente. Marois se refería a la felicidad de Clara y de Peter, pero con eso evitaba contestar a la pregunta.

Entonces el inspector jefe se acordó de la historia que le había contado sobre su primer cliente, el artista mayor que se vio sobrepasado por su esposa. Para proteger el frágil ego de su marido, la mujer abandonó la pintura.

¿Era eso de lo que Marois tenía miedo? ¿Temía perder su última clienta, su último descubrimiento, porque Clara amase más a su marido que al arte?

¿O era un asunto aún más personal? Tal vez no tuviera nada que ver con ellos dos ni con el arte. Tal vez François Marois simplemente tuviera miedo de perder.

André Castonguay era propietario de obras de arte, pero François Marois tenía a los artistas. ¿Cuál de los dos ostentaba más poder? ¿Cuál era el más

vulnerable?

Las pinturas enmarcadas no podían abandonarlo. Los artistas, sí.

¿De qué tenía miedo François Marois?, se preguntó Gamache de nuevo.

—¿Por qué está aquí?

Marois parecía sorprendido.

—Ya se lo he explicado, inspector jefe. Dos veces. He venido a fichar a Peter y a Clara Morrow.

—Y, sin embargo, dice no importarle si monsieur Castonguay se le adelanta.

—No puedo controlar la estupidez ajena —respondió Marois, y sonrió.

Gamache se quedó mirando al marchante, y a éste le flaqueó la sonrisa.

—Me esperan para tomar algo, monsieur —dijo Gamache con afabilidad—. Si no hay nada más que debemos hablar, le dejo tranquilo.

Se dio la vuelta y se encaminó al *bistrot*.

—¿Pan?

Ruth ofreció a Clara algo con el aspecto y la consistencia de un ladrillo.

Ambas arrancaron pedazos. Ruth se los lanzaba a los petirrojos, que huían al instante. Clara se limitaba a arrojarlos a sus propios pies.

Pam, pam, pam.

—Me han dicho que los críticos vieron algo en tus cuadros que desde luego yo no veo.

—¿Qué quieres decir?

—Que les gustaron.

Pim, pam, pim.

—No a todos —la corrigió Clara, y se rió—. El *Ottawa Star* dice que mis obras son bonitas, pero ni visionarias ni atrevidas.

—Ay, el *Ottawa Star*, ese periódico de renombre. Recuerdo que los del *Drummondville Post* dijeron una vez que mi poesía era aburrida y poco interesante. —Ruth resopló—. Mira, dale a ése.

Señaló un arrendajo más atrevido que los demás y al ver que Clara no se movía, le lanzó al pájaro un proyectil de pan duro.

—Casi le doy —se lamentó Ruth, aunque su compañera sospechaba que de haberlo querido, no habría errado el tiro.

—Me han llamado «loro viejo y cansado que imita a los artistas de verdad».

—Qué ridiculez. Los loros no imitan. Son las gráculas religiosas las que lo hacen. Los loros aprenden palabras y las dicen a su manera.

—Fascinante —farfulló Clara—. Tengo que escribirles una carta muy seria para corregirlos.

—Los del *Kamloops Record* se quejaron de que mis poemas no riman.

—¿Te acuerdas de todas las reseñas que te han hecho?

—Sólo de las malas.

—¿Por qué?

Ruth se volvió para mirarla a la cara. Clara no le vio frialdad ni enfado en los ojos. No había ni asomo de malicia, sino asombro.

—No lo sé. A lo mejor ése es el precio de la poesía.
Y, al parecer, del arte también.

—¿Qué quieres decir?

—Que es el resultado del dolor. Sin él no hay producto.

—¿Eso es lo que piensas?

—¿Tú no? ¿Qué ha dicho el *New York Times* sobre tu exposición?

Clara intentó hacer memoria. Sabía que era algo bueno. Algo sobre esperanza y resurgimiento.

—Bienvenida al banco —dijo Ruth—. Llegas pronto. Creía que te costaría otros diez años, pero hete aquí.

Durante un instante, Ruth tuvo justo el mismo aspecto que en su retrato: amargada, decepcionada. Una mujer que pese a estar sentada al sol, recordaba, revisitaba y revisaba hasta el último insulto. Sacaba a la luz todas y cada una de las palabras crueles y las examinaba como si fueran regalos de cumpleaños que no daban la talla.

«¡Pero no! ¡No y no! —pensó Clara—. Seguía lamentándose el difunto.»

¿Era así cómo empezaba?

Miró a Ruth mientras ésta disparaba un mendrugo de pan incomedible a un pájaro.

Clara se levantó para marcharse.

—«La esperanza se asienta entre los maestros modernos.»

Clara se volvió. Ruth la estaba mirando. Sus ojos legñosos reflejaban la luz del sol.

—Eso es lo que dice el *New York Times* —afirmó Ruth—. Y el *Times* de Londres: «Las obras de Clara Morrow ponen el regocijo de moda.» No lo olvides, Clara —susurró.

Ruth apartó la mirada y se quedó sentada con la espalda recta, a solas con sus pensamientos y el pan duro como una piedra. De vez en cuando echaba un vistazo al cielo vacío.

OCHO

Gabri sirvió una limonada a Beauvoir y té helado al inspector jefe. Los vasos tenían una rodaja de limón en el borde y sudaban en el calor de la tarde.

—¿Queréis reservar en el bed & breakfast? —preguntó Gabri—. Si os apetece, hay habitaciones disponibles.

—Ahora lo hablamos. *Merci, patron* —respondió Beauvoir con una leve sonrisa.

Aún lo incomodaba fraternizar con los sospechosos, pero ya no parecía capaz de evitarlo. Le tocaban las narices, de eso no cabía duda, pero también la fibra sensible.

Gabri los dejó solos, y pasaron un momento bebiendo en silencio.

Beauvoir había sido el primero en llegar al bed & breakfast y había ido directo al baño. Se había echado agua fresca en la cara y, aunque necesitaba una pastilla, se había prometido esperar hasta la hora de acostarse para tomar la siguiente, así lo ayudaría a dormir.

Cuando regresó a la mesa, el inspector jefe ya estaba allí.

—¿Ha habido suerte? —preguntó a Gamache.

—Han admitido que conocían a Lillian Dyson, aunque dicen que no muy bien.

—¿Se lo cree?

La pregunta de siempre: a quién creer y cómo decidirlo.

Gamache lo pensó y negó con la cabeza.

—No lo sé. Creía que conocía el mundo del arte, pero ahora me doy cuenta de que sólo veía lo que me dejaban ver, lo que los de dentro quieren que el resto del mundo vea: las obras, las galerías. Pero entre bambalinas ocurren muchas otras cosas. —Gamache se acercó a Beauvoir—. Por ejemplo, André Castonguay es propietario de una prestigiosa galería, él exhibe la obra de los artistas, los representa, pero ¿François Marois?, ¿qué tiene él?

Beauvoir guardó silencio, observando a su jefe. Se percató del brillo en su mirada, del entusiasmo con el que describía lo que había descubierto. No se

estaba fijando en el paisaje físico, sino en el emocional. El intelectual.

Muchos podrían haber pensado que el inspector jefe era un cazador. Que perseguía asesinos. Pero Jean-Guy sabía que no era así. El inspector jefe Gamache era explorador por naturaleza y nunca era tan feliz como cuando traspasaba los confines y exploraba el terreno. Las zonas que ni siquiera la persona en cuestión había explorado y a las que nunca había prestado atención. A buen seguro porque hacerlo daba demasiado miedo.

Sin embargo, Gamache sí llegaba hasta allí. Hasta el límite del mundo conocido y más allá. A los lugares más oscuros y remotos. Él buscaba en las grietas, donde se escondían las peores cosas.

Y Jean-Guy Beauvoir lo seguía.

—Lo que tiene François Marois —continuó Gamache mirando a Beauvoir a los ojos— son los artistas. Pero más allá de eso, lo que posee en realidad es información. Conoce a la gente. A los compradores y a los artistas. Sabe cómo arreglárselas en un mundo complejo, construido con dinero, egos y percepción. Marois acapara conocimientos, y creo que sólo los comparte cuando le resulta útil o no le queda más remedio.

—O cuando se ve atrapado en una mentira —apuntó Beauvoir—. Como le ha pasado con usted esta tarde.

—¿Cuánto más sabrá que no nos esté diciendo? —preguntó Gamache.

No esperaba respuesta por parte de Beauvoir y tampoco la recibió.

El inspector, sin demasiado interés, echó un vistazo a la carta.

—¿Habéis decidido? —preguntó Gabri con el bolígrafo preparado.

Beauvoir cerró la carta y se la devolvió.

—Yo nada, gracias.

—Yo tampoco tengo hambre. *Merçi, patron* —añadió Gamache.

Le entregó la carta y se fijó en que Clara se despedía de Ruth y se acercaba a la librería de Myrna.

Clara abrazó a su amiga y sintió los gruesos pliegues de carne debajo del luminoso caftán amarillo.

Al separarse, Myrna miró a Clara.

—¿A qué viene eso?

—He estado hablando con Ruth...

—Madre mía —soltó Myrna, y la abrazó de nuevo—. ¿Cuántas veces te he

dicho que no hables con Ruth a solas? Es demasiado peligroso, no te conviene meterte en esa cabeza sin más compañía.

Clara se echó a reír.

—No te lo vas a creer, pero me ha servido de ayuda.

—¿Y eso?

—Me mostró mi futuro. Como será si no tengo cuidado.

Myrna sonrió: sabía a qué se refería.

—He estado pensando en lo ocurrido. En el asesinato de tu amiga.

—No era mi amiga.

Myrna asintió.

—¿Qué te parece si hacemos un ritual? Para sanar.

—¿Te refieres al jardín?

Parecía algo tarde para ayudar a sanar a Lillian. De todos modos, Clara dudaba en secreto de si querría devolverla a la vida.

—Sí, el jardín, y cualquier otra cosa que lo necesite.

Myrna la miró con aire melodramático.

—¿Te refieres a mí? ¿Crees que encontrar a una mujer a la que odiaba muerta en mi jardín puede haberme disgustado?

—Espero que sí —dijo Myrna—. Podríamos hacer una ceremonia de sahumero para deshacernos de la mala energía y de los pensamientos negativos que hayan quedado atrapados en el jardín.

Clara sabía que, dicho así, en voz alta, parecía una tontería. Como si ahumar el lugar donde se había producido un asesinato pudiese tener algún efecto. Pero ya habían celebrado el rito en otras ocasiones y le resultaba tranquilizador, muy reconfortante. Y en aquel momento, Clara necesitaba ambas cosas.

—Genial —respondió—. Voy a llamar a Dominique.

—Y yo voy a por las cosas.

Cuando Clara colgó el teléfono, Myrna ya había bajado de su apartamento, que estaba justo encima de la librería. Llevaba un palo viejo y retorcido, unas cuantas cintas y una cosa que parecía un puro enorme. O algo así.

—Creo que tengo envidia del atado de hierbas —confesó Clara, señalando el puro.

—Toma, coge esto —pidió Myrna, y le dio la rama de árbol.

—¿Qué es? ¿Un palo?

—No, un palo cualquiera no: es un palo de oración.

—Entonces no debería usarlo para darle una tunda al crítico del *Ottawa Star*, ¿no? —concluyó Clara mientras salían de la librería.

—Supongo que no. Y tampoco te castigues con él.

—¿Qué lo convierte en un palo de oración?

—Que lo digo yo —respondió Myrna.

Dominique estaba bajando por la rue du Moulin. Se saludaron.

—Espera un momento.

Clara se desvió para hablar con Ruth, que seguía en el banco.

—Vamos al jardín, ¿quieres venir?

Ruth miró a Clara, que tenía el palo en la mano, y después a Myrna, que sostenía el puro, que era un atado de salvia y hierbas aromáticas.

—¿No iréis a hacer uno de esos rituales de brujería profana?

—Claro que sí —afirmó Myrna desde atrás.

—Contad conmigo.

Ruth se levantó con dificultad.

La policía se había marchado y el jardín estaba vacío. No había nadie vigilando el lugar donde se había perdido una vida. Donde la habían arrebatado. La cinta amarilla de la escena del crimen ondeaba alrededor de una sección de césped y de uno de los parterres de plantas perennes.

—Siempre he pensado que este jardín era un crimen —comentó Ruth.

—Hay que admitir que ha mejorado desde que Myrna me echa una mano —repuso Clara.

Ruth se volvió hacia la librera.

—Así que eres tú la jardinera. Llevaba tiempo preguntándome quién eras.

—Si no fueses un vertedero de residuos tóxicos, te plantaría.

Ruth se rió.

—*Touché*.

—¿Es aquí donde encontraron el cadáver? —preguntó Dominique, señalando el círculo.

—No, la cinta forma parte del diseño de paisajes de Clara —soltó Ruth.

—Zorra —contestó Myrna.

—Bruja —repuso Ruth.

Clara vio que empezaban a caerse bien.

—¿Crees que deberíamos pasar? —quiso saber Myrna, que no había contado con la cinta amarilla.

—No —contestó Ruth.

La anciana golpeó la cinta con el bastón, pasó por encima y se volvió hacia las demás.

—Meteos, que el agua está muy buena.

—Yo diría que está muy caliente —comentó Clara a Dominique.

—Y que hay un tiburón dentro —añadió ésta.

Las tres le hicieron caso. Si alguien podía contaminar la escena, ésa era Ruth, y seguro que el mal ya estaba hecho. Además, estaban allí para descontaminarla.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Dominique al tiempo que Clara clavaba el palo entre las flores, al lado de donde habían encontrado el cadáver de Lillian.

—Vamos a hacer un ritual de purificación —explicó Myrna—. Se llama sahumero. Encendemos esto —dijo, y le mostró el atado de hierbas— y lo llevamos por todo el jardín.

Ruth no apartaba la vista del puro.

—Seguro que Freud tendría un par de cosas que decir sobre tu ritual.

—A veces un atado es sólo un atado —protestó Clara.

—¿Y para qué lo hacemos? —preguntó Dominique.

Era obvio que la mujer estaba descubriendo aquella faceta de sus vecinas y no le parecía una mejora.

—Para eliminar los malos espíritus —contestó Myrna.

Dicho de manera tan brusca, parecía improbable. Pero Myrna lo creía de todo corazón, y el suyo era considerable.

Dominique se dirigió a la poeta.

—Entonces ándate con cuidado, Ruth.

Hubo una pausa, y Ruth rompió a reír. Al oír la carcajada, Clara se planteó si convertirse en Ruth Zardo sería algo tan malo.

—Primero hay que formar un círculo —empezó a decir Myrna.

Todas obedecieron. Myrna encendió el atado de salvia y hierbas aromáticas y pasó por delante de cada una de ellas para echarles el humo perfumado. Para protegerlas, para darles paz.

Clara inhaló y, mientras el humo ligero formaba volutas a su alrededor, cerró los ojos. Myrna le explicó que se estaba llevando toda su energía negativa, los malos espíritus de fuera y de dentro. Los estaba absorbiendo y dejando espacio para la sanación.

Después recorrieron el jardín; no sólo el lugar espantoso donde Lillian

había muerto, sino todo el jardín. Se turnaron para echar humo entre los árboles, al río Bella Bella que murmuraba a un extremo, a las rosas, a las peonías y a los lirios de centro negro.

Y por último regresaron al principio. A la cinta amarilla. Al agujero del jardín donde había desaparecido una vida.

—«Ahora, un buen motivo» —citó Ruth de uno de sus poemas con la mirada fija en aquel punto.

*Estás en tu lecho de muerte,
te queda una hora de vida.
¿Quién es, precisamente,
a quien en todos estos años
no has logrado perdonar?*

Myrna sacó del bolsillo un puñado de cintas de colores alegres y las repartió.

—Ahora las atamos al palo de oración con nuestros buenos pensamientos.

Todas se volvieron hacia Ruth, esperando un comentario cínico. Sin embargo, se quedaron con las ganas. Dominique fue la primera. Anudó una cinta rosa en el palo retorcido.

Myrna fue la siguiente: ató una cinta violeta y cerró los ojos para pensar cosas positivas.

—Nunca se me han dado bien las ataduras —admitió Ruth con una sonrisa.

Ligó la suya, de color rojo, posó la mano sobre el palo como si fuera un bastón e hizo una pausa para mirar al cielo.

Estaba escuchando.

No obstante, sólo se oía el sonido de las abejas. Su zumbido.

Por último, Clara añadió una cinta verde sabiendo que debía pensar en cosas buenas de Lillian. Algo tenía que haber. Buscó en su interior, miró en los rincones más oscuros y abrió puertas que llevaban años cerradas, tratando de encontrar algo amable que decir sobre Lillian.

Las otras tres esperaron. Transcurrieron unos instantes.

Clara cerró los ojos e hizo un repaso de lo que había compartido con Lillian tantos años antes. Las imágenes se sucedieron aprisa, y los recuerdos felices del inicio quedaron eclipsados por los horribles acontecimientos posteriores.

Ordenó a su cerebro que parara, porque sabía que aquél era el camino directo a un banco en el parque y un ladrillo de pan.

Pero no. Lo cierto era que habían sucedido cosas buenas y tenía que acordarse de ellas. Y si no lo hacía para liberar el espíritu de Lillian, al menos debía hacerlo para liberar el suyo propio.

*¿Quién es, precisamente,
a quien en todos estos años
no has logrado perdonar?*

—Muchas veces eras amable conmigo. Fuiste una buena amiga. En su día. Las cintas, brillantes como piedras preciosas, cuatro tiras femeninas, ondearon al viento y se entrelazaron.

Myrna se agachó para compactar la tierra alrededor del palo de oración.

—¿Qué es esto?

Cuando se levantó, sostenía en la mano algo que estaba cubierto de tierra. Lo limpió y se lo mostró a las demás: era una moneda del tamaño de un dólar de plata del lejano Oeste.

—Eso es mío —saltó Ruth, intentando cogerlo.

—No tengas tanta prisa, vaquera. ¿Estás segura?

Dominique y Clara se turnaron para examinarla. Era una moneda, pero no un dólar de plata. De hecho, tenía una capa de pintura plateada, pero parecía de plástico y llevaba algo escrito.

—¿Qué es? —preguntó Dominique, y se la devolvió a Myrna.

—Creo que sé lo que es y dudo mucho de que sea tuya —le dijo ésta a Ruth.

La agente Isabelle Lacoste se había sentado con el inspector jefe Gamache y el inspector Beauvoir en la *terrasse*. Pidió una Coca-Cola Light y los puso al corriente.

La vieja estación de trenes ya se había convertido en un centro de coordinación. Habían instalado ordenadores, líneas de teléfono y la conexión vía satélite. Los escritorios, sillas giratorias, archivadores y demás mobiliario también estaban colocados. La tarea se había llevado a cabo rápido y con diligencia. La división de Homicidios de la Sûreté estaba acostumbrada a investigar asesinatos en comunidades alejadas. Como el cuerpo de ingenieros del ejército, sus integrantes sabían que el tiempo y la precisión eran muy importantes.

—He hecho algunas averiguaciones sobre la familia de Lillian Dyson.

Lacoste echó la silla hacia delante y abrió su cuaderno.

—Estaba divorciada, sin hijos. Sus padres siguen vivos. Viven en la avenida Harvard, en Notre-Dame-de-Grâce.

—¿Cuántos años tienen? —quiso saber Gamache.

—Él, ochenta y tres, y ella, ochenta y dos. Lillian era hija única.

Gamache asintió. Como era de esperar, aquélla era la peor parte de cualquier caso: notificar una muerte a los vivos.

—¿Lo saben?

—Todavía no —respondió Lacoste—. Me preguntaba si usted...

—Esta tarde iré a Montreal y hablaré con ellos.

Siempre que era posible, él mismo se lo comunicaba a la familia.

—También deberíamos registrar el domicilio de madame Dyson —sugirió, y sacó la lista de invitados del bolsillo—. ¿Puedes pedir a algunos agentes que entrevisten a todos los que están apuntados aquí? Son los que acudieron a la fiesta de anoche, al *vernissage* o a ambos. He marcado a las personas con las que ya hemos hablado.

Beauvoir tendió la mano para que le diese la hoja.

Coordinar las entrevistas era cosa suya, igual que reunir las pruebas y asignar a los agentes.

El inspector jefe hizo una pausa y entregó la lista a Lacoste, de modo que, de forma efectiva, le otorgaba el control de la investigación. Los dos agentes se sorprendieron.

—Me gustaría que tú me acompañases a Montreal —le explicó a Beauvoir.

—Faltaría más —respondió él, perplejo.

Dentro de la división de Homicidios, cada uno tenía un papel bien definido. Era una de las cosas en las que insistía el inspector jefe: que no hubiera confusión ni grietas. Ningún solapamiento. Todos sabían cuál era su trabajo y qué se esperaba de ellos. Trabajaban en equipo. Sin rivalidades ni luchas internas.

El inspector jefe Gamache era el líder indiscutible de Homicidios.

El inspector Jean-Guy Beauvoir era el segundo al mando.

La agente Lacoste, en espera de un ascenso, era la agente de rango superior. Por debajo de ellos había más de cien agentes e investigadores, y un personal administrativo y de apoyo compuesto por cientos de personas.

El inspector jefe lo dejaba muy claro: el peligro yacía en la confusión y en las fracturas. No hablaba sólo de riñas y políticas internas, sino de algo real y

amenazador. Si no actuaban con claridad y con cohesión, si no trabajaban en equipo, se les podía escapar un criminal violento. O aún peor, éste podía matar de nuevo.

Los asesinos se ocultaban en las grietas más insignificantes, y el inspector jefe Gamache no estaba dispuesto a permitir que su departamento les proporcionase una de ellas.

Sin embargo, Gamache acababa de romper una de sus reglas de oro: le había confiado la investigación, el día a día de la operación, a la agente Isabelle Lacoste en lugar de al inspector Beauvoir.

Ella aceptó la lista, la leyó de arriba abajo y asintió.

—Ahora mismo, inspector jefe.

Los dos la miraron mientras se alejaba, y después Beauvoir se inclinó hacia delante.

—Bueno, *patrón*, ¿de qué va esto? —susurró.

Antes de que Gamache pudiera contestar, vieron que se les acercaban cuatro mujeres. Myrna iba delante y Clara, Dominique y Ruth la seguían.

Gamache se levantó y les hizo una ligera reverencia.

—¿Os apetece sentaros con nosotros?

—No vamos a quedarnos mucho, sólo queríamos enseñarte algo. Hemos encontrado esto entre las flores, donde mataron a la mujer.

Myrna le dio la moneda.

—¿De verdad? —respondió él con sorpresa.

Miró la moneda sucia que tenía en la palma de la mano. Su equipo había registrado el jardín a fondo, al igual que el resto del pueblo. ¿Qué podían haber pasado por alto?

Debajo de la suciedad, se distinguía, a duras penas, la silueta de un camello en una cara de la moneda.

—¿Quién la ha tocado? —preguntó Beauvoir.

—Todas —le informó Ruth con orgullo.

—¿Es que no sabéis qué hay que hacer con las pruebas de la escena de un crimen?

—¿Y vosotros sabéis buscarlas? —preguntó Ruth—. Si supierais, no la habríamos encontrado.

—¿Estaba en el jardín, a la vista? —preguntó el inspector jefe Gamache.

Le dio la vuelta con la punta del dedo, tratando de no tocarla más de lo necesario.

—No, estaba enterrada —respondió Myrna.

—¿Cómo la habéis encontrado?

—Con el palo de oración —contestó Ruth.

—¿Qué es eso? —preguntó Beauvoir, que se temía cualquier cosa.

—Podemos enseñárselo —ofreció Dominique—. Lo hemos clavado entre las flores, donde asesinaron a la mujer.

—Estábamos haciendo un ritual de purificación —explicó Clara antes de que Myrna la interrumpiese con un ruido.

—*Chist. ¡Nopo dipi gaspá napa dapa delpe ripi tualpá!*

Beauvoir miró a las cuatro de arriba abajo. No bastaba con que fuesen inglesas y anduvieran por ahí con un palo de oración, sino que también se ponían a hablar en clave. No le extrañaba que hubiese tantos asesinatos en aquella población. El único misterio era cómo conseguían resolverlos con ayuda como aquélla.

—Me he agachado para apelmazar la tierra alrededor del palo y ha aparecido —aclaró Myrna, como si fuese la actividad más normal en el escenario del crimen.

—¿No habéis visto la cinta policial? —les recriminó Beauvoir.

—¿Y vosotros no habéis visto la moneda? —contraatacó Ruth.

Gamache alzó la mano, y dejaron de discutir.

En la cara de la moneda que había quedado expuesta se veían unas letras. Parecían versos.

Se puso las gafas de lectura y frunció el ceño, esforzándose para leer a través de la suciedad.

Y no, no se trataba de un poema.

Era una oración.

NUEVE

Por segunda vez en ese día, Armand Gamache se levantó después de estar agachado junto al parterre.

La primera vez había sido para ver a una mujer muerta y, en ese momento, para mirar un palo de oración. Las cintas de colores alegres y llamativos ondeaban en la suave brisa. Según Myrna, atrapaban corrientes de buena energía. Si ella tenía razón, y a juzgar por cómo danzaban y se batían, allí debía de haber mucha.

El inspector jefe se levantó y se frotó las rodillas. A su lado, el inspector Beauvoir tenía la vista clavada en el lugar donde habían encontrado la moneda.

Donde él no la había visto.

Estaba al mando de la investigación de la escena del crimen y él mismo había registrado la zona que rodeaba al cadáver.

—¿La habéis encontrado justo aquí?

El inspector jefe señaló el montoncito de tierra.

Myrna y Clara estaban con ellos. Beauvoir había llamado a la agente Lacoste, que llegaba en ese instante con un kit de investigación.

—Eso es. Entre las flores. Estaba enterrada y cubierta de tierra. No era fácil de ver.

—Esto es para mí, gracias —dijo Beauvoir, y le cogió el kit a Isabelle.

El tono condescendiente que le había notado a Myrna lo molestaba. Como si ella tuviera que inventar excusas para disculpar el fallo que había cometido él. Se agachó a examinar la tierra.

—¿Por qué no la hemos encontrado nosotros? —preguntó el inspector jefe.

No era una crítica al trabajo de su equipo, sino que estaba perplejo. Ellos desempeñaban una labor profesional y meticulosa, y aunque de vez en cuando incurrían en errores, no podían pasar por alto una moneda plateada en un parterre, a medio metro de un cadáver.

—Yo sé por qué no la habéis visto —explicó Myrna—. Gabri también os lo

podría decir. Cualquiera que haga jardinería lo sabe. Ayer por la mañana arrancamos las malas hierbas y pusimos mantillo, para que la tierra se viese fresca y oscura, y las flores resaltasen. Los jardineros lo llaman «ahuecar» el jardín, lo que ablanda la tierra. Pero, al hacerlo, la tierra se descompacta. Yo he llegado a perder las herramientas y todo: las dejas en el suelo, se cuelan por una grieta y quedan medio enterradas.

—Pero esto es un parterre —repuso Gamache—, no el Himalaya. ¿De verdad esta tierra se puede tragar algo?

—Pruébalo.

El inspector jefe fue al otro extremo del parterre.

—¿Aquí también pusisteis mantillo?

—Por todas partes —respondió Myrna—. Adelante, Pruébalo.

Gamache se arrodilló y dejó caer una moneda de un dólar en la tierra. Ésta se quedó en la superficie, a la vista de todos. La recogió, se puso en pie y miró a Myrna.

—¿Tienes alguna otra sugerencia?

Ella miró la tierra con rabia.

—Ya se habrá asentado, porque si la acabásemos de remover, funcionaría.

Sacó una paleta del cobertizo de Clara y empezó a clavarla aquí y allá, a remover la tierra y a ahuecarla.

—Así está mejor. Pruébalo ahora.

Gamache se arrodilló de nuevo y dejó caer la moneda. Esa vez se deslizó de lado por una pequeña grieta.

—¿Lo ves?

—Bueno, sí que veo. Veo la moneda. Lo siento, pero no me has convencido. ¿No podría ser que llevase una temporada aquí? Tal vez se le cayese a alguien hace años. Es de plástico, por lo que no se oxidaría ni se estropearía.

—Lo dudo —intervino Clara—. La habríamos encontrado hace mucho tiempo. O por lo menos ayer, cuando ellos dos arrancaron las hierbas y pusieron el mantillo. ¿Tú qué piensas, Myrna?

—Yo ya no pienso —contestó ella.

Se acercaron hasta donde estaba Beauvoir trabajando.

—No hay nada más, inspector jefe.

De pronto, se irguió y se sacudió la suciedad de las rodillas.

—Me cuesta creer que se nos escapase la primera vez.

—Bueno, ahora ya la tenemos.

Gamache miró la moneda. Lacoste la había metido en una bolsita para pruebas, que tenía en la mano. No era dinero ni divisa de ningún otro país, aunque al principio había dudado si provenía de Oriente Medio. Por el camello. Al fin y al cabo, si la moneda canadiense tenía un alce, ¿por qué no iba a tener la saudí un camello?

No obstante, las palabras estaban escritas en inglés y no se veía ninguna cifra o valor.

Sólo mostraba el camello en una cara y la oración en la otra.

—¿Estás segura de que no es tuya ni de Peter? —preguntó a Clara.

—Sí. Al principio la ha reclamado Ruth, pero Myrna le ha dicho que no podía ser suya.

Gamache se volvió con las cejas enarcadas hacia la voluminosa mujer del caftán.

—¿Y cómo estás tan segura?

—Porque sé lo que es, y también, que Ruth jamás tendría una de éstas. Había dado por sentado que la reconocerías.

—No tengo ni idea.

Todos miraron la moneda de la bolsita una vez más.

—¿Puedo?

Gamache respondió que sí con la cabeza, y Lacoste le entregó la bolsita a Myrna, quien leyó a través del plástico:

Dios, concédeme serenidad

para aceptar las cosas que no puedo cambiar.

Valor para cambiar las que sí puedo

y sabiduría para distinguir entre ambas.

—Es una ficha de principiante —explicó—, de Alcohólicos Anónimos. Se la dan a los que están empezando el proceso.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió el inspector jefe.

—Porque cuando ejercía, les sugerí a varios pacientes que se apuntaran a Alcohólicos Anónimos. Más tarde, algunos me enseñaron lo que llamaban una ficha de principiante, y era justo como ésta —contó, y señaló la bolsa que acababa de devolverle a la agente—. Se le ha caído a un miembro.

—Ahora entiendo lo que comentabas de Ruth —dijo Beauvoir.

Gamache les dio las gracias, y Clara y Myrna entraron en la casa con los demás.

Beauvoir y la agente Lacoste estaban hablando, repasando notas y hallazgos. Gamache sabía que el inspector Beauvoir le estaría dando instrucciones, pistas que debía seguir mientras ellos dos estuvieran en Montreal.

Dio una vuelta por el jardín. Al menos habían resuelto un misterio: la moneda era una ficha de principiante de Alcohólicos Anónimos.

Pero ¿quién la había perdido? ¿Lillian Dyson en el momento de desplomarse? De ser así, su experimento demostraba que la moneda se habría quedado encima de la tierra. La hubieran visto desde el principio.

Entonces, ¿era del asesino? Si pretendía partirle el cuello a la víctima, era poco probable que el asesino tuviera una moneda en la mano en ese momento. Además, en su caso ocurría lo mismo: si se le había caído, ¿por qué no la encontraron al registrar la zona? ¿Cómo acabó enterrada?

El inspector jefe, en silencio, en mitad de aquel jardín cálido y soleado, se imaginó el asesinato. Alguien se acercaba a Lillian Dyson a hurtadillas, en la oscuridad. La cogía por el cuello y se lo retorció. En un abrir y cerrar de ojos. Sin darle tiempo a llamar a nadie ni a gritar. Sin poder forcejear.

No obstante, ella debió de hacer algo. Agitar los brazos, aunque sólo fuese un momento.

Y entonces Gamache se dio cuenta de que se había equivocado.

Regresó junto a las flores y llamó a Beauvoir y a Lacoste, que acudieron enseguida.

De nuevo, sacó la moneda de un dólar del bolsillo, la lanzó al aire y la observó caer sobre la tierra recién removida. La moneda descansó un momento sobre un terrón y después resbaló por un costado y quedó oculta bajo un poco de tierra que se desmoronó encima.

—Dios mío, es verdad, se ha enterrado sola —se sorprendió Lacoste—. ¿Cree que fue eso lo que pasó?

—Diría que sí —respondió Gamache mientras Lacoste recogía la moneda y se la entregaba—. La primera vez que lo he intentado estaba de rodillas, cerca del suelo. Pero si salió despedida durante el asesinato, debió de caer más o menos desde esta altura. Es decir, desde más arriba y con más fuerza. Creo que cuando el asesino la agarró por el cuello, la víctima alzó los brazos; es un acto reflejo. Y la moneda salió disparada. En ese caso, aterrizaría con suficiente fuerza para desplazar algo de la tierra suelta.

—O sea, que así acabó enterrada, y por eso no la vimos —concluyó la agente Lacoste.

—*Oui* —respondió Gamache, y se dio la vuelta para marcharse—. Eso significa que la persona que la tenía en la mano debía de ser Lillian Dyson. ¿Qué hacía ella en este jardín con una ficha de principiante de Alcohólicos Anónimos?

A Beauvoir le daba la sensación de que el inspector jefe tenía algo más en la cabeza: que Beauvoir la había cagado. Él debería haber visto la moneda y no permitir que la encontrasen cuatro locas adorando a un palo. En el juicio, eso los haría quedar mal a todos.

Las mujeres se habían ido, y los agentes de la Sûreté también. Todo el mundo se había marchado y, por fin, Peter y Clara estaban a solas.

Peter abrazó a su esposa y, apretándola contra su pecho, susurró:

—Llevo todo el día queriendo hacer esto. Ya me he enterado de las críticas. Son fantásticas, enhorabuena.

—¿Verdad que son muy buenas? Es increíble.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Peter antes de soltarla y cruzar la cocina—. No me cabía ninguna duda de que así serían.

—Venga ya —protestó Clara, y se rió—. Ni siquiera te gustan mis obras.

—Eso no es verdad.

—¿Qué te gusta de ellas? —preguntó ella para fastidiar.

—Pues que son muy bonitas y has tapado casi todos los números con la pintura.

Estaba hurgando en el frigorífico y de pronto se volvió hacia Clara con una botella de champán en la mano.

—Mi padre me dio esto el día que cumplí veintiún años. Quería que la abriese cuando consiguiera un logro personal muy importante, para brindar por mí.

Quitó el envoltorio metálico del corcho.

—Ayer la metí en el frigorífico antes de salir, para brindar por ti.

—No, Peter, espera. Deberíamos guardarla.

—¿Para qué, para cuando yo haga una exposición como la tuya? Los dos sabemos que eso no va a pasar.

—Sí, ya verás. Si yo lo he conseguido...

—¿Puede hacerlo cualquiera?

—Ya sabes a qué me refiero. De verdad, creo que deberíamos esperar.

El corcho salió disparado.

—Demasiado tarde —dijo Peter, sonriendo de oreja a oreja—. Mientras estabas fuera, alguien nos ha llamado.

Sirvió dos copas con mucho cuidado.

—¿Quién?

—André Castonguay.

Le dio una de las copas. Ya le contaría luego lo del resto de las llamadas.

—¿Ah, sí? ¿Qué quería?

—Hablar contigo. Con nosotros. Con los dos. *Santé*. —Inclinó la copa y la hizo chocar con la de Clara—. Enhorabuena.

—Gracias. ¿Quieres reunirte con él?

Clara dejó la copa suspendida en el aire, sin que llegase a tocarle los labios. Sentía en la nariz el borboteo alegre de las burbujas de champán, libres al fin. Igual que ella, habían esperado años y años, décadas, un momento como aquél.

—Sólo si tú también quieres.

—¿Podemos esperar? Mejor dejar que pase todo esto —sugirió Clara.

—Lo que tú prefieras.

Sin embargo, ella le notó cierta decepción en la voz.

—Si crees que es muy importante, Peter, podemos quedar con él. ¿Por qué no? Al fin y al cabo, está aquí ahora. No nos cuesta nada.

—No, no. No pasa nada. —Peter sonrió—. Si va en serio, esperará. De verdad, Clara, éste es tu momento y ni la muerte de Lillian ni André Castonguay te lo pueden arrebatar.

Las burbujas siguieron estallando, y Clara se preguntó si lo hacían solas o si las hacía reventar una aguja diminuta y casi invisible, como la que Peter acababa de usar. Y es que justo en el momento de brindar por ella, su marido le había recordado aquella muerte. El asesinato que había sucedido en su jardín.

Clara levantó la copa y sintió el champán en los labios, pero no le quitaba ojo a Peter por encima del borde. De pronto le pareció menos sustancial, vacío. Como una burbuja flotando a la deriva.

«Toda mi vida al margen y demasiado lejos —pensó mientras bebía—. ¡Y no los saludaba! ¡Estaba ahogándome!»

¿Cómo empezaba el poema? Clara posó la copa en la encimera. Peter le había dado un sorbo largo a la suya. Un buen trago; profundo, masculino y casi

agresivo.

Nadie oyó al muerto lamentarse.

«Así era como empezaba», pensó Clara sin apartar la mirada de Peter.

El champán que le mojaba los labios estaba picado, debía de haberse estropeado hacía años. No obstante, Peter, que había bebido un buen trago, sonreía.

Como si no pasase nada.

¿Cuándo había muerto?, se preguntó Clara. ¿Y por qué ella no se había dado cuenta?

—Sí, lo comprendo —le aseguró el inspector Beauvoir.

El inspector jefe Gamache observó a Beauvoir, que estaba al volante con la mirada puesta en el tráfico mientras se acercaban al puente Champlain, por donde se entraba a Montreal. Su expresión era plácida, relajada. Algo evasiva.

Sin embargo, agarraba el volante con fuerza.

—Si vamos a ascender a la agente Lacoste a inspectora, quiero ver cómo lidia con esa responsabilidad añadida —explicó Gamache—. Por eso le he dado el informe.

Sabía que no tenía por qué dar explicaciones, pero prefería hacerlo. No trabajaba con niños, sino con adultos inteligentes y considerados. Si no quería que se comportasen como críos, más le valía no tratarlos como tales. Él quería gente capaz de pensar por sí misma, y eso era lo que tenía: hombres y mujeres que se habían ganado el derecho a saber por qué se tomaba una decisión.

—Se trata de conceder más autoridad a la agente Lacoste, nada más. La investigación sigue siendo tuya, y ella lo sabe. Necesito que tú también lo entiendas, para que no haya confusiones.

—Sí, sí, lo pillo. Pero me habría gustado saberlo de antemano.

—Tienes razón, debería habértelo dicho. Te pido disculpas. De hecho, creo que tiene sentido que tú supervises a la agente Lacoste. Hazle de mentor. Si vamos a ascenderla a inspectora para que sea tu segunda al mando, tendrás que formarla.

Jean-Guy Beauvoir inclinó la cabeza para indicar que estaba de acuerdo y aflojó un poco las manos sobre el volante. Pasaron los siguientes minutos

hablando del caso y de los puntos fuertes y débiles de la agente Lacoste, antes de quedarse callados.

Mientras contemplaba el elegante puente que cruzaba el río San Lorenzo, un pensamiento cruzó la mente de Gamache. Algo a lo que llevaba tiempo dándole vueltas.

—Una cosa más.

—¿Sí?

Beauvoir miró a su jefe.

Gamache había decidido hablarlo con tranquilidad. Quizá esa misma noche, durante la cena, o durante un paseo por la montaña. No volando por la autopista a ciento veinte kilómetros por hora.

Aun así, la ocasión acababa de presentársele, y la aprovechó.

—Tenemos que hablar de cómo estás, porque te pasa algo. No estás mejorando.

No era una pregunta.

—Siento lo de la moneda. Ha sido una metedura de de pata.

—No me refiero a la moneda. Eso ha sido un error, nada más. Esas cosas pasan, y Dios sabe que yo he cometido unos cuantos en la vida.

Vio que Beauvoir sonreía.

—Entonces, ¿de qué me está hablando, señor?

—De los analgésicos. ¿Por qué sigues tomándolos?

Se hizo el silencio en el coche mientras una versión borrosa de Quebec pasaba a toda velocidad por las ventanillas.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Beauvoir al final.

—Sólo lo sospechaba. Los llevas siempre en el bolsillo de la chaqueta.

—¿Me ha registrado los bolsillos? —exigió saber el inspector en tono cortante.

—No, pero te presto atención.

Igual que hacía en ese momento. Su segundo siempre había sido muy ágil, muy energético. Algo engreído. Estaba lleno de vida y pagado de sí mismo, y a veces eso irritaba a Gamache. Pero en general, el inspector jefe admiraba la vitalidad de Beauvoir y veía con placer y diversión la forma en que se tiraba de cabeza a la vida.

En cambio, ahora Jean-Guy parecía agotado. Huraño. Como si los días requiriesen esfuerzo. Como si arrastrara un yunque.

—Ya me recuperaré —contestó Beauvoir, y él mismo se dio cuenta de lo

vacuo de su comentario—. El médico y los terapeutas dicen que estoy progresando bien. Cada día me siento mejor.

Armand Gamache no quería insistir, pero no le quedaba más remedio.

—Todavía te molestan las lesiones.

De nuevo, no se trataba de una pregunta.

—Esto lleva su tiempo —dijo, y miró a su jefe—. De verdad, me siento mucho mejor.

Sin embargo, no lo parecía, y Gamache estaba preocupado.

El inspector jefe no replicó. Él nunca había estado en mejor forma, o al menos hacía muchos muchos años que no se encontraba tan bien. Caminaba más y con la fisioterapia había recuperado la fuerza y la agilidad. Tres veces a la semana, acudía al gimnasio de las instalaciones de la Sûreté. Al principio se sentía humillado, pues le costaba levantar pesas del tamaño de una rosquilla y mantenerse en la elíptica más de unos minutos.

Había perseverado. Había insistido y, poco a poco, no sólo había recuperado las fuerzas, sino que éstas habían llegado a niveles superiores a los días anteriores al ataque.

Aún le quedaba algún efecto secundario físico. Cuando estaba cansado o estresado, le temblaba la mano derecha. Al despertarse o cuando se levantaba después de estar demasiado rato sentado, le dolía el cuerpo. Tenía algún que otro malestar o dolencia, pero nada que pudiese comparar con las heridas emocionales con las que lidiaba a diario.

Algunos días eran muy buenos. Otros, como aquél, no.

Sospechaba que a Jean-Guy estaba costándole recuperarse, y él mismo sabía que no era un camino fácil. No obstante, Beauvoir parecía estar quedándose cada vez más rezagado.

—¿Puedo ayudarte de algún modo? ¿Necesitas tomarte un descanso para centrarte en la salud? Sé que a Daniel y Roslyn les encantaría que los visitases en París. Tal vez eso te ayude.

Beauvoir se rió.

—¿Quiere matarme?

Gamache sonrió de oreja a oreja. Se le hacía difícil imaginar qué podía arruinar un viaje a París, pero una semana en un piso diminuto con su hijo, su nuera y dos niñas pequeñas era una opción segura al título. Cuando Reine-Marie y él iban a verlos, alquilaban un apartamento en el barrio.

—*Merci, patron.* Prefiero perseguir a asesinos despiadados.

Gamache soltó una carcajada. El perfil de Montreal se alzaba ante ellos, al otro lado del río. En el centro de la ciudad, se erguía el Mont Royal. Desde allí no veían la enorme cruz que coronaba la cima, pero todas las noches ésta cobraba vida, iluminada como un faro para la población, que ya no creía en la iglesia, sino en la familia y los amigos, la cultura y la humanidad.

Pero a la cruz no parecía importarle, y brillaba con la misma intensidad.

—Imagino que la separación no habrá ayudado —aventuró el inspector jefe.

—La verdad es que sí lo ha hecho —respondió Beauvoir.

Había bajado la velocidad para incorporarse al tráfico del puente. A su lado, Gamache contemplaba la ciudad, igual que hacía siempre, pero de pronto se volvió a mirar al inspector.

—¿Ah, sí? ¿Cómo puede ser?

—Me produce alivio. Me siento libre. Me apena que todo esto hiriese a Enid, pero es una de las mejores consecuencias de lo que pasó.

—¿Y eso?

—Siento que me han dado otra oportunidad. Muchos otros murieron, pero yo no: eso me hizo fijarme en mi vida, darme cuenta de lo infeliz que era. Y de que la situación no iba a mejorar. No era culpa de Enid, pero nunca fuimos la pareja perfecta. Yo tenía miedo de cambiar y admito que fue un error. Temía hacerle daño. Pero la verdad es que no podía más. Sobrevivir al ataque me dio el valor suficiente para hacer lo que debería haber hecho hace años.

—«Valor para cambiar.»

—*Pardon?*

—Era una de las frases de la oración grabada en la ficha —respondió Gamache.

—Sí, supongo que se trata de eso. En cualquier caso, veía que mi vida iba a seguir empeorando año tras año. No me malinterprete: Enid es maravillosa.

—Siempre nos ha caído bien. Muy bien.

—Y ella también los apreciaba mucho, como ya sabe. Pero no es para mí.

—¿Y sabes quién lo es?

—No.

Beauvoir echó un vistazo rápido a su jefe. Gamache miraba al frente con cara pensativa, pero de pronto se volvió hacia el inspector.

—Ya lo sabrás.

Beauvoir asintió con la cabeza, sumido en sus pensamientos. Al cabo de un momento, continuó hablando.

—Señor, ¿qué habría hecho usted si hubiese estado casado con otra persona cuando conoció a madame Gamache?

El inspector jefe lo miró con perspicacia.

—Creía que decías que no habías encontrado a la persona adecuada.

Beauvoir vaciló. Le había dado al inspector jefe la ocasión de mover ficha y éste lo había hecho. Y ahora lo contemplaba esperando una respuesta. Beauvoir había estado a punto de contárselo. De explicárselo todo. Quería abrirle su corazón y dejarle ver su interior, hacer partícipe a Armand Gamache de todo, igual que había hecho siempre. De lo infeliz que era con Enid, por ejemplo; porque habían hablado de eso, de su familia, de lo que quería y de lo que no.

Jean-Guy Beauvoir pondría su vida en manos de Gamache.

Abrió la boca, pero las palabras se le quedaron ahí, en la punta de la lengua. Como si una gran roca se hubiera apartado de la entrada a una gruta y las palabras estuviesen a punto de emerger. De salir a la luz del día.

«Estoy enamorado de su hija. Amo a Annie.»

A su lado, el inspector jefe esperó, como si tuviera todo el tiempo del mundo. Como si no hubiera nada más importante que la vida privada del inspector.

La ciudad, con aquella cruz invisible, fue haciéndose más y más grande. Entonces cruzaron el puente.

—No he conocido a nadie —explicó Beauvoir—, pero quiero estar preparado. No podía seguir casado, no habría sido justo para Enid.

Gamache permaneció un momento en silencio.

—Tampoco lo sería para el marido de tu amante.

No era una regañina, ni siquiera una advertencia.

Y Beauvoir sabía que si el inspector jefe Gamache sospechase algo, se lo haría saber. No jugaría con él. Igual que Beauvoir haría con Gamache.

No, no se trataba de un juego. En realidad tampoco de un secreto. Era tan sólo un sentimiento. Una emoción sin satisfacer. Con la que no había hecho nada.

«Amo a su hija, señor.»

Esas palabras también se las tragó. Cayeron en el lugar oscuro adonde iban todas las cosas que se quedaban sin decir.

Localizaron el edificio del *quartier* Notre-Dame-de-Grâce de Montreal: achaparrado y gris, podría haber sido obra de los arquitectos soviéticos en los sesenta.

El césped había perdido su color a causa de los orines de los perros, y sobre él descansaban varios montoncitos de heces. Los parterres estaban ahogados de malas hierbas y matas recrecidas, y el cemento del camino que llevaba a la entrada estaba agrietado y levantado.

El interior olía a orina, y se oía el eco distante de portazos y de gente que se gritaba.

Monsieur y madame Dyson vivían en el último piso. La barandilla de la escalera estaba pegajosa, y Beauvoir enseguida retiró la mano.

Subieron los escalones. Tres pisos. No se pararon a recuperar el aliento, pero tampoco iban rápido. Daban pasos comedidos. Al llegar arriba, encontraron la puerta del apartamento de los Dyson.

El inspector jefe Gamache alzó la mano, pero se detuvo.

¿Acaso quería conceder a los Dyson un segundo más de paz antes de hacer añicos sus vidas? Quizá quisiera darse a sí mismo un momento más antes de enfrentarse a ellos.

Pom, pom.

La puerta se abrió unos centímetros. Una cadena de seguridad delante de un rostro asustado.

—*Oui?*

—¿Madame Dyson? Me llamo Armand Gamache, de la Sûreté du Québec.

Ya había sacado la placa y se la estaba enseñando. Ella bajó la mirada para examinarla y enseguida volvió a fijarse en el inspector jefe.

—Éste es mi colega, el inspector Beauvoir. ¿Podríamos hablar con usted?

Aquel rostro delgado mostró alivio. ¿Cuántas veces habría abierto la puerta para encontrar a unos chavales burlándose de ella, o al casero exigiendo el alquiler? En definitiva, para ver la crueldad personificada.

Sin embargo, esa vez no fue así. Aquellos hombres eran agentes de la Sûreté, no le harían ningún daño. Ella era de una generación que aún creía en ese principio: se le veía en la expresión ajada.

Cerró la puerta, quitó la cadena y abrió.

Era muy menuda. En un sillón había un hombre que parecía una marioneta: pequeño, rígido, hundido. Con mucho esfuerzo, hizo amago de levantarse, pero

Gamache se apresuró a impedirselo.

—No, por favor, monsieur Dyson. *Je vous en prie*, no se levante.

Se estrecharon la mano y volvió a presentarse hablando despacio, con claridad y levantando la voz más de lo normal.

—¿Les apetece un té? —preguntó madame Dyson.

«Ay, no, no, no», pensó Beauvoir. La casa olía a linimento y también un poco a orina.

—Sí, por favor. Muy amable por su parte. ¿La ayudo?

Gamache la acompañó a la cocina y dejó a Beauvoir solo con la marioneta. Jean-Guy intentó charlar con el anciano, pero se quedó sin ideas después de hacer un comentario sobre el tiempo.

—Qué sitio tan agradable —dijo al final.

Monsieur Dyson lo miró como si fuera idiota.

Beauvoir examinó las paredes. Tenían un crucifijo sobre la mesa del comedor y un Jesús sonriente rodeado de luces, pero el resto de las paredes estaban llenas de fotografías de una persona: su hija Lillian. Su vida estaba dispuesta alrededor del Jesús sonriente: las más cercanas a él eran las de cuando era un bebé, y Lillian iba haciéndose más mayor a medida que las fotos se extendían por las paredes. En algunas aparecía sola, en otras, con gente. Los padres también iban envejeciendo: desde la joven pareja sonriente que sostenía a su primogénita en brazos, su única hija, delante de una pequeña casa cuidada, pasando por la primera Navidad e imágenes empalagosas de cumpleaños.

Beauvoir hizo un barrido buscando una de Lillian y Clara, pero enseguida se dio cuenta de que si alguna vez la habían tenido, debieron de retirarla hacía mucho tiempo.

Había fotografías de una niña de dientes separados y reluciente pelo naranja con un perro de peluche gigantesco y otra de ella junto a una bicicleta y un arco enormes. Juguetes, regalos, presentes. Todo lo que una niña podía desear.

Y amor. No sólo amor, sino adoración. Adoraban a aquella pequeña, a aquella mujer.

Beauvoir sintió que se le removía algo por dentro. Algo que parecía habersele colado en el cuerpo mientras yacía en un charco de su propia sangre en el suelo de aquella fábrica.

Dolor.

Desde aquel momento, la muerte no había sido lo mismo para él, y debía

admitir que la vida tampoco.

La sensación no le gustaba.

Intentó recordar a Lillian Dyson cuarenta años después de que le hicieran esa foto. Demasiado maquillaje, el pelo teñido de rubio paja. Un llamativo vestido rojo. Casi una pantomima, la parodia de una persona.

Sin embargo, por mucho que lo intentase, era demasiado tarde. Ahora la veía como una niña. Adorada. Segura de sí misma. Lista para enfrentarse al mundo. Un mundo del que sus padres sabían que era necesario protegerse con cadenas.

Aun así, habían abierto la puerta un poquito, y con eso bastaba. Si al otro lado hubiera habido algo maligno o malicioso, algo mortífero, no habría necesitado más que una finísima grieta para entrar.

—*Bon* —dijo el inspector jefe a su espalda.

Beauvoir se volvió justo cuando Gamache entraba en el salón con una bandeja donde había una tetera, leche, azúcar y tazas de porcelana.

—¿Dónde quiere que la deje?

Hablaba con tono afable y cálido, pero no jovial. El inspector jefe no quería engañarlos; no pretendía darles la sensación de que venía con buenas noticias.

—Aquí mismo, por favor.

Madame Dyson se apresuró a retirar la guía de televisión y el mando a distancia de una mesita de conglomerado que había junto al sofá, pero Beauvoir se adelantó, los apartó y se los entregó a la señora.

Intercambiaron una mirada y ella sonrió. No era una sonrisa amplia, sino una versión más leve y triste que la de su hija. Beauvoir supo entonces de dónde la había sacado Lillian.

Y sospechaba que la pareja de ancianos sabía a qué habían ido, aunque ninguno de los dos conociese la noticia exacta que iban a darles. No sabían que su única hija había muerto. Que la habían asesinado. Pero la mirada de madame Dyson le había revelado que notaba que pasaba algo. Que algo iba mal.

Y a pesar de todo, estaba siendo amable con ellos. Tal vez tratase de impedir que le dieran la noticia. Obligarlos a guardar silencio un valioso minuto más.

—¿Un poquito de leche y azúcar? —le preguntó a la marioneta.

Monsieur Dyson se echó hacia delante en el sillón.

—Vaya, qué honor —dijo, como si confesase un secreto a los visitantes—:

normalmente no ofrece leche.

A Beauvoir se le partió el corazón al pensar que aquella pareja de pensionistas no se podía permitir tomar leche a menudo. Que la poca que tenían se la estaban ofreciendo a sus huéspedes.

—Me da gases —explicó el señor.

—Venga, Papá —lo riñó madame Dyson, y le entregó la taza y su platito al inspector jefe para que se la diese a su marido. Ella también adoptó el tono de confidencialidad que había empleado su marido poco antes—. Es cierto: calculo que tienen unos veinte minutos desde el primer trago.

Cuando cada uno tuvo su té y estuvieron todos sentados, el inspector jefe Gamache dio un sorbo, posó la delicada taza de porcelana en el platito y se inclinó hacia el matrimonio de ancianos. Madame Dyson le cogió la mano a su marido.

Beauvoir se preguntó si después de ese día todavía lo llamaría «Papá» o si aquella había sido la última vez. Quizá en adelante resultase demasiado doloroso, pues debía de ser cómo lo llamaba Lillian.

¿Seguiría siendo padre pese a no tener hijos?

—Tengo muy malas noticias —anunció el inspector jefe—. Se trata de su hija, Lillian.

Hablaba mirándolos a los ojos y vio que en ese instante les cambiaba la vida. Aquel momento marcaba un antes y un después: dos vidas del todo distintas.

—Siento decirles que ha muerto.

Usaba frases enunciativas cortas. Voz tranquila, grave. Segura. Necesitaba decírselo rápido, sin alargar el momento. Y también con claridad, para que no quedasen dudas.

—No le entiendo —dijo madame Dyson, a pesar de que su mirada mostraba que lo había comprendido a la perfección.

Estaba aterrorizada. El monstruo al que toda madre tenía miedo se había escurrido por la grieta. Se había llevado a su niña y ahora estaba sentado en su salón.

Madame Dyson se volvió hacia su marido, que trataba de echarse adelante en el sillón. Quizá quisiera levantarse. Para enfrentarse a la noticia, a aquellas palabras. Para sacarlas a golpes de su salón, de la casa, por la puerta. Azotar esa frase hasta que no fuese más que una mentira.

Pero no podía.

—Hay algo más —continuó el inspector jefe sin apartar la mirada—. Lillian ha sido asesinada.

—Dios mío, ¡no! —exclamó la madre, y se tapó la boca con la mano.

Al cabo de un momento, se la llevó al pecho. Permaneció allí, lánguida.

Ambos miraron a Gamache, y él les devolvió la mirada.

—Siento mucho traerles esta noticia —afirmó, sabiendo lo inútil que parecía, pero también que no pronunciar esas palabras sería aún peor.

Madame y monsieur Dyson habían desaparecido. Se habían trasladado al continente donde vivían los padres que lloraban la muerte de un hijo. Parecía igual que el resto del mundo, pero no lo era. Los colores palidecían. La música no era más que un puñado de notas. Los libros ya no ofrecían consuelo ni evasión, no del todo. Nunca más. La comida nutría, pero poco más. Cada respiración era un suspiro.

Y además sabían algo que otros desconocían: sabían la suerte que tenía el resto.

—¿Cómo? —musitó madame Dyson.

A su lado, su marido montaba en cólera. Estaba tan furioso que ni siquiera era capaz de hablar. Tenía el rostro contorsionado y los ojos en llamas. Apuntando a Gamache.

—Le han partido el cuello —respondió el inspector jefe—. Fue rápido. Ni siquiera se enteró de lo que le estaba sucediendo.

—¿Por qué? —preguntó ella—. ¿Por qué querría alguien matarla?

—No lo sabemos, pero averiguaremos quién ha sido.

Armand Gamache juntó las manos y se las acercó. Una ofrenda.

Jean-Guy Beauvoir se percató del ligero temblor de la mano derecha de su jefe. Era apenas perceptible.

Ésa también era una novedad, después de lo sucedido en la fábrica.

Madame Dyson bajó la pequeña mano del pecho a las de Gamache. Él las cerró y se la sostuvo como si fuera un gorrión.

Sin decir nada. Igual que ella.

Permanecieron en silencio y seguirían así el tiempo que fuese necesario.

Beauvoir miró a monsieur Dyson. Su rabia se había convertido en confusión. Él, que de joven había sido un hombre de armas tomar, se encontraba atrapado en un sillón. Incapaz de salvar a su hija. De consolar a su esposa.

Beauvoir se levantó y le ofreció sus brazos al anciano. Monsieur Dyson los

miró, le rodeó uno con ambas manos y se aferró a él. Beauvoir lo ayudó a ponerse en pie y lo sujetó mientras iba hasta su esposa y extendía los brazos.

Ella se puso en pie y caminó hacia el hueco.

Se abrazaron, se mantuvieron el uno junto al otro en pie. Y lloraron.

Pasado un rato, se separaron.

Beauvoir había encontrado pañuelos de papel y les dio unos cuantos. Cuando se recuperaron un poco, el inspector jefe Gamache les hizo algunas preguntas.

—Lillian vivió en Nueva York durante varios años. ¿Les importaría contarnos alguna cosa sobre la vida que llevaba allí?

—Era artista —explicó el padre—. Una maravilla. No la visitábamos a menudo, pero ella venía a casa cada dos años, más o menos.

A Gamache le sonó demasiado vago. A exageración.

—¿Se ganaba la vida como artista? —preguntó.

—Sí, por supuesto —respondió madame Dyson—. Tenía mucho éxito.

—Estuvo casada, ¿verdad?

—Él se llamaba Morgan.

—No, Morgan no —la corrigió su marido—. Pero casi: Madison.

—Eso es. Fue hace mucho tiempo y el matrimonio no duró. No llegamos a conocerlo, pero no era buen hombre. Bebía. Engañó a la pobre Lillian. Era encantador. Como la mayoría.

Gamache vio que Beauvoir sacaba la libreta.

—¿Dice que bebía? —preguntó—. ¿Cómo lo sabe?

—Nos lo contó Lillian. Al final lo echó de casa. Pero de eso hace mucho tiempo.

—¿Sabe si dejó de beber? ¿Es posible que acudiese a Alcohólicos Anónimos?

Los padres parecían perdidos.

—No llegamos a conocerlo, inspector jefe —repitió ella—. Supongo que es posible que lo dejase, antes de morir.

—¿Falleció? —preguntó Beauvoir—. ¿Saben cuándo?

—Uy, hace unos años. Nos lo contó Lillian. Seguro que la bebida lo mató.

—¿Les habló su hija de alguna de sus amistades, de alguien en particular?

—Tenía muchos amigos. Hablábamos todas las semanas, y siempre estaba a punto de salir para ir a una fiesta o un *vernissage*.

—¿Les dijo el nombre de alguno de esos amigos? —insistió Gamache, pero

ellos negaron con la cabeza—. ¿Mencionó alguna vez a una Clara de aquí, de Quebec?

—¿Clara? Sí, era su mejor amiga, eran inseparables. Solía venir a cenar cuando aún vivíamos en la casa.

—¿No siguieron siendo amigas?

—No. Clara le robó algunas ideas y después no quiso saber nada más de ella. La usó y, en cuanto tuvo lo que quería, se deshizo de ella. A Lillian le dolió muchísimo.

—¿Por qué se mudó a Nueva York?

—Pensaba que en los círculos artísticos de Montreal no la apoyaban mucho. No les gustaba cuando criticaba sus obras, aunque ése fuera su trabajo. Para algo era crítica de arte. Quiso marcharse a un sitio donde los artistas fuesen más sofisticados.

—¿Les habló de alguien en particular? Tal vez alguna persona que no le diese lo mejor.

—¿En aquella época? Según ella, todos le tenían manía.

—¿Y ahora? ¿Cuándo regresó a Montreal?

—El 16 de octubre —respondió monsieur Dyson.

—¿Recuerda la fecha exacta?

Gamache se volvió hacia él.

—Usted también se acordaría si tuviese una hija.

El inspector jefe asintió.

—Tiene razón. La tengo y me acordaría del día de su retorno.

Se miraron un momento.

—¿Les explicó Lillian por qué había vuelto?

Gamache hizo un cálculo rápido: hacía ocho meses. Poco después, Lillian había comprado el coche y había empezado a frecuentar las exposiciones de arte de la ciudad.

—Sólo nos contó que echaba de menos estar en casa —contestó madame Dyson—. Nos sentimos los padres más afortunados del mundo.

Gamache hizo una pausa para permitirle serenarse. Los dos agentes de la Sûreté sabían que disponían de una pequeña ventana entre el momento en que los familiares recibían la noticia y aquel en el que ya estaban abrumados por completo. Antes de que la sorpresa desagradable del principio se difuminase y comenzase el dolor.

Y ese momento se acercaba a toda prisa. La ventana se les estaba cerrando

en las narices. Todas las preguntas debían ser relevantes.

—¿Creen que esta vez era feliz en Montreal? —preguntó Gamache.

—No la había visto tan feliz en la vida —contestó el padre—. Creo que había encontrado a un hombre. Se lo preguntamos más de una vez, pero ella se echaba a reír y lo negaba. Yo no lo tengo claro.

—¿Qué le hace pensar eso?

—Cuando venía a cenar, siempre se marchaba pronto —intervino madame Dyson—. Antes de las siete y media. Le preguntábamos en broma si tenía alguna cita.

—¿Y qué decía ella?

—Nada, se reía. Pero... —La señora vaciló—. Algo había.

—¿Qué quiere decir?

Madame Dyson respiró hondo, como si quisiera mantenerse a flote para colaborar con la policía. Para ayudarlos a encontrar a quien había asesinado a su hija.

—No lo sé, pero no solía marcharse tan pronto, y de repente empezó a hacerlo. Y no nos quería decir por qué.

—¿Su hija bebía?

—¿Que si bebía? —preguntó monsieur Dyson—. No entiendo la pregunta, ¿si bebí qué?

—Alcohol. En la escena del crimen encontramos un objeto que podría ser de Alcohólicos Anónimos. ¿Sabe si su hija iba a las reuniones?

—¿Lillian?

Madame Dyson parecía estupefacta.

—No la he visto borracha en la vida. En las fiestas, ella siempre llevaba el coche. A veces tomaba alguna copa, pero pocas.

—Ni siquiera tenemos alcohol en casa —añadió monsieur Dyson.

—¿Por qué no? —preguntó Gamache.

—Supongo que dejó de gustarnos —respondió madame Dyson—. Hay muchas otras cosas en las que gastar la pensión.

Gamache asintió y se levantó.

—¿Me permiten? —preguntó señalando las fotos de la pared.

—Por supuesto.

Madame Dyson lo acompañó.

—Muy guapa —comentó, mirando las fotos.

A medida que recorrían el modesto salón, Lillian iba creciendo. De un

adorable bebé recién nacido a una adolescente encantadora y después a una hermosa joven con el pelo del color del atardecer.

—Encontraron a su hija en un jardín —explicó, tratando de que no sonase demasiado truculento—. En el de su amiga Clara.

Madame Dyson se detuvo y miró al inspector jefe a los ojos.

—¿En el jardín de Clara? Imposible. Lillian jamás habría ido a su casa. Preferiría quedar con el demonio que con esa mujer.

—¿Dice que Lillian murió en casa de Clara? —exigió saber monsieur Dyson.

—*Oui*. En el jardín.

—Entonces ya sabe quién la mató. ¿La ha arrestado?

—No. Hay otras posibilidades. ¿Les habló Lillian de alguien más tras su regreso a Montreal? ¿Alguien que tal vez quisiera hacerle daño?

—No, la opción más lógica es Clara —soltó el padre.

—Sé que esto es difícil —admitió Gamache con calma y en voz baja, y esperó un momento antes de proseguir—: Pero deben considerar la pregunta que les he hecho. La respuesta es vital. ¿Les habló de alguien más? ¿Alguien con quien tuviese algún encontronazo en las últimas semanas o días?

—Nadie —respondió madame Dyson finalmente—. Como ya le hemos dicho, nunca la habíamos visto tan feliz.

El inspector jefe Gamache y el inspector Beauvoir dieron las gracias al matrimonio por la ayuda que les había brindado y le dieron sus respectivas tarjetas.

—Si recuerdan algo o si necesitan cualquier cosa, por favor, llámenos —les pidió el inspector jefe en la entrada del apartamento.

—¿Con quién hay que hablar para...? —empezó a decir madame Dyson.

—Mandaré a alguien para hablar sobre los preparativos, ¿de acuerdo?

Los dos contestaron que sí con la cabeza. Monsieur Dyson se había levantado con mucho esfuerzo y estaba junto a su esposa, sin apartar la vista de Gamache. Dos hombres, dos padres, pero cada uno en un continente distinto.

Mientras bajaban las escaleras, y las paredes les devolvían el eco de sus pasos, Gamache se preguntó cómo era posible que esas dos personas hubiesen traído al mundo a la mujer que Clara les había descrito.

Desdichada, celosa, amargada, mezquina, unas características que, según los Dyson, definían a Clara.

Daba mucho que pensar.

Madame Dyson estaba convencida de que su hija jamás iría a casa de Clara Morrow. No lo haría si sabía adónde iba.

¿Era posible que la hubieran llevado engañada? Tal vez la hubiesen hecho ir con alguna treta. Y si así era, ¿por qué la habían matado y por qué allí?

DIEZ

Después de limpiar el jardín de espíritus malignos, Myrna, Dominique y Ruth se sentaron en el *loft* de Myrna a tomar unas cervezas.

—¿Qué crees que hacía allí la moneda? —preguntó Dominique apoltronada en el sofá.

—Estaba ahí para provocar aún más dolor —respondió Ruth.

Las otras dos la miraron.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Myrna.

—¡Alcohólicos Anónimos! —exclamó Ruth—. Son un hatajo de adoradores del demonio. Un culto. Controlan la mente a las personas. Son diablos. Apartan a la gente del camino natural.

—¿Cuál? ¿El del alcoholismo? —preguntó Myrna, y se rió.

Ruth la miró con desconfianza.

—Supongo que es normal que la bruja jardinera no lo comprenda.

—Te sorprenderías de lo que se puede aprender en un jardín. Y de una bruja.

Justo en ese momento, llegó Clara con expresión distraída.

—¿Estás bien? —le preguntó Dominique.

—Sí, todo bien. Peter había metido una botella de champán en el frigorífico para celebrarlo. No habíamos podido brindar por el *vernissage* hasta ahora.

Clara se sirvió un té helado de la nevera y se sentó con ellas.

—Qué bien —comentó Dominique.

—Ajá —concedió Clara.

Myrna la observó con atención, pero no dijo nada.

—¿De qué hablabais? —quiso saber Clara.

—Del cadáver de tu jardín —soltó Ruth—. ¿La mataste tú o no?

—Bueno —empezó Clara—, sólo voy a decirlo una vez, así que espero que lo recordéis. ¿Estáis atentas?

Todas indicaron que sí, menos Ruth.

—¿Ruth?

—¿Qué?

—Has hecho una pregunta, y estoy a punto de contestar.

—Demasiado tarde, ya no me interesa. ¿No vamos a comer nada?

—Atentas. —Clara las miró una a una y habló poco a poco y con claridad —: No. He. Matado. A. Lillian.

—¿Tienes un pedazo de papel? —preguntó Dominique—. No sé si podré recordar todo eso.

Ruth se echó a reír.

—Bueno —dijo Myrna—, de momento, vamos a suponer que dices la verdad. ¿Quién la mató?

—Tiene que ser alguien de la fiesta —aventuró Clara.

—Sí, pero ¿quién, Sherlock?

—¿Quién la odiaba tanto como para matarla? —intervino Dominique.

—Cualquiera que la conociese —contestó Clara.

—Eso no es justo —protestó Myrna—. Hacía más de veinte años que no la veías, y cabe la posibilidad de que sólo fuese mala contigo. A veces pasa. Hay personas que activan un resorte en los demás y sacan lo peor de ellos.

—Pero Lillian, no —la corrigió Clara—. Ella era muy generosa con su desdén. Odiaba a todo el mundo y, tarde o temprano, todos acababan odiándola. Es lo que tú me has explicado antes: la rana en la olla. No hacía más que ir subiendo la temperatura.

—Espero que eso no sea lo que propones para la cena —interrumpió Ruth —, porque es precisamente lo que he desayunado hoy.

Las tres la miraron, y ella sonrió de oreja a oreja.

—Bueno, a lo mejor era un huevo.

Todas miraron a Myrna de nuevo.

—Pero a lo mejor no era una olla —continuó Ruth—, sino un vaso. Y ahora que lo pienso, tampoco era un huevo.

Otra vez miraron a Ruth.

—Era whisky escocés.

Al final se centraron en Myrna, que les explicó el fenómeno psicológico.

—Creo que siempre me he odiado a mí misma por aguantar tanto tiempo, por dejar que Lillian me hiciese tanto daño antes de abandonarla. Pero nunca más.

Al ver que Myrna no decía nada, Clara se sorprendió. Al final, rompió el silencio.

—Seguro que Gamache piensa que he sido yo. Estoy jodida.
—He de darte la razón —dijo Ruth.
—De eso nada —intervino Dominique—. De hecho, es todo lo contrario.
—¿Qué quieres decir?
—Tú tienes algo que le falta al inspector jefe —explicó Dominique—. Conoces el mundo del arte y a la mayoría de los que acudieron a la fiesta. ¿Qué es lo más intrigante para ti?
—¿Aparte de quién la asesinó? Bueno, pues qué hacía Lillian aquí.
—Excelente. —Dominique se puso en pie—. Ésa es la cuestión, ¿por qué no lo preguntamos?
—¿A quién?
—A los invitados que todavía estén en Three Pines.
Clara reflexionó un momento.
—Merece la pena intentarlo.
—Menuda pérdida de tiempo —se quejó Ruth—. Sigo pensando que has sido tú.
—Ándate con cuidado, vieja —le advirtió Clara—. La siguiente eres tú.

El equipo de investigación forense había quedado con el inspector jefe Gamache y con el inspector Beauvoir en el domicilio de Lillian Dyson, en Montreal. Mientras ellos tomaban huellas dactilares y recogían muestras, Gamache y Beauvoir echaron un vistazo.

Era un apartamento modesto en el último piso de un edificio de tres plantas. En el distrito de Plateau Mont Royal no había edificios altos, así que, aunque era pequeño, la vivienda era muy luminosa.

Beauvoir entró decidido en el salón y se puso a trabajar, pero Gamache se detuvo. Para hacerse a la idea de cómo era aquel lugar. Olía a cerrado; a pintura al óleo y a ventanas sin abrir. Los muebles eran viejos, sin llegar a ser *vintage*. De los que se encontraban en las tiendas de la caridad o en las aceras.

Los suelos de parquet tenían zonas más oscuras donde, en su día, había habido alfombras. A diferencia de otros artistas que se preocupaban por la estética de su hogar, a Lillian Dyson parecía no importarle lo que había entre aquellas paredes. Lo que no le causaba indiferencia, sin embargo, era lo que colgaba de las paredes.

Cuadros. Pinturas luminosas y deslumbrantes. No por ser ostentosas ni por emplear colores brillantes, sino por sus imágenes. ¿Las estaba coleccionando? Tal vez fuesen de algún artista de Nueva York con quien hubiera trabado amistad.

Gamache se acercó a leer la firma.

Lillian Dyson.

El inspector jefe dio un paso atrás y las contempló con sorpresa. Las había pintado la mujer muerta. Fue de cuadro en cuadro leyendo las firmas y las fechas para asegurarse. Sin embargo, no cabía duda: el estilo era muy marcado, muy particular.

Todos los cuadros eran obra de Lillian Dyson, y los había pintado en los últimos siete meses.

Eran diferentes de todo lo que había visto hasta ese día.

Las obras eran exuberantes y atrevidas. El horizonte de una ciudad, Montreal, representado de modo que daba la sensación de ser un bosque. Los edificios eran altos y estaban torcidos, como árboles fuertes que crecían en una y otra dirección, y se adaptaban a la naturaleza, en lugar de al contrario. Había conseguido convertir los edificios en seres vivientes, como si los hubiera plantado, regado y nutrido, y éstos hubiesen brotado en el cemento. Tenían el atractivo de todos los seres llenos de vida.

Sus pinturas no reflejaban un mundo relajado, pero tampoco era amenazador.

A Gamache le gustaban. Le gustaban mucho.

—Jefe, aquí hay más —lo llamó Beauvoir cuando se dio cuenta de que estaba mirando los cuadros—. Por lo que se ve, había convertido la habitación en un estudio.

El inspector jefe Gamache pasó junto al equipo de investigadores, que estaba buscando huellas y tomando muestras, y entró en el pequeño dormitorio donde se encontraba Beauvoir. Allí había una cama bien hecha arrinconada contra la pared y una cómoda, pero el resto del modesto cuarto estaba atestado de latas de agua de donde salían pinceles y de lienzos apoyados en la pared. El suelo estaba cubierto con una lona, y el aire olía a óleo y a disolvente.

Gamache se acercó al lienzo que estaba colocado en el caballete.

Estaba inacabado. Mostraba una iglesia de un rojo muy vivo, casi como si estuviera en llamas. Pero no lo estaba: resplandecía, nada más. A su alrededor se enroscaban las carreteras como si fueran ríos, y la gente se mecía como los

juncos. No conocía a ningún otro artista cuya obra tuviese ese estilo. Era como si Lillian Dyson hubiera inventado una nueva corriente, tal como habían hecho los cubistas o los impresionistas, los posmodernos y los expresionistas abstractos.

Y tras ellos, ese estilo.

Armand Gamache apenas conseguía apartar la mirada. Lillian estaba pintando la ciudad de Montreal como si fuera obra de la naturaleza, no del hombre. Con la fuerza, el poder, la energía y la belleza de la naturaleza. Y también con su ferocidad.

Era evidente que estaba experimentando, haciéndose con aquel estilo. Las primeras obras, las de hacía siete meses, prometían, aunque aún parecían pruebas. En cambio, hacia Navidad, parecía haber tenido una especie de epifanía en la que aquel estilo tan fluido y audaz se había afianzado.

—Inspector jefe, eche un vistazo a esto.

El inspector Beauvoir estaba al lado de la mesita de noche. Sobre ella había un libro grande. El inspector jefe sacó un bolígrafo del bolsillo y con él lo abrió por donde estaba el marcador de página. Había una frase subrayada y marcada en amarillo, casi con violencia.

—«El alcohólico es como un tornado —leyó el inspector jefe Gamache— que pasa por la vida de los demás y se lo lleva todo por delante. Rompe corazones y mata las mejores relaciones.»

Dejó que el libro se cerrase. En la cubierta, de color azul marino, se leía en letras blancas: «Alcohólicos Anónimos.»

—Supongo que ahora ya sabemos quién era de Alcohólicos Anónimos —concluyó Beauvoir.

—Eso parece. Habrá que hacerles algunas preguntas.

Cuando el equipo forense hubo inspeccionado todo, el inspector jefe entregó a Beauvoir uno de los folletos del cajón. Tenía las esquinas sobadas y estaba muy usado, sucio. El inspector Beauvoir lo hojeó y después leyó la cubierta.

Alcohólicos Anónimos. Directorio de grupos.

En el interior, alguien había marcado un grupo que se reunía el domingo por la noche. Beauvoir podía imaginarse ya qué harían esa noche a las ocho.

Las cuatro mujeres formaron parejas, pensando que estarían más seguras así.

—Está claro que no habéis visto muchas películas de terror —protestó Dominique—. Las mujeres siempre van de dos en dos: una sufre una muerte horrible, y la otra chilla.

—Me pido lo de chillar —dijo Ruth.

—Siento decirte, querida, que aquí el monstruo eres tú —aclaró Clara.

—Pues qué alivio. ¿Vienes o qué? —le preguntó Ruth a Dominique, que miró a Myrna y a Clara fingiendo odiarlas.

Myrna las vio partir y se volvió hacia Clara.

—¿Cómo está Peter?

—¿Peter? ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada, por saber.

Clara miró a su amiga de arriba abajo.

—Tú no preguntas por saber. ¿Qué pasa?

—Cuando has llegado, no parecías muy contenta, pero has dicho que acababais de brindar por el *vernissage*. ¿Ha pasado algo más?

Clara se acordó de Peter, bebiéndose el champán picado en la cocina, brindando por su exposición individual con una bebida rancia y una sonrisa.

Aún no estaba preparada para hablar del tema y, cuando miró a su amiga, Clara se dio cuenta de que tenía miedo de lo que ella pudiese opinar.

—Está siendo un poco difícil para él —prefirió decir—. Eso lo sabemos todos.

La mirada de Myrna se intensificó, pero al final cedió.

—Hace lo que puede —concedió Myrna.

A Clara le pareció una respuesta muy diplomática.

Al otro lado del parque veían a Gabri y a Olivier sentados en el porche del bed & breakfast, bebiendo cerveza. Relajándose antes de que el *bistrot* se llenase a media tarde.

—Aquí vienen Benitín y Eneas.

Gabri les hizo un gesto para que se acercasen al porche.

—Y vosotros, Epi y Blas —respondió Myrna al tiempo que subían los escalones.

—Tus amigos artistas todavía están aquí —anunció Olivier, que se había levantado para saludarlas y darles besos a las dos.

—Al parecer, se van a quedar unos días más.

Gabri no parecía muy contento: el bed & breakfast le parecía perfecto cuando estaba vacío.

—Los del equipo de Gamache han dicho que los demás se podían marchar, y eso han hecho. Creo que se estaban aburriendo. Parece ser que un solo asesinato no da para tenerlos entretenidos.

Myrna y Clara los dejaron vigilando el pueblo y entraron en el bed & breakfast.

—¿En qué habéis estado trabajando? —preguntó Clara a Paulette.

Llevaban unos minutos charlando. Sobre el tiempo, cómo no, y sobre la exposición de Clara. Para Normand y Paulette ambas cosas tenían la misma importancia.

—¿Seguís con aquella serie maravillosa sobre el vuelo?

—Sí, de hecho, hay una galería en Drummondville que está interesada, y quizá nos presentemos a un concurso en Boston.

—Fantástico —contestó Clara, y se volvió hacia Myrna—. La serie sobre alas es sensacional.

Myrna estuvo a punto de vomitar; si oía la palabra «sensacional» una vez más, echaría hasta la primera papilla. Aun así, se preguntaba qué quería decir en código. ¿Sería «cutre»? ¿«Espantosa»? De momento, Normand ya la había usado para describir la obra de Clara, y estaba claro que sus cuadros no le gustaban en absoluto. Por otro lado, Paulette había explicado que él estaba preparando unas piezas muy potentes y les aseguró que les parecerían sensacionales.

Como era de imaginar, el éxito de Clara les parecía a ambos sensacional.

Aunque era cierto que también habían admitido que el asesinato de Lillian había causado sensación.

—Justo ahora estaba pensando —empezó Clara fingiendo indiferencia, al tiempo que metía la mano en un cuenco de regalices que había en la mesa del salón— en qué hacía Lillian en la fiesta. ¿Sabéis quién la invitó?

—¿No fuiste tú? —preguntó Paulette.

Clara negó con la cabeza.

Myrna se reclinó y escuchó con atención mientras especulaban sobre quién podría haber estado en contacto con ella.

—¿Sabías que hacía unos meses que había vuelto a Montreal? —preguntó Paulette.

Clara no tenía ni idea.

—Sí —apuntó Normand—. Se nos acercó en un *vernissage* y nos pidió disculpas por haber sido tan cabrona hace unos años.

—¿En serio? ¿Lillian os pidió perdón?

—Creemos que nos estaba haciendo la pelota —añadió Paulette—. Cuando se marchó no éramos nadie, pero ahora estamos bastante consolidados.

—Sí, ahora nos necesita —aseveró Normand—. Bueno, nos necesitaba.

—¿Para qué?

—Nos contó que había vuelto a pintar. Quería enseñarnos una muestra de sus obras —contestó él.

—¿Y qué le dijisteis?

Se miraron.

—Que no teníamos tiempo. No fuimos desagradables, pero tampoco queríamos saber nada de ella.

Clara asintió. Ella habría hecho lo mismo, o al menos eso esperaba. Cortés pero distante. Una cosa era perdonarla y otra meterse una vez más en una jaula con ese oso, por mucho que sonriese y llevara un tutú. O... ¿cuál era la analogía que había usado Myrna?

Lo de la olla.

—A lo mejor se coló sin invitación. Hubo muchos que lo hicieron —denunció Normand—. Como por ejemplo, Denis Fortin.

Normand mencionó el nombre del galerista como si nada, dejándolo caer en la conversación como quien clava la hoja afilada de una espada entre dos huesos. Pretendía herir con esas palabras. No le quitaba ojo a Clara, pero Myrna a él tampoco.

La librería se echó adelante en su asiento, curiosa por ver cómo lidiaría Clara con aquel ataque. Porque no era otra cosa. Amable y sutil, y dicho con una sonrisa: una bomba de neutrones social pensada para mantener las estructuras de la conversación educada, pero destrozar a la persona.

Después de escuchar a la pareja a lo largo de media hora, Myrna podía afirmar que aquel ataque no la sorprendía. Y a Clara tampoco.

—Pero él estaba invitado —respondió Clara con el mismo tono ligero de Normand—. Yo misma pedí a Denis que viniera.

Myrna estuvo a punto de esbozar una sonrisa. El *coup de grâce* de Clara había sido llamar a Fortin por el nombre de pila, como si ella y el conocido galerista fuesen amigos. Y sí, sí, ahí estaba: eso sí que había causado sensación a Normand y a Paulette.

De todos modos, quedaban dos cuestiones preocupantes por contestar.
¿Quién había invitado a Lillian a la fiesta de Clara?
Y ¿por qué había aceptado?

ONCE

—En serio, eres la peor investigadora de la historia —sentenció Dominique.

—Al menos yo hago preguntas —le espetó Ruth.

—Sólo porque no me dejabas ni hablar.

Myrna y Clara se habían reencontrado con ellas dos en el *bistrot*, y las cuatro se habían sentado delante de la chimenea, que estaba encendida más por estética que por necesidad.

—Le ha preguntado a André Castonguay si tiene grande la polla.

—De eso nada: le he preguntado si es el grandísimo gilipollas que aparenta ser.

Ruth estiró el pulgar y el índice para indicar unos cinco centímetros.

Clara no pudo evitar una sonrisilla, pues a menudo había querido hacer la misma pregunta a varios galeristas.

Dominique negó con la cabeza.

—Y después le ha preguntado al otro que...

—¿A François Marois? —interrumpió Clara.

Había tenido la tentación de asignarles los artistas a Dominique y a Ruth, y quedarse ella con los marchantes, pero no le apetecía ver a Castonguay todavía. No después de la llamada y de la conversación con Peter.

—Sí, a François Marois. Le ha preguntado cuál es su color favorito.

—He pensado que podría ser útil —apuntó Ruth.

—¿Y lo ha sido? —exigió saber Dominique.

—No tanto como se podría esperar —admitió la poeta.

—¿Quieres decir que después de un interrogatorio como ése ninguno de los dos ha confesado el asesinato de Lillian Dyson? —preguntó Myrna.

—Te sorprenderías de lo bien que han aguantado el tipo —respondió Dominique—. Aun así, a Castonguay se le ha escapado que su primer coche fue un AMC Gremlin.

—No me digas que eso no es de psicópata —dijo Ruth.

—¿Qué tal os ha ido a vosotras? —preguntó Dominique, y cogió su vaso de

limonada.

—No estoy segura —contestó Myrna, y tomó un puñado de anacardos con el que estuvo a punto de vaciar el cuenco—. Me ha gustado cómo has descolocado a ese tal Normand cuando ha sacado a colación a Denis Fortin.

—¿A qué te refieres? —preguntó Clara.

—Bueno, cuando le has dicho que lo habías invitado tú. Ahora que lo pienso, ése es otro misterio. ¿Qué hacía Denis Fortin aquí?

—Siento aguarle la fiesta, pero lo invité de verdad.

—¿Y por qué narices, hija mía? —preguntó Myrna—. Con lo que te hizo...

—Anda, si hubiera dejado de invitar a todos los galeristas que han rechazado mis obras, no habría venido un alma.

No era la primera vez que la capacidad de perdonar de Clara maravillaba a Myrna. Y lo cierto era que su amiga tenía mucho que perdonar. Pero aunque Clara se consideraba muy estable, Myrna creía que no se mantendría mucho tiempo a flote en el mundo del arte, donde todo era vino, canapés y puñaladas.

Se preguntó a qué otras personas había perdonado e invitado sin que lo mereciesen.

Gamache había llamado con antelación. Aparcó en el espacio que había en la parte de atrás de la galería de la *rue* St-Denis de Montreal. Era un aparcamiento reservado para el personal, pero eran las cinco y media de un domingo por la tarde y la mayoría ya se había ido a casa.

Al salir del coche, miró a su alrededor. St-Denis era una calle cosmopolita de Montreal, pero el callejón de atrás era sórdido, y el suelo estaba salpicado de condones usados y jeringuillas vacías.

La fachada gloriosa escondía algo inmundo.

Mientras cerraba el coche con llave y se acercaba a la calle de atmósfera vibrante, se preguntó cuál de las dos era la verdadera St-Denis.

La puerta de cristal de la Galerie Fortin estaba cerrada. Gamache buscó un timbre, pero apareció Denis Fortin sonriendo de oreja a oreja y lo dejó pasar.

—Monsieur Gamache —lo saludó, y le tendió la mano al inspector jefe—. Es un placer volver a verlo.

—*Mais non* —respondió Gamache con una pequeña reverencia—, el placer es mío. Gracias por recibirme a estas horas.

—Así he podido adelantar algo de trabajo. Ya sabe cómo son las cosas.

Fortin se aseguró de que la puerta estuviese bien cerrada e hizo una señal a Gamache para que lo acompañase al interior de la galería.

—Tengo la oficina en el piso de arriba.

Gamache siguió al joven. Se habían visto alguna vez, cuando Fortin había estado en Three Pines para hablar con Clara sobre la posibilidad de organizar una exposición. Tenía unos cuarenta años y un ademán vivaz y atractivo. Llevaba una chaqueta hecha a medida de factura exquisita, una camisa planchada con el cuello desabrochado y vaqueros negros. Era elegante y estiloso.

Subieron la escalera, y Gamache escuchó mientras Fortin describía animadamente algunas de las obras que colgaban de las paredes. Aunque le estaba prestando atención, el inspector jefe escrutaba a la vez la galería en busca de un cuadro de Lillian Dyson. Su estilo era tan singular que saltaría a la vista. Sin embargo, pese a que aquel espacio contenía obras de gran genialidad, no detectó la presencia de ningún Dyson.

—¿Café?

Fortin señaló una cafetera para hacer capuchinos justo a la entrada de su despacho.

—*Non, merci.*

—¿Quizá una cerveza? Al final, el día ha quedado caluroso.

—Eso se lo agradecería —aceptó el inspector jefe, y se acomodó en el despacho de Fortin.

En cuanto el galerista desapareció por la puerta, Gamache se inclinó sobre el escritorio y estudió la documentación. Contratos para artistas. Pruebas de los folletos de las próximas exposiciones: una de un artista famoso de Quebec y otra de alguien de quien no había oído hablar. Supuso que sería un talento emergente.

En aquel barrido rápido no halló mención de Lillian Dyson. Ni de Clara Morrow.

Gamache oyó los pasos suaves del galerista y regresó a su asiento justo antes de que éste entrase.

—Vamos a ver.

Fortin llevaba una bandeja con dos cervezas y un poco de queso.

—Siempre tenemos vino, cerveza y queso. Son las herramientas del gremio.

—¿No lo son los lienzos y los pinceles?

El inspector jefe cogió una de las cervezas que el galerista había servido en

copas heladas.

—Sí, para los creativos, sí. Yo no soy más que un humilde negociante; un puente entre el talento y el dinero.

—*À votre santé.*

El inspector jefe alzó la copa, Fortin hizo lo mismo y cada uno bebió un sorbo con gran satisfacción.

—Creativos —repitió Gamache antes de posar la copa y aceptar un trozo de aromático queso stilton—. Pero me imagino que los artistas también son emocionales y a veces incluso inestables, ¿verdad?

—¿Los artistas? No tengo ni idea de a qué se refiere.

Se echó a reír con una actitud relajada e informal. Gamache no pudo evitar responder con una sonrisa. Era difícil que el galerista cayese mal.

El inspector jefe era consciente de que el encanto era otra de las herramientas de su gremio. Fortin ofrecía encanto y queso según le convenía.

—Supongo —continuó éste— que depende de con qué los comparemos. Al lado de una hiena rabiosa o de una cobra hambrienta, salen bastante bien parados.

—Diría que no es muy aficionado a los artistas.

—Pues la verdad es que sí lo soy. Los aprecio y, diría más, los comprendo. Conozco su ego, sus miedos e inseguridades. Hay muy pocos que se sientan cómodos en presencia de otros, y la mayoría prefiere trabajar en paz en su estudio. Quienquiera que dijese que el infierno son los otros debía de ser un artista.

—Fue Sartre —respondió Gamache—, un escritor.

—Me da que si habla con un editor, sus experiencias con escritores serán muy similares a las mías. En mi caso, aquí tenemos a artistas que consiguen plasmar en un pequeño lienzo plano no sólo la realidad de la vida, sino también los misterios, el espíritu y las emociones intensas y contradictorias del ser humano. Y, aun así, casi todos odian a los demás y los temen. Eso es algo que yo comprendo.

—¿Ah, sí? ¿Cómo es eso?

Se hizo un silencio breve y tenso. Por muy cordial que fuese Denis Fortin, era evidente que no le gustaban las preguntas perspicaces. Prefería llevar las riendas de la conversación en lugar de ir a remolque, y Gamache se daba cuenta de que estaba acostumbrado a que lo escuchasen, a que los demás consintiesen y lo adulasen. A que sus decisiones y afirmaciones se aceptaran

sin rechistar. Denis Fortin era un hombre poderoso en un mundo de personas vulnerables.

—Tengo una teoría —expuso Fortin mientras cruzaba las piernas y se estiraba el vaquero—. Creo que la mayoría de los trabajos escogen a la persona. Puede que con el tiempo le cojamos cariño, pero, en general, acabamos en una carrera profesional determinada porque ésta se ajusta a las cosas que se nos dan bien. A mí me encanta el arte, pero no puedo pintar un pimiento. Lo sé porque he intentado ser pintor. Al principio estaba convencido de que quería ser artista, pero ese fracaso estrepitoso me encaminó a lo que debía hacer: reconocer el talento ajeno. Es la solución ideal. Me gano la vida muy bien y estoy rodeado de arte fabuloso. Y de grandes artistas. Formo parte de esta cultura de la creatividad sin la angustia de tener que generarla yo mismo.

—No me diga que en su mundo no hay angustia.

—Tiene razón. Si decido representar a un artista y la exposición es un fracaso, eso afecta a mi imagen. Pero en ese caso me aseguro de que los demás lo vean como que soy osado y me atrevo a correr riesgos, nada más. Que soy vanguardista. Eso siempre funciona.

—Sin embargo, el artista... —empezó Gamache, y dejó la frase suspendida.

—Bueno, ésa es la cuestión: ellos reciben el golpe.

Gamache miró a Fortin procurando no mostrar su desagrado. Igual que la calle donde se ubicaba la galería, Fortin tenía una fachada atrayente, pero escondía un interior infecto. Era un oportunista que se nutría del talento ajeno. Se enriquecía con él. En cambio, los artistas, en su mayoría, apenas lograban ganarse la vida y corrían todos los riesgos.

—¿Los protege? —preguntó Gamache—. ¿Intenta defenderlos de los críticos?

Fortin se mostró sorprendido, aunque, al mismo tiempo, divertido.

—Se trata de adultos, monsieur Gamache. Aceptan los elogios cuando se los brindan y deben hacer lo mismo con las críticas. Tratarlos como a niños nunca es buena idea.

—Bueno, tal vez no como a niños —refutó Gamache—, pero sí como a socios a los que respeta. ¿No apoyaría a un socio si lo atacaran?

—Es que yo no me asocio con nadie —repuso Fortin. Seguía sonriendo, aunque su sonrisa ahora parecía algo más forzada—. La cosa puede complicarse demasiado, como ya sabe. Es mejor no tener a nadie a quien

defender, porque eso puede ofuscarte.

—Es un punto de vista muy interesante —respondió Gamache.

En ese momento, supo que el galerista había visto el vídeo del ataque en la fábrica, pues su respuesta era una alusión velada a lo que había ocurrido. Fortin, igual que el resto del mundo, había sido testigo de su fracaso a la hora de defender a su equipo. De salvarlo.

—Como ya sabe, yo no fui capaz de defender a los míos —concedió Gamache—, pero al menos lo intenté. ¿Usted no hace lo mismo?

Resultaba obvio que el galerista no esperaba que el inspector jefe mencionase el suceso de manera tan directa. Lo había descolocado.

«No eres tan estable —pensó Gamache— como quieres aparentar. Tal vez te parezcas a los artistas mucho más de lo que quieres creer.»

—Por fortuna, a nadie se le ocurre tirotear a mis artistas —dijo Fortin al final.

—No, pero hay otros tipos de ataque, otras formas de hacer daño. Y de matar, incluso. Se puede acabar con la reputación de una persona, sofocar su energía vital, sus deseos, y hasta anular su creatividad, si uno le pone suficiente empeño.

Fortin rió.

—Si un artista es tan frágil, debería encontrar otra ocupación, o no aventurarse más allá de la puerta de su casa. Limitarse a lanzar los lienzos fuera y cerrar enseguida. Sin embargo, la mayoría de los que yo conozco tienen egos enormes. Y una ambición descomunal. Quieren las alabanzas, el reconocimiento; ése es su problema. Eso es lo que los hace vulnerables. No su talento, sino su ego.

—Pero estará de acuerdo conmigo en que, por un motivo u otro, son vulnerables, ¿no?

—Así es, ya se lo he dicho.

—¿Y está de acuerdo con que el hecho de ser tan vulnerables puede convertir a algunos artistas en personas temerosas?

Fortin vaciló un instante; le daba la impresión de que en esa pregunta había una trampa, pero no sabía cuál. Le dio la razón con un gesto afirmativo.

—¿Y no cree que la gente asustada puede arremeter contra los demás?

—Supongo que sí. ¿De qué estamos hablando exactamente? Imagino que no se trata sólo de una agradable conversación de domingo, y que tampoco ha venido a comprar uno de mis cuadros.

Gamache se percató de que, de pronto, las pinturas eran suyas.

—*Non*, monsieur. Si me lo permite, se lo aclararé enseguida.

Fortin miró su reloj. La sutileza y el encanto habían desaparecido.

—Me gustaría saber por qué acudió anoche a la celebración de Clara Morrow.

Lejos de resultar el último empujoncito para acabar de descolocar a Fortin, la pregunta de Gamache dejó al galerista boquiabierto, aunque enseguida rompió a reír.

—¿De eso se trata? No lo entiendo, no creo que haya infringido ninguna ley. Además, me invitó la propia Clara.

—*Vraiment*? Pero usted no aparecía en la lista de invitados.

—No, ya lo sé. Había oído hablar del *vernissage* del Musée y decidí ir.

—¿Por qué? Había roto un acuerdo con ella y no habían acabado bien, que digamos.

—¿Eso es lo que le ha dicho ella?

Gamache permaneció en silencio con la mirada fija en el galerista.

—Por supuesto, ¿dónde habría oído algo así si no? Si no recuerdo mal, Clara y usted son amigos. ¿A eso ha venido, a amenazarme?

—¿Le resulto amenazador? Creo que no convencería a nadie de eso.

Gamache inclinó la copa de cerveza hacia Fortin, que lo miraba atónito.

—Hay otras maneras de amenazar, además de apuntando con una pistola a la cara —espetó el galerista.

—Estoy de acuerdo, eso es justo lo que quería decir antes: hay distintas formas de violencia. Diferentes maneras de matar y de mantener el cuerpo con vida. Pero no, no he venido a amenazarlo.

¿Tan poco hacía falta para que se sintiese en peligro? Gamache se preguntó si sería tan vulnerable como para vivir como un ataque una simple conversación con un agente de policía. Tal vez se pareciese a los artistas que representaba mucho más de lo que él mismo creía. Y quizá viviese con más miedo del que admitía.

—Enseguida acabo y le dejo disfrutar del resto del domingo —dijo Gamache con voz agradable—. Si había decidido que el arte de Clara Morrow no valía la pena, ¿por qué acudió al *vernissage*?

Fortin tomó mucho aire y aguantó la respiración un momento. Sin apartar la mirada de Gamache, lo soltó en una larga exhalación cargada de cerveza.

—Fui porque quería disculparme.

Ahora le tocaba a Gamache sorprenderse. El galerista no parecía la clase de persona que admitía con facilidad haberse equivocado.

Respiró hondo de nuevo. Estaba claro que la conversación le estaba pasando factura.

—El verano pasado, cuando visité Three Pines para hablar con Clara sobre la exposición, fuimos al *bistrot* a tomar algo, y nos atendió un tipo muy grande. La cuestión es que cuando se marchó, dije una burrada sobre él. Más tarde, Clara sacó el tema en una conversación y, si le soy honesto, me molestó tanto que la emprendí con ella y cancelé la exposición. Fue algo estúpido por mi parte y me arrepentí casi al instante. Pero ya era demasiado tarde. Lo había anunciado y no había vuelta atrás.

Armand Gamache miró a Denis Fortin a los ojos, tratando de decidir si debía creerlo o no. De todos modos, había una forma muy fácil de confirmar su versión: preguntándole a Clara.

—Entonces, fue a la inauguración a pedirle disculpas, pero ¿por qué tomarse tantas molestias?

Fortin se sonrojó un poco y miró a la derecha, por la ventana, a la luz que había al caer la tarde. En la calle, la gente debía de estar ocupando las *terrasses* de St-Denis para tomar cerveza y martinis, vino y jarras de sangría, y para disfrutar de uno de los primeros días verdaderamente soleados y cálidos de la primavera.

En cambio, en el interior de la galería, el ambiente no era cálido ni soleado.

—Sabía que tendría mucho éxito. Le ofrecí una exposición individual porque su arte es único. ¿Lo conoce?

Fortin se inclinó hacia delante, hacia Gamache. Ya no parecía envuelto en su propia ansiedad ni a la defensiva, sino emocionado, excitado. Hablar sobre grandes obras de arte lo motivaba.

Gamache se dio cuenta de que tenía delante a un verdadero amante del arte. Tal vez fuese un oportunista hombre de negocios. Quizá un ególatra que echaba pestes de los demás.

Sin embargo, distinguía el mejor arte y lo amaba. El arte de Clara.

¿Amaría también el de Lillian Dyson?

—Sí, conozco las obras de Clara —respondió el inspector jefe—. Y estoy de acuerdo con usted: son extraordinarias.

Fortin se arrancó a hacer un estudio apasionado sobre los retratos de Clara. Los matices, hasta el uso de pinceladas minúsculas junto a otras más largas y

lánguidas. A Gamache le resultó fascinante y no pudo evitar disfrutar de aquellos minutos con el galerista.

No obstante, no estaba allí para hablar de los cuadros de Clara.

—Si no estoy equivocado, llamó a Gabri «maricón de mierda».

Las palabras surtieron el efecto deseado. No eran tan sólo impactantes, sino también desagradables, vergonzosas. Sobre todo en contraste con todo lo que Fortin acababa de describir: la luz, la elegancia y la esperanza que Clara había creado.

—Así es —admitió Fortin—. Es algo que digo a menudo. Bueno, lo decía: ya no.

—¿Por qué decir algo así, sea cuando sea?

—Es lo que comentaba usted antes sobre las distintas formas de matar. Muchos de los artistas con los que trabajo son homosexuales. A veces, cuando estoy con uno nuevo y sé que lo es, señalo a alguien y me refiero a él en esos términos. Eso los desconcierta. Hace que me tengan miedo y se sientan inseguros. Lo hago para provocarlos, y si no contraatacan, sé que los tengo en mis manos.

—¿Y lo hacen?

—¿Si contraatacan? No, Clara fue la primera. Por eso debería haber sabido que ella era especial. Una artista con voz propia y una visión, una artista que no dobla el espinazo. Lo que pasa es que eso puede generar problemas; prefiero que sean obedientes.

—Así que decidió prescindir de ella e intentó manchar su reputación.

—No funcionó —admitió con una sonrisa de arrepentimiento—. Se la llevó el Musée. Fui a presentar mis disculpas; sabía que ella no tardaría en atesorar el poder y las influencias.

—¿Un gesto interesado e inteligente por su parte?

—Mejor eso que nada.

—¿Qué pasó cuando llegó?

—Llegué pronto y la primera persona a la que vi fue al tipo ése, al que insulté.

—Gabri.

—Exacto. Era consciente de que le debía una disculpa, así que hablé con él primero. Fue todo un despliegue de contrición.

El inspector jefe sonrió de nuevo. Al fin, Fortin parecía hablar con sinceridad. Y, además, la historia era verificable. De hecho, era tan fácil de

comprobar que Gamache imaginaba que era cierto. Denis Fortin había ido al *vernissage* sin invitación para pedir perdón.

—¿Cómo reaccionó Clara cuando se acercó a hablar con ella?

—La verdad es que fue ella quien se acercó a mí. Supongo que me oyó diciéndole a Gabri que lo sentía. Nos pusimos a hablar, y le dije que lo lamentaba y la felicité por su fabulosa exposición. Admití que me habría gustado que fuera en la Galerie Fortin, pero que le iría mucho mejor en el Musée. Fue muy amable conmigo.

Gamache detectaba el alivio e incluso cierta sorpresa en la voz del galerista.

—Me invitó a la fiesta que habían organizado en Three Pines esa noche. Yo tenía planes para la cena, pero me pareció que no podía negarme. Así que me escapé y cancelé lo que tenía previsto con unos amigos y después acudí a la barbacoa.

—¿Cuánto tiempo se quedó?

—Si le soy sincero, no mucho. El viaje es muy largo, sobre todo si tienes que ir y volver. Hablé con algunos compañeros, espanté a algunos artistas mediocres...

Gamache se preguntó si entre ellos se hallarían Normand y Paulette, aunque estaba bastante seguro de que así era.

—... y charlé con Clara y con Peter para que supiesen que había estado allí. Y, después de eso, me marché.

—¿Habló con André Castonguay o con François Marois?

—Sí, con los dos. La galería de Castonguay está en esta misma calle, si lo está buscando.

—Ya he hablado con él. Sigue en Three Pines, igual que monsieur Marois.

—¿No me diga? Me pregunto qué hacen allí.

Gamache rebuscó en el bolsillo y sacó la moneda. Levantó la bolsa de plástico y preguntó:

—¿Ha visto una de éstas alguna vez?

—¿Un dólar de plata?

—Fíjese un poco mejor, por favor.

—¿Me permite?

Fortin señaló la bolsa, y Gamache se la entregó.

—No pesa.

Miró una cara, luego la otra y se la devolvió.

—Lo siento, no tengo ni idea de qué es —reconoció sin apartar la mirada del inspector jefe—. Creo que he sido muy paciente. Tal vez podría decirme de qué se trata.

—¿Conoce a una mujer que se llama Lillian Dyson?

Fortin pensó y después negó con la cabeza.

—¿Debería? ¿Es artista?

—He traído su foto, ¿le importaría echarle un vistazo?

—En absoluto.

Fortin tendió la mano para que se la diese y miró a Gamache con perplejidad antes de fijarse en la foto. Entonces frunció el ceño.

—Parece...

Gamache no intentó acabar la frase del galerista. ¿Qué iba a decir: «alguien conocido», «muerta»?

—Parece dormida, ¿lo está?

—¿La conoce?

—Creo que la he visto en alguna inauguración, pero veo a mucha gente.

—¿La vio en la de Clara?

Fortin pensó y respondió que no con la cabeza.

—Si estuvo allí, no coincidimos. Pero yo fui pronto, y aún no había mucha gente.

—¿Y en la barbacoa?

—Llegué cuando ya había oscurecido. Puede que estuviera, y yo no la viese.

—Sí estaba, de eso no cabe duda —afirmó Gamache, y guardó la moneda—. La mataron allí.

Fortin lo miró boquiabierto.

—¿Mataron a alguien en la fiesta? ¿Dónde? ¿Cómo?

—¿Ha visto sus obras, monsieur Fortin?

—¿Las de esa mujer?

Fortin señaló con la barbilla la foto que descansaba sobre la mesa.

—Jamás. No la he visto nunca, ni a ella ni sus cuadros. Al menos que yo sepa.

A Gamache se le ocurrió algo.

—Supongamos que es una gran artista. ¿Cómo sería más valiosa para una galería: viva o muerta?

—Qué pregunta tan escabrosa, inspector jefe. —Aun así, Fortin se paró a pensar—. Viva podría producir más obras para vender en la galería, quizá

cada vez a un precio más elevado. Pero muerta...

—¿Sí?

—¿Si fuese buena de verdad? Cuantas menos obras, mejor. Se declararía una guerra de pujas y los precios...

Fortin miró el techo.

Ésa era la respuesta que buscaba Gamache. Lo que no sabía era si la pregunta era la adecuada.

DOCE

—¿Qué es esto?

Clara se hallaba en la cocina, junto al teléfono. La barbacoa estaba encendida y Peter, fuera toqueteando los filetes de la granja Bresee.

—¿Qué? —preguntó él desde el otro lado de la mosquitera.

—Esto.

Clara salió al jardín con un pedazo de papel en la mano. Y a Peter se le cayó el alma a los pies.

—Mierda. Ay, Dios. Clara, se me ha olvidado por completo. Con el caos de encontrar a Lillian y el resto de las interrupciones...

Blandió las pinzas de la barbacoa, pero enseguida se detuvo.

La expresión de Clara, en lugar de suavizarse como había hecho tantas veces, se endureció. Sujetaba una lista de mensajes y felicitaciones escritas a mano. Peter la había dejado al lado del teléfono. Debajo, mejor dicho. La tenía colocada allí para no perderla. Para enseñársela.

Sin embargo, se le había ido de la cabeza.

Desde donde estaba, Clara veía la cinta policial. Describía un círculo irregular en el jardín. Un agujero donde una vida había tocado a su fin.

Y ahora se abría otro agujero justo donde estaba su marido. Casi veía la cinta amarilla a su alrededor, rodeándolo. Tragándoselo, como había hecho con Lillian.

Peter la contemplaba, imploraba un poco de comprensión con la mirada. Le suplicaba.

Ante los ojos de Clara, Peter empezó a desaparecer y dejó tras de sí un espacio vacío en el que antes estaba su marido.

Armand Gamache estaba sentado en el despacho de su casa, hablando con Isabelle Lacoste por teléfono y tomando notas.

—Se lo he comentado al inspector Beauvoir, y él me ha sugerido que le llamase, jefe. Ya hemos hablado con la mayoría de los invitados —informó

Lacoste desde Three Pines—. Nos estamos haciendo una composición de la velada, pero Lillian Dyson no aparece por ninguna parte. Se lo hemos preguntado a todo el mundo, incluso a los camareros, pero nadie la vio.

Gamache asintió. Llevaba todo el día leyendo los informes que ella iba escribiendo. Como siempre, eran admirables. Claros, meticulosos. Intuitivos. La agente Lacoste se atrevía a seguir su instinto. No la asustaba la posibilidad de equivocarse.

El inspector jefe sabía que ése era un gran punto fuerte.

Significaba que estaba dispuesta a explorar callejones oscuros que un agente de menor valía ni siquiera identificaría. O en los que, de haberlos visto, consideraría improbable hallar la verdad. Una pérdida de tiempo.

Gamache preguntaba a sus agentes dónde era más previsible que se ocultase un asesino. ¿En lugares obvios? Tal vez sí, pero con frecuencia los encontraban en los lugares más inesperados. En el interior de personalidades y cuerpos insospechados.

En los callejones oscuros, aunque la mayoría tuviesen buen aspecto.

—¿Qué crees que significa que nadie la viese en la fiesta? —preguntó él.

La agente Lacoste permaneció en silencio un momento.

—Bueno, yo estaba pensando en si era posible que alguien la matase en otro lugar y después llevara el cadáver al jardín de los Morrow. Eso explicaría que nadie la viese en ninguna de las dos celebraciones.

—¿Y?

—Lo he comentado con el equipo forense y no les parece probable. Están convencidos de que murió en el mismo sitio donde la han encontrado.

—¿Qué otras opciones hay?

—¿Además de lo obvio: que la teletransportaran los alienígenas?

—Sí, aparte de eso.

—Creo que llegó y fue directa al jardín de los Morrow.

—¿Por qué?

Isabelle Lacoste hizo una pausa y repasó todas las posibilidades. No le daba miedo equivocarse, pero tampoco quería precipitarse.

—¿Qué motivos podría tener para conducir una hora y media hasta una fiesta, y al llegar al pueblo, pasar de largo e ir directa a un jardín tranquilo? —reflexionó ella en voz alta.

Gamache esperó. Ya olía la cena que estaba preparando Reine-Marie. Era su plato favorito de pasta: *fettuccine* con espárragos frescos, piñones y queso

de cabra. Ya estaba casi listo.

—Creo que fue al jardín porque había quedado allí con alguien —dijo Lacoste al fin.

—Podría ser —respondió Gamache.

Llevaba las gafas de lectura y estaba anotando cosas. Ya habían repasado los hechos y las conclusiones del estudio de los forenses, los resultados de la autopsia preliminar, las entrevistas con los testigos. Ahora empezaban a interpretar los datos.

Se adentraban en el callejón oscuro.

Allí era donde encontrarían al asesino. O donde lo perderían.

La hija de Gamache, Annie, apareció en la puerta con un plato en la mano.

—¿Aquí? —le preguntó en voz baja, pero exagerando los movimientos para que le leyese los labios.

Él respondió que no con la cabeza, sonrió y levantó la mano para indicar que tardaría apenas un minuto y las acompañaría a ella y a su madre en la mesa. Cuando Annie se hubo marchado, Gamache volvió a concentrarse en la agente Lacoste.

—¿Y qué dice el inspector Beauvoir?

—Me ha hecho preguntas parecidas. Quería saber con quién pensaba yo que había quedado Lillian Dyson.

—Buena pregunta. ¿Qué le has dicho?

—Creo que se encontró con su asesino —respondió Isabelle Lacoste.

—Sí, pero ¿era la persona a quien ella esperaba ver? —preguntó Gamache —. ¿O creía que iba a ver a alguien y apareció otra persona?

—¿Sospecha que la condujeron allí engañada?

—Es una posibilidad.

—El inspector Beauvoir piensa lo mismo. Lillian Dyson era ambiciosa. Acababa de regresar a Montreal y necesitaba darle un empujón a su carrera. Sabía que la fiesta de Clara estaría hasta los topes de galeristas y marchantes, ¿qué mejor lugar para hacer contactos? Beauvoir cree que alguien la llevó hasta el jardín, alguien que fingía ser un galerista importante. Y que luego la asesinó.

Gamache sonrió. Jean-Guy se estaba tomando el papel de mentor en serio y lo estaba haciendo muy bien.

—¿Qué opinas tú? —le preguntó a la agente.

—Me parece que debía de tener un motivo excelente para presentarse en la

fiesta de Clara Morrow. Está claro que se odiaban, así que ¿qué podría llevar a Lillian Dyson hasta allí? ¿Qué podría ser más fuerte que ese rencor?

—Tendría que ser algo que deseaba mucho —convino Gamache—. ¿Por ejemplo?

—Conocer al propietario de una galería influyente. Impresionarlo con sus obras —respondió Lacoste sin dudar.

—Podría ser —concedió el inspector jefe, y se inclinó sobre el escritorio mientras echaba un vistazo a los informes—. Una cosa más: ¿cómo cree que encontró el camino a Three Pines?

—Alguien debió de invitarla. Tal vez le tendiesen una trampa con la promesa de concertar una reunión en privado con uno de los marchantes más destacados —aventuró Lacoste, siguiendo el hilo del inspector jefe.

—Para eso tendría que mostrarle el camino hasta Three Pines. —Gamache pensó en los mapas que había en el asiento del copiloto de su coche. Eran inútiles—. Y luego la mató en el jardín de Clara.

—Pero ¿por qué?

Era el turno de Lacoste de hacer preguntas.

—¿Sabía el asesino que ése era el jardín de Clara, o le valía cualquier sitio? Quizá le diese lo mismo hacerlo en el de Myrna o en el de Ruth —divagó la agente.

Gamache respiró hondo.

—No lo sé. Tampoco sé qué sentido tiene concertar una cita en una fiesta. Si había planeado matarla, ¿por qué no escoger un lugar más íntimo y conveniente? ¿Por qué hacerlo en Three Pines y no en Montreal?

—Puede que Three Pines fuese conveniente, inspector jefe.

—Sí, tal vez sí —admitió Gamache.

Él mismo había estado sopesando esa posibilidad. Que el asesinato hubiera tenido lugar allí porque era donde estaba el asesino. Donde vivía.

—Además —añadió Lacoste—, quien lo haya hecho debía de saber que habría muchos otros sospechosos. A la fiesta acudieron muchas personas que conocían a la víctima desde hace años y que la odiaban. Sería muy fácil disimular su presencia entre la multitud.

—Pero ¿por qué el jardín de los Morrow? —insistió el inspector jefe—. ¿Por qué no en el bosque o en cualquier otro lugar? ¿Escogió ese jardín a propósito?

No, pensó Gamache al levantarse de la silla. Allí había aún demasiadas

cosas ocultas. La penumbra del callejón era demasiado densa. Le gustaba lanzar ideas al aire, teorías, especulaciones, pero siempre procuraba no alejarse demasiado de los hechos. Y en aquel momento estaban dando palos de ciego y se arriesgaban a perderse en la oscuridad.

—¿Hay algún avance en cuanto al posible móvil? —preguntó él.

—Entre el inspector Beauvoir en Montreal y yo aquí, hemos entrevistado a casi todos los invitados de la fiesta, y todos coinciden en lo mismo: casi nadie ha estado en contacto con Lillian desde su regreso, pero cualquiera que la conociese antes de su partida, cuando era crítica de arte, la odiaba y le tenía miedo.

—En ese caso, el móvil podría ser la venganza, ¿no? —concluyó Gamache.

—O eso, o impedirle que siguiera causando daño ahora que había vuelto.

El inspector jefe le relató la charla con Denis Fortin y le habló de la certeza con que afirmaba el galerista que un artista brillante tenía mucho más valor para una galería muerto que vivo.

Al inspector jefe Gamache no le cabía duda de que Lillian Dyson era, además de una persona odiosa, una artista brillante.

Una artista brillante y muerta. Muchísimo mejor para el mercado. Y fácil de manejar. Sus cuadros podían convertir a alguien en una persona muy rica.

Le dio las buenas noches a la agente Lacoste, anotó un par de cosas y fue al comedor para estar con Reine-Marie y con Annie. En la tranquilidad de su hogar cenaron pasta y una *baguette* recién horneada, y aunque les ofreció vino a las dos, él prefirió no tomar.

—¿Necesitas tener la cabeza despejada? —preguntó Reine-Marie.

—Pues la verdad es que esta noche quiero ir a una reunión de Alcohólicos Anónimos. Creo que es mejor que no me huela el aliento a vino.

Su esposa se rió.

—No serías el único. ¿Por fin admites que tienes un problema?

—Vaya si tengo un problema, pero no con el alcohol.

Gamache sonrió, y después se fijó en su hija.

—Estás muy callada, ¿te pasa algo?

—Necesito hablar con vosotros.

TRECE

El inspector jefe Gamache estaba en la *rue* Sherbrooke, en el centro de Montreal, contemplando la sólida iglesia de ladrillo rojo que había al otro lado de la calle. Aunque más que con ladrillo, estaba construida con enormes piedras rectangulares de color granate. Había pasado por delante en coche cientos de veces, pero nunca se había fijado en ella.

En cambio, sí lo hizo en ese momento.

Era oscura y fea, y no parecía un lugar acogedor. No hablaba de salvación, ni siquiera lo susurraba. Lo que le venía a la mente al observador era penitencia y expiación. Culpa y castigo.

Tenía aspecto de cárcel para pecadores, y pocos debían de entrar con paso relajado y despreocupados.

Le recordó algo: una iglesia brillante, resplandeciente, casi en llamas. La calle en la que estaba, un río, y la gente, juncos.

Era la que había visto en el caballete de Lillian Dyson. Aun inacabada, ya era una obra excepcional. Si albergaba alguna duda, ver la iglesia real las había disipado por completo. Lillian había tomado un edificio, una escena que la mayoría contemplaría con aprensión, y la había convertido en algo dinámico y lleno de vida. Algo de un intenso atractivo.

Mientras Gamache observaba, los coches se convirtieron en una corriente de coches, y los parroquianos que entraban en el edificio, en juncos. Flotaban hacia el interior. Atraídos.

Igual que él.

—Hola, bienvenido a la reunión.

El inspector jefe Gamache todavía no había entrado en la iglesia y ya se veía acosado por gente que lo saludaba y lo recibía desde ambos lados con la mano tendida y una sonrisa. Intentó no pensar que sonreían como maníacos, pero no podía negar que había al menos un par que sí lo parecían.

—Hola, bienvenido a la reunión —repitió una joven que lo invitó a entrar y

lo acompañó escalera abajo hasta un oscuro sótano mal iluminado. Allí olía a cerrado, a humo de tabaco y a café malo, a leche agria y sudor.

Los techos eran bajos y, en ese subterráneo, era como si todo tuviera una capa de suciedad. Incluso la mayoría de los que allí se encontraban.

—Gracias —dijo él, y le estrechó la mano a la joven.

—¿Es la primera vez que vienes? —preguntó ella, examinándolo de arriba abajo.

—Así es. Pero no sé si estoy en el lugar adecuado.

—Sí, yo también pensaba eso al principio. Pero date una oportunidad. Deja que te presente a alguien. ¡Bob! —gritó ella.

Un hombre mayor de barba desigual y ropa mal conjuntada se acercó removiendo el café con un dedo.

—Te dejo con él —dijo la joven que lo acompañaba—. Los chicos con los chicos.

El inspector jefe tenía curiosidad por averiguar dónde se había metido.

—Hola. Soy Bob.

—Armand.

Se estrecharon la mano. Le dio la impresión de que la de Bob estaba pegajosa. De que todo Bob estaba pegajoso.

—Así que eres nuevo.

Gamache se agachó un poco y le susurró:

—Esto es Alcohólicos Anónimos, ¿verdad?

Bob se echó a reír. Le olía el aliento a café y a tabaco. Gamache se irguió.

—Claro que sí, has venido al lugar adecuado.

—La verdad es que no soy alcohólico.

Bob lo miró con gesto divertido.

—Claro que no, hombre. ¿Qué tal si vamos a por un café y charlamos? La reunión empieza dentro de unos minutos.

Bob le sirvió un café. La taza estaba medio llena.

—Por si acaso —explicó Bob.

—¿Por si acaso qué?

—Por el delirium trémens.

Bob dio un repaso a Gamache con la mirada y se percató del ligero temblor en la mano con la que sostenía la taza.

—A mí me pasaba, y no tiene gracia. ¿Cuándo te tomaste la última?

—Esta tarde he tomado una cerveza.

—¿Sólo una?

—Es que no soy alcohólico.

Bob sonrió de nuevo. Tenía los pocos dientes que le quedaban llenos de manchas.

—Eso significa que hace unas horas que estás sobrio. Te felicito.

Gamache se sintió orgulloso de sí mismo y se alegró de no haber tomado vino durante la cena.

—¡Oye, Jim! —le gritó Bob a un hombre canoso de ojos azul intenso que estaba al otro lado de la sala—. Tenemos otro recién llegado.

Gamache echó un vistazo y vio a Jim hablándole con ademán serio a un joven que parecía reacio.

Era Beauvoir.

El inspector jefe sonrió e intercambió una mirada con su segundo. Jean-Guy se levantó, pero Jim lo obligó a sentarse de nuevo.

—Ven aquí —propuso Bob.

Lo llevó a una mesa larga cubierta de libros, panfletos y monedas. Gamache cogió una.

—Una ficha de principiante —dijo mientras la examinaba.

Era exactamente igual que la que habían encontrado en el jardín de Clara.

—Creía que habías dicho que no eras alcohólico.

—No lo soy.

—Pues entonces has acertado, menuda potra —respondió Bob con una risotada.

—¿Hay mucha gente que tenga una de éstas? —preguntó Gamache.

—Sí, claro.

Bob sacó una moneda reluciente del bolsillo y al mirarla se le suavizó la expresión.

—La cogí en la primera reunión a la que fui y la llevo siempre encima. Es como una medalla, Armand.

Cogió la mano del inspector jefe y le puso la moneda en la palma.

—¡No, señor! —protestó el inspector jefe—. No puedo aceptarla.

—Debes hacerlo, Armand. Yo te la doy a ti y algún día tú podrás pasársela a otra persona. A alguien que la necesite. Por favor.

Le cerró los dedos sobre la moneda y, antes de que Gamache pudiera decir algo más, Bob se apartó de él y regresó a la mesa larga.

—También te hará falta esto.

Le enseñó un libro grueso de color azul.

—Ya tengo uno.

Gamache abrió la bandolera y le mostró el que llevaba consigo.

Bob enarcó las cejas.

—Creo que uno de éstos te irá bien.

Le entregó un panfleto titulado *Vivir negando la realidad*.

Gamache sacó la lista de reuniones que había encontrado en casa de Lillian, y su nuevo amigo lo miró de un modo que, pese a acabar de conocerlo, ya esperaba de él. Lo contemplaba como si le hiciese gracia.

—¿Sigues diciendo que no eres alcohólico? No hay mucha gente sobria que vaya por ahí con el libro de Alcohólicos Anónimos, una ficha de principiante y una lista de reuniones. —Bob le echó un vistazo—. Además, ya has marcado unas cuantas. Incluso algunas para mujeres. Armand, de verdad...

—Es que no es mía.

—Ya veo. Es de alguien que conoces, ¿no? —apuntó Bob con paciencia infinita.

Gamache estuvo a punto de sonreír.

—No, la verdad es que no. La joven que nos ha presentado ha dicho «los chicos con los chicos». ¿A qué se refería?

—Es obvio que alguien ha de contártelo —resolvió Bob, y blandió la lista ante Gamache—: aquí no se viene a ligar. Hay hombres que lo intentan con algunas mujeres, y también hay mujeres que quieren encontrar novio. Creen que eso las salvará, pero no es así. De hecho, es lo contrario. Dejar de beber ya es muy difícil sin distracciones añadidas. Por eso los hombres hablan sobre todo con otros hombres, y las mujeres, con mujeres. Así podemos concentrarnos en lo que importa.

Bob miró a Gamache con dureza. Era una mirada penetrante.

—Armand, aquí somos muy amables, pero nos lo tomamos en serio. Nos va la vida en ello. Igual que a ti. Si se lo permitimos, el alcohol nos mata, pero deja que te diga que si un viejo borracho como yo puede dejarlo, tú también. Si estás dispuesto a que te ayude, estoy aquí para eso.

Y Armand Gamache lo creyó. Si tuviera la ocasión, aquel hombrecillo desaliñado y pegajoso sin duda le salvaría la vida.

—*Merci* —le agradeció Gamache de corazón.

A su espalda se oyó el repiqueteo del mazo contra la madera. Se dio media vuelta y vio a un señor de aspecto distinguido sentado a una mesa al fondo de

la sala. A su lado había una señora algo mayor.

—Empieza la reunión —susurró Bob.

Gamache dio media vuelta y vio a Beauvoir tratando de llamar su atención y señalando el asiento vacío que había a su lado. Supuso que lo habría desocupado Jim, que ahora estaba sentado con otra persona al otro extremo. Quizá había dejado a Beauvoir por imposible, pensó Gamache mientras se abría paso con una sonrisa entre la multitud para llegar hasta la silla vacía.

Bob, en cambio, no iba a dejarlo solo y en ese momento estaba sentándose a su otro lado.

—Veo que los héroes han caído —le susurró al inspector al oído—. Anoche eras el crítico de *Le Monde* y ahora un borracho.

—Pero estoy en buena compañía —repuso Beauvoir—. Veo que ha hecho un amigo.

Beauvoir y Bob se sonrieron y se saludaron inclinando la cabeza, cada uno sentado a un lado de Gamache.

—Tengo que hablar con usted, señor —susurró Beauvoir.

—Después de la reunión —contestó Gamache.

—¿Tenemos que quedarnos? —preguntó Jean-Guy, alicaído.

—Puedes irte si quieres, pero yo voy a esperar.

—No, en ese caso me quedo.

El inspector jefe Gamache asintió y le entregó la ficha de principiante a Beauvoir, que la examinó y enarcó las cejas.

Gamache sintió presión en el brazo derecho. Al volverse vio que Bob, sonriente, se lo había agarrado.

—Me alegro de que te quedes —musitó—. Y además has convencido a ese joven y le has dado tu ficha. Ésa es la idea. Conseguiremos que lo dejes.

—Eres muy amable —respondió Gamache.

El presidente de Alcohólicos Anónimos dio la bienvenida a los asistentes y les pidió un momento de silencio antes de la oración de la serenidad.

—Dios —recitaron al unísono—, concédeme serenidad.

—Es la misma plegaria —dijo Beauvoir entre dientes—. La de la moneda.

—Eso es —convino Gamache.

—¿Qué es esto, un culto?

—Que recen no significa que sea un culto —susurró el inspector jefe.

—¿Se ha fijado en las sonrisas y en los apretones de mano? ¿De qué iba eso? No me diga que a éstos no les va el control mental.

—La felicidad tampoco es un culto —musitó Gamache, pero Beauvoir no parecía convencido.

El inspector miraba a su alrededor con recelo.

La sala estaba abarrotada, llena de hombres y mujeres de todas las edades. Algunos de los que estaban al fondo gritaban de vez en cuando. Cada vez que estallaba una discusión, alguien la zanjaba sin dilación. El resto sonreía escuchando al presidente.

Según Beauvoir, estaban todos locos.

¿Quién podía ser feliz sentado en el sótano asqueroso de una iglesia un domingo por la noche? Nadie, a menos que estuvieran borracho, colocado o trastornado.

—¿Le suena de algo?

Beauvoir señaló al presidente, uno de los pocos que parecían cuerdos.

El inspector jefe estaba pensando lo mismo. Era un hombre bien afeitado, guapo; aparentaba unos sesenta años. Tenía el pelo blanco y bien cortado, y llevaba unas gafas a un tiempo clásicas y estilosas, y un jersey fino que parecía de cachemira.

Informal pero caro.

—¿Cree que es un médico? —preguntó Beauvoir.

Gamache lo consideró. Podía serlo, aunque parecía más probable que fuese terapeuta. Un orientador para adictos, responsable de aquella reunión de alcohólicos. Decidió hablar con él al acabar la sesión.

El presidente acababa de dar paso a la secretaria, que estaba leyendo una lista interminable de anuncios, aunque casi todos habían vencido. A juzgar por cómo revolvía los papeles, había perdido algún documento.

—Dios mío —susurró Beauvoir—. No me extraña que la gente beba. Este suplicio es peor que ahogarse.

—Chist —lo riñó Bob, y lanzó a Gamache una mirada de advertencia.

El presidente anunció a la persona que iba a dar la charla de aquella noche y mencionó algo sobre un «padrino». A su lado, Beauvoir gimió y miró la hora. Parecía inquieto.

Un joven encorvado se acercó al frente de la sala. Llevaba la cabeza rapada y tatuada. Uno de los tatuajes era una peineta y en la frente lucía la leyenda «Fuck You».

También tenía *piercings* por toda la cara: nariz, cejas, labios, lengua, orejas. El inspector jefe no sabía si se trataba de una moda o de

automutilación.

Miró a Bob, que estaba sentado a su lado tan tranquilo, como si el que acababa de salir fuese su abuelo.

Ni el más mínimo signo de alarma.

Pensó que tal vez padeciera el síndrome de Wernicke-Korsakoff, que se le había ablandado el cerebro de tanto beber y había perdido el juicio. Y la capacidad de reconocer el peligro, porque si alguien era una advertencia andante, era aquel joven.

El inspector jefe miró al presidente, que observaba al chaval con interés desde la mesa principal. Al menos él parecía estar alerta, sin perder detalle de nada.

Y era lo normal, pensó Gamache, si era el padrino de aquel chico que parecía capaz de cualquier cosa.

—Me llamo Brian y soy alcohólico y adicto.

—Hola, Brian —respondieron todos menos Gamache y Beauvoir.

El chico estuvo hablando durante media hora. Les relató su infancia en Griffintown, al otro lado de las vías del ferrocarril de Montreal. Su madre era adicta al *crack* y su abuela, a la metanfetamina. No tenía padre. Se refugió en las bandas. Sus miembros se convirtieron en su padre, sus hermanos, sus maestros.

La charla estaba salpicada de palabrotas.

Les contó que había atracado farmacias y robado en viviendas, y que una noche llegó a entrar en su propia casa para llevarse todo lo que pudiese.

La sala estalló en carcajadas. De hecho, los asistentes estuvieron riéndose durante toda la exposición. Cuando Brian les explicó que una vez, estando en la planta de psiquiatría de un hospital, el médico le preguntó cuánto bebía y él contestó que una cerveza al día, sus compañeros se morían de la risa.

Gamache y Beauvoir se miraron. Incluso al presidente le hacía gracia.

Brian había recibido terapia electroconvulsiva, había dormido en los bancos de varios parques y un día se había despertado en Denver, algo para lo que aún no tenía explicación.

Más risas.

Brian había atropellado a una niña cuando conducía un coche robado.

Y se había dado a la fuga.

Brian tenía catorce años. La niña murió. Igual que las carcajadas.

—Y ni siquiera entonces dejé de beber ni de tomar drogas —admitió el

chico—. Porque la culpa era de la cría. O de la madre. Pero mía no.

Se hizo el silencio en la sala.

—Al final, no había suficiente mierda en el mundo para hacerme olvidar lo que había hecho.

No se oía ni un suspiro.

Brian miró al presidente, que le devolvió la mirada e inclinó la cabeza un poco.

—¿Sabéis qué fue lo que me hizo rendirme?

Nadie contestó.

—Ojalá pudiera deciros que fue la culpa o mi conciencia, pero no fue así. Fue la soledad.

Al lado de Gamache, Bob asintió. Los que estaban delante, también, despacio, como si agachasen la cabeza por culpa de un peso enorme, y después la irguiesen de nuevo.

—Estaba muy solo, joder. Toda la vida lo he estado.

Bajó la cabeza y se le vio la esvástica grande y negra que llevaba tatuada en la coronilla.

Cuando la alzó, los miró a todos. Miró a Gamache a los ojos antes de continuar hacia el siguiente.

Era una mirada triste, pero ahí había algo más. Un destello... ¿de locura? Gamache no lo tenía claro.

—Pero ahora todo ha cambiado —prosiguió Brian—. Llevo toda la vida buscando una familia, ¿quién iba a pensar que la encontraría en un hatajo de cabrones como vosotros?

Los asistentes estallaron en carcajadas de nuevo, con la excepción de Gamache y Beauvoir. Entonces el joven paró de reír y miró a la congregación.

—Este es mi lugar —afirmó en voz baja—: un sótano de mierda en una iglesia. Con vosotros.

Hizo una leve reverencia que le quedó muy torpe y, durante un instante, pareció el chaval que era en realidad, o que podría haber sido. Joven, apenas debía de tener veinte años. Tímido, guapo, a pesar de las cicatrices que habían dejado los tatuajes, los *piercings* y la soledad.

Todos aplaudieron y, al final, el presidente se puso en pie y cogió una ficha de la mesa. La levantó y pronunció unas palabras.

—Esto es una ficha de principiante. En una cara tiene un camello, porque si este animal puede pasar veinticuatro horas sin beber, vosotros también.

Podemos enseñaros a dejar de beber un día y después otro. ¿Hay algún recién llegado que quiera una?

La levantó en el aire como si fuera una hostia, una oblea mágica.

Y le clavó una mirada a Armand Gamache.

En ese instante, el inspector jefe se dio cuenta de quién era el hombre que lideraba la reunión y por qué le sonaba tanto. No se trataba de ningún terapeuta ni de un médico: era Thierry Pineault, el presidente de la Corte Suprema de Quebec.

Y era obvio que el juez Pineault también lo había reconocido a él.

Al cabo de unos instantes, el señor juez dejó la moneda, y la reunión terminó.

—¿Te apetece tomar café? —preguntó Bob—. Unos cuantos vamos a ir a un Tim Hortons, y serías más que bienvenido.

—Sí, puede que me acerque —respondió Gamache—. Muchas gracias, pero antes tengo que hablar con él.

Señaló al presidente, y se despidieron con un apretón de manos.

Cuando llegaron a la mesa larga, el presidente levantó la vista de los documentos.

—Armand —lo saludó, y lo miró a los ojos—. Bienvenido.

—*Merci, monsieur le juge.*

El presidente de la Corte Suprema de Quebec sonrió y se inclinó hacia delante.

—Supongo que habrá oído que esto es anónimo.

—¿Incluido usted? Dirige la sesión para los alcohólicos, deben de saber quién es.

El juez Pineault se rió y salió de detrás de la mesa.

—Me llamo Thierry y soy alcohólico.

Gamache enarcó las cejas.

—Pensaba que...

—¿Que aquí mandaba yo? ¿Que era el sobrio que, en el país de los borrachos, es el rey?

—Bueno, que era el responsable de la reunión.

—Todos somos responsables —respondió Thierry.

El inspector jefe echó una mirada furtiva a un hombre que estaba discutiendo con su silla.

—No todos de la misma manera —admitió Thierry—. Nos turnamos para

organizar las sesiones y algunos saben cómo me gano la vida, pero la mayoría me conoce simplemente como Thierry P., a secas.

Sin embargo, Gamache conocía al jurista y sabía que no tenía nada de simple.

Thierry se dirigió a Beauvoir.

—A usted también lo he visto en los tribunales.

—Jean-Guy Beauvoir —se presentó—. Soy inspector de homicidios.

—Claro que sí. Debería haberle reconocido, pero es que no esperaba verles aquí. Aunque también es verdad que ustedes no esperaban encontrarme en esta reunión. ¿Qué les trae por aquí?

Miró a Beauvoir y después a Gamache.

—Un caso —contestó Gamache—. ¿Podemos hablar en privado?

—Por supuesto. Síganme.

Thierry los llevó por una puerta trasera, y recorrieron una serie de pasillos, cada cual más oscuro que el anterior, hasta llegar a una escalera trasera. El presidente de la Corte Suprema les señaló un escalón como si los estuviese invitando a un palco de la ópera y después tomó asiento.

—¿Aquí? —preguntó Beauvoir.

—Lo siento, pero esta escalera es el lugar más íntimo que puedo ofrecerles. Veamos, ¿de qué se trata?

—Estamos investigando el asesinato de una mujer en un pueblecito de los cantones del Este —explicó Gamache al tiempo que se sentaba en el escalón sucio, junto al juez—. Un lugar que se llama Three Pines.

—Sí, lo conozco. Tiene un *bistrot* y una librería magníficos.

—Eso es. —Gamache estaba algo sorprendido—. ¿Lo conoce?

—Tenemos una casa de campo muy cerca de allí, en Knowlton.

—Pues bien, la víctima vivía en Montreal, pero estaba visitando el pueblo. Encontramos esto cerca del cadáver.

Gamache le entregó la ficha.

—Y esto en su domicilio, además de unos cuantos folletos.

Le dio la lista de reuniones.

—Había señalado la de hoy.

—¿Quién era? —preguntó Thierry mientras miraba la lista y la moneda.

—Lillian Dyson.

Thierry alzó la vista y miró los ojos castaños de Gamache.

—¿En serio?

—Entiendo que la conocía.

Thierry P. indicó que sí con la cabeza.

—Anoche me extrañó que no viniese. No suele faltar.

—¿Desde cuándo la conoce?

—Bueno, no sé, tendría que pensarlo. En cualquier caso, desde hace unos meses. No más de un año. —Thierry clavó una mirada inteligente en el inspector jefe—. Asumo que la han asesinado.

Gamache asintió.

—Tenía el cuello partido.

—¿No puede haber sido una caída o un accidente?

—No cabe duda de que no —afirmó Gamache.

Se daba cuenta de que Thierry P. a secas había desaparecido y de que el hombre que tenía sentado a su lado sobre los escalones sucios era el presidente de la Corte Suprema de Quebec.

—¿Tienen algún sospechoso?

—Unos doscientos. Había una fiesta, estaban celebrando una exposición de arte.

Thierry asintió con la cabeza.

—Doy por hecho que sabe que Lillian era artista.

—Así es. ¿Cómo lo sabe usted?

Gamache se había puesto en guardia. Además de ser el presidente de la Corte Suprema, aquel hombre conocía a la víctima, y también el pueblecito donde había muerto.

—Porque ella misma lo contaba.

—Pensaba que aquí todo el mundo era anónimo —intervino Beauvoir.

Thierry sonrió.

—Bueno, hay personas más habladoras que otras. Tanto Lillian como su madrina son artistas, y muchas veces las he oído charlar mientras tomaban café. Después de un tiempo, todos acabamos conociéndonos a nivel personal, no sólo por lo que compartimos.

—¿Compartir? —preguntó Beauvoir—. ¿Qué es lo que reparten?

—Perdone, es la jerga de Alcohólicos Anónimos. Compartir es lo que ha hecho Brian esta noche. Es como un discurso, pero no nos gusta llamarlo así porque suena demasiado serio. Por eso lo llamamos «compartir».

La mirada avispada del juez Pineault no pasó por alto la expresión de Beauvoir.

—¿Le hace gracia?

—No, señor —respondió el inspector de inmediato.

Pero los tres sabían que mentía. Le parecía gracioso y patético al mismo tiempo.

—A mí también me hacía gracia —admitió Thierry—, antes de apuntarme a un grupo. Pensaba que las palabras como «compartir» daban pena, que eran como una muleta para estúpidos. Pero me equivocaba. Es una de las cosas más difíciles que he hecho en la vida. Cuando compartimos en Alcohólicos Anónimos, tenemos que emplear toda nuestra honestidad. Es muy doloroso. Igual que lo ha sido hoy para Brian.

—Si tanto cuesta, ¿por qué lo hacen? —preguntó Beauvoir.

—Porque también te libera. Si estamos dispuestos a admitir nuestros propios defectos y secretos, nadie puede hacernos daño. Es algo muy potente.

—¿Le cuenta sus secretos a la gente? —quiso saber Gamache.

Thierry asintió.

—No a todo el mundo. No ponemos un anuncio en la *Gazette*, pero sí lo explicamos en las reuniones.

—¿Y con eso dejan de beber?

—Bueno, ayuda.

—Pero algunas historias son horribles —dijo Beauvoir—. Ese Brian mató a una cría. Podríamos arrestarlo.

—Sí, podrían hacerlo, pero de eso ya se encargaron otros en su día. De hecho, se entregó él mismo y cumplió cinco años de condena. Salió hace tres, más o menos. Se ha enfrentado a sus demonios, pero eso no significa que no vuelvan a salir de vez en cuando. —Thierry Pineault se volvió hacia el inspector jefe—. Eso usted ya lo sabe.

Gamache le sostuvo la mirada sin decir ni una palabra.

—Sin embargo, a plena luz del día esos demonios tienen menos poder. Estas reuniones sirven para eso, inspector. Para sacar las cosas horribles de donde están escondidas.

—Pero que queden a la vista —persistió Beauvoir— no quiere decir que desaparezcan.

—Cierto, pero hasta que uno no las ve, no tiene la menor esperanza.

—¿Había compartido Lillian algo hacía poco? —preguntó Gamache.

—No; que yo sepa, nunca.

—Así que nadie conocía sus secretos.

—Sólo su madrina.

—Como usted y Brian, ¿verdad?

Thierry asintió.

—Elegimos a otro miembro de Alcohólicos Anónimos, y esa persona se convierte en una especie de mentor, en nuestro guía. Lo llamamos padrino o madrina. Yo tengo uno, Lillian también. Todos nosotros tenemos uno.

—¿Y a esa persona se lo cuentan todo? —preguntó Gamache.

—Todo.

—¿Quién era la madrina de Lillian?

—Una mujer que se llama Suzanne.

Los dos investigadores esperaron a que diese más detalles. Como un apellido, por ejemplo. Sin embargo, Thierry se limitó a mirarlos mientras aguardaba la siguiente pregunta.

—¿Le importaría ser un poco más específico? En Montreal, saber que se llama Suzanne no sirve de mucho.

Thierry sonrió.

—Supongo que no. No puedo decirle cómo se apellida, pero puedo hacer algo mejor. Vengan, se la presentaré.

—*Parfait* —agradeció Gamache, y se levantó.

Intentó no reparar en el hecho de que los pantalones se le habían quedado algo pegados al escalón.

—Pero tenemos que darnos prisa —advirtió Thierry, que se adelantó con zancadas largas y rápidas, a punto de echarse a correr—, o ya se habrá ido.

Recorrieron los pasillos con rapidez e irrumpieron en la sala grande donde la reunión había tenido lugar. Estaba vacía. No sólo de gente, sino también de sillas, mesas, folletos y café. No quedaba nada.

—Vaya —se lamentó Thierry—, hemos llegado tarde.

Un hombre estaba guardando las tazas en un armario. Thierry fue a hablar con él y regresó.

—Dice que Suzanne está en Tim Hortons.

—Si es tan amable...

Gamache señaló la puerta, y Thierry tomó las riendas de nuevo y los condujo hasta la cafetería. Mientras esperaban a que se abriese un espacio entre el tráfico para cruzar la *rue Sherbrooke*, Gamache preguntó:

—¿Qué le parecía Lillian?

Thierry se volvió para examinar al inspector jefe. Era una mirada que

Gamache conocía de verlo en el estrado. Juzgando a otros. Y era buen juez.

Entonces Thierry se volvió para vigilar el tráfico, aunque contestó al mismo tiempo.

—Era muy entusiasta, siempre dispuesta a echar una mano. A menudo se ofrecía para preparar el café o colocar las sillas y las mesas. La tarea de preparar una reunión y limpiar cuando se termina es bastante pesada, y no todo el mundo quiere ayudar. Pero Lillian siempre se ofrecía.

Los tres hombres, que habían identificado un hueco entre los vehículos al mismo tiempo, echaron a correr para cruzar los cuatro carriles y llegaron sanos y salvos al otro lado.

Thierry se detuvo y miró a Gamache.

—Es muy triste, ¿sabe? Estaba reconstruyendo su vida y a todo el mundo le caía bien. A mí me caía bien.

—¿Habla de esta mujer? —preguntó Beauvoir, sacando la foto del bolsillo con asombro—. ¿De Lillian Dyson?

El juez la miró y respondió que sí.

—Sí, ésa es Lillian. Qué trágico.

—¿Y dice que se llevaba bien con todo el mundo? —insistió Beauvoir.

—Sí, ¿por qué?

—Digamos que su descripción no encaja con lo que dicen los demás —explicó Gamache.

—¿De verdad? ¿Qué dicen?

—Que era cruel y manipuladora, que abusaba de los demás.

Thierry guardó silencio, se dio la vuelta y echó a andar por una calle perpendicular que estaba en penumbra. En la siguiente manzana se veía el conocido cartel de Tim Hortons.

—Ahí está —dijo Thierry cuando entraron en la cafetería—. ¡Suzanne! —la llamó, y agitó la mano.

Una mujer con el pelo negro y muy corto levantó la cabeza. Gamache pensó que debía de tener unos sesenta años; llevaba gran cantidad de bisutería brillante, una camisa entallada con un chal de color claro y una falda a la que le faltaba medio palmo para aquel cuerpo de barril. En la misma mesa había otras seis mujeres de diferentes edades.

—¡Thierry!

Suzanne se levantó de un brinco y abrazó a Thierry como si no lo hubiera visto un rato antes. Entonces se fijó en Gamache y Beauvoir, y los miró con

buen humor y curiosidad.

—¿Savia nueva?

Beauvoir dio un respingo. Aquella mujer vulgar y estridente no le había caído bien. Llamaba demasiado la atención. Y además, lo había tomado por uno de ellos.

—Os he visto antes en la reunión. No pasa nada, cariño —dijo entre risas al ver la expresión del inspector—. No hace falta que te caigamos bien, sólo que dejes de beber.

—Yo no soy alcohólico.

Incluso a él le pareció que lo había dicho como si la palabra fuese un bicho muerto o alguna porquería y él estuviese ansioso por escupirlos, pero ella no se ofendió.

En cambio, Gamache sí. Le lanzó una mirada de advertencia y le ofreció la mano a Suzanne.

—Me llamo Armand Gamache.

—¿Es su padre? —le preguntó señalando a Beauvoir.

Gamache sonrió.

—Por suerte no. No hemos venido por la reunión.

Su ademán serio surtió efecto, y la sonrisa de Suzanne se apagó un poco. Sin embargo, mantuvo la mirada alerta.

Beauvoir se dio cuenta de que no bajaba la guardia. De que aquello que le había parecido la sonrisa de una idiota era en realidad algo muy diferente: la mujer prestaba atención. Detrás de las risas y de toda aquella alegría, había un cerebro en funcionamiento. Y trabajaba a un ritmo frenético.

—¿De qué se trata? —preguntó ella.

—¿Le importaría que hablásemos en privado?

Thierry los dejó allí y se dirigió a la mesa donde se encontraban Bob, Jim y otros cuatro hombres, al otro lado de la cafetería.

—¿Les apetece un café? —ofreció Suzanne mientras buscaban una mesa tranquila cerca del baño.

—*Non, merci*. Bob ha sido muy amable y me ha servido una taza, aunque sólo estaba medio llena.

Suzanne se echó a reír. Beauvoir pensó que se reía demasiado y se preguntó qué escondía con eso. Según su experiencia, nadie se divertía tanto.

—¿Por el delírium trémens? —preguntó, y cuando Gamache respondió que sí, Suzanne miró a Bob con gran afecto—. Es que vive en una casa del Ejército

de Salvación, ¿sabe? Va a siete reuniones a la semana, por eso asume que todas las personas que conoce son alcohólicas.

—Bueno, se pueden dar por hecho cosas peores de una persona —repuso Gamache.

—¿Qué puedo hacer por ustedes?

—Trabajo para la Sûreté du Québec. En Homicidios.

—¿Es el inspector jefe Gamache?

—El mismo.

—¿En qué puedo ayudarlos?

Beauvoir se alegró de ver que parecía mucho menos optimista y más cautelosa.

—Se trata de Lillian Dyson.

Suzanne abrió los ojos sobremanera y susurró:

—¿Lillian?

Gamache asintió.

—Siento decirle que la asesinaron anoche.

—Dios mío. —Suzanne se tapó la boca con la mano—. ¿Ha sido un robo? ¿Han entrado en su casa?

—No. No parece un ataque al azar. Ocurrió en una fiesta. La han encontrado muerta en un jardín, con el cuello partido.

Suzanne suspiró y cerró los ojos.

—Disculpen, es la impresión. Ayer hablamos por teléfono.

—¿De qué?

—No, de nada. Era para darme parte, me llama cada tres o cuatro días. No era nada importante.

—¿Le mencionó la fiesta?

—No, no dijo nada.

—Pero usted debe de conocerla bien —aventuró Gamache.

—Sí.

Suzanne miró por la ventana a los hombres y mujeres que pasaban de largo, enfrascados en sus pensamientos y en su mundo. Sin embargo, el de Suzanne acababa de cambiar: se había convertido en uno donde existía el asesinato. Y en el que Lillian Dyson había dejado de existir.

—¿Alguna vez ha tenido un mentor, inspector jefe?

—Sí, aún lo tengo.

—Entonces sabe lo íntima que puede llegar a ser esa relación.

Miró a Beauvoir un momento con los ojos nublados y esbozó media sonrisa.

—Sí —contestó Gamache.

—Veo también que está casado.

Suzanne se señaló el dedo anular, desnudo.

—Correcto —respondió Gamache, que la estaba mirando con consideración.

—Imagine esas dos relaciones combinadas y aún más intensas. No hay nada en el mundo que pueda compararse con lo que ocurre entre una madrina y su ahijada.

Los dos la miraron.

—Descríbala —le pidió Gamache al final.

—Es íntima sin ser sexual, es una relación de confianza sin ser una amistad. Yo no pido nada a mis ahijados. Nada salvo honestidad. Lo único que quiero es que dejen de beber. Yo no soy su marido ni su esposa, tampoco soy su mejor amigo ni su jefe. A mí no tienen que justificarme nada. Yo sólo los guío y escucho.

—¿Y qué saca usted de esa relación? —preguntó Beauvoir.

—Seguir estando sobria. Se trata de que un alcohólico ayude a otro. Nosotros podemos engañar a mucha gente, inspector, y lo hacemos a menudo, pero entre nosotros no funciona. Nos conocemos. Estamos un poco locos, ¿sabe? —añadió Suzanne con una risita.

A Beauvoir no le resultó una novedad.

—Cuando conoció a Lillian, ¿diría que estaba loca? —preguntó Gamache.

—Sí, claro, pero sólo en el sentido de que su percepción del mundo estaba bien jodida. Había tomado tantas malas decisiones que ya no sabía tomar las buenas.

—Tengo entendido que como parte de esa relación, Lillian le contó sus secretos —afirmó Gamache.

—Sí.

—¿Cuáles eran los secretos de Lillian Dyson?

—No lo sé.

Gamache se quedó mirando la boca de incendios.

—¿No lo sabe, madame, o no lo quiere decir?

CATORCE

Peter estaba tumbado en la cama, agarrado al borde del colchón de matrimonio. Era demasiado pequeña para ellos, pero cuando se casaron no habían podido pagar una más grande y Peter y Clara se habían acostumbrado a tenerse cerca.

Tanto, que se tocaban. Incluso en las noches más cálidas y pegajosas de julio, se tumbaban desnudos en la cama con las sábanas a los pies, sus cuerpos húmedos y resbaladizos de sudor. Y aun así se rozaban. Sólo un poco. La mano en la espalda de Clara. El dedo gordo en la pierna de Peter.

Contacto.

Sin embargo, esa noche él se aferraba a su lado de la cama y ella al suyo, como si más allá se abriera un abismo. Como si tuvieran miedo a las alturas y temiesen estar a punto de precipitarse.

Se habían acostado pronto para que el silencio les pareciera natural.

Pero no lo habían conseguido.

—¿Clara? —susurró él.

El silencio se prolongó. Peter conocía los ruidos que hacía su esposa cuando dormía, y no eran éstos. Dormida, Clara era casi tan exuberante como despierta; no se revolvía, sino que gruñía y resoplaba. De vez en cuando decía algo ridículo. Una vez farfulló: «Pero... ¡Kevin Spacey está atrapado en la Luna!»

Cuando él se lo contó a la mañana siguiente, no se lo quiso creer, aunque él lo había oído con claridad.

De hecho, tampoco le creyó cuando le explicó que canturreaba, bufaba y hacía toda clase de ruidos. Tampoco le molestaba. Peter estaba en sintonía con Clara y la oía incluso cuando ella no podía.

Sin embargo, esa noche guardaba silencio.

—¿Clara? —probó de nuevo. Sabía que estaba allí y que estaba despierta—. Tenemos que hablar.

Entonces la oyó: una inhalación muy muy larga y después un suspiro.

—¿Qué pasa?

Peter se incorporó, pero no encendió la luz. Prefería no verle la cara.

—Lo siento.

Ella no se movió. La veía como una oscura cadena montañosa sobre la cama, apretujada en el fin del mundo. No podía alejarse más de él sin caerse.

—Siempre estás diciendo que lo sientes.

No se la oía bien. Hablaba con la boca tapada por la ropa de cama, sin ni siquiera levantar la cabeza.

¿Qué podía contestar a eso? Clara tenía razón. Repasó su relación y vio que había una repetición constante: él decía o hacía alguna estupidez, y ella lo perdonaba. Hasta ese día.

Algo había cambiado. Peter había creído que la mayor amenaza para su matrimonio sería la exposición de Clara. Que ella tuviese éxito. Y el fracaso repentino de él, ahora mucho más espectacular debido al triunfo de su esposa.

Pero se equivocaba.

—Tenemos que solucionar esto —dijo Peter—. Tenemos que hablar.

Clara se incorporó de golpe, forcejeando con el edredón mientras intentaba sacar los brazos de la cama. Cuando lo consiguió, se volvió hacia él.

—¿Por qué? ¿Para que pueda perdonarte una vez más? ¿Se trata de eso? ¿Crees que no sé lo que has estado haciendo? Esperabas que mi exposición fuese un fiasco, que los críticos decidiesen que mis obras no valen una mierda y que el verdadero artista eres tú. Te conozco, Peter. Me doy cuenta cuando le estás dando vueltas a algo. Nunca has comprendido mi arte ni te ha importado, porque crees que es infantil y simple. «¿Retratos? Menuda vergüenza» —dijo en un tono de voz más grave, para imitar la de Peter.

—Yo nunca he dicho eso.

—Pero lo pensabas.

—Mentira.

—No te atrevas a mentirme, Peter. Ahora no, joder.

El tono de advertencia era evidente. Y una novedad. Se habían peleado otras veces, pero nunca como ésa.

Entonces Peter supo que su matrimonio había llegado a su fin, o que lo haría pronto. A menos que se le ocurriese qué decir. O qué hacer.

Si «lo siento» no había servido de nada, ¿qué funcionaría?

—Te habrá encantado leer la reseña del *Ottawa Star*. Cuando me han llamado un «loro viejo y cansado que sólo imita a otros artistas de verdad»,

¿te ha gustado, Peter?

—¿Cómo puedes pensar eso?! —protestó él.

Pero lo cierto es que sí le había causado placer. Y alivio. El primer momento de verdadera felicidad que vivía en mucho tiempo.

—La que cuenta es la crítica del *New York Times*, Clara. Ésa es la que me importa.

Ella lo fulminó con la mirada, y Peter sintió que se le enfriaban los dedos de las manos, los de los pies, las piernas. Como si se le debilitase el corazón y ya no pudiera bombear sangre tan lejos.

Aquel órgano tan noble empezaba a darse cuenta de lo que el resto de Peter había sabido toda la vida: que era débil.

—Está bien, dime, ¿qué ponía en la reseña del *New York Times*?

—¿Perdona?

—Si tan buena impresión te has llevado, si tan importante te parece, seguro que recuerdas al menos una frase.

Clara esperó.

—Una palabra, por lo menos —insistió con voz glacial.

Peter se devanó los sesos, desesperado por encontrar algo, cualquier cosa que hubiese dicho el crítico del *New York Times*. Algo para probar, ya no a Clara, sino a sí mismo, que tenía razón y que el asunto le importaba.

Sin embargo, todo lo que le venía a la cabeza, todo lo que veía, era la maravillosa reseña del diario de Ottawa.

«Pese a ser agradables, sus obras carecen de un elemento visionario y atrevido.»

Ya se mortificaba cuando sus pinturas le parecían vergonzosas, pero ahora que eran brillantes, se sentía aún peor. En lugar de ser el reflejo de su gloria, lo que señalaban era su propio fracaso. Sus creaciones habían ido perdiendo brillo al mismo ritmo que las de ella cobraban luminosidad, así que había leído y releído la frase del loro y se la había aplicado al ego como si fuera un antiséptico, y las obras de Clara, el foco de infección.

Sin embargo, en ese momento se dio cuenta de que lo infecto no eran los cuadros de su esposa.

—¡Ya me parecía! —le espetó Clara—. Ni una sola palabra. Pues ya te lo recuerdo yo: «Los cuadros de Clara Morrow no son sólo brillantes, sino luminosos. Sus pinceladas, audaces y generosas, han redefinido el arte del retrato.» Lo he memorizado. No porque crea que es cierto, sino para tener

donde escoger y no creerme siempre la peor versión.

«Imagínate —pensó Peter mientras el frío penetraba en su cuerpo— poder escoger qué crees.»

—Y luego está lo de los mensajes —continuó Clara.

Peter cerró los ojos, despacio. Un parpadeo viperino.

Los mensajes. De todos los admiradores de su mujer. De propietarios de galerías, marchantes y conservadores de todo el mundo. De familiares y amigos.

Después de que Gamache, Clara y el resto se fueran, después de que se llevaran el cadáver de Lillian, Peter se había pasado casi toda la mañana contestando al teléfono.

Porque no paraba de sonar. Como una campana que no dejaba de tañer. Y cada tono lo empequeñecía. Le arrebatava, tal como él lo sentía, su hombría, su dignidad, su autoestima. Había tomado nota de las felicitaciones y había sido amable con los que mandaban en el mundo del arte. Los titanes. Esos que sólo lo conocían como el marido de Clara.

La humillación había sido total.

En un momento dado, había dejado que el contestador se encargase de todo y se había escondido en el estudio, donde se había refugiado toda la vida. Donde se había protegido del monstruo.

Sin embargo, ahora lo notaba en el dormitorio. Sentía que azotaba la cola a su lado, su aliento cálido y fétido.

Durante toda la vida, había pensado que si no hacía ruido, si no llamaba la atención, el monstruo no lo vería. Si no armaba alboroto, si no levantaba la voz, éste no lo oiría ni le haría daño. Si él estaba más allá de las críticas y escondía su crueldad con una sonrisa y buenas obras, no lo devoraría.

Pero en ese momento se dio cuenta de que esconderse no servía de nada: siempre iba a estar al acecho y siempre iba a encontrarlo.

Porque el monstruo era él.

—Querías verme fracasar.

—Eso nunca —se defendió Peter.

—Creía que sólo necesitabas un tiempo para acostumbrarte, que en el fondo te alegrabas por mí. Y ahora me doy cuenta de que eres así, ¿verdad?

Peter volvía a tener una negación en la punta de la lengua, pero cuando se disponía a hablar, se detuvo. Algo le impidió decir las palabras. Algo se interpuso entre lo que tenía en la mente y lo que salió de su boca.

La miró y, con las uñas astilladas y ensangrentadas de llevar toda una vida aferrándose al borde del abismo, se soltó.

—Fue el retrato de *Las tres Gracias*.

Las palabras le manaban de la boca como un torrente.

—Lo vi antes de que lo acabaras. Entré en tu estudio a escondidas y levanté la sábana del caballete.

Hizo una pausa para tratar de recuperar la compostura, pero ya era demasiado tarde para eso. Se estaba precipitando al vacío.

—Vi... —Buscó la palabra adecuada, pero al final se dio cuenta de que en realidad se estaba escondiendo de ella—. Gloria. Lo que vi fue gloria, Clara. Y tanto amor que me partió el corazón.

Se quedó mirando las sábanas y retorció las manos. Suspiró.

—Entonces supe que eras mucho mejor artista de lo que yo podría aspirar a ser. Porque no pintas cosas, ni siquiera pintas personas.

Una vez más, le vino a la mente el retrato de las tres ancianas amigas, las tres Gracias: Émilie, Beatrice y Kaye, vecinas de Three Pines. Se reían y se sostenían las unas a las otras. Viejas, frágiles, cercanas a la muerte.

Acosadas por suficientes motivos para tener miedo.

Y, sin embargo, todo el que contemplaba el cuadro de Clara sentía lo mismo que aquellas mujeres.

Dicha.

Mirando *Las tres Gracias*, Peter había comprendido que estaba bien jodido.

Y también algo más, algo de lo que quizá no fuera consciente el que miraba las extraordinarias creaciones de Clara, pero que sin duda sentía. En los huesos, en la médula.

Sin un solo crucifijo, hostia o Biblia. Sin recurrir a la representación de un clérigo o una Iglesia. Las pinturas de Clara irradiaban una fe privada y sutil. En el único destello de un ojo. En unas manos ancianas sosteniendo las de otra anciana. Para salvarle la vida.

Clara pintaba vida. Una vida valiosa.

Mientras el resto del cínico mundo del arte representaba lo peor, Clara plasmaba lo mejor.

Hacía años que la marginaban por ello; se burlaban de ella y la habían relegado al ostracismo. Lo habían hecho los profesionales más consolidados y también, aunque en privado, Peter.

Peter pintaba cosas. Y muy bien. Había llegado a afirmar que pintaba a

Dios, y algunos marchantes se lo habían creído. Era una buena historia. Pero si él jamás había visto a Dios, ¿cómo podía pintarlo?

Clara no sólo se había encontrado con Él, sino que lo conocía. Y ella pintaba lo que conocía.

—Tienes razón, siempre te he tenido envidia —confesó mirándola a la cara. Ya no sentía miedo, había ido más allá.

—Desde el primer día que te vi, te tuve envidia. Y la sensación no ha desaparecido. Lo he intentado, pero no me abandona. Incluso ha aumentado con el tiempo. Ay, Clara, te quiero y me odio a mí mismo por hacerte esto.

Ella no habló. No ayudaba, pero tampoco empeoraba las cosas. Peter estaba solo.

—Pero no es tu arte lo que envidio. Creía que sí y por eso no le hacía caso. Fingía que no lo entendía, aunque comprendía muy bien lo que estabas haciendo en tu estudio, lo que te esforzabas tanto en captar. Y a lo largo de los años, he visto cómo ibas acercándote cada vez más y eso me mataba. Ay, Clara, por Dios. No sé por qué no podía alegrarme por ti.

Ella siguió sin decir nada.

—Y entonces, cuando vi *Las tres Gracias*, me di cuenta de que lo habías conseguido. Y después aquel retrato. El de Ruth. Dios mío. —Hundió los hombros—. ¿Qué otra persona pintaría a Ruth como la Virgen María? Tan llena de desprecio, amargura y decepción.

Abrió los brazos, pero después los dejó caer y exhaló.

—Y ese punto. La mota blanca y minúscula de los ojos. Una mirada llena de odio, salvo por ese puntito. Está viendo venir algo.

Peter miró a Clara, al otro extremo de la cama.

—No es tu arte lo que envidio, nunca lo he hecho.

—Estás mintiendo, Peter —susurró Clara.

—¡No, no miento! —protestó él alzando la voz con desesperación.

—¡Criticaste *Las tres Gracias*! ¡Te reíste del retrato de Ruth! —chilló Clara—. Querías que los fastidiara, que los destruyera.

—Sí, pero ¡no era por los cuadros! —gritó él.

—¡Y una mierda!

—No, no era eso. Era...

—Venga —voceó Clara—. ¡Venga! Dime qué era.

O mejor, deja que lo adivine. Era culpa de tu madre, ¿no? O de tu padre. ¿Qué pasa, que tenías demasiado dinero, o demasiado poco? ¿Tus profesores

hirieron tus sentimientos, o tu abuelo bebía demasiado? ¿Qué excusa vas a ponerme ahora?

—No, no lo entiendes.

—Claro que sí, Peter. Te entiendo demasiado bien. Mientras yo me arrastrase a tu sombra, todo iba de maravilla.

—No.

Peter se había levantado de la cama y había retrocedido hasta dar con la espalda en la pared.

—Tienes que creerme.

—Ya no te creo. Tú no me quieres. El amor no es así.

—Clara, no.

Y entonces la caída terrible y vertiginosa terminó. Peter se estrelló contra el suelo.

—¡Era tu fe! —gritó, y se dejó caer—. Tus creencias, tu esperanza. —Habla con la voz estrangulada y ronca, sin apenas respirar—. Era mucho peor que tus cuadros. Yo quería poder pintar como tú, pero sólo porque eso significaría que vería el mundo del mismo modo. Dios mío, Clara, lo único que te he envidiado es la fe que tienes.

Se rodeó las piernas con los brazos y se las llevó al pecho con brusquedad. Se hizo un ovillo pequeño, un diminuto globo. Y se balanceó.

Atrás y adelante. Atrás y adelante.

Clara, desde la cama, no apartaba la vista de él. Silenciada no por la rabia, sino por el asombro.

Jean-Guy Beauvoir cogió un montón de ropa sucia y la lanzó a un rincón.

—Póngase cómodo —lo invitó con una sonrisa.

—*Merci* —respondió Gamache, y se sentó.

En un abrir y cerrar de ojos, se encontró con las rodillas a la alarmante altura de los hombros.

—Tenga cuidado con el sofá —gritó Beauvoir desde la cocina—, creo que tiene algún muelle roto.

—Sí, es posible —confirmó Gamache mientras trataba de acomodarse.

Se preguntó si las prisiones turcas serían así. Mientras Beauvoir preparaba algo de beber, el inspector jefe miró alrededor del pequeño estudio amueblado del centro de Montreal.

Los únicos toques personales parecían ser la montaña de ropa sucia y un león de peluche que asomaba entre las sábanas de la cama deshecha. El efecto era extraño, tal vez algo infantil. No sabía que Jean-Guy fuese la clase de persona que tenía peluches.

Habían recorrido sin prisa las tres manzanas que separaban la cafetería del apartamento, comentando impresiones al fresco de la última hora de la tarde.

—¿Se ha creído lo que decía Suzanne? —preguntó Beauvoir.

—¿Lo de que no recordaba los secretos de Lillian?

Gamache reflexionó. El follaje de los árboles que flanqueaban la calle estaba mutando de un verde joven y brillante a un color más maduro e intenso.

—¿Tú sí?

—No, en absoluto.

—Yo tampoco —admitió el inspector jefe—, pero la cuestión es si nos mintió adrede para ocultarnos algo, o si necesitaba algo más de tiempo para pensar.

—Creo que ha sido deliberadamente.

—Siempre lo crees.

Era cierto. El inspector Beauvoir solía ponerse en lo peor: era la opción más segura.

Suzanne les había explicado que tenía varios ahijados y que cada uno de ellos le contaba toda su vida.

—Ése es el quinto paso del programa de Alcohólicos Anónimos —había dicho la mujer, y a continuación había citado—: «Admitimos ante Dios, ante nosotros mismos y ante otro ser humano la naturaleza exacta de nuestros defectos.» Yo soy el otro ser humano.

Suzanne se había reído de nuevo y había hecho una mueca.

—¿Tan mal lo pasa? —le había preguntado Gamache, que había interpretado su gesto.

—Al principio no. Con los primeros ahijados sentía verdadera curiosidad por saber en qué clase de líos se habían metido en su trayectoria como alcohólicos, y si éstos eran como los míos. Que alguien confiase en mí de ese modo era emocionante. Ya le digo que no era algo habitual cuando bebía... En aquella época había que estar majara para confiar en mí. Pero la verdad es que después de un tiempo, aburre, porque todo el mundo piensa que sus secretos son horribles y en realidad son todos bastante parecidos.

—¿Qué tipo de secretos? —preguntó el inspector jefe.

—Pues engañar a la pareja. Esconder que eres gay. Robar. Pensar cosas horribles de los demás. Emborracharte y perderte acontecimientos familiares señalados. Decepcionar a tus seres queridos o hacerles daño. A veces se trata incluso de abusos. No digo que lo que hayan hecho esté bien, porque no es así, por eso enterramos esas cosas durante tanto tiempo, pero desde luego no se trata de casos únicos. No están solos. ¿Saben qué es lo más difícil del quinto paso?

—¿Lo de «admitimos ante nosotros mismos»? —preguntó Gamache.

Beauvoir se asombró de la memoria del inspector jefe. Porque a él le daba la sensación de que aquello era poco más que un puñado de alcohólicos que sentían lástima de sí mismos, se lamentaban y buscaban el perdón inmediato.

Beauvoir creía en el perdón, pero sólo tras cumplir un castigo.

Suzanne sonrió.

—Eso es. Cualquiera pensaría que admitirlo ante nosotros mismos es fácil; al fin y al cabo, estábamos allí cuando ocurrió. Pero, como es natural, no es fácil aceptar que lo que hemos hecho sea tan malo. Pasamos años justificando y negando nuestros actos.

Gamache asintió, pensativo.

—¿Es frecuente que esos secretos sean tan serios como los de Brian?

—¿Se refiere a matar a una niña? Sí, a veces sí.

—¿Ha tenido algún ahijado o ahijada en una situación similar?

—Sí, alguno ha confesado haber matado —respondió al final—. Pero nunca de forma intencionada. Ningún asesinato, sólo accidentes. La mayoría por conducir borrachos.

—¿Lillian está entre ellos? —preguntó Gamache en voz baja.

—No lo recuerdo.

—No la creo.

El inspector jefe hablaba tan bajo que costaba oír sus palabras. O tal vez se tratase de que a Suzanne se le hacía difícil escuchar ciertas cosas.

—Nadie recibe una confidencia como ésa y luego la olvida.

—Usted puede creer lo que quiera, inspector jefe.

Gamache asintió y le dio su tarjeta.

—Esta noche me quedo en Montreal, pero mañana regresaré a Three Pines. Estaremos allí hasta que averigüemos quién asesinó a Lillian Dyson. Llámeme cuando empiece a recordar.

—¿Three Pines? —preguntó Suzanne, y cogió la tarjeta.

—El pueblo donde han matado a Lillian.

Gamache se levantó, y Beauvoir también.

—Ha dicho que sus vidas dependen de la verdad —le recordó el inspector jefe—. No me gustaría nada que eso se le olvidase justo ahora.

Quince minutos más tarde, estaban en el apartamento nuevo de Beauvoir. Mientras Jean-Guy abría y cerraba puertas de armario y rezongaba, Gamache consiguió salir de aquella tortura de sofá y dio una vuelta por el salón. Primero miró la pizzería de enfrente, que anunciaba «porciones extragrandes», y después se volvió hacia el interior del estudio, hacia las paredes grises y los muebles de Ikea. Se fijó en el teléfono y en el bloc de notas que había al lado.

—¿No estarás yendo a comer a la pizzería?

—¿Qué quiere decir? —contestó Beauvoir desde la cocina.

—¡Vaya! ¡Restaurante Milos! —leyó Gamache de una de las hojas—. Muy elegante.

Beauvoir se asomó al salón, miró la mesa con el teléfono y la libretita, y luego al inspector jefe.

—Estaba pensando en invitarlos a madame Gamache y a usted.

Por la manera en que la luz desnuda de la habitación iluminaba la cara del inspector, Beauvoir le recordó a Brian por un momento. No al joven fanfarrón y desafiante del principio, sino al chaval doblegado. Humilde. Perplejo. Imperfecto. Humano.

Precavido.

—Para agradecerles su apoyo —continuó Beauvoir—. Entre la separación de Enid y todo lo demás, han sido unos meses difíciles.

El inspector jefe Gamache lo miró estupefacto. Milos era uno de los mejores restaurantes de marisco de Canadá. Y, sin lugar a dudas, uno de los más caros. Era uno de sus favoritos, de Reine-Marie y de él, adonde sólo iban en ocasiones muy especiales.

—*Merci* —consiguió pronunciar al fin—. Pero una *pizza* también nos va bien.

Jean-Guy sonrió, cogió el bloc de la mesa y lo metió en un cajón.

—Bueno, pues dejamos lo de Milos. Pero invito a la porción extragrande, y no quiero oírlos rechistar.

—A madame Gamache le encantará la idea —bromeó el inspector jefe entre risas.

Beauvoir entró en la cocina y regresó con las bebidas: una cerveza artesana

para Gamache y agua para él.

—¿Y tu cerveza? —preguntó su jefe con el vaso en alto.

—Tanto hablar de bebida me ha quitado las ganas. Me vale con agua.

Se sentaron de nuevo, y esta vez Gamache escogió una de las sillas duras dispuestas alrededor de la pequeña mesa de cristal del comedor. Le dio un sorbo a la cerveza.

—¿Cree que funciona?

Gamache tardó un momento en saber a qué se refería Beauvoir.

—¿Lo de Alcohólicos Anónimos?

Jean-Guy asintió con la cabeza.

—Me da la impresión de que todo es muy autocomplaciente. Y no entiendo por qué contar sus secretos les hace dejar la bebida. ¿No sería mejor olvidarse de todo eso, en lugar de sacarlo a la luz? Además, esa gente no está formada. Esa mujer, Suzanne, es un desastre; no me diga que puede serle de ayuda a los demás.

El inspector jefe se quedó mirando a su segundo y se fijó en lo demacrado que estaba.

—Creo que ir a Alcohólicos Anónimos funciona porque, por muy buenas que sean sus intenciones, nadie comprende una experiencia tan bien como alguien que ya la ha vivido —explicó Gamache en voz baja.

Se guardó de no echarse hacia delante, de no invadir el espacio de su inspector.

—Como en la fábrica. Igual que el ataque. Nadie se hace a la idea de cómo fue en realidad, sólo los que estábamos allí. Los terapeutas ayudan, ayudan mucho, pero no es lo mismo que hablar entre nosotros. —Gamache miró a Beauvoir, que parecía estar hundiéndose—. ¿Alguna vez piensas en lo que pasó en la fábrica?

Ahora le tocaba a Beauvoir hacer una pausa.

—A veces.

—¿Quieres hablar del tema?

—¿De qué iba a servir? Ya se lo he contado a los investigadores y a los terapeutas. Usted y yo también lo hemos hablado. Creo que ha llegado el momento de no darle más vueltas y de seguir adelante con la vida, ¿no le parece?

Gamacheladeó la cabeza y examinó a Jean-Guy.

—No, no estoy de acuerdo. Creo que es necesario hablar hasta que lo

saquemos todo, hasta que no nos quede nada pendiente.

—Lo que ocurrió en la fábrica es pasado —soltó Beauvoir, pero enseguida se controló—. Lo siento, pero es que me parece pura autocomplacencia, y yo quiero seguir avanzando con mi vida. El único asunto pendiente, lo único que aún me fastidia, si es que le interesa, es no saber quién filtró el vídeo del ataque. ¿Cómo llegó a internet?

—La investigación interna concluyó que fue algún *hacker*.

—Sí, ya lo sé. He leído el informe. Pero usted no se lo cree, ¿verdad?

—No me queda más remedio —admitió Gamache—. Y a ti tampoco.

El tono de advertencia del inspector jefe era inconfundible, pero Beauvoir prefirió no oírlo, o no hacer caso.

—No fue ningún *hacker*. Aparte de otros agentes de la Sûreté, nadie sabe que esas grabaciones existen. Ningún *hacker* puede haber pirateado esas cintas.

—Ya basta, Jean-Guy.

Ya habían tenido la misma discusión otras veces. Alguien había subido a internet el vídeo del ataque en la fábrica y se había vuelto viral. Millones de personas en todo el mundo habían visto el montaje de imágenes.

Millones de personas habían visto lo sucedido.

Lo que les habían hecho. A ellos dos y a los demás. Lo habían visto como si fuera un programa de televisión. Entretenimiento.

Tras meses de investigación, la Sûreté había concluido que se trataba de un *hacker* informático.

—¿Cómo es posible que no hayan encontrado al culpable? —insistió Beauvoir—. Tenemos todo un departamento dedicado al crimen cibernético y no han podido encontrar al gilipollas que, según su propio informe, tuvo la suerte de irse de rositas.

—Déjalo ya, Jean-Guy —le advirtió Gamache muy serio.

—Señor, tenemos que averiguar la verdad —respondió el inspector echándose hacia delante.

—Ya sabemos la verdad, lo que tenemos que hacer es aprender a vivir con ella.

—¿Y no piensa rascar un poco más? ¿Simplemente va a aceptarlo?

—Sí, y tú también. Prométeme que lo aceptarás, Jean-Guy. No es nuestro problema; son otros los que se encargan de eso.

Se miraron un momento, y al final, Beauvoir hizo un movimiento seco de

cabeza para asentir.

—*Bon* —concluyó Gamache.

Vació el vaso y lo llevó a la cocina.

—Va siendo hora de que me marche. Tenemos que estar en Three Pines muy temprano.

Armand Gamache dio las buenas noches a su compañero y volvió a casa dando un paseo nocturno. Hacía fresco, y se alegró de llevar chaqueta. Iba con la idea de parar un taxi, pero cuando se dio cuenta, ya había subido por St-Urbain hasta la *avenue* Laurier.

Mientras caminaba, pensaba en Alcohólicos Anónimos y en Lillian y Suzanne. En el presidente de la Corte Suprema de Quebec. En los artistas y marchantes que estaban en la cama, dormidos, en Three Pines.

Pero sobre todo, pensó en el efecto corrosivo de los secretos, incluidos los suyos.

Había mentido a Beauvoir: para él, el asunto no había terminado. Y tampoco lo había dejado pasar.

Jean-Guy Beauvoir lavó el vaso de cerveza y se dirigió a su habitación.

«No pares, no pares —se suplicó a sí mismo—. Unos pasos más y ya está.»

Sin embargo, como era de esperar, se detuvo. Igual que todas las noches desde la aparición del vídeo.

Una vez estaba en la Red, nunca dejaría de existir. Estaría ahí para siempre. Tal vez llegasen a olvidarlo, pero seguiría ahí, esperando a que alguien lo volviese a descubrir. A salir de nuevo a la superficie.

Como un secreto que nunca podía esconderse por completo. Que no podía olvidarse del todo.

Y de momento, aquel vídeo continuaba estando muy presente.

Beauvoir se dejó caer en la silla y activó el portátil, que estaba en reposo. El enlace formaba parte de la lista de favoritos pero contaba con una descripción errónea, a propósito.

Con el sueño pesándole en los ojos y el cuerpo dolorido, Jean-Guy pinchó en el enlace.

Y el vídeo apareció.

Le dio al *play*. Después otra vez. Y otra.

Lo vio en bucle, sin parar. Las imágenes eran claras, igual que el sonido.

Las explosiones, los disparos, los gritos. «¡Un agente herido! ¡Un agente herido!»

Y la voz de Gamache, firme, al mando. Daba órdenes claras, los mantenía unidos, evitaba el caos a medida que el equipo táctico iba adentrándose en la fábrica. A medida que iban arrinconando a los terroristas. Muchos más de los que esperaban.

Una y otra vez, Beauvoir vio como le disparaban en el abdomen y, una y otra vez, vio algo aún peor: al inspector jefe Gamache con los brazos en el aire, la espalda arqueada. Salía despedido hacia arriba y después caía. Daba contra el suelo y se quedaba inmóvil.

Y el caos se les echaba encima.

Extenuado, al final se apartó de la pantalla y se preparó para acostarse. Se lavó y se cepilló los dientes. Sacó los medicamentos que le habían recetado y se tomó un comprimido de OxyContin.

Después metió otro frasco de pastillas debajo de la almohada. Por si necesitaba alguna durante la noche. Allí estaban a salvo, escondidas. Como un arma. Un último recurso.

Un frasco de Percocet.

Por si la oxicodona no era suficiente.

En la cama, a oscuras, esperó a que el analgésico hiciese efecto. Sentía como el día iba alejándose; las preocupaciones, las ansiedades, las imágenes iban reduciéndose. Mientras se sumía en la inconsciencia abrazado al león de peluche, lo acompañaba una imagen. No era el instante en que lo alcanzaba una bala ni cuando abatían al inspector jefe y éste se desplomaba.

Todo eso había desaparecido. La oxicodona se lo había tragado.

Sólo una idea lo había seguido hasta el precipicio.

El restaurante Milos. Y el número de teléfono escondido en el cajón del escritorio. Todas las semanas a lo largo de los últimos tres meses, había reservado una mesa. Para dos. El sábado por la noche. La del fondo, junto a la pared encalada.

Y la había cancelado el sábado por la tarde. Se preguntaba si ya ni siquiera se molestaban en anotar el nombre. Quizá tan sólo disimulaban, igual que él.

Pero estaba seguro de que al día siguiente la cosa cambiaría.

Pensaba llamarla sin falta. Y ella diría que sí. Iba a llevar a Annie Gamache al restaurante Milos, con sus copas y sus manteles blancos. Ella pediría lenguado, y él, bogavante.

Y ella lo escucharía y lo miraría con aquellos ojos tan intensos. Él le preguntaría qué tal le había ido el día, por su vida, sus gustos, sus sentimientos. Todo. Querría saberlo todo.

Todas las noches se quedaba dormido con la misma imagen: Annie mirándolo desde el otro lado de la mesa. Él extendía el brazo y le tocaba la mano. Y ella no se lo impedía.

Justo cuando estaba perdiendo la conciencia, puso una mano sobre la otra. Ésa sería la sensación.

Y entonces la oxicodona se lo llevó todo. Y Jean-Guy Beauvoir no sintió nada más.

QUINCE

Clara bajó a desayunar. Toda la casa olía a café y a panecillos tostados.

Al despertarse, sorprendida de haber conseguido dormir, había visto que la cama estaba vacía. Le había costado un momento recordar qué había ocurrido la noche anterior.

La pelea.

Lo cerca que había estado de vestirse y abandonarlo. De subirse al coche, conducir hasta Montreal y alojarse en un hotel barato.

¿Y después?

Después, lo que viniera. Supuso que lo siguiente sería el resto de su vida. En aquel momento no le importaba.

Pero entonces, Peter le había dicho la verdad, por fin.

Habían hablado hasta bien entrada la noche y se habían dormido. Sin tocarse, todavía no; los dos estaban demasiado magullados. Se sentían como si los hubiesen despellejado y diseccionado. Como si los hubieran deshuesado y destripado, examinado. Como si el veredicto fuese que estaban podridos.

Lo que tenían no era un matrimonio, sino la parodia de una asociación entre dos personas.

Sin embargo, también se habían dado cuenta de que tal vez consiguieran recomponerse.

Las cosas serían diferentes, pero ¿serían mejores?

Clara no lo sabía.

—Buenos días —la saludó Peter cuando Clara apareció con el pelo de punta por un lado y el sueño reflejado en el rostro.

—Buenos días.

Peter le sirvió un café.

Por la noche, una vez que Clara se hubo dormido y empezó a respirar profundamente y dar algún que otro resoplido, Peter había bajado al salón. Allí buscó los periódicos y el catálogo impreso en papel satinado de la exposición.

Se había quedado allí toda la noche, memorizando la crítica del *New York Times* y la del *Times* de Londres. Para que no se le olvidasen.

Así él también podría escoger qué creer.

Después había estudiado las reproducciones de los cuadros en el catálogo.

Eran brillantes, pero eso ya lo sabía. No obstante, en el pasado había mirado sus retratos y había visto defectos; reales o imaginados. Una pincelada un tanto torcida. Unas manos que podrían haber sido mejores. Se concentraba en los detalles de forma deliberada para no tener que ver el conjunto.

Y eso era justo en lo que se estaba fijando ahora.

Decir que se alegraba sería mentir, y Peter Morrow estaba decidido a no seguir mintiendo. Ni a sí mismo ni a Clara.

Lo cierto era que aún le dolía ser testigo de su gran talento, pero por primera vez desde que conocía a Clara, no le buscaba defectos.

Aun así, algo había estado rondándole la cabeza toda la noche. Él se lo había contado todo, todos sus repugnantes actos y pensamientos, para que ella lo supiera. Para que no quedase nada escondido que pudiera sorprender a ninguno de los dos.

Excepto una cosa.

Lillian. Lillian y lo que él le había dicho en la exposición universitaria, tantos años atrás. Podía contar las palabras con los dedos de las manos, pero cada una había sido una bala que había dado en el blanco: Clara.

—Gracias —dijo Clara al aceptar la taza de café fuerte y aromático—. Huele bien.

Ella también estaba decidida a no mentir, a no fingir que todo iba bien con la esperanza de que esa fantasía se hiciera realidad. Lo cierto era que el café olía estupendamente y, al menos, podía decir eso sin arriesgarse a nada.

Peter se sentó. Estaba armándose de valor para contarle lo que había hecho. Respiró hondo, cerró los ojos un instante y abrió la boca para hablar.

—Vaya, qué pronto han vuelto.

Clara señalaba hacia la ventana con la barbilla.

Peter vio un Volvo aparcar delante de la casa. El inspector jefe Gamache y Jean-Guy Beauvoir salieron de él y se dirigieron al *bistrot*.

Decidió que, al fin y al cabo, no era el mejor momento para hablar y cerró la boca.

Mientras los observaba por la ventana, Clara sonrió. Le hacía gracia que el inspector Beauvoir ya no cerrase el coche con llave. La primera vez que

acudieron a Three Pines, durante la investigación del asesinato de Jane, los agentes siempre se aseguraban de dejar el coche cerrado, pero ahora, varios años después, ya no se molestaban en hacerlo.

Supuso que habían aprendido que, aunque de vez en cuando los habitantes de Three Pines robasen una vida, no robaban coches.

Comprobó la hora en el reloj de la cocina: las ocho menos veinte.

—Deben de haber salido de Montreal muy poco después de las seis.

—Sí —respondió Peter, mientras observaba a Gamache y Beauvoir entrar en el *bistrot*.

Entonces bajó la mirada buscando las manos de Clara. En una tenía la taza de café, pero la otra descansaba cerrada sobre la mesa de madera de pino.

¿Se atrevería?

Tendió la mano poco a poco, para no sorprenderla ni asustarla, y se la puso encima. Le envolvió el puño con la palma y los dedos, como creando un pequeño refugio, una casita.

Y ella no se lo impidió.

Se convenció de que eso era suficiente.

No hacía falta contarle el resto. No era necesario hacerle más daño.

—Yo quiero... —dijo Beauvoir con parsimonia mientras estudiaba la carta.

No tenía hambre, pero sabía que debía pedir algo. Había tortitas de arándanos, *crêpes*, huevos Benedictine, beicon con salchichas y *croissants* calientes del día.

Llevaba en pie desde las cinco y había recogido al inspector jefe a las seis menos cuarto. Eran casi las siete y media y aún estaba esperando que se le despertase el apetito.

El inspector jefe Gamache apartó la carta y miró al camarero.

—Mientras él se decide, yo quiero un tazón de *café au lait* y tortitas de arándanos con salchichas.

—*Merci* —contestó el camarero.

Recogió la carta de Gamache y miró a Beauvoir.

—¿Y usted, monsieur?

—La verdad es que todo tiene muy buena pinta. Tomaré lo mismo que el inspector jefe, gracias.

—Estaba seguro de que ibas a pedir los huevos —comentó Gamache

cuando se marchó el camarero—. Tenía entendido que era tu plato favorito.

—Precisamente ayer me preparé unos.

Gamache se echó a reír. Ambos sabían que era mucho más probable que hubiese desayunado una porción gigantesca de *pizza*. De hecho, hacía un tiempo que Beauvoir sólo tomaba café y quizá también un *bagel*.

Por la ventana, se veía Three Pines iluminado por el sol de la mañana. La mayoría de sus habitantes aún no había salido de casa, pero algunos de los vecinos habían sacado al perro a pasear. Otros estaban sentados en el porche, bebiendo café y leyendo el periódico de la mañana, pero muchos todavía estaban durmiendo.

—Según tú, ¿qué tal lo está haciendo la agente Lacoste? —preguntó el inspector jefe cuando les sirvieron los cafés.

—Bien. ¿Habló anoche con ella? Le pedí que le comentase algunas cosas.

Los dos probaron el café e intercambiaron algunas impresiones.

Cuando llegó el desayuno, Beauvoir comprobó la hora.

—Le pedí que viniese a las ocho.

Aún faltaban diez minutos, pero justo entonces levantó la mirada y la vio cruzar el parque con una carpeta en la mano.

—Me gusta ser su mentor —confesó Beauvoir.

—Lo haces bien. Claro que has tenido un buen maestro. Benévolo y justo, pero firme.

Beauvoir miró al inspector jefe con exagerada sorpresa.

—¿Usted? ¿Quiere decir que todos estos años usted era mi mentor? Eso explica que necesite terapia.

Gamache miró el plato y sonrió.

La agente Lacoste se sentó a la mesa y pidió un *cappuccino*.

—¡Y un *croissant*, *s'il vous plaît*! —le gritó al camarero cuando éste ya se había ido.

Entonces dejó la carpeta sobre la mesa.

—Jefe, he leído su informe de la reunión de anoche y he hecho averiguaciones.

—¿Ya? —preguntó Beauvoir.

—Bueno, me he levantado pronto y, si le soy sincera, no me apetecía estar en el bed & breakfast con esos artistas.

—¿Por qué no? —preguntó Gamache.

—La verdad es que me aburren. Anoche cené con Normand y Paulette para

ver si les sacaba algo más sobre Lillian Dyson, pero parece que el tema ya no les interesa.

—¿De qué hablasteis? —quiso saber Beauvoir.

—Se pasaron casi toda la cena riéndose de la crítica que publicó el *Ottawa Star* sobre la exposición de Clara. Decían que iba a acabar con su carrera.

—¿A quién le importa lo que diga ese periódico? —protestó Beauvoir.

—Hace diez años, a nadie. Pero ahora, con internet, tiene lectores en todo el mundo —explicó Lacoste—. Las opiniones más insignificantes de pronto cobran relevancia. Como dice Normand: la gente sólo se acuerda de las malas críticas.

—Me gustaría saber si eso es cierto —comentó Gamache.

—¿Has conseguido localizar la que hizo Lillian Dyson? —preguntó Beauvoir.

—¿La de «Es un generador nato. Produce arte como si se tratara de una función fisiológica»? —citó Lacoste.

Le habría gustado que fuera sobre Normand o Paulette, y de repente se le ocurrió que tal vez fuera así. Quizá lo de «generador nato» se refería a él, lo que explicaría ese resentimiento y el placer que le daba que criticasen a los demás.

Isabelle Lacoste negó con la cabeza.

—No, no he tenido suerte. Es de hace mucho tiempo, más de veinte años. Pero he enviado a un agente al archivo de *La Presse*. Vamos a tener que revisar las microfichas una a una.

—*Bon*.

El inspector Beauvoir dio su aprobación con una inclinación de cabeza.

Lacoste partió el *croissant*, crujiente y calentito, por la mitad.

—Tal como me pidió, inspector jefe, he indagado sobre la madrina de Lillian Dyson.

Le dio un bocado al *croissant*, lo dejó en el plato y cogió los documentos.

—Suzanne Coates, sesenta y dos años. Trabaja como camarera en un sitio que se llama Chez Nick, en la avenida Greene. ¿Lo conoce?

Beauvoir respondió que no con la cabeza, pero Gamache dijo que sí.

—Toda una institución de Westmount.

—Igual que Suzanne, al parecer. Antes de venir, he llamado y he hablado con otra de las camareras. Una tal Lorraine. Me ha confirmado que Suzanne lleva trabajando allí veinte años, pero cuando le he preguntado por su horario

no ha soltado prenda. Al final ha admitido que entre todas cubren los turnos de las demás, si una de ellas hace extras en fiestas privadas para ganarse un sobresueldo. Se supone que trabaja en el turno de mediodía, pero el sábado no fue. Ayer sí, en su horario habitual. Empieza a las once.

—¿Lo de «fiestas privadas» no será...? —empezó a decir Beauvoir.

—¿Prostitución? —interrumpió Lacoste—. La señora tiene sesenta y dos años, pero sí, cuando era más joven se dedicó a la prostitución. Tiene dos arrestos por este motivo y uno por allanamiento de morada. A principios de los ochenta. También la acusaron de robo.

Tanto Gamache como Beauvoir enarcaron las cejas. Lo cierto era que todo eso había sucedido mucho tiempo atrás y de esos delitos al asesinato había un buen trecho.

—También he encontrado sus datos fiscales. El año pasado declaró ingresos por valor de veintitrés mil dólares, pero tiene muchas deudas. En cuanto a las tarjetas de crédito, tiene tres y todas al máximo. Más que un límite de crédito parece considerarlo una meta. Como la mayoría de los morosos, está haciendo malabares con los acreedores, pero todo está a punto de derrumbarse.

—¿Y ella lo sabe? —preguntó Gamache.

—Sería difícil no darse cuenta, a menos que haya perdido de vista la realidad.

—Eso lo dices porque no la has conocido —apuntó Beauvoir—. Ésa es una de sus mejores cualidades.

André Castonguay olía el café.

Estaba tumbado en la cama, en aquel colchón tan cómodo, debajo de las sábanas de seiscientos hilos y del edredón de plumón de oca. Sin embargo, habría preferido estar muerto.

Se sentía como si lo hubiesen lanzado desde una gran altura y, aunque había sobrevivido, estaba magullado y maltrecho. Estiró una mano temblorosa para alcanzar el vaso de agua y de un trago se bebió toda la que quedaba. Se sintió mejor.

Se incorporó despacio, acostumbrándose poco a poco a cada nueva posición. Al final se levantó y se envolvió el cuerpo reblandecido con el albornoz. Nunca más, se prometió de camino al baño. Se miró al espejo. Nunca más.

Aunque el día anterior había dicho lo mismo. Y el anterior a ése. Y el de antes.

El equipo de la Sûreté pasó la mañana en el centro de coordinación instalado en la estación de Ferrocarriles Nacionales de Canadá. Era un edificio de hacía un siglo, bajo y de ladrillo, que se hallaba al otro lado del río Bella Bella, a las afueras de Three Pines. Estaba abandonado, pues hacía décadas que los trenes no paraban allí. Sin explicaciones de ningún tipo.

Sin embargo, durante un tiempo siguieron pasando por la estación, serpenteando valle arriba por entre las montañas, desapareciendo en una curva del camino.

Y entonces, un buen día, también dejaron de pasar. Adiós al exprés de las doce. Adiós al mercancías de las tres que iba a Vermont.

Los vecinos se quedaron sin nada con lo que poner los relojes en hora.

Así fue como la falta de trenes detuvo el tiempo en Three Pines.

La estación permaneció vacía hasta que, un día, a Ruth Zardo se le ocurrió algo que no incluía aceitunas ni cubitos de hielo: el cuerpo voluntario de bomberos de Three Pines iba a hacerse cargo del espacio. Con ella a la cabeza, tomaron el encantador edificio de ladrillo y se instalaron.

Lo mismo que estaban haciendo ahora los de Homicidios. En un lado de la gran sala estaban los equipos contra incendios, las hachas, las mangueras y los cascos. Un camión. En el otro, mesas, ordenadores, impresoras y escáneres. De las paredes colgaban pósteres con consejos sobre seguridad contra incendios, mapas detallados de la región, fotos de antiguos ganadores del premio Governor General de poesía —entre ellos, Ruth— y varias pizarras con encabezamientos como «Sospechosos», «Pruebas», «Víctima» y «Preguntas».

Había muchas preguntas, y el equipo pasó la mañana tratando de resolverlas. Llegó el informe detallado del forense, y el inspector Beauvoir se encargó de él; también de las pruebas forenses. Estaba leyendo cómo había muerto la víctima mientras la agente Lacoste intentaba averiguar cómo había vivido: la época en Nueva York, su matrimonio, amistades, compañeros de trabajo. Qué hacía y cómo pensaba. Lo que los demás opinaban de ella.

Y el inspector jefe Gamache se encargaba de relacionar todos esos datos.

Empezó sentado a su mesa con un café, leyendo los informes del día y de la

noche anterior. Los de esa misma mañana.

Sin embargo, después cogió el libro grande de color azul que tenía en la mesa y fue a dar un paseo. Se dirigió hacia el pueblo por instinto, pero se detuvo en el puente de piedra que se arqueaba sobre el río.

Ruth estaba sentada en un banco del parque. Aparentemente, no hacía gran cosa. No obstante, Gamache sabía que no era así. Estaba haciendo lo más difícil del mundo.

Estaba esperando y manteniendo la esperanza.

Mientras la contemplaba, la mujer inclinó la cabeza canosa para volver la cara al cielo. Y escuchó. Esperaba oír un ruido lejano, como un tren. Alguien que regresaba a casa. Después la enderezó de nuevo.

¿Cuánto tiempo esperaría?, se preguntó. Ya estaban casi a mediados de junio. ¿Cuántos otros, cuántas madres y padres se habían sentado en el mismo lugar a esperar? A escuchar el tren, preguntándose si se detendría y si de él bajaría un joven conocido, de vuelta de lugares con nombres tan bonitos como Vimy Ridge o Flanders Fields o Passchendaele. De Dieppe y Arnhem.

¿Cuánto duraba la esperanza?

Ruth levantó la mirada al cielo y escuchó una vez más por si oía un graznido lejano, pero enseguida la bajó.

«Una eternidad», pensó Gamache.

Y si la esperanza duraba para siempre, ¿qué pasaba con el odio?

Dio media vuelta; no quería molestarla. Y tampoco quería que lo molestasen a él. Necesitaba un rato de tranquilidad para leer y pensar, así que retrocedió, pasó la antigua estación de largo y llegó hasta el camino de tierra, uno de los radios que salían del parque del pueblo. Había dado muchos paseos por Three Pines, pero ninguno por aquella senda.

Estaba flanqueada por arces enormes cuyas ramas se unían en las alturas. Las hojas impedían el paso a la luz del sol, aunque no del todo. Ésta lograba filtrarse y daba en la tierra, en él y en el libro que tenía en la mano, y lo teñía todo de manchas de luz.

Gamache encontró una roca grande y gris, un afloramiento junto al camino. Se sentó en ella, se puso las gafas de lectura, cruzó las piernas y abrió el libro.

Una hora más tarde, lo cerró y miró al frente. Se levantó y caminó un poco más por aquel túnel de luz y sombras. En el bosque vio hojas secas y helechos de cola de mono, y oyó el correteo de las ardillas listadas y de los pajaritos. Era consciente de todo aquello, aunque tuviera la cabeza en otra parte.

Al final se detuvo, dio media vuelta y deshizo el camino con paso lento pero deliberado.

DIECISÉIS

—Bueno —empezó Gamache mientras se acomodaba en una silla junto a la mesa de conferencias improvisada—, contadme lo que sabéis.

—Esta mañana ha llegado el informe completo de la doctora Harris —anunció Beauvoir.

El inspector estaba de pie junto a las hojas de papel que colgaban de la pared. Cogió un rotulador, lo destapó y se lo pasó por debajo de la nariz.

—Lillian Dyson tenía el cuello partido, se lo rompieron con un único movimiento. —Hizo un gesto que imitaba a alguien retorciendo un pescuezo—. No tenía magulladuras en la cara ni en los brazos. Sólo un pequeño cardenal en el cuello, por donde se lo partieron.

—¿Qué nos dice eso? —preguntó el inspector jefe.

—Que la muerte fue muy rápida —respondió Beauvoir.

Lo escribió con letras claras. Esa parte lo fascinaba: apuntar los hechos, las pruebas. Anotarlo todo con tinta para que se convirtiera en verdades.

—Tal como pensábamos, la cogieron por sorpresa. La doctora Harris dice que el asesino puede ser un hombre o una mujer, pero que lo más probable es que no sea alguien de edad avanzada. Hace falta algo de fuerza y una postura desde la que hacer de palanca, así que la persona a la que buscamos debe de ser más alta que madame Dyson —explicó Beauvoir según iba leyendo las notas que tenía en la mano—. Pero teniendo en cuenta que ella medía un metro sesenta y cinco, muchos entran en esa categoría.

—¿Cuánto mide Clara Morrow? —preguntó Lacoste.

Los dos hombres se miraron.

—Yo diría que más o menos lo mismo —contestó Beauvoir, y Gamache se mostró de acuerdo.

Lo entristecía, pero la pregunta era pertinente.

—No hay señales de ningún otro delito —continuó Beauvoir—. No hay agresión sexual ni indicios de actividad sexual reciente. Tenía un ligero sobrepeso, pero no mucho. Había cenado un par de horas antes. En

McDonald's.

Beauvoir trató de no imaginar el Happy Meal que se habría encontrado la forense.

—¿Tenía más comida en el estómago? —preguntó Lacoste—. ¿Algo de lo que se sirvió en la fiesta?

—No.

—¿Han encontrado restos de drogas o de alcohol en el cadáver? —quiso saber Gamache.

—No.

El inspector jefe se volvió hacia la agente Lacoste. Ella miró sus notas y empezó a leer en voz alta.

—El marido de Lillian Dyson era un trompetista de jazz de Nueva York. Se conocieron en una exposición de arte; él actuaba en el cóctel, y ella era una de las invitadas. Se atrajeron enseguida. Al parecer, los dos eran alcohólicos. Se casaron y dejaron la bebida durante un tiempo, pero después se fue todo al garete, para ambos. Él empezó a consumir *crack* y metanfetamina, y lo echaban de los sitios donde tocaba. Los desahuciaron, fue un desastre. Al cabo de un tiempo ella rompió la relación y empezó a salir con otros hombres. He localizado a dos, pero al resto no. De hecho, no parecían relaciones serias, aunque sí cada vez más desesperadas.

—¿Ella también era adicta al *crack* y a la metanfetamina? —preguntó Gamache.

—No tenemos ninguna prueba que lo indique —contestó Lacoste.

—¿Cómo se ganaba la vida? ¿Como artista o como crítica de arte?

—Con ninguna de las dos cosas. Parece que vivía apartada del mundo del arte —respondió la agente con la mirada fija en las notas.

—Entonces, ¿a qué se dedicaba? —preguntó Beauvoir.

—Bueno, era inmigrante ilegal. No tenía permiso de trabajo para Estados Unidos y, por lo que he visto, iba haciendo trabajillos aquí y allá, sobre todo en tiendas de materiales y utensilios de arte. Cobraba en negro.

Gamache reflexionó. Para una veinteañera, ésa habría sido una vida emocionante, pero para una señora que rondaba los cincuenta, debía de ser extenuante, desalentadora.

—Aunque no fuese adicta, ¿es posible que vendiera drogas o se prostituyese? —preguntó Gamache.

—Sí, puede que haya hecho ambas cosas en algún momento, pero no

recientemente —respondió Lacoste.

—La forense dice que no hay indicios de ninguna enfermedad de transmisión sexual. Tampoco cicatrices ni marcas de agujas —añadió Beauvoir, leyendo de la página impresa—. Como sabe, la mayoría de los vendedores a pie de calle también son adictos.

—Los padres de Lillian creen que el marido ha muerto —apuntó el inspector jefe.

—Así es —afirmó Lacoste—. Hace tres años, de una sobredosis.

Beauvoir tachó el nombre del marido.

—Según los archivos de la aduana, el 16 de octubre del año pasado, cruzó la frontera en autobús desde la ciudad de Nueva York —dijo Lacoste—. De eso hace nueve meses. Solicitó asistencia social y se la dieron.

—¿Cuándo se apuntó a Alcohólicos Anónimos? —preguntó Gamache.

—No lo sé. He intentado contactar con su madrina, Suzanne Coates, pero no contesta al teléfono, y en Chez Nick dicen que tiene un par de días de fiesta.

—¿Estaba previsto? —preguntó Gamache, y se echó hacia delante.

—No lo he preguntado.

—Pues hazlo, por favor —le pidió el inspector jefe, y se levantó—. Cuando la encuentres, avísame; yo también tengo que plantearle algunas preguntas.

Fue a su escritorio e hizo una llamada. Podría haberle dado el número a la agente Lacoste o al inspector Beauvoir, pero prefería hacerla él mismo.

—Oficina del presidente de la Corte Suprema de Quebec —anunció una voz que sonaba a eficiencia.

—Me gustaría hablar con el juez Pineault, por favor. De parte del inspector jefe Gamache, de la Sûreté.

—Siento decirle que hoy no está el juez Pineault, inspector jefe.

Gamache, sorprendido, tardó unos segundos en responder.

—¿Ah, sí? ¿Está enfermo? Anoche estuvimos juntos, y no mencionó nada.

Era el turno de la secretaria del juez Pineault de hacer una pausa.

—Ha llamado esta mañana para decir que los próximos días trabajará desde su casa.

—¿Estaba previsto?

—El presidente es libre de hacer lo que quiera, monsieur Gamache.

Sonó amable pese a lo fuera de lugar que había estado su pregunta.

—Entonces lo llamaré a casa. *Merci*.

Marcó el siguiente número que tenía apuntado en la libreta: Chez Nick, el

restaurante.

«No», respondió la mujer que contestó al teléfono, que parecía muy agobiada. Suzanne no estaba en el restaurante; había llamado para avisar de que no iba. La mujer no parecía muy contenta.

—¿Ha dicho por qué se ausentaba? —preguntó Gamache.

—Porque no se encontraba bien.

Gamache le dio las gracias y colgó. A continuación, probó con el móvil de Suzanne, pero estaba fuera de cobertura. Colgó y se dio unos golpecitos en la mano con las gafas de lectura.

Según parecía, la reunión de Alcohólicos Anónimos del domingo por la noche se había cancelado.

Ni rastro de Suzanne Coates ni de Thierry Pineault.

¿Era motivo de preocupación? Armand Gamache sabía que siempre que le perdían la pista a alguien durante la investigación de un asesinato, había motivos para sospechar, pero no para que cundiese el pánico.

Se levantó y fue hasta la ventana. Desde allí veía el río Bella Bella y, más allá, Three Pines. Mientras contemplaba las vistas, se acercó un coche y se detuvo: un biplaza nuevo, elegante y muy caro que contrastaba con otros coches más antiguos aparcados delante de las casas.

Del deportivo salió un hombre que miró a su alrededor. No parecía del todo seguro, aunque tampoco perdido.

Poco después se dirigió con decisión hacia el *bistrot*. Gamache lo vigiló con los ojos entrecerrados.

—Hum —gruñó.

Se dio la vuelta y miró la hora. Casi las doce.

El inspector jefe cogió el libro gordo que tenía sobre el escritorio.

—Voy al *bistrot* —anunció, y vio que Lacoste y Beauvoir esbozaban sonrisas de complicidad.

No podía tenérselo en cuenta.

Gamache esperó a que se le acostumbrase la vista al interior en penumbra del local. El día empezaba a calentarse, pero allí dentro aún tenían encendidas las dos chimeneas de piedra.

Era como entrar en otro mundo, con su propia atmósfera y estación del año, pues allí nunca hacía demasiado calor ni demasiado frío. Como el osito

mediano.

—*Salut, patron* —dijo Gabri, y lo saludó con la mano desde detrás de la larga barra de madera pulida—. Conque de vuelta... ¿Me has echado de menos?

—Jamás debemos hablar de nuestros sentimientos, Gabri —afirmó Gamache—. Sería devastador para Olivier y Reine-Marie.

—Tienes razón —respondió Gabri entre risas.

Salió de detrás de la barra y le ofreció al inspector jefe una pipa de regaliz.

—He oído por ahí que siempre es mejor reprimir las emociones.

Gamache se puso la pipa en la boca como si fuese a fumársela.

—Muy europeo —lo alabó Gabri con un gesto de aprobación con la cabeza—. Muy Maigret.

—*Merci*. Es el efecto que buscaba.

—¿No quieres sentarte fuera? —preguntó Gabri, señalando las mesas redondas y los parasoles alegres de la *terrasse*.

Allí había algunos lugareños tomando café, aunque más de uno tenía delante un *apéritif*.

—No, estoy buscando a alguien.

Armand Gamache señaló hacia el interior del *bistrot*, la mesa que estaba junto a la chimenea. Allí, sentado cómodamente, del todo relajado y como en casa, estaba Denis Fortin, el galerista.

—Pero primero quiero hacerte una pregunta. ¿Habló contigo monsieur Fortin en el *vernissage* de Clara?

—¿En Montreal? Sí —contestó Gabri entre risas—. Vaya que sí: me pidió disculpas.

—¿Cuáles fueron sus palabras?

—Pues cito literalmente: «Siento mucho haberte llamado “maricón de mierda”».» Fin de la cita. —Gabri lanzó una mirada inquisitiva a Gamache—. Es que lo soy, ¿sabes?

—Sí, había oído rumores. De todos modos, no es agradable que te lo digan así.

Gabri negó con la cabeza.

—No es la primera vez y seguro que tampoco será la última. Pero tienes razón, es algo a lo que no te acostumbras. Duele igual que el primer día.

Miraron al marchante, elegante pero informal. Estaba adormilado, relajado.

—¿Qué opinión te merece ahora? ¿Debería comprobar que no le has echado

nada en la bebida?

Gabri sonrió.

—De hecho, me cae bien. No son muchos los que me llaman «maricón de mierda» y después se disculpan, así que eso le ha hecho ganar puntos. También le ha pedido perdón a Clara por tratarla tan mal.

Así pues, pensó Gamache, el propietario de la galería le había contado la verdad.

—Vino a la fiesta el sábado por la noche. Clara lo invitó —explicó Gabri, siguiendo la mirada del inspector jefe—. Pero no me había dado cuenta de que se había quedado.

—Es que no se quedó.

—Entonces, ¿a qué ha vuelto?

Gamache se hacía esa misma pregunta. Lo había visto llegar unos minutos antes y se había acercado al *bistrot* para averiguarlo.

—No esperaba verlo aquí —dijo Gamache al acercarse a Fortin, que acababa de levantarse.

Se estrecharon la mano.

—Yo tampoco esperaba venir, pero los lunes la galería está cerrada, y me ha dado por ponerme a pensar.

—¿Sobre qué?

Se sentaron en los sillones, y Gabri llevó una limonada para Gamache.

—Decía que estaba pensando sobre algo —apuntó Gamache.

—Sobre algo que comentó usted ayer, cuando me visitó.

—¿Sobre el asesinato?

Denis Fortin se sonrojó.

—Bueno, no. Sobre que François Marois y André Castonguay todavía estuviesen aquí.

Gamache sabía a qué se refería, pero necesitaba que Fortin lo dijera en voz alta.

—Siga.

El galerista le ofreció una sonrisa de oreja a oreja: juvenil y encantadora.

—En el mundo del arte nos gusta pensar que somos rebeldes, inconformistas. Espíritus libres. Que en cuestiones intelectual e intuición estamos por encima de la media. Sin embargo, no lo llaman el *establishment* del arte porque sí, y lo cierto es que la mayoría sigue a unos pocos. Si un marchante se interesa por un artista, el resto no tardará en aparecer por allí.

Seguimos rumores, así es como se crean los fenómenos: no porque un pintor determinado sea mejor que los demás, sino porque los que venden el arte tienen mentalidad de rebaño y, de repente, todos deciden que quieren al mismo artista.

—¿Ellos?

—Nosotros —admitió Fortin a regañadientes, y Gamache volvió a notarle ese enrojecimiento fruto de la rabia que nunca parecía abandonar su piel.

—Y entonces, ¿ese artista se convierte en la sensación del momento?

—Sí, puede ser. Si se tratase sólo de Castonguay, no me preocuparía. Ni siquiera si sólo fuese Marois. Pero los dos a la vez...

—¿Por qué cree que siguen aquí? —preguntó Gamache.

Ya sabía el motivo, Marois se lo había dicho, pero una vez más, quería oír la interpretación de Fortin.

—Por los Morrow, claro.

—¿Usted ha venido por lo mismo?

—¿Por qué si no?

Miedo y codicia, había dicho monsieur Marois. Eso era lo que se agitaba tras la fachada resplandeciente del mundo del arte. Y eso mismo era lo que se había sentado en la tranquilidad del *bistrot*.

Jean-Guy Beauvoir respondió a la llamada.

—¿Inspector Beauvoir? Soy Clara Morrow.

Hablaba en voz baja, casi un susurro.

—Dime, ¿qué pasa?

Como por instinto, Beauvoir también había bajado la voz. La agente Lacoste lo miró desde su mesa.

—Hay alguien en nuestro jardín trasero. Una extraña.

Beauvoir se levantó.

—¿Qué hace?

—Está mirando —susurró Clara—. Está mirando el sitio donde mataron a Lillian.

La agente Lacoste estaba a un extremo del parque. Alerta.

A su izquierda, el inspector Beauvoir rodeaba la casa de los Morrow sin hacer ruido. A mano derecha, el inspector jefe Gamache caminaba sobre la

hierba, con cuidado de no alertar a quienquiera que estuviese allí atrás.

Los vecinos que paseaban al perro hicieron una pausa. Las conversaciones se silenciaron y suspendieron, y pronto Three Pines quedó inmóvil. A la espera y en guardia.

Lacoste sabía que su trabajo, llegado el caso, era salvar a los lugareños. Si quienquiera que estuviese allí se zafaba del inspector jefe y esquivaba a Beauvoir, Isabelle Lacoste era la última línea de defensa.

Notaba el arma en la pistolera que llevaba atada a la cintura, escondida bajo una chaqueta elegante. Pero no la sacó, todavía no. El inspector jefe Gamache les había repetido una y otra vez que jamás debían sacar el arma a menos que fuesen a usarla.

Había que disparar para impedir que el sospechoso escapase, y no apuntar a una pierna ni a un brazo, sino al cuerpo.

No hacía falta matarlo, pero no debían fallar, porque si habían desenfundado el arma, era porque todo lo demás había fallado y se había desatado el caos.

Y una vez más, se le coló una imagen en la cabeza. El inspector jefe tirado en el suelo, tratando de hablar, con los ojos vidriosos. Intentando enfocar la mirada. Ella le sujetaba la mano, pegajosa por la sangre. Le miraba el anillo de boda, también teñido de rojo. Tenía las manos empapadas.

Apartó esos pensamientos y se centró.

Beauvoir y Gamache habían desaparecido. Lo único que alcanzaba a ver era la casita al sol. Sólo oía el martilleo repetitivo de su corazón.

El inspector jefe Gamache dobló la esquina para rodear la casa y se detuvo.

De espaldas a él había una mujer. Estaba bastante seguro de quién era, pero quería cerciorarse. También estaba convencido de que era inofensiva, pero debía comprobarlo antes de bajar la guardia.

Gamache miró a la izquierda y vio a Beauvoir, alerta. Sin embargo, ya no parecía alarmado. El inspector jefe alzó la mano izquierda para que permaneciera donde estaba.

—*Bonjour* —saludó Gamache.

La mujer dio un respingo, sobresaltada, y se volvió.

—¡Hostia puta! —exclamó Suzanne—. ¡Casi me caigo de culo del susto!

Gamache sonrió un poco.

—*Désolé*, pero usted también le ha dado un buen susto a Clara Morrow.

Suzanne miró hacia la casa y vio a Clara tras la ventana de la cocina. La saludó y le ofreció una sonrisa de disculpa. Clara le devolvió el saludo con timidez.

—Lo siento —dijo Suzanne.

Justo entonces vio a Beauvoir, que estaba a unos metros, en el otro extremo del jardín.

—Soy inofensiva, de verdad. Puede que algo necia, pero inofensiva.

El inspector Beauvoir la miró con rabia. Según su experiencia, las personas necias no tenían ni pizca de inofensivas. Eran las peores. La estupidez era responsable de tantos delitos como la rabia y la codicia. Pero cedió, se acercó a ellos y le susurró a su jefe:

—Voy a decirle a Lacoste que no pasa nada.

—*Bon* —respondió el inspector jefe—. Ya me encargo yo de esto.

Beauvoir miró a Suzanne por encima del hombro e hizo un gesto de desaprobación con la cabeza.

«Qué mujer tan estúpida.»

—Bueno —dijo Gamache cuando se quedaron solos—, ¿qué hace aquí?

—Quería ver dónde había muerto Lillian. Anoche no podía dormir. Supongo que, poco a poco, he empezado a comprender que esto va en serio: Lillian ha muerto. La han asesinado.

Lo cierto era que aún tenía cara de no dar crédito.

—Necesitaba venir. Para ver dónde había ocurrido. Usted comentó que estaría aquí, y quería ofrecerles mi ayuda.

—¿Ayuda? ¿En qué sentido?

Suzanne parecía sorprendida.

—A menos que fuese por error o un ataque aleatorio, alguien mató a Lillian a propósito, ¿no le parece?

Gamache asintió sin quitarle ojo.

—Alguien quería verla muerta. Pero ¿quién?

—¿Y por qué? —añadió el inspector jefe.

—Exacto. Tal vez yo pueda ayudar con el porqué.

—¿Cómo?

—¿Cuándo? —preguntó Suzanne, y sonrió.

Se volvió para mirar una vez más el parterre delimitado por la cinta amarilla, que ondeaba al viento, y su sonrisa se esfumó.

—Yo conocía a Lillian mejor que nadie, mejor que sus padres. Seguro que mejor de lo que se conocía ella misma. Puedo ayudarles.

Lo miró con ademán desafiante a esos ojos de intenso color castaño, lista para la batalla. Para lo que no estaba preparada era para lo que encontró en ellos: consideración.

El inspector jefe estaba sopesando sus palabras. No las había desestimado ni estaba buscando argumentos en contra; estaba reflexionando sobre lo que ella había dicho, sobre lo que acababa de oír.

Armand Gamache observó a aquella mujer tan vital que tenía delante. Iba vestida con ropa demasiado estrecha y mal combinada. ¿Se trataba de creatividad o simplemente de mal gusto en el vestir? ¿No se había mirado en el espejo, o le daba igual su aspecto?

Su apariencia era ridícula. Y ella misma se había tachado de necia.

Sin embargo, no lo era. Su mirada era astuta, y sus palabras, todavía más.

Conocía a la víctima mejor que nadie, y eso significaba que la ayuda que podía ofrecerles era única. No obstante, ¿era ése el verdadero motivo de que hubiera acudido a Gamache?

—Hola —la saludó Clara con timidez.

Caminaba hacia ellos desde la puerta de la cocina.

Suzanne se volvió al instante y la miró; después se acercó a Clara con los brazos extendidos.

—Lo siento mucho. Debería haber llamado a la puerta y pedir permiso, en lugar de ir directa al jardín. No sé por qué lo he hecho. Soy Suzanne Coates.

Mientras se saludaban y charlaban un poco, Gamache miró hacia el fondo del jardín. Se fijó en el palo de oración que estaba clavado en el suelo y se acordó de lo que Myrna había encontrado debajo.

Una ficha de principiante de Alcohólicos Anónimos.

En un primer momento, Gamache había dado por sentado que pertenecía a la víctima, pero ahora albergaba algunas dudas. ¿Perteneecería en realidad al asesino? ¿Explicaba eso la presencia inesperada de Suzanne Coates en el jardín de los Morrow?

¿Estaría buscando su ficha, la ficha que ella había perdido aquella noche, sin saber que la habían encontrado?

Clara y Suzanne se acercaron. Clara estaba describiendo cómo habían encontrado el cadáver.

—¿Eras amiga de Lillian? —preguntó Clara cuando terminó.

—Sí, más o menos. Teníamos amistades en común.

—¿Eres artista? —preguntó Clara mientras examinaba el atuendo de la otra mujer, a la que miraba de arriba abajo. Era mayor que ella.

—Se podría decir que sí —contestó Suzanne entre risas—, pero no doy la talla para jugar en tu liga. Yo creo que mis obras son muy intuitivas, aunque los críticos las han llamado otras cosas.

Las dos se echaron a reír.

Sólo Gamache se fijó en que detrás de ellas, las cintas del palo de oración ondeaban al viento como si hubieran atrapado la risa.

—Bueno, a las mías también las han llamado «otras cosas» durante años —confesó Clara—, pero lo más habitual era que nadie dijera nada de ellas. Que no les prestasen atención. Ésta ha sido mi primera exposición.

Se pusieron a comentar temas artísticos mientras Gamache escuchaba. Una crónica de la vida del artista. De cómo equilibrar ego y creación. De la lucha entre ambos.

Hablaron de qué hacer para no tomarse las cosas tan a pecho, y de cuando aun así les importaban demasiado.

—No fui a tu *vernissage* —admitió Suzanne—. Es un ambiente demasiado raro para mí. Además, normalmente estoy entre los que sirven los canapés, no entre los que se los comen, pero he oído que fue maravilloso. Mi enhorabuena. Pienso ir a la exposición en cuanto pueda.

—Podemos ir juntas —se ofreció Clara—. Si te interesa.

—Gracias. De haber sabido que eras tan agradable, habría entrado en tu jardín hace años.

Miró a su alrededor y se quedó en silencio.

—¿En qué piensas? —preguntó Clara.

Suzanne sonrió.

—La verdad es que en los contrastes. En que un lugar tan tranquilo haya sido testigo de un acto de violencia. Que algo tan horrible haya ocurrido aquí.

Los tres miraron a su alrededor, a aquel jardín tan apacible. Al final, sus miradas fueron a parar al lugar delimitado por la cinta amarilla.

—¿Qué es eso?

—Un palo de oración.

Los tres contemplaron las cintas, que se enredaban entre sí, y Clara tuvo una idea. Le explicó el rito y le preguntó:

—¿Te gustaría atar una?

Suzanne se lo pensó un momento.

—Sí, me encantaría. Muchas gracias.

—De acuerdo. Vuelvo en unos minutos.

Clara se despidió de ambos con una inclinación de la cabeza y se marchó en dirección al pueblo.

—Qué mujer tan agradable —comentó Suzanne mientras la veía alejarse—. Espero que siga siéndolo.

—¿Lo duda? —preguntó Gamache.

—El éxito puede hacerte mucho daño, aunque el fracaso también.

Se echó a reír de nuevo, pero enseguida enmudeció.

—¿Por qué cree que asesinaron a Lillian Dyson? —preguntó él.

—¿Qué le hace pensar que yo tengo la respuesta?

—Estoy de acuerdo con usted: la conocía mejor que nadie. Mejor que ella misma. Conocía sus secretos y ahora me los va a contar.

DIECISIETE

—Holaaaaa —saludó Clara—. *Bonjour*.

Oía voces, gritos, pero tenían un matiz metálico y lejano, como si vinieran de un televisor. De pronto cesaron, y se hizo el silencio. Daba la sensación de que el lugar estaba vacío, aunque sabía que no era así.

Se adentró un poco más en la vieja estación de ferrocarriles y dejó atrás el reluciente camión rojo de bomberos y los equipos contra incendios. Vio su propio casco y sus botas. Todos los habitantes de Three Pines eran miembros del cuerpo voluntario de bomberos y Ruth Zardo era la jefa, pues ella sola daba más miedo que cualquier conflagración. Si le proponías a alguien a elegir entre Ruth y un edificio en llamas, la mayoría escogía la segunda opción.

—*Oui, allô?*

La voz de un hombre retumbó por toda la sala, y al salir de detrás del camión, Clara vio al inspector Beauvoir mirándola desde una de las mesas.

Sonrió y la recibió con un beso en cada mejilla.

—Ven, siéntate. ¿Qué puedo hacer por ti?

Su ademán era alegre, enérgico y, aun así, Clara se había sorprendido al verlo en el *vernissage* y también allí. Estaba demacrado, cansado. Delgado incluso para alguien tan enjuto como él. Como mucha otra gente, ella sabía las cosas por las que había pasado o, al menos, conocía la historia, los detalles. Pero era consciente de que no alcanzaba a comprender la experiencia. Y de que jamás lo conseguiría.

—He venido a pedir consejo —dijo, y se sentó en una silla giratoria al lado de Beauvoir.

—¿A mí?

Era obvio que aquello lo sorprendía tanto como lo deleitaba.

—Eso es.

Al ver su reacción, Clara se alegró de no haberle dicho que no acudía a Gamache porque el inspector jefe no estaba a solas y él sí.

—¿Un café?

Jean-Guy señaló la cafetera que acababa de preparar.

—Sí, me encantaría, gracias.

Se levantaron, se sirvieron el café en un par de tazas blancas desportilladas, y cada uno de ellos cogió un par de galletas rellenas de confitura de higo y se sentaron.

—Cuéntame.

Beauvoir se reclinó en la silla y la miró con un ademán propio de él, pero recordaba a Gamache.

A Clara le resultó reconfortante y se alegró de haber decidido hablar con el joven inspector.

—Se trata de los padres de Lillian, el señor y la señora Dyson. Supongo que ya sabes que yo los conocía, y bastante bien. De eso hace ya muchos años. Me gustaría saber si siguen vivos.

—Así es. Los visitamos ayer, para comunicarles lo de su hija.

Clara hizo una pausa, imaginando cómo habría sido para ambas partes.

—Debe de haber sido horrible. La adoraban, era su única hija.

—Sí, siempre es horrible —admitió Beauvoir.

—Yo les tenía mucho aprecio. Incluso cuando Lillian y yo dejamos de ser amigas, intenté mantener el contacto, pero ellos no quisieron. Se creyeron lo que Lillian les contó sobre mí. Supongo que es comprensible.

No obstante, no parecía muy convencida.

Beauvoir no respondió; recordaba la rabia con la que el señor Dyson había acusado a Clara de asesinar a su hija.

—He pensado en hacerles una visita —anunció Clara—. Para decirles lo mucho que lo siento... —Al ver la expresión del inspector, se interrumpió—. ¿Qué pasa?

—Yo no lo haría —le aconsejó él, y dejó el café en la mesa antes de echarse hacia delante—. Están muy disgustados. No creo que tu visita los ayude.

—Pero ¿por qué? Ya sé que se creyeron las cosas horribles que Lillian les contó, pero quizá si voy, podemos arreglarlo. Lillian y yo éramos muy buenas amigas de pequeñas, ¿no cree que les gustaría hablar de su hija con alguien que la quería? —Hizo una breve pausa y añadió—: Que la quería entonces.

—Puede que dentro de un tiempo. Pero ahora no. Dales tiempo.

Ése era más o menos el mismo consejo que le había dado Myrna. Clara

había ido a la librería para buscar una cinta y el atado de salvia y de hierbas aromáticas, pero también había acudido allí buscando ayuda: ¿debía ir a Montreal para hablar con los Dyson?

Cuando Myrna le preguntó para qué quería hacer semejante cosa, Clara se había justificado.

—Son viejos y están solos —le había explicado, sorprendida de que hiciese falta decirlo—. Esto es lo peor que les ha pasado y quiero ofrecerles consuelo. Créeme, lo último que deseo es conducir hasta Montreal para algo así, pero ir me parece lo correcto. Dejar atrás los resentimientos.

Tenía la cinta enrollada alrededor de los dedos y se estaba cortando la circulación.

—Puede que para ti lo sea —concedió Myrna—, pero ¿y para ellos?

—¿Cómo sabes que no lo han olvidado todo?

Clara desenroscó la cinta y siguió toqueteándola. Hacía ovillos, jugaba con ella.

—A lo mejor están en casa solos, destrozados. Y yo no voy. ¿Por qué? ¿Porque tengo miedo?

—Si crees que debes ir, ve, pero has de estar segura de que lo haces por ellos y no por ti.

Con esa idea dándole vueltas en la cabeza, Clara había cruzado el parque y había ido al centro de coordinación para hablar con Beauvoir. Pero también para conseguir algo más.

La dirección.

Después de escuchar al inspector, Clara asintió. Dos personas distintas le habían aconsejado lo mismo: que esperase. Se dio cuenta de que estaba contemplando la pared de la antigua estación. Las fotos de Lillian muerta. En su jardín.

El mismo lugar donde la esperaban una extraña y el inspector jefe Gamache.

—Creo que he recordado la mayoría de los secretos de Lillian.

—¿Cree?

Paseaban por el jardín de Clara y se detenían aquí y allá para contemplarlo desde diferentes sitios.

—Anoche no mentía. No se lo diga a mis ahijados, pero a menudo confundo las confesiones. Al cabo de un tiempo, se me hace difícil separar las de unas

personas de las de otras, y la verdad es que al final todo me resulta un poco borroso.

Gamache sonrió. Él también era la caja fuerte donde se depositaba una gran cantidad de secretos. Cosas de las que se había enterado durante las investigaciones y que no eran relevantes para el caso. Que no hacía falta sacar a la luz y por eso las había guardado bajo llave.

Si de pronto alguien le exigiese que revelara los secretos de monsieur C., él se mostraría reacio. Por tener que desembuchar, claro, pero también porque necesitaría tiempo para desenredarlos de los otros.

—Los de Lillian no eran peores que los de los demás —afirmó Suzanne—. Al menos, no los que me confesó: llevarse cosas sin pagar, deudas preocupantes, robar dinero del monedero de su madre. Había probado las drogas y también había engañado a su marido. Cuando estaba en Nueva York, robaba dinero de la caja y se quedaba algunas de las propinas.

—Nada muy importante.

—No, nunca es gran cosa. La mayoría caemos por un montón de transgresiones mínimas. Cosas pequeñas que van acumulándose hasta que el peso nos vence. Es muy fácil no caer en los peores actos, pero al final, los que te destruyen son los cientos de pequeñas estupideces que has hecho. Si escuchas a la gente durante el tiempo suficiente, te das cuenta de que no es la bofetada ni el puñetazo, sino los cuchicheos a las espaldas, la mirada de desprecio es lo que te destruye. La persona que no quiere saber nada más de ti. Ésas son las cosas que avergüenzan a cualquiera que tenga un poco de conciencia. Eso es lo que los alcohólicos quieren olvidar cuando beben.

—¿Y los que no tienen conciencia?

—Ésos no acaban en Alcohólicos Anónimos, porque no creen que les pase nada.

Gamache reflexionó un momento.

—Ha dicho: «Al menos, no los que me confesó.» ¿Quiere decir que no se lo contaba todo?

El inspector jefe no estaba mirando a Suzanne. Sabía que la gente se abría más si les daba la sensación de que respetaban su espacio. Así que Gamache tenía la vista fija al frente, en el arbusto de madreselva y las rosas que crecían alrededor de la pérgola y se calentaban al sol de primera hora de la tarde.

—Algunos lo sueltan todo de una vez —explicó Suzanne—, pero la mayoría necesita tiempo. No porque estén ocultando algo a propósito, sino porque lo

han enterrado tan profundo que ya ni siquiera saben que lo tienen dentro.

—Hasta que...

—Hasta que el secreto trepa con garras de hierro. Para entonces, eso que era diminuto se ha convertido en algo que apenas reconocen: algo grande y hediondo.

—¿Qué pasa entonces? —preguntó el inspector jefe.

—Pues que tenemos que escoger: podemos mirar a la verdad a la cara, o podemos enterrarla de nuevo. O por lo menos intentarlo.

Cualquiera que los viese de pasada creería que se trataba de un par de viejos amigos hablando sobre literatura o sobre el último concierto celebrado en la sala de actos del pueblo. En cambio, alguien más observador se percataría de sus expresiones; no eran serias, pero tal vez algo tristes para un día tan agradable y soleado como aquél.

—¿Qué pasa cuando la gente intenta enterrarla de nuevo?

—No sé qué les pasa a los humanos normales, pero para los alcohólicos es letal. Cuando los secretos se te pudren dentro, te llevan a la bebida, y ésta, a la tumba. Pero no sin antes arrebatártelo todo: tus seres queridos, tu trabajo, tu casa. La dignidad. Y por último, la vida.

—¿Todo por culpa de un secreto?

—Por un secreto y por la decisión de esconderte de la realidad. De no tener el valor suficiente.

Suzanne lo miró con atención.

—Dejar de beber no es para cobardes, inspector jefe. Puede pensar lo que quiera de los alcohólicos, pero mantenerse sobrio de verdad requiere una gran honestidad, y eso exige mucho valor. Dejar de beber es la parte más fácil: después tenemos que enfrentarnos a nosotros mismos.

A nuestros demonios. ¿Cuánta gente está dispuesta a eso?

—No mucha —admitió Gamache—. Pero ¿qué ocurre si esos demonios pueden más que uno?

Clara Morrow cruzó el puente sin prisa y, a medio camino, se paró a mirar el río Bella Bella, que pasaba por debajo. El agua borboteaba y reflejaba la luz del sol con destellos dorados y plateados. Vio las rocas del fondo, erosionadas por la corriente, y de vez en cuando, por debajo de la superficie, se deslizaba una trucha arcoíris.

¿Debía ir a Montreal? Lo cierto era que ya había buscado la dirección de los Dyson y sólo quería que Beauvoir se la confirmase. La tenía en el bolsillo. Miró el coche, que estaba allí aparcado. Esperándola.

¿Debía ir a Montreal?

¿A qué estaba esperando? ¿De qué tenía miedo?

De que la odiasen. De que la culpasen a ella. Tenía miedo de que la echaran de allí y de que el señor y la señora Dyson, que tiempo atrás habían sido como sus segundos padres, la repudiasen.

Sin embargo, sabía que debía hacerlo, a pesar de lo que le había dicho Myrna y en contra del consejo de Beauvoir. A Peter no se lo había preguntado. Sentía que todavía no podía confiarle algo tan importante, pero sospechaba que su reacción sería la misma.

No vayas.

No te arriesgues.

Clara apartó la mirada del río y salió del puente.

—Tiene razón —afirmó Suzanne—. A veces gana el demonio. Hay ocasiones en las que no podemos enfrentarnos a la verdad, porque nos duele demasiado.

—¿Qué pasa entonces?

Suzanne, que ya no contemplaba el hermoso jardín, removía la hierba con los pies.

—¿Ha oído hablar de Humpty Dumpty, inspector jefe?

—¿El del poema infantil? Solía leérselo a mis hijos.

Recordaba que a Daniel le encantaba y quería que se lo leyese una y otra vez. Nunca se aburría de las ilustraciones, que mostraban a aquel huevo tan tonto y a los caballos y los hombres del rey que acudían a en su ayuda.

Sin embargo, cuando se lo leyó a Annie, ella lloró como una magdalena. El torrente de lágrimas había sido tal, que le había mojado la camisa al abrazarla y mientras la acunaba e intentaba consolarla. Gamache tardó un rato en tranquilizarla y darse cuenta de cuál era el problema, que de pronto le quedó claro: la pequeña Annie, a sus cuatro años, no soportaba la idea de que Humpty Dumpty acabara hecho añicos ni de que no pudiera curarse de lo roto que estaba.

—Como se puede imaginar, es una alegoría —explicó Suzanne.

—¿Me está diciendo que el señor Dumpty no existió? —preguntó Gamache.

—Eso es justo lo que quiero decir, inspector jefe.

Suzanne borró la sonrisa y recorrió unos metros en silencio.

—Igual que Humpty Dumpty, las heridas de algunas personas son demasiado serias para sanar.

—¿Era el caso de Lillian?

—No, ella se estaba curando y creo que le habría ido bien. Se estaba esforzando muchísimo.

—¿Pero?

Suzanne caminó unos pasos más.

—Lillian se había hecho mucho daño, estaba hecha un desastre, sin embargo, estaba recomponiendo su vida poco a poco. Ése no era el problema.

El inspector jefe meditó sobre lo que aquella mujer tan estrafalaria y leal al mismo tiempo intentaba decirle. Enseguida lo comprendió.

—Ella no era Humpty Dumpty —apuntó Gamache— ni la que se había caído del muro. Ella era quien los empujaba: los demás caían a causa de ella.

A su lado, Suzanne Coates inclinaba la cabeza arriba y abajo de forma sutil con cada paso.

—Siento haber tardado tanto —se disculpó Clara al salir de detrás del arbusto de lilas que había en la esquina de su casa—. Myrna me ha dado esto.

Les enseñó la cinta y el atado de hierbas, y tanto el inspector jefe como Suzanne la miraron desconcertados.

—¿De qué clase de ritual se trata exactamente? —preguntó Gamache con una sonrisa insegura.

—Es de purificación. ¿Te apetece hacerlo con nosotras?

Gamache vaciló un instante, pero al final accedió. Ya conocía el ritual, pues algunos de los vecinos lo habían celebrado en los escenarios de crímenes anteriores, pero nunca le habían propuesto participar. A decir verdad, con todo el incienso que había respirado durante su juventud, un poco más no podía hacerle daño.

Por segunda vez en dos días, Clara encendió el atado de salvia y hierbas aromáticas, y con mucho cuidado dirigió el humo balsámico hacia la intensa mujer y se lo pasó por encima de la cabeza y por todo el cuerpo. Le explicó que así estaba liberando los malos pensamientos y la energía negativa.

Después le llegó el turno a Gamache. Clara lo miró; parecía algo desconcertado, pero ante todo estaba relajado y atento. Lo rodeó de una nube de humo dulzón que al cabo de un momento se disipó con la brisa.

—Ya está, ya se ha ido toda la energía negativa —les aseguró Clara, y se lo hizo a sí misma—. Ya está.

Ojalá, pensaron todos en silencio, fuese así de fácil.

Clara les repartió una cinta a cada uno y los invitó a atarla al palo después de rezar en silencio por Lillian.

—¿Qué pasa con la cinta policial? —preguntó Suzanne.

—Ah, no te preocupes por eso —contestó Clara—. Es una sugerencia más que una orden. Y conozco al tipo que la ha puesto.

—Un incompetente —comentó Gamache mientras sujetaba la cinta con el pie para que saltase Suzanne antes de pasar él—, pero tiene buenas intenciones.

La agente Isabelle Lacoste frenó el coche hasta pararlo casi por completo. Salía de Three Pines de camino a Montreal para ayudar a buscar las críticas de Lillian Dyson en los archivos de *La Presse* y así averiguar a quién iba dedicada aquella reseña voraz.

Al pasar por delante de la casa de los Morrow, había visto algo que le parecía insólito: un agente de alto rango rezándole a un palo.

Sonrió y pensó que le habría gustado participar, pues a menudo decía una oración en silencio en la escena del crimen. Cuando todo el mundo se había marchado, Isabelle Lacoste regresaba. Volvía para que los muertos supiesen que alguien aún los recordaba.

Sin embargo, esta vez parecía que era el turno del inspector jefe. La agente se preguntó a quién irían dirigidas sus oraciones. Recordó cuando le sostuvo la mano ensangrentada, y pensó que tal vez sería capaz de adivinarlo.

El inspector jefe Gamache colocó la mano derecha sobre el palo y despejó la mente. Un momento después, ató la cinta y se apartó.

—Yo he recitado la oración de la serenidad —ofreció Suzanne—. ¿Y usted? Gamache prefirió no revelarles lo que había rezado.

—¿Y tú? —preguntó Suzanne a Clara.

Al inspector jefe le resultaba mandona e inquisitiva, y se preguntó si esas cualidades eran las adecuadas para una madrina.

Igual que él, Clara se lo calló.

Pero la pintora ya tenía la respuesta que buscaba.

—Tengo que irme un rato. Os veré luego.

Clara se apresuró a entrar en su casa. No tenía tiempo que perder, porque ya había malgastado suficiente.

DIECIOCHO

—¿Estás segura de que no puedo acompañarte?

Peter siguió a Clara hasta el coche, que estaba aparcado junto a la valla.

—Es que no tardaré. Sólo necesito hacer un recado rápido en Montreal.

—¿Qué es? ¿No puedo ayudarte?

Estaba desesperado por demostrarle que había cambiado y, aunque Clara estaba siendo amable, ya no le quedaba duda alguna: su esposa, la que tanta fe tenía, había perdido toda la que antaño había depositado en él.

—No, quédate y disfruta de un tiempo para ti.

—Lláname cuando llegues —gritó cuando el coche ya estaba en marcha, pero no estaba seguro de que lo hubiese oído.

—¿Adónde va?

Peter se volvió y vio al inspector Beauvoir a su lado.

—A Montreal.

Beauvoir enarcó las cejas sin decir nada y se encaminó hacia la *terrasse* del *bistrot*.

Peter lo miró sentarse a solas debajo de uno de los parasoles de color amarillo y azul de Campari. Olivier salió de inmediato, como un mayordomo privado.

Beauvoir cogió las dos cartas, pidió una bebida y se relajó.

Peter envidiaba eso: sentarse solo, sin nadie, y no necesitar más compañía. Lo envidiaba casi tanto como a las personas que se sentaban en grupos de dos o tres o cuatro, y disfrutaban de la compañía. Porque para Peter, lo único peor que estar rodeado de gente era estar solo. A menos que estuviera en su estudio, o con Clara. Los dos solos.

Y ahora ella lo había dejado plantado en la carretera.

Peter Morrow no sabía qué hacer.

—Su compañero se va a cabrear si lo deja sin comer.

Suzanne señaló el *bistrot* con la barbilla. Habían salido del jardín de Clara

y estaban bordeando el parque. Ruth ocupaba el banco que había en medio del césped, el centro gravitatorio de Three Pines.

Miraba al cielo, y Gamache se preguntó si alguien hacía caso de las plegarias. Él también levantó la vista, igual que había hecho al posar la mano sobre el palo.

El cielo siguió en silencio, vacío.

Entonces volvió a fijarse en la tierra y en Beauvoir, que los miraba desde la mesa del *bistrot*.

—No parece muy contento.

—Nunca lo está cuando tiene hambre.

—Apuesto lo que quiera a que siempre tiene hambre —apostó Suzanne.

El inspector jefe la miró creyendo que se encontraría con su sonrisa omnipresente, pero se sorprendió al verla con expresión seria.

Continuaron caminando.

—¿Por qué cree usted que Lillian Dyson decidió venir a Three Pines? —preguntó Gamache.

—Eso me gustaría saber, y he estado dándole vueltas.

—¿Ha llegado a alguna conclusión?

—En mi opinión, por uno de estos dos motivos: o para reparar algún daño que había hecho en el pasado —apuntó Suzanne, y se detuvo a mirar a Gamache a los ojos—, o para hacer más daño.

El inspector jefe asintió. Él pensaba lo mismo. No obstante, entre esas dos opciones había un abismo. En la primera, Lillian era una persona sobria y sana, mientras que en la segunda era cruel, inalterable, carente de remordimientos. La duda era si había acudido a Three Pines como uno de los hombres del rey, o si estaba allí para tirar a alguien del muro.

Gamache se puso las gafas de lectura y abrió el libro que había recuperado del *bistrot* tras dejarlo allí.

—«El alcohólico es como un tornado que pasa por la vida de los demás y se lo lleva todo por delante» —leyó con voz grave y serena, y miró a Suzanne por encima de las gafas—. Encontramos esto en su mesita de noche. Esas palabras estaban subrayadas.

Le enseñó el libro. Rotulado en un blanco luminoso sobre fondo oscuro se leía: «Alcohólicos Anónimos.»

Suzanne sonrió de oreja a oreja.

—No es muy discreto que digamos. Menuda paradoja, ¿no?

Gamache sonrió y volvió a mirar el libro.

—Hay más: «Rompe corazones y mata las mejores relaciones.»

Cerró el libro poco a poco y se quitó las gafas.

—¿Eso le sugiere alguna cosa?

Suzanne le tendió la mano, y Gamache le dio el libro. Ella lo abrió por donde estaba el marcapáginas, leyó unos párrafos y sonrió.

—Me indica que estaba en el noveno paso —explicó, y le devolvió el libro—. Debía de estar leyendo esa sección. Es cuando desagraviamos a aquéllos a los que hemos hecho daño. Supongo que venía a eso.

—¿Cuál es el noveno paso?

—«Reparamos el daño causado a cuantos nos sea posible, excepto cuando hacerlo implique perjuicio para ellos o para otros» —citó Suzanne.

—¿«A cuantos nos sea posible»?

—A las personas a quienes hemos perjudicado con nuestros actos. Creo que vino a disculparse.

—«Mata las mejores relaciones» —repitió Gamache—. ¿Cree que venía a hablar con Clara Morrow? ¿Que venía, como usted ha dicho, a reparar el daño?

—Tal vez, aunque como había mucha gente del mundo del arte, podría haber venido a pedir perdón a cualquiera de ellos. Sabe Dios que debía muchas disculpas.

—Pero ¿de verdad alguien haría eso?

—¿A qué se refiere?

—Si yo quisiera pedir perdón con total honestidad, no escogería una fiesta para hacerlo.

—No le falta razón —convino Suzanne, y dio un gran suspiro—. Hay algo más, una cosa que creo que yo misma no quería admitir. No estoy segura de que Lillian hubiera llegado al noveno paso de verdad, porque no sé si había hecho todos los pasos intermedios.

—¿Es importante? ¿Hay que hacerlos en orden?

—No estás obligado a hacer nada, pero no cabe duda de que ayuda. ¿Qué pasaría si hiciera el primer curso de una carrera y después saltase al tercero?

—Que podría suspender.

—Exacto.

—Pero en este caso, ¿qué implicaría suspender? No la echarían de Alcohólicos Anónimos, ¿verdad?

Suzanne se echó a reír, pero no parecía haberle hecho gracia.

—No. Mire, todos los pasos son relevantes, pero el noveno quizá sea el más delicado, el más complicado. En realidad es la primera vez que intentamos conectar con los demás y responsabilizarnos de lo que hemos hecho. Si no se hace bien...

—¿Qué sucede?

—Que podemos aumentar el daño. A los demás y a nosotros mismos.

Se detuvo a oler una lila abierta que estaba a un lado de la tranquila carretera. Y, en opinión de Gamache, tal vez también para ganar algo de tiempo y reflexionar.

—Qué bonito —dijo al apartar la nariz de la flor, y miró a su alrededor como si fuese la primera vez que veía aquel pueblecito tan hermoso—. Me veo viviendo aquí. Debe de ser un buen hogar.

Gamache no contestó, pues pensó que ella se estaba preparando para decir algo.

—Para los alcohólicos, cuando aún bebemos, la vida es muy complicada. Caótica. Nos metemos en toda clase de problemas y estamos siempre hechos un lío. Y todo lo que queremos es algo así: un lugar tranquilo al sol. En cambio, cada día que seguimos bebiendo nos aleja más de nuestro sueño.

Suzanne contempló las casitas que rodeaban el parque. Casi todas tenían un porche y un jardín delante, con peonías, lupinus y rosales en flor, y perros y gatos tumbados al sol.

—Lo que añoramos es un hogar. Después de hacer la guerra durante años contra todo aquel que nos rodea y contra nosotros mismos, buscamos la paz.

—¿Y cómo la encuentran? —quiso saber Gamache.

Él, mejor que muchos, sabía que la paz, igual que Three Pines, podía ser difícil de hallar.

—Bueno, primero tenemos que encontrarnos a nosotros mismos, porque nos hemos perdido por el camino. Hemos acabado dando vueltas en un caos de drogas y alcohol, cada vez más alejados de nuestro verdadero yo.

Se volvió hacia él, de nuevo con una sonrisa en el rostro.

—Algunos encontramos el camino de vuelta. Desde la jungla.

Apartó la mirada de aquellos ojos de color castaño oscuro, del parquecito, de las casas y las tiendas, y contempló el bosque y las montañas que los rodeaban.

—Estar como una cuba sólo es una parte del problema. Ésta es una

enfermedad que afecta a las emociones, a la percepción —explicó, y se dio unos golpecitos en la sien con el índice—. Empezamos a ver las cosas de forma un poco retorcida, no pensamos con claridad. Nosotros decimos que se nos pudren las ideas, y eso afecta a cómo nos sentimos. Créame, inspector jefe, cuando le digo que cambiar la percepción es algo muy difícil y que da mucho miedo. La mayoría no lo consigue, pero hay unos cuantos que tienen suerte y lo logran. Al hacerlo, nos reconciliamos con nosotros mismos —dijo, y miró a su alrededor— y hallamos un hogar.

—O sea, que hay que cambiar nuestra forma de pensar para cambiar lo que sentimos —comentó Gamache.

Suzanne no respondió, sino que siguió contemplando el pueblo.

—Es curioso que aquí no funcionen los móviles. Desde que empezamos el paseo, no ha pasado ningún coche. Me pregunto si ahí fuera saben que este pueblo existe.

—Es un lugar anónimo —convino Gamache—. No sale en ningún mapa, la única forma de llegar es por tus propios medios —apuntó, y se volvió hacia Suzanne—. ¿Está segura de que Lillian había dejado de beber?

—Sí, desde la primera reunión.

—¿Cuándo fue?

Suzanne pensó un momento.

—Hará unos ocho meses.

Gamache hizo el cálculo.

—Entonces llegó a Alcohólicos Anónimos en octubre. ¿Sabe qué la motivó a acudir a ustedes?

—¿Se refiere a si ocurrió algo? No. En algunos casos, como en el de Brian, sucede algo horrible y su mundo se desmorona. Se rompe en pedazos. Pero para otros ocurre de forma menos dramática, más imperceptible. Se van erosionando poco a poco, por dentro. Eso es lo que le pasó a ella.

Gamache asintió.

—¿Alguna vez ha estado en su casa?

—No. Siempre quedábamos en una cafetería o en mi casa.

—¿Llegó a ver sus cuadros?

—No. Me contó que había vuelto a pintar, pero no vi nada. No quise.

—¿Por qué? Pensaba que, siendo usted artista, le interesaría.

—Sí, de hecho me interesaba. Soy muy cotilla. Pero creí que no me haría ningún bien: si eran una maravilla, me pondría celosa y eso no está bien. Y si

eran horribles, ¿qué iba a decirle? Así que no, no vi los cuadros.

—¿De verdad habría tenido celos de su ahijada? Eso no encaja en la relación que ha descrito.

—Le hablaba de un ideal. Estoy segura de que usted ha visto que rozo la perfección, pero aún no la he alcanzado. —Suzanne se rió de su gracia—. Mi único defecto son los celos.

—No se olvide de los cotilleos.

—Mis dos defectos: soy celosa y cotilla. Y mandona. Dios, soy un puto desastre.

Se echó a reír.

—Tengo entendido que también está endeudada.

Eso la hizo callar al instante.

—¿Cómo lo sabe?

Le clavó una mirada y, al ver que Gamache no respondía, se encogió de hombros con resignación.

—Bueno, claro, ustedes lo saben todo. Sí, tengo deudas. El dinero nunca se me ha dado bien, y ahora que al parecer ya no me dejan robar, la vida es mucho más complicada.

Le ofreció una sonrisa encantadora.

—Otro defecto para la lista. Cada vez es más larga.

«Y tanto», pensó Gamache. ¿Qué más le estaba ocultando? Le pareció extraño que dos artistas no comparasen su trabajo, que Lillian no le mostrase los cuadros a su madrina para que le diera su aprobación y los comentara.

¿Y qué iba a hacer Suzanne? Vería que eran obras brillantes, pero ¿y luego? ¿Matarla, presa de un ataque de rabia?

No le parecía probable.

Sin embargo, le resultaba extraño que a lo largo de ocho meses de estrecha relación, Suzanne no la hubiera visitado ni una sola vez ni hubiese visto las pinturas.

Entonces se le ocurrió una idea.

—¿La conoció en Alcohólicos Anónimos o ya se conocían de antes?

Tenía la sensación de haber tocado hueso. A Suzanne no llegó a fallarle la sonrisa, pero aguzó la mirada.

—Si le soy sincera, ya nos conocíamos. Bueno, puede que «conocer» no sea la palabra correcta: más bien habíamos coincidido en algunas exposiciones, hace años. Antes de que se marchase a Nueva York. Pero no llegamos a

hacernos amigas.

—¿Se llevaban bien?

—¿Después de unas copas? Sí, yo era muy simpática, inspector jefe — comentó entre carcajadas.

—Pero supongo que no con Lillian.

—No, no de ese modo —admitió Suzanne—. Mire, la cuestión es que yo no merecía la pena. Ella era una crítica de arte importante de *La Presse* y yo una artista borracha más. Y, si me lo permite, a mí no me importaba. Lillian era una cabrona de cuidado y tenía fama. No había suficiente alcohol en el mundo para convencerme de que ir a hablar con ella fuese buena idea.

Gamache se paró a pensar un instante y enseguida retomó el paso.

—¿Cuánto tiempo lleva usted en Alcohólicos Anónimos?

—El 18 de marzo hizo veintitrés años.

—¿Veintitrés años?

Estaba atónito y no podía disimularlo.

—Tendría que haberme visto el primer día —rememoró, y soltó una carcajada—. Estaba como un cencerro. Lo que ve hoy en día es el resultado de veintitrés años de duro trabajo.

Pasaron por delante de la terraza. Beauvoir señaló una cerveza, y Gamache respondió inclinando la cabeza.

—Veintitrés años —repitió Gamache cuando siguieron paseando—. Dejó de beber más o menos cuando Lillian se marchó a Nueva York.

—Sí, supongo que sí.

—¿Es una coincidencia?

—Ella no formaba parte de mi vida. No tuvo nada que ver con que empezase a beber ni con que lo dejase.

De pronto el inspector jefe le notaba un matiz en la voz que no lograba descifrar. Tal vez un punto de rabia.

—¿Sigue pintando? —preguntó Gamache.

—A veces. Hago cosillas; algún curso, doy clases de vez en cuando, voy a los *vernissages* donde hay comida y bebida gratis.

—¿Le habló Lillian de Clara o de la exposición?

—Nunca mencionó a Clara. Al menos, no por el nombre, pero sí dijo que tenía que hacer las paces con muchos artistas, marchantes y galeristas. Supongo que Clara debía de estar entre ellos.

—¿Cree que aquella pareja también formaba parte de la lista?

Con una ligera inclinación de la cabeza, Gamache señaló a las personas que los observaban desde el porche del bed & breakfast.

—¿Paulette y Normand? No, de ellos tampoco me habló, pero no me sorprendería que les debiese una disculpa. Cuando aún bebía, no era muy agradable, que digamos.

—Ni cuando escribía: «Es un generador nato. Produce arte como si se tratara de una función fisiológica» —citó Gamache.

—¿También se ha enterado de eso?

—Como usted, es obvio.

—Todos los artistas de Quebec han oído eso. Fue su momento de gloria. Como crítica de arte, claro. Su *pièce de résistance*. Un asesinato casi perfecto.

—¿Sabe de quién hablaba?

—¿Usted no?

—Si lo supiera, ¿cree que se lo estaría preguntando?

Suzanne observó a Gamache un momento.

—Tal vez sí. Creo que es usted muy hábil. Pero no estoy segura.

Un asesinato casi perfecto. Había sido justo así: con esa frase, Lillian había asestado un golpe mortal. ¿Era posible que la víctima hubiera esperado décadas para devolvérselo?

—¿Te importa si me siento?

Sin embargo, ya era demasiado tarde para protestar: Myrna había ocupado el asiento y una vez allí, le costaría mucho deshacerse de ella.

Beauvoir la miró con una expresión en el rostro que no era ni mucho menos de bienvenida.

—Sí, no pasa nada.

Hizo un barrido de la terraza. Había otras personas sentadas al sol con una cerveza, una limonada o un té helado, incluso mesas vacías. ¿Por qué había decidido sentarse con él?

La única respuesta posible era la que él más temía.

—¿Cómo estás? —preguntó Myrna.

Quería hablar. El inspector bebió un buen trago de cerveza.

—Bien, gracias.

Myrna asintió e hizo un dibujo en la condensación de su vaso.

—Hace buen día —dijo al final.

Beauvoir siguió mirando al frente, pues le parecía que el comentario no necesitaba respuesta. Tal vez así ella lo pillara: quería estar a solas con sus pensamientos.

—¿En qué piensas?

La miró. La expresión de Myrna era de curiosidad, pero no inquisitiva. No como si pretendiese averiguar algo.

Era una expresión agradable.

—En el caso —mintió él.

—Vaya.

Ambos miraron el césped del parque. No había mucho que ver; Ruth lapidaba pajaritos, y unos cuantos vecinos arreglaban el jardín. Había una señora paseando al perro. Y el inspector jefe daba vueltas por el camino con una desconocida.

—¿Quién es?

—Alguien que conocía a la víctima —contestó.

No hacía falta decir más.

Myrna asintió con la cabeza y cogió un puñado de anacardos regordetes del cuenco de frutos secos.

—Me alegra ver cuánto ha mejorado el inspector jefe. ¿Crees que se ha recuperado del todo?

—Claro que sí. Hace tiempo.

—Bueno, tampoco hará tanto —repuso ella mostrando mayor sensatez—. Al fin y al cabo, ocurrió justo antes de Navidad.

¿Tan poco tiempo había pasado?, se preguntó el inspector con asombro. ¿Sólo seis meses? Le parecía que desde entonces había transcurrido una eternidad.

—Pues bueno, está bien. Igual que yo.

—¿Hecho un puto desastre, inseguro, neurótico y egoísta? ¿Te refieres a la definición de «bien» según Ruth?

Beauvoir no pudo evitar esbozar una sonrisa. Intentó convertirlo en una mueca, pero no lo consiguió.

—No puedo hablar por mi jefe, pero creo que, en mi caso, la definición vale.

Myrna sonrió y le dio un trago a la cerveza. Observó a Beauvoir, que a su vez hacía lo mismo con Gamache.

—Sabes que no fue culpa tuya, ¿verdad?

Beauvoir se puso tenso sin querer, como si le hubiera dado un espasmo.

—¿A qué te refieres?

—A lo que pasó en la fábrica. Lo que le ocurrió a él. No podrías haberlo evitado.

—¿Crees que no lo sé?

—Bueno, me lo pregunto. Lo que viste debió de ser horrible.

—¿Por qué sacas esto ahora? —quiso saber Beauvoir.

Le daba vueltas la cabeza. De pronto todo estaba patas arriba.

—Porque me parece que necesitas que alguien te lo diga. No puedes salvarlo siempre.

Myrna miró al joven cansado que tenía delante y supo que estaba sufriendo. También sabía que sólo había dos cosas que pudieran producir ese dolor después de tanto tiempo: el amor y la culpa.

—Hay cosas que se vuelven más fuertes cuando se rompen —dijo ella.

—¿De dónde has sacado eso?

La miró con rabia.

—Lo leí en una entrevista al inspector jefe, después del ataque. Y tiene razón, pero sanar lleva mucho tiempo y se necesita mucha ayuda. Supongo que creíste que estaba muerto.

Era cierto, lo había pensado. Había visto como le disparaban. Como caía y se quedaba inmóvil.

Muerto o moribundo. De eso estaba seguro.

Y no había hecho nada para ayudarlo.

—No podías hacer nada —lo consoló Myrna, que le había leído el pensamiento—. Nada.

—¿Cómo lo sabes? —soltó Beauvoir—. ¿Cómo lo vas a saber?

—Porque lo vi. Vi el vídeo.

—¿Y crees que por eso ya lo sabes todo?

—¿De verdad piensas que podrías haber hecho algo más?

Beauvoir apartó la mirada. El dolor sordo del vientre al que ya estaba acostumbrado se convirtió en varias punzadas. Era consciente de que Myrna trataba de ser amable, pero habría preferido estar a solas.

Ella no estuvo allí, pero él sí, y jamás admitiría que no podría haber hecho algo más por Gamache.

El inspector jefe le había salvado la vida. Lo había arrastrado a un lugar

seguro, le había vendado la herida. Y cuando lo alcanzaron, fue la agente Lacoste quien se abrió paso hasta él y le salvó la vida mientras Jean-Guy se limitaba a quedarse tendido, observando la escena.

—¿Le caía bien? —preguntó Gamache.

Habían dado una vuelta completa y volvían a estar en el parque, delante de la *terrasse*. Desde allí veía a André Castonguay y a François Marois sentados a una mesa, disfrutando del almuerzo. O como mínimo, de la comida; la compañía era otro asunto. No parecían estar hablando mucho.

—Sí —respondió Suzanne—. Se había vuelto agradable. Incluso considerada. Estaba contenta. Cuando llegó echa un lío al sótano de la iglesia, no pensé que algún día me caería bien, porque no se puede decir que antes de que se marchara fuésemos precisamente amigas. Pero en aquella época ambas éramos más jóvenes y bebíamos, y me da que ninguna de las dos era muy buena compañía. Pero la gente cambia.

—¿Está segura de que Lillian había cambiado?

—¿Está usted seguro de que he cambiado yo? —contestó ella, y se echó a reír.

Gamache tuvo que admitir que era una buena pregunta.

Entonces le vino otra a la cabeza y se sorprendió de no haberlo pensado antes.

—¿Cómo ha encontrado Three Pines?

—¿Qué quiere decir?

—El pueblo. Es casi imposible de encontrar y, sin embargo, aquí está usted.

—Me ha traído él.

Gamache se volvió para ver hacia dónde señalaba. Más allá de la *terrasse*, al otro lado de la ventana, había un hombre de pie que les daba la espalda. Tenía un libro en la mano.

A pesar de que no le veía la cara, Gamache lo reconoció: Thierry Pineault estaba junto al escaparate de la librería de Myrna.

DIECINUEVE

Clara Morrow estaba sentada en el coche, contemplando el bloque de pisos, viejo y decrepito. Estaba a años luz de la preciosa casa en la que vivían los Dyson cuando ella los frecuentaba.

Llevaba todo el trayecto rememorando su amistad con Lillian. El aburridísimo trabajo que consiguieron ambas durante las vacaciones clasificando el correo de Navidad. Más adelante, otro como socorristas. Había sido idea de Lillian, e hicieron el curso juntas y aprobaron los exámenes a la vez. Se ayudaban mutuamente. Se escondían a fumar detrás de la caseta del material de socorrismo.

Juntas, se habían apuntado al equipo de voleibol de la escuela y al de atletismo. En la clase de gimnasia, siempre se buscaban.

Clara apenas tenía recuerdos de su infancia y su adolescencia que no incluyesen a Lillian.

Y el señor y la señora Dyson siempre estaban presentes, interpretando el papel de amables secundarios. En un segundo plano, como los padres de las tiras de Snoopy. Casi nunca aparecían, pero siempre había sándwiches de huevo duro y ensalada; macedonia y galletas con trocitos de chocolate. Nunca faltaba una jarra de limonada rosa.

La señora Dyson era una mujer baja y oronda, cuya cabellera rala nunca estaba despeinada. A Clara siempre le había parecido mayor, pero se dio cuenta de que por aquel entonces la señora Dyson era más joven que ella ahora. Su marido era alto, enjuto y tenía la cabeza cubierta de rizos pelirrojos. A la luz intensa del sol parecía una capa de óxido.

No, Clara ya no albergaba la menor duda y se avergonzaba de haberse preguntado si debía hacer la visita: era lo correcto.

Después de resignarse a no encontrar el ascensor, subió los tres pisos tratando de no prestar atención al olor rancio a tabaco, hierba y orina.

Se detuvo frente a la puerta cerrada de la vivienda y no apartó la vista de ella mientras recuperaba el aliento; no lo había perdido sólo por el ejercicio

físico.

Cerró los ojos y pensó en la pequeña Lillian con unos pantalones cortos de color verde y una camiseta, esperando en el quicio de la puerta. Se la imaginó sonriendo. Como si la invitase a entrar.

Entonces Clara Morrow llamó a la puerta.

—Presidente de la Corte Suprema —lo saludó Gamache, y le ofreció la mano.

—Inspector jefe —contestó Thierry Pineault, y se la estrechó.

—Se nos ha juntado aquí todo el peso de la ley —comentó Suzanne—. Vamos a una mesa.

—Podemos sentarnos con el inspector Beauvoir —propuso Gamache, y los dirigió hacia su compañero, que acababa de levantarse y estaba señalando la mesa.

—Preferiría que nos sentásemos aquí —sugirió el juez Pineault.

Suzanne y Gamache se detuvieron. El presidente de la Corte Suprema de Quebec indicó una mesa pegada al edificio de ladrillo, ubicada en la zona menos atractiva de la terraza.

—Es más discreto —explicó Pineault al ver sus expresiones de desconcierto.

Gamache enarcó la ceja, pero consintió y le hizo una señal a Beauvoir. El juez se sentó el primero, de espaldas al pueblo, y Gabri les atendió.

—¿Esto le resulta un problema? —preguntó el inspector jefe, e indicó las cervezas que había traído su segundo.

—No, en absoluto —respondió Suzanne.

—Le he llamado esta mañana —explicó Gamache.

Gabri les sirvió y susurró a Beauvoir:

—¿Quién es este tipo?

—El presidente de la Corte Suprema de Quebec.

—Sí, claro —repuso Gabri, y lo miró molesto y se marchó.

—¿Qué le ha dicho mi secretaria? —preguntó Pineault, y tomó un sorbo de su agua con gas y una rodaja de lima.

—Sólo que estaba trabajando desde casa.

Pineault sonrió.

—Sí, más o menos es lo que estoy haciendo. La verdad es que no he especificado desde qué casa.

—¿Ha decidido venir a la de Knowlton?

—¿Me está interrogando? ¿Necesito un abogado?

Seguía sonriendo, pero ninguno de los dos se engañaba: interrogar al juez Pineault era un asunto muy arriesgado.

Gamache le devolvió la sonrisa.

—Es una conversación amistosa, excelencia. Espero que pueda ayudarme.

—Por el amor de Dios, Thierry, dile al hombre lo que quiere saber. ¿No es a eso a lo que hemos venido?

Gamache miró a Suzanne desde el otro lado de la mesa. Les habían servido la comida, y estaba llenándose la boca con la terrina de pato. No era un gesto fruto de la gula, sino del miedo: sólo le faltaba rodear el plato con el brazo. Suzanne no quería la comida de los demás, quería la suya y, si era necesario, estaba dispuesta a defenderla.

Sin embargo, entre bocado y bocado, había planteado una pregunta interesante.

Si no era para aportar algo a la investigación, ¿qué hacía Thierry Pineault en Three Pines?

—Cierto, he venido a ayudar —afirmó Pineault con tranquilidad—. Siento tener que admitir que ha sido una reacción instintiva, inspector jefe. Lo de preguntar si necesito un abogado. Le pido disculpas.

Gamache se dio cuenta de algo más. Aunque parecía cómodo desafiándolo a él, al jefe del Departamento de Homicidios de la Sûreté du Québec, el juez nunca retaba a Suzanne, camarera de profesión y artista por afición.

A decir verdad, se tomaba todas sus pullas, críticas y gestos extravagantes con mucha calma. ¿Era por su buena educación?

El inspector jefe estaba convencido de que no. Le daba la sensación de que el juez se sentía intimidado por Suzanne. Como si ella conociese alguno de sus secretos.

—Le he pedido que me trajese —explicó Suzanne— porque sabía que querría colaborar.

—¿Por qué? Sé que Suzanne tenía un vínculo emocional con Lillian, pero ¿usted también?

El presidente de la Corte Suprema, con sus ojos azules y fríos, contempló a Gamache.

—No del tipo que se imagina.

—No imagino nada; sólo estoy preguntando.

—Quiero ayudar —insistió Pineault con voz seria y mirada severa.

Gamache estaba acostumbrado a aquellos dos atributos, de haberlo visto en los tribunales y en las conferencias de la Sûreté.

Y sabía muy bien de qué se trataba: el juez Thierry Pineault lo estaba marcando. Con delicadeza, sofisticación, refinamiento y educación. Pero no dejaba de marcarlo.

El problema con lo de marcar, como Gamache bien sabía, era que lo que debía permanecer en privado acababa saliendo a la luz, y el juez se estaba exponiendo demasiado.

—¿Cómo cree que puede ayudarnos, señor? ¿Sabe algo que yo no sepa?

—He venido porque me lo ha pedido Suzanne y porque sé dónde está Three Pines. La he traído hasta aquí: ésa es mi aportación.

Gamache apartó la mirada de Thierry y se fijó en Suzanne, que estaba partiendo un trozo de pan con las manos para untarlo de mantequilla y metérselo en la boca. ¿De verdad tenía ella semejante influencia sobre el juez, hasta el punto de tratarlo como a un chófer?

—Le he pedido ayuda porque sabía que él mantendría la calma y sería sensato.

—¿Y porque es el presidente de la Corte Suprema de Quebec? —preguntó Beauvoir.

—Soy alcohólica, no idiota —respondió ella con una sonrisa—. Es evidente que eso me ha parecido una ventaja.

Y lo era, pensó Gamache. Pero ¿por qué pensaba ella que la necesitaba? Y ¿por qué había escogido el juez Pineault aquella mesa tan alejada del resto? Era la peor de toda la terraza, y, además, se había apresurado a coger la silla que estaba de cara a la pared.

Gamache echó un vistazo a su alrededor. ¿Se estaba escondiendo? Al llegar, había ido directo a la librería, sólo había salido de allí tras el regreso de Suzanne y ahora daba la espalda a los demás clientes. Desde allí no veía nada, pero a cambio nadie lo veía a él.

Gamache hizo un barrido del pueblo y se fijó en todas las cosas que el juez Pineault se estaba perdiendo.

Ruth daba de comer a los pájaros desde el banco, y de vez en cuando, miraba el cielo. Normand y Paulette, la pareja de artistas mediocres, se hallaban en el porche del bed & breakfast. Algunos vecinos volvían a casa desde

el colmado de monsieur Beliveau con la cesta de la compra. Por último, estaban los demás clientes del *bistrot*, incluidos André Castonguay y François Marois.

Clara estaba plantada en el rellano, contemplando la puerta que acababan de cerrarle en las narices. El sonido aún rebotaba por los pasillos y en el hueco de la escalera, hasta que salió por la puerta de la calle e irrumpió en el día soleado.

Tenía los ojos muy abiertos y el corazón le latía a cien por hora. Notó amargor en la boca.

Pensó que estaba a punto de vomitar.

—Ay, ¡por fin los encuentro! —exclamó Denis Fortin a la entrada del *bistrot*.

Sintió un placer incomparable al ver que André Castonguay daba un respingo y casi derramaba la copa de vino blanco.

En cambio, François Marois no se sobresaltó. A decir verdad, apenas reaccionó.

«Como una lagartija —pensó Fortin—, tomando el sol en una roca.»

—*Tabernac!* —exclamó Castonguay—. ¿Qué narices haces aquí?

—¿Les importa? —preguntó Fortin, y tomó asiento a su mesa antes de que cualquiera de los dos pudiera impedirselo.

Siempre le habían negado un lugar a su mesa, y lo habían hecho durante años. En el conciliábulo de los marchantes y los galeristas. Y ancianos ahora. En cuanto Fortin decidió abandonar su carrera de artista y abrió su propia galería, los demás cerraron filas para dejar fuera al intruso, al recién llegado.

Sin embargo, allí estaba, disfrutando de mayor éxito que el resto. Con la salvedad, quizá, de aquellos dos caballeros. De todos los miembros del *establishment* artístico de Quebec, las dos únicas opiniones que le importaban eran las de Castonguay y Marois.

Tarde o temprano, tendrían que reconocer su presencia, y aquel día era tan bueno como cualquier otro.

—He oído que estaban aquí —dijo, y le hizo una seña al camarero para que les llevase otra ronda.

Se fijó en que Castonguay casi se había terminado el vino, pero Marois bebía té helado. Austero, refinado, comedido. Frío. Como el hombre.

Fortin había escogido una cerveza artesana: una McAuslan. Joven, dorada, impertinente.

—¿Qué haces tú aquí? —insistió Castonguay.

Había recalcado el «tú», como si Fortin tuviera que justificarse. Y a punto estuvo de hacerlo, por instinto. Necesitaba apaciguar a aquellos hombres.

No obstante, se reprimió y les ofreció una sonrisa encantadora.

—He venido a fichar a los Morrow, igual que ustedes.

A eso sí que reaccionó Marois. El marchante se volvió muy despacio, miró a Fortin y, sin ninguna prisa, enarcó las cejas. En cualquier otro caso habría resultado cómico, pero en el de Marois, el resultado era aterrador.

Fortin se quedó paralizado, como si hubiera visto la cabeza de Medusa.

Tragó saliva y continuó mirándolos con la esperanza de que si se había vuelto de piedra, al menos fuese con una expresión de desdén y despreocupación en la cara. Sin embargo, tenía la impresión de que mostraba una muy diferente.

Castonguay rompió en carcajadas.

—¿Tú? ¿Quieres fichar a los Morrow? Ya tuviste tu oportunidad y la fastidiaste.

Castonguay cogió la copa y bebió lo que quedaba de vino.

El camarero les llevó lo que habían pedido, pero Marois levantó la mano para que no sirviese las bebidas.

—Creo que ya tenemos suficiente —se excusó, y se dirigió al galerista—. Podríamos ir a dar un paseo, ¿no te parece?

No, no le parecía bien y aceptó la copa.

—Nunca firmarás un contrato con ellos. ¿Sabes por qué? —dijo.

Fortin contestó que no con la cabeza. Le dio muchísima rabia haberse dignado a reaccionar.

—Porque ya te tienen calado.

Hablaba en voz alta. Tanto que las conversaciones de alrededor se fueron apagando.

Desde la mesa del fondo, todos se fijaron en ellos, a excepción de Thierry Pineault, que siguió de cara a la pared.

—Ya basta, André —dijo Marois, y le tocó el brazo.

—No, no basta.

Castonguay se volvió hacia Marois.

—Tú y yo nos hemos ganado a pulso lo que tenemos. Hemos estudiado arte

y conocemos las técnicas. No siempre estamos de acuerdo, pero al menos podemos discutir con conocimiento de causa. Pero éste... —soltó, y señaló a Fortin con el dedo—. Éste sólo quiere hacerse rico en poco tiempo.

—Y todo lo que quiere usted, señor —repuso Fortin mientras se levantaba—, es una botella. ¿Quién es el peor de los dos?

Fortin les hizo una pequeña reverencia muy tensa y se marchó sin saber bien adónde iba. Sólo quería alejarse de allí. De aquella mesa. Del mundo del arte. De los dos caballeros que no le quitaban ojo de encima y que tal vez estuvieran mofándose de él.

—La gente no cambia —aseveró Beauvoir.

Apretó la hamburguesa y vio cómo rezumaba los jugos de la carne.

El juez Pineault y Suzanne se habían marchado a pie al bed & breakfast y, por fin, el inspector Beauvoir podía hablar del asesinato con tranquilidad.

—¿Estás seguro de eso? —preguntó Gamache.

El inspector jefe tenía delante un plato de gambas al ajillo con ensalada de quinoa y mango. La barbacoa estaba haciendo horas extra para alimentar a la multitud hambrienta que se había acercado hasta allí, y de sus brasas salían filetes, hamburguesas, gambas y salmón.

—Puede parecer que sí —concedió Beauvoir mientras cogía la hamburguesa—, pero si en la adolescencia ya eras un pieza de mucho cuidado, de mayor serás un gilipollas y te morirás de mal humor.

Dio un mordisco a la comida. Pese a que en otra época aquel bocado de carne con beicon, champiñones, cebolla caramelizada y queso azul fundido lo habría llevado a la gloria, en ese momento lo dejó con el estómago algo revuelto. Aun así, se obligó a comer para apaciguar a Gamache.

Beauvoir se daba cuenta de que el inspector jefe lo estaba observando mientras comía y eso le provocó cierto fastidio. De todos modos, enseguida se le pasó. En ese momento, todo le daba lo mismo. Tras la conversación con Myrna, había ido al baño, se había tomado un comprimido de Percocet y se había quedado allí, con la cabeza apoyada en las manos, hasta que sintió una ola cálida que le recorría el cuerpo y se llevaba el dolor.

Enfrente de él, el inspector jefe Gamache cargó el tenedor de gambas y ensalada con verdadero deleite.

Ambos habían levantado la vista al oír que Castonguay daba voces.

Beauvoir había hecho ademán de levantarse, pero su jefe se lo había impedido, pues quería averiguar adónde iba la cosa. Igual que el resto de los clientes, vieron a Denis Fortin alejarse con la espalda rígida y los brazos a los costados.

«Como un soldadito», había pensado Gamache; le había recordado a su hijo Daniel de pequeño, cuando desfilaba por el parque. A la batalla, o ya de regreso, pero con determinación.

Un juego.

Denis Fortin estaba batiéndose en retirada para curarse las heridas. Gamache era consciente de eso.

—Sospecho que usted no está de acuerdo —aventuró Beauvoir.

—¿Conque las personas no cambian? —preguntó Gamache, levantando la mirada del plato—. No, no lo estoy. Creo que pueden y lo hacen.

—Pero no tanto como la víctima parecía haber cambiado —persistió Beauvoir—. Eso sería muy claroscuro.

—¿Muy qué?

Gamache dejó los cubiertos y miró a su segundo.

—Significa un contraste muy marcado. El juego entre la luz y las sombras.

—¿Ah, sí? ¿O te lo has inventado?

—No. Escuché la palabra en el *vernissage* de Clara y la usé unas cuantas veces. Menuda panda de estirados. Sólo tuve que repetir «claroscuro» aquí y allá, y se convencieron de que era el crítico de *Le Monde*.

Gamache cogió los cubiertos y negó con la cabeza.

—O sea, que podría haber significado cualquier cosa, pero eso no te impidió usarla.

—¿No se dio cuenta? Cuanto más ridícula era la afirmación, mejor la aceptaban. ¿No les ha visto la cara cuando se han enterado de que no era de *Le Monde*?

—Muy *schadenfreude* por tu parte —repuso Gamache, y no se sorprendió al ver que Beauvoir lo miraba con desconfianza—. Así que esta mañana has buscado «claroscuro» en el diccionario. ¿A eso te dedicas cuando yo no estoy?

—A eso y al solitario. Y al porno, claro, pero eso sólo lo hacemos con su ordenador.

Beauvoir sonrió de oreja a oreja y le dio un bocado a la hamburguesa.

—Entonces, ¿crees que la víctima tenía mucho de claroscuro?

—La verdad es que no; sólo lo he dicho para impresionar. Pero no me creo nada: primero es una hija de puta y luego una persona maravillosa. ¡Y una mierda!

—Ya veo por qué te confundieron con un crítico formidable —comentó Gamache.

—Joder, claro. Mire, la gente no cambia. ¿Cree que las truchas del Bella Bella están ahí porque les encanta Three Pines y que a lo mejor el año que viene prefieren ir a otra parte?

Beauvoir señaló el río con la cabeza. Gamache miró al inspector.

—¿Qué opinas tú?

—Que las truchas no pueden elegir: regresan porque son truchas y eso es lo que hacen. La vida es así de simple. Los patos vuelven todos los años al mismo sitio, igual que las ocas. Que los salmones, las mariposas y los ciervos. No me joda, los ciervos tienen los hábitos tan enraizados que acaban haciendo un caminito en el bosque y nunca se desvían de él; por eso es tan fácil cazarlos, como ya sabemos. No cambian. Y la gente es igual: somos lo que somos. Somos quienes somos.

—¿Así que no cambiamos?

Gamache pinchó un trozo de espárrago verde.

—Exacto. Usted me enseñó que la gente, que los casos, en realidad son muy simples. Y que somos nosotros quienes los complicamos.

—¿Qué me dices de éste, lo estamos complicando?

—Creo que sí. Creo que la mató alguien a quien le hizo alguna faena, y punto. Es triste pero simple.

—¿Alguien de su pasado? —preguntó Gamache.

—No, creo que ahí se equivoca. Los que conocían a Lillian después de que dejase de beber dicen que se había convertido en una persona decente. En cambio, los que conocían a la antigua Lillian, antes de que dejase de beber, dicen que era una hija de puta.

Beauvoir tenía las manos en alto: con una sujetaba la enorme hamburguesa y con la otra una patata frita. Entre ellas había un espacio, un abismo.

—Lo que yo digo es que la nueva y la vieja son la misma persona.

El inspector juntó las manos.

—Sólo hay una Lillian, igual que sólo hay un inspector Beauvoir y un único Gamache. Puede que, después de apuntarse a Alcohólicos Anónimos, se le diese mejor ocultarlo, pero créame: la mujer horrible, amargada y

desagradable seguía ahí.

—¿Haciendo daño a la gente? —preguntó el inspector jefe.

Beauvoir se metió la patata frita en la boca y asintió. Aquélla era su parte preferida de una investigación. No la comida, aunque en Three Pines nunca pasaba penurias y se acordaba de otros casos en otros lugares, en los que el inspector jefe y él habían pasado días sin apenas comer nada o compartiendo latas de guisantes sin calentar y carne enlatada. Debía admitir que hasta eso le resultaba entretenido. A posteriori. Sin embargo, aquel pueblecito les proporcionaba cadáveres y comida *gourmet* a partes iguales.

La comida le gustaba, pero de lo que más disfrutaba era de las conversaciones con el inspector jefe. Cuando estaban a solas.

—Una de las teorías es que Lillian Dyson vino aquí para hacer las paces con alguien —expuso Gamache—.

A pedir disculpas.

—Si así era, apuesto a que no era una disculpa sincera.

—En ese caso, ¿para qué venir hasta aquí?

—Para obedecer a su naturaleza. Y joder a alguien.

—¿A Clara? —preguntó Gamache.

—Puede ser. O quizá a otra persona; tenía mucho donde elegir.

—Pero le salió el tiro por la culata —apuntó el inspector jefe.

—Desde luego, bien no le salió. Al menos para ella.

¿Tan simple era la respuesta?, se preguntó Gamache. ¿De veras se trataba tan sólo de que Lillian Dyson estaba siendo fiel a su verdadera personalidad?

Un carácter egoísta, destructivo e hiriente. Tanto sobria como borracha.

La misma persona, con los mismos instintos y naturaleza.

Herir a los demás.

—De todos modos —continuó Gamache—, ¿cómo se enteró de que había una fiesta? Era un evento privado, hacía falta una invitación. Además, ya sabemos lo difícil que es encontrar Three Pines. ¿Cómo se enteró Lillian de que la hacían y cómo la encontró? ¿Cómo sabía el asesino que ella estaría aquí?

Beauvoir respiró hondo intentando pensar y después negó con la cabeza.

—Yo he llegado hasta aquí, jefe. Ahora le toca a usted hacer algo útil.

Gamache bebió un trago de cerveza y permaneció en silencio. Estaba tan callado que Beauvoir llegó a preocuparse; tal vez hubiese ofendido al inspector jefe con su comentario frívolo.

—¿Qué pasa? —preguntó Beauvoir—. ¿Ocurre algo?

—No, no, nada.

Gamache miró al inspector como si intentase tomar una decisión.

—Dices que la gente no cambia, sin embargo, hubo un tiempo en que Enid y tú os queríais, ¿no?

Beauvoir asintió.

—Y ahora os habéis separado y estáis tramitando el divorcio. Es decir, que ha pasado algo. ¿Has cambiado? —preguntó Gamache—. ¿Ha cambiado Enid? Está claro que algo es diferente.

Beauvoir lo miró, sorprendido al ver a su jefe tan afligido.

—Tiene razón —admitió Beauvoir—. En algún momento, algo cambió, pero, si le digo la verdad, no creo que fuésemos nosotros. Me parece que nos dimos cuenta de que no éramos las personas que fingíamos ser.

—¿Cómo? —lo interpeló Gamache, y se echó hacia delante.

Beauvoir reflexionó un momento para poner sus pensamientos en orden.

—Me refiero a que éramos jóvenes; no debíamos de saber qué queríamos. Sin embargo, todo el mundo se casaba, y parecía algo divertido. Nos gustábamos, pero no creo que nos quisiéramos de verdad. Puede que yo estuviera fingiendo, intentando ser alguien que no era. El hombre que Enid quería.

—Entonces, ¿qué pasó?

—Después del tiroteo me di cuenta de que tenía que ser quien soy. Y ese hombre no amaba a Enid lo suficiente como para quedarse con ella.

Gamache guardó silencio unos instantes y permaneció inmóvil, pensando.

—El sábado por la noche hablaste con Annie, antes del *vernissage* —dijo Gamache al final.

Beauvoir se quedó helado, pero el inspector jefe continuó sin necesidad de una respuesta.

—Y después la viste con David en la fiesta.

Beauvoir se obligó a parpadear. A respirar. Pero no era capaz. ¿Cuánto iba a tardar en desmayarse?

—La conoces bien.

Jean-Guy tenía el cerebro al borde del colapso. Quería que aquello terminase, que el inspector jefe dijera de una vez lo que tenía en mente. Al final, Gamache levantó la vista y lo miró. En los ojos, en lugar de rabia, le adivinó una súplica.

—¿Te comentó algo de su matrimonio?

—*Pardon?* —consiguió susurrar Beauvoir a duras penas.

—Pensaba que a lo mejor te lo había consultado, que te habría pedido consejo o algo así. Porque sabe lo vuestro.

La cabeza le daba vueltas. Aquello no tenía sentido.

Gamache se echó hacia atrás, suspiró y lanzó la servilleta hecha una bola al plato.

—Qué tonto me siento. Había señales, aunque fuesen pequeñas, de que las cosas no iban bien: David cancelaba cenas o llegaba tarde, como el sábado, por ejemplo. Después se marchaba pronto. Ya no eran tan cariñosos en público. Reine-Marie y yo lo habíamos hablado, pero pensábamos que la relación estaba evolucionando, nada más. Que ya no estaban el uno encima del otro. Las parejas se distancian y después vuelven a unirse.

Beauvoir sintió que su corazón volvía a latir de nuevo.

—¿Annie y David están distanciándose?

—¿No te dijo nada?

Beauvoir negó con la cabeza, y en el interior, su cerebro salió a flote con un único pensamiento: Annie y David estaban distanciándose.

—¿Lo habías notado?

Buena pregunta. ¿Qué partes eran reales y cuáles, imaginadas y exageradas? Recordó ver a Annie tocándole el brazo a David sin que a él le importase. No la estaba escuchando. Estaba distraído.

Beauvoir había visto todo eso con miedo a pensar que era una lástima y poco más: afecto malgastado en un hombre a quien le daba lo mismo. Temía que los celos lo estuvieran cegando. Sin embargo, ahora...

—¿Qué quiere decir, señor?

—Anoche vino a casa a cenar y a hablar con nosotros. David y ella están pasando un bache. —Gamache suspiró—. Tenía la esperanza de que te hubiese contado algo. Por mucho que discutáis, sé que para ti Annie es como una hermana pequeña. La conoces desde que era... ¿Cuántos años tenía?

—Quince.

—¿Tanto tiempo hace? —preguntó Gamache asombrado—. Ése no fue un año feliz para ella: era la primera vez que le gustaba un chico, y tenías que ser tú.

—¿Yo le gustaba?

—¿No lo sabías? Vaya si le gustabas. Cada vez que nos visitabas nos

calentaba la cabeza a madame Gamache y a mí. Jean-Guy esto, Jean-Guy lo otro. Intentamos advertirla de la clase de degenerado que eres, pero sólo conseguimos aumentar tu atractivo.

—¿Por qué no me lo contó?

La pregunta hizo gracia al inspector jefe.

—¿Lo habrías querido saber? Con lo que te gustaba molestarla, si te lo hubiésemos dicho, habría sido insoportable. Además, nos suplicó que no te lo contáramos.

—Pero acaba de hacerlo.

—He incumplido el pacto. Confío en que no te chivarás.

—Haré lo que pueda. ¿Qué pasa con David?

Beauvoir miró la hamburguesa a medio comer como si ésta acabase de hacer algo fascinante.

—Annie no ha querido darnos detalles.

—¿Van a separarse? —preguntó con la esperanza de parecer educado pero no muy interesado.

—No estoy seguro. Están pasándole muchas cosas, muchos cambios. Como ya sabes, acaba de empezar un trabajo nuevo en un juzgado de familia.

—Pero si Annie odia a los niños.

—Bueno, no se le dan muy bien, pero tampoco creo que los odie. A Florence y a Zora las quiere mucho.

—Claro, porque son familia. Seguro que cuenta con ellas para la vejez. Será la tía Annie, la amargada de las chocolatinas rancias y la colección de pomos de puerta, y tendrán que cuidar de ella. Por eso ahora no puede dejar que se le caigan de cabeza al suelo.

Gamache estalló en carcajadas mientras Beauvoir se acordaba del día en que vio a Annie sosteniendo a la primera nieta del inspector jefe, Florence, tres años antes. La niña era poco más que un bebé y aquélla debió de ser la primera vez que sus sentimientos por Annie afloraban. Su magnitud y rotundidad lo impactaron. Le cayeron encima como una ola fría y lo hicieron naufragar.

Sin embargo, el instante en sí había sido diminuto, muy delicado.

Annie acunaba a su sobrina con una sonrisa en la cara. Le susurraba al oído.

En ese momento, Beauvoir se había dado cuenta de que quería tener hijos. Y quería tenerlos con Annie. Con nadie más.

Annie. Con su bebé en brazos.

Annie. Abrazándolo a él.

Sintió un tirón en el corazón y unas cadenas, cuya existencia desconocía, se soltaron.

—Le hemos aconsejado que intente arreglarlo.

—¿Qué? —preguntó Beauvoir, que acababa de volver al presente.

—No queremos que cometa ningún error.

—Pero... —dijo Beauvoir. La cabeza le daba vueltas—. A lo mejor ya ha cometido el error. A lo mejor el error es David.

—Puede que sí, pero tiene que estar segura.

—¿Y qué más le han dicho ustedes?

—Que la apoyaremos al margen de lo que decida, aunque hemos sugerido con mucho tacto que prueben a hacer terapia matrimonial —explicó el inspector jefe.

Puso las manos, grandes y expresivas, sobre la mesa e intentó sostenerle la mirada al inspector. Sin embargo, lo único que veía era a su hija, a su niña, en el salón de su casa, el domingo por la noche.

Ella había pasado de llorar desconsoladamente a montar en cólera. A odiar a David, a odiarse a sí misma y, al final, a odiar a sus padres por proponerle hacer terapia matrimonial.

—¿Hay algo que no nos estés contando? —había preguntado Gamache al ver la reacción de su hija.

—¿Como qué? —había respondido Annie.

El padre guardó silencio un momento. Reine-Marie se sentó a su lado y los miró a ambos.

—¿Te ha hecho daño? —preguntó Gamache.

La pregunta era muy clara, y él miraba a su hija a los ojos, buscando la verdad.

—¿Físicamente? —preguntó Annie—. ¿Te refieres a si me ha pegado?

—Sí.

—Jamás. David nunca haría algo así.

—¿Y de otras maneras? ¿Te ha herido psicológicamente? ¿Te maltrata?

Annie negó con la cabeza, y Gamache la miró a los ojos. Había escudriñado los rostros de docenas de sospechosos tratando de averiguar la verdad, pero jamás le había parecido tan importante.

Porque si David había maltratado a su hija...

Notó que se enfurecía sólo de pensarlo. ¿De qué sería capaz si se enteraba

de que era cierto?

En aquel momento, Gamache se alejó del precipicio para aceptar la respuesta de su hija. Se sentó a su lado y la abrazó. La acunó. Ella le apoyó la cabeza en el hombro, y él notó las lágrimas a través de la camisa, igual que cuando lloraba por Humpty Dumpty. La diferencia era que, en esa ocasión, era ella quien se había hecho añicos.

Al cabo de un rato, Annie se separó de su padre, y Reine-Marie le dio un pañuelo de papel.

—¿Quieres que le pegue un tiro? —preguntó Gamache mientras ella se sonaba la nariz como si fuera una trompeta.

Annie se echó a reír y empezó a hipar al mismo tiempo.

—A lo mejor basta con que le partas las piernas.

—Lo pondré como primer punto de mi lista de quehaceres —prometió su padre.

Entonces se agachó para mirarla a los ojos con el semblante serio.

—Decidas lo que decidas, nosotros te apoyaremos. ¿Entiendes?

Ella asintió y se secó la cara con el pañuelo.

—Ya lo sé.

Al igual que Reine-Marie, Gamache no estaba escandalizado, pero sí perplejo. Le daba la sensación de que Annie estaba ocultándoles algo; de que las piezas no encajaban. Todas las parejas tenían dificultades. Él mismo discutía con su mujer de vez en cuando, y a veces se hacían daño. Nunca pretendían herirse, pero cuando las personas tienen una relación tan íntima, a veces ocurre.

—Si papá y tú hubieseis estado casados con otras personas cuando os conocisteis —preguntó Annie al final, mirándolos a los ojos—, ¿qué habríais hecho?

Ambos miraron a su hija en silencio. Gamache pensó que era la misma pregunta que le había hecho Beauvoir hacía poco.

—¿Quieres decir que has conocido a alguien? —preguntó Reine-Marie.

—No.

Annie negó con la cabeza.

—Quiero decir que en alguna parte están las personas ideales para David y para mí, y que aferrarse a algo que no funciona no va a arreglar las cosas. Esto no va a mejorar.

Más tarde, cuando Reine-Marie y él se quedaron solos, su esposa le había

hecho la misma pregunta.

—Armand —había empezado ella quitándose las gafas. Estaban tumbados en la cama, cada uno con su libro—, ¿qué habrías hecho si hubieses estado casado cuando nos conocimos?

Gamache apartó el libro y miró al frente tratando de componer la situación. Se había enamorado de Reine-Marie de forma tan inmediata y completa que le costaba verse con otra persona. Imaginarse casado le resultaba imposible.

—Que Dios me perdone —contestó al final, y se volvió hacia ella—, pero la habría dejado. Sin duda habría sido una decisión egoísta y terrible, pero no creo que hubiera podido ser un buen maridoa partir de ese momento. Y todo por tu culpa, granujilla.

Reine-Marie asintió.

—Yo habría hecho lo mismo, aunque me habría llevado al pequeño Julio Júnior y a Francesca.

—¿Julio y Francesca?

—Los hijos que tendría con Julio Iglesias.

—Pobre hombre, no me extraña que sus canciones sean tan tristes. Le rompiste el corazón.

—Aún no lo ha superado.

Reine-Marie sonrió.

—Podríamos presentarle a mi ex —propuso Gamache—: Isabella Rossellini.

Reine-Marie soltó una risotada, cogió el libro y después lo dejó de nuevo.

—Espero que no estés pensando todavía en Julio.

—No —respondió ella—, estaba pensando en Annie y en David.

—¿Crees que se ha acabado?

Ella asintió con la cabeza.

—Creo que ella ha conocido a alguien, pero no nos lo quiere contar.

—¿De verdad?

Gamache estaba sorprendido, aunque pensándolo bien, tal vez su esposa tuviera razón.

Reine-Marie asintió de nuevo.

—Me parece que él podría estar casado; quizá sea alguien de su despacho de abogados. Eso explicaría el cambio de trabajo.

—Dios mío, espero que no.

Sin embargo, tenía claro que, fuera como fuese, él no podía hacer nada más

que estar ahí para ayudar a recoger los pedazos. La imagen le recordó algo.

—Bueno, tengo que volver al trabajo —anunció Beauvoir, y se levantó—. El porno no se mira solo.

—Espera —le pidió Gamache.

Al verle la cara, el inspector se dejó caer en la silla de nuevo.

Gamache se quedó con el ceño fruncido y en silencio. Pensativo. Beauvoir lo había visto así muchas veces y sabía que el inspector jefe estaba siguiendo pistas en su cabeza. Una idea llevaba a otra y ésa, a su vez, a otra. Hacia la oscuridad; tal vez no a un callejón, sino a un pozo. Buscaba algo escondido en un lugar recóndito. Un secreto. Una verdad.

—Dices que el ataque de la fábrica fue lo que te empujó a decidir que debías romper con Enid.

Beauvoir asintió. Era cierto.

—Me pregunto si para Annie tuvo el mismo efecto.

—¿De qué modo?

—Fue una experiencia devastadora para todos —explicó el inspector jefe—, no sólo para nosotros. Para nuestras familias también. Puede que a Annie le hiciese recapacitar sobre su vida del mismo modo que a ti.

—¿Y por qué no se lo contaría a usted?

—Quizá quiera evitar que me sienta responsable.

O puede que ni siquiera ella se haya dado cuenta, que no sea consciente de ello.

Beauvoir pensó en la conversación que había tenido con Annie antes del *vernissage*. Ella le había preguntado por la separación y había hecho una referencia muy poco concreta al ataque y a sus consecuencias.

Como era natural, ella tenía razón: había sido el último empujoncito que necesitaba.

Él había atajado la conversación; le daba miedo discutirlo y acabar hablando más de la cuenta, aunque ahora se preguntaba si tal vez ella quería hablar de su propia agitación.

—¿Cómo se sentiría si fuese así? —le preguntó Beauvoir a su jefe.

Gamache se recostó con el rostro atribulado.

—Podría ser algo bueno —insinuó Beauvoir en voz baja—. Si saliese algo positivo de lo que ocurrió, sería importante, ¿no? Puede que ahora Annie encuentre a su amor verdadero.

Gamache miró a Jean-Guy: demacrado, cansado, demasiado flaco. Asintió.

—*Oui*. Estaría bien que el resultado fuera algo positivo, sólo que no estoy seguro de que el final del matrimonio de mi hija se pueda considerar bueno.

Jean-Guy Beauvoir no estaba de acuerdo.

—¿Quiere que me quede? —preguntó el inspector.

Gamache volvió a la realidad.

—No, me gustaría que te pusieras a trabajar.

—Bueno, la verdad es que tengo que buscar «*schnaugendender*».

—¿El qué?

—Esa palabra que ha dicho.

—Ah, «*schadenfreude*» —repitió Gamache, y sonrió—. No te molestes; significa «alegrarse de las desgracias de los demás».

Beauvoir permaneció un momento junto a la mesa.

—Creo que eso describe muy bien a la víctima, sólo que Lillian Dyson lo llevó un paso más allá, porque también causaba esas desgracias. Debía de ser muy feliz.

La opinión de Gamache era bien distinta: las personas felices no necesitaban emborracharse para dormir por las noches.

Beauvoir se marchó, y el inspector jefe se quedó solo bebiendo café y leyendo el libro de Alcohólicos Anónimos. Se fijaba sobre todo en los párrafos subrayados y en los comentarios escritos en los márgenes; se perdía en el lenguaje arcaico pero hermoso que el libro empleaba para describir con tacto el descenso al infierno y el largo camino de regreso. Pasado un tiempo cerró el libro sin sacar el dedo de entre sus páginas y miró al infinito.

—¿Te importa que me sienta?

La pregunta pilló desprevenido a Gamache. Se levantó, hizo una ligera reverencia y le apartó la silla de la mesa.

—Por favor.

Myrna Landers se sentó y dejó el *café au lait* y la *éclair* sobre la mesa del *bistrot*.

—Tenías cara de estar enfrascado en tus pensamientos.

Gamache asintió.

—Estaba pensando en Humpty Dumpty.

—O sea, que el caso ya está casi resuelto.

El inspector jefe sonrió.

—Nos estamos acercando. —La miró un instante—. ¿Puedo preguntarte una cosa?

—Las que quieras.

—¿Crees que la gente cambia?

Myrna, que estaba a punto de darle un bocado al dulce, se detuvo. Dejó el pastel en el plato y dirigió al inspector jefe una mirada despierta, llena de curiosidad.

—¿A qué viene eso?

—Hemos estado debatiendo si la víctima había cambiado; si continuaba siendo la misma que todos habían conocido hace veinte años, o si ahora era distinta.

—¿Qué te hace pensar que había cambiado? —preguntó Myrna, y le dio un bocado al pastel.

—¿Te acuerdas de la moneda que encontraste en el jardín? Tenías razón: es de Alcohólicos Anónimos y era de la mujer muerta. Dejó de beber hace ocho meses —explicó el inspector jefe—. La persona que describen los que la conocían de las reuniones es muy diferente de la que conoció Clara. No un poco, sino absolutamente distinta. Una es amable y generosa, y la otra, cruel y manipuladora.

Myrna frunció el ceño y bebió un sorbo de *café au lait*.

—Todos cambiamos. Los únicos que se mantienen igual son los psicóticos.

—Pero, más que de cambio, ¿no se trata de crecimiento? Como la armonía. La nota sigue siendo la misma.

—¿Variaciones sobre un mismo tema? —le preguntó Myrna con interés—. O sea, que según tú, eso no es un cambio. —Se paró a reflexionar—. Sí, creo que es lo más habitual. La mayoría de las personas crece, sin convertirse en alguien del todo diferente.

—La mayoría. O sea, que algunos sí.

—Sí, algunos sí, inspector jefe.

Myrna lo observó con atención: el rostro conocido y bien afeitado, el pelo entrecano que se le rizaba un poco alrededor de las orejas. La profunda cicatriz de la sien. Debajo, unos ojos amables. Tenía miedo de que hubieran cambiado, de que cuando mirase en su interior, se diera cuenta de que se le había endurecido la mirada.

Y no era así: no había perdido su afabilidad.

No obstante, no quiso engañarse. Tal vez su aspecto no lo delatara, pero él había cambiado. Todos los que salieron vivos de aquella fábrica lo hicieron transformados.

—Las personas cambian cuando no les queda más remedio. Cuando se trata de renovarse o morir. Antes ha mencionado Alcohólicos Anónimos: pues los alcohólicos sólo dejan de beber cuando tocan fondo.

—¿Qué pasa entonces?

—Lo que puede esperarse tras una gran caída.

Lo miró y vio que él empezaba a comprender. Una gran caída.

—Como Humpty Dumpty.

Él respondió que sí con un ligero gesto de aprobación.

—Cuando las personas tocan fondo —continuó ella—, pueden quedarse tendidos allí abajo hasta morir, y muchos lo hacen, pero hay otros que tratan de levantarse.

—Y recomponerse —apuntó él—, como nuestro amigo el señor Dumpty.

—Bueno, a él lo ayudaron todos los hombres y todos los caballos del rey —lo corrigió Myrna fingiendo un ademán serio—. Y ni siquiera ellos pudieron recomponerlo.

—Sí, ya he leído el informe —convino el inspector jefe.

—Además, aunque lo hubieran conseguido, habría vuelto a caerse. —De pronto se puso muy seria—. Una persona puede cometer la misma estupidez una y otra vez. Si colocas todas las piezas tal como estaban, ¿cómo puedes esperar que la vida sea diferente?

—¿Acaso hay otra opción?

Myrna sonrió.

—Ya sabes que sí, pero es la más difícil. Son pocos los que tienen agallas para hacerlo.

—Cambiar —respondió Gamache.

Pensó que tal vez ésa fuese la moraleja de Humpty Dumpty: que no debían reconstruirlo, porque tenía que ser distinto. Al fin y al cabo, un huevo jamás estará a salvo encima de un muro.

Quizá estaba predestinado a caer, y los hombres del rey, a fracasar.

Myrna vació la taza de un sorbo y se levantó, seguida de Gamache.

—La gente cambia. Pero hay algo que debe saber —le advirtió, y continuó en voz baja—: no siempre es a mejor.

—¿Por qué no vas a decirle algo? —propuso Gabri después de posar la bandeja llena de vasos vacíos sobre la barra.

—Tengo cosas que hacer —contestó Olivier.

—Estás lavando vasos. Eso pueden hacerlo los camareros. Ve a hablar con él.

Los dos miraron por la ventana de vidrio emplomado al hombre alto que estaba sentado a una mesa, a solas con un café y un libro.

—Ya iré, pero no me presiones.

Gabri cogió un trapo y se puso a secar vasos mientras su compañero iba aclarándolos.

—Cometió un error —le recordó Gabri—, y te pidió perdón.

Olivier miró a su compañero. Éste llevaba un alegre delantal de color rojo y blanco en forma de corazón. Aquel que le había suplicado que no comprase el día de San Valentín de hacía dos años. Entonces no quería que se lo pusiera. Le daba vergüenza y rezaba para que ninguno de sus conocidos de Montreal los visitase y viese a Gabri con un atuendo tan ridículo.

Sin embargo, ahora le encantaba y no quería que se lo quitase.

No quería que Gabri cambiara nada.

Y mientras fregaba los vasos, vio a Armand Gamache tomar un sorbo de café y levantarse.

Beauvoir se acercó a las hojas de papel que colgaban de las paredes de la vieja estación de ferrocarriles. Destapó un rotulador y se lo pasó por debajo de la nariz mientras leía la información, clasificada en pulcras columnas de tinta negra.

Reconfortante, legible, ordenada.

Leyó y releyó las listas de pruebas, pistas y preguntas. Añadió lo que habían recopilado con las indagaciones de aquel día.

Habían interrogado a la mayoría de los asistentes a la fiesta y, como era de esperar, ninguno había confesado haberle partido el cuello a Lillian Dyson.

Entonces, mientras revisaba aquellas hojas de papel, se le ocurrió algo.

Y se olvidó de todo lo demás.

¿Era posible?

En la fiesta había más gente: vecinos, miembros de la comunidad artística, amigos, familiares.

Y, además, otra persona. Alguien cuyo nombre había salido a colación varias veces, pero en quien no habían reparado, alguien con quien no se habían

entrevistado, al menos no en profundidad.

El inspector Beauvoir levantó el auricular y marcó un número de Montreal.

VEINTE

Clara cerró la puerta y se apoyó en ella. Prestó atención para ver si oía a Peter. Tenía una esperanza: no oír nada. Estar sola. Y lo estaba.

«¡Pero no! ¡No y no! —pensó Clara—. Seguía lamentándose el difunto.»

Lillian no había muerto; seguía viva en el rostro del señor Dyson.

Había regresado a casa a la carrera y a duras penas había sido capaz de mantener el coche sobre el asfalto; tenía la vista nublada por esa cara. Esas caras.

El señor y la señora Dyson. El padre y la madre de Lillian. Ancianos, vulnerables. Comparados con la pareja robusta y alegre que ella había conocido, estaban irreconocibles.

Aun así, su voz conservaba la misma fuerza. Y el lenguaje con el que la habían recibido, más aún.

No cabía duda: había cometido un error. En lugar de ayudar, había empeorado las cosas.

¿Cómo podía haberse equivocado de aquella manera?

—Maldito gilipollas de mierda... —André Castonguay apartó la mesa y, al levantarse, se tambaleó—. Tengo un par de cosas que decirle a ése.

François Marois también se puso en pie.

—Ahora no, amigo.

Los dos contemplaron a Denis Fortin bajar la cuesta hacia el pueblo sin dudar ni un instante ni mirar atrás. No se desvió un ápice del camino que había escogido.

Denis Fortin iba directo a casa de los Morrow. Tanto Castonguay como Marois lo tenían claro, igual que el inspector jefe Gamache, que también se había fijado en él.

—¡No podemos dejar que hable con ellos! —exclamó Castonguay tratando de que Marois lo soltase.

—No va a salirse con la suya, André. Ya lo sabes. Deja que lo intente.

Además, hace unos minutos he visto que Peter se marchaba. No está en casa.

Castonguay se volvió hacia Marois con cierta dificultad.

—*Vraiment?*

Estaba sonriendo con cara de idiota.

—*Vraiment* —confirmó Marois—. De verdad. ¿Por qué no vas a relajarte un rato al hotel?

—Buena idea.

Se fue a paso lento atravesando deliberadamente el parque.

Gamache, que había sido testigo de todo, prestó atención a François Marois. El marchante tenía un aire de sofisticación, pero su rostro reflejaba agotamiento, casi desconcierto.

El inspector jefe salió de la *terrasse* y se acercó a Marois, que no apartaba la mirada de casa de los Morrow, como si el edificio fuera a hacer algo digno de ser visto. Después observó a Castonguay, que subía por el camino de tierra como podía.

—Pobre André —dijo Marois a Gamache—. Fortin no ha sido muy amable.

—¿Qué ha hecho? —preguntó el inspector jefe, que tampoco le quitaba ojo al galerista.

Castonguay se había detenido al final de la cuesta. Se balanceó un poco y enseguida continuó su camino.

—A mí me ha parecido que el que se comportaba de forma grosera era monsieur Castonguay.

—Bueno, ha caído en la provocación —aclaró Marois—. Fortin sabía cómo reaccionaría André en cuanto él se sentara a la mesa y...

—¿Sí?

—Ha pedido otra ronda. Para que André se emborrachase.

—¿Sabe que monsieur Castonguay tiene un problema con la bebida?

—¿El problemita de papá? —Marois sonrió y meneó la cabeza—. Es un secreto a voces. Normalmente lo tiene bajo control, qué remedio le queda. Pero de vez en cuando...

Hizo un gesto elocuente con las manos.

Sí, pensó Gamache, a veces...

—Y luego le ha dicho que venía a fichar a los Morrow. Es muy listo, pero está jugando con fuego.

—¿No le parece un poco hipócrita por su parte? —preguntó Gamache—. Al fin y al cabo, usted ha venido por el mismo motivo.

Marois se rió.

—*Touché*. Pero nosotros llegamos primero.

—O sea, ¿que el primero que llega tiene prioridad? Cuántas cosas que no sabía sobre el mundo del arte...

—A lo que me refiero es a que no necesito que me digan quién es un gran artista, porque lo veo y lo sé. La obra de Clara es brillante. No necesito al *Times* ni a Denis Fortin ni a André Castonguay para darme cuenta. Sin embargo, los hay que compran obras con los ojos y otros que las compran con los oídos.

—¿Y Denis Fortin necesita consejo en ese sentido?

—En mi opinión, sí.

—¿Y usted comparte su opinión por ahí? ¿Por eso Fortin le odia?

François Marois dedicó toda su atención al inspector jefe. Su expresión ya no era un misterio; su asombro resultaba evidente.

—¿Que me odia? Estoy seguro de que no. Competimos entre nosotros y a menudo vamos a por los mismos artistas y compradores, por eso a veces las cosas se ponen feas, pero creo que nos tenemos respeto, somos compañeros. Además, yo me guardo las opiniones.

—A mí me ha dicho lo que piensa.

Marois vaciló.

—Porque me lo ha preguntado. De otro modo, no habría dicho ni una palabra.

—¿Hay alguna posibilidad de que Clara se vaya con Fortin?

—Puede que sí. Los que se arrepienten de sus pecados tienen mucho tirón, y estoy seguro de que ahora mismo está entonando el *mea culpa*.

—Ya lo hizo —apuntó Gamache—. Así es como consiguió que Clara lo invitase al *vernissage*.

—Vaya —respondió Marois con una inclinación de cabeza—, ya decía yo.

Por primera vez se lo veía atribulado. Aun así, enseguida borró esa expresión, no sin cierto esfuerzo.

—Clara no es tonta, y no creo que vaya a colar. Fortin no era consciente de lo afortunado que era por contar con ella y sigue sin comprender sus cuadros. Ha puesto todo su empeño en labrarse una reputación como marchante vanguardista, pero la realidad es que no lo es. Un paso en falso, una exposición que resulte un fiasco y se le desmontará el tinglado. La reputación es algo muy frágil y Fortin lo sabe mejor que nadie.

Marois señaló a André Castonguay, que estaba llegando al hotel.

—Sin embargo, él no es tan vulnerable. Tiene una cartera de clientes y una cuenta corporativa de peso: Kelley Foods.

—¿Los fabricantes de papillas para bebés?

—Exacto. Un comprador enorme. La empresa invierte grandes sumas en obras de arte para las oficinas que tiene por todo el mundo: les hace parecer menos avariciosos y más sofisticados. ¿A que no adivina quién les busca las obras?

No hacía falta que respondiera. André Castonguay había entrado apresuradamente por la puerta del hotel balneario y ya no se le veía.

—Como es natural, sus gustos son muy conservadores —continuó diciendo el marchante—. Pero claro, André también lo es.

—En ese caso, ¿por qué le interesa Clara Morrow?

—Es que no le interesa.

—¿Peter entonces?

—Yo creo que sí. Y así mata dos pájaros de un tiro. Por un lado, consigue un pintor cuyas obras puede vender a Kelley Foods: un artista seguro, convencional y respetado, nada demasiado atrevido ni provocador. Y por otro, logra mucha publicidad y legitimidad por fichar a una artista que está en la vanguardia de verdad: Clara Morrow. No hay que subestimar el poder de la avaricia, inspector jefe. Ni el del ego.

—Tomo nota, *merci*.

Gamache sonrió, y Marois siguió a Castonguay colina arriba.

—«No con un garrote se rompe el corazón.»

El inspector jefe se dio la vuelta. Ruth estaba sentada en el banco, de espaldas a él.

—«Ni con una piedra —recitó, en apariencia, para sí misma—. Un látigo tan pequeño que ni se veía he conocido.»

Gamache se sentó a su lado.

—Emily Dickinson —dijo Ruth con la mirada al frente.

—Armand Gamache —respondió el inspector jefe.

—Yo no, idiota. El poema.

Le lanzó una mirada de rabia, pero vio que él sonreía. Entonces soltó una risotada.

—«No con un garrote se rompe el corazón» —repitió Gamache.

Le sonaba. Le recordaba algo que alguien había dicho hacía poco.

—Hoy el ambiente está muy dramático —se quejó Ruth—. Hay demasiado ruido. Asusta a los pájaros.

En efecto, no se veía ni uno. Aun así, Gamache sabía que ella se refería a un ave en particular.

Rosa, su pata, que el otoño anterior había migrado al sur y no había regresado con el resto. A su nido.

Ruth no había perdido la esperanza.

Sentado en silencio en el banco, Gamache recordó de qué le sonaba el verso de Dickinson. Abrió el libro que todavía tenía en las manos y miró las palabras que la mujer muerta había señalado.

«Rompe corazones y mata las mejores relaciones.»

Entonces se percató de que alguien los observaba desde el *bistrot*. Era Olivier.

—¿Cómo está? —preguntó Gamache, y señaló el *bistrot*.

—¿Quién?

—Olivier.

—No sé. ¿Qué más da?

Gamache permaneció sin decir nada un momento.

—Si no recuerdo mal, usted y él son buenos amigos.

Ruth guardó silencio con rostro impasible.

—La gente comete errores —continuó Gamache—. Pero usted sabe que es un buen hombre. Y yo sé que la quiere.

Ruth hizo un ruido grosero.

—Lo único que le interesa es el dinero. No le interesamos ni yo ni Clara ni Peter. Ni siquiera Gabri. No de verdad. Nos vendería por un puñado de billetes. Deberías saberlo mejor que nadie.

—Voy a decirle lo que sé: que se equivocó y que se arrepiente. Y que está tratando de compensarlos.

—A ti no. A ti ni te mira.

—¿Lo haría usted? Si yo la hubiera arrestado por un delito que no había cometido, ¿me perdonaría?

—Olivier nos mintió. Me mintió.

—Todo el mundo dice mentiras —repuso Gamache—. Todo el mundo tiene algo que esconder. Y no digo que lo suyo no fuera malo, pero he visto casos peores. Mucho peores.

Los finos labios de Ruth casi habían desaparecido.

—El que ha mentido es ese tipo con el que estabas hablando.

—¿François Marois?

—¿Y yo qué narices sé cómo se llama? A ver, ¿con cuántos estabas hablando? Me da igual su nombre, sólo sé que no estaba diciendo la verdad.

—¿No?

—El más joven no es el que ha pedido las bebidas: ha sido él. Mucho antes de que llegase el chaval, el otro ya estaba borracho.

—¿Está segura?

—Huelo la bebida y a los borrachos a la legua.

—Y las mentiras también, por lo que se ve.

Eso le arrancó una sonrisa que sorprendió a la misma Ruth.

Gamache se levantó y lanzó una mirada a Olivier antes de agacharse y susurrarle a Ruth:

—«Ésta sí que es buena: estás en tu lecho de muerte, te queda una hora de vida.»

—Basta ya —lo interrumpió ella.

Alzó la mano huesuda delante de la cara del inspector jefe; sin llegar a tocarlo, pero lo bastante cerca para bloquear las palabras.

—Sé cómo acaba y, me pregunto si tienes la respuesta a esa pregunta. —Le clavó una mirada repleta de dureza—. «¿Quién es, precisamente, a quien en todos estos años no has logrado perdonar», inspector jefe?

Gamache se irguió y se marchó por el puente del río Bella Bella, enfrascado en sus pensamientos.

—¡Jefe!

Gamache alzó la mirada y vio al inspector Beauvoir avanzando a grandes zancadas desde el centro de coordinación.

Gamache conocía esa mirada. Jean-Guy tenía noticias.

VEINTIUNO

Lo único que quería Clara Morrow era que la dejaran en paz. Sin embargo, se encontraba en la cocina, escuchando a Denis Fortin. El galerista parecía más añorado que nunca, y también más arrepentido.

—¿Te apetece un café? —ofreció Clara, pero enseguida se arrepintió de haberlo dicho, pues lo que quería era que Fortin se marchase.

—No, *merci* —respondió él, y sonrió—. No quiero molestar.

«Pero ya lo has hecho», pensó Clara consciente de que no era un pensamiento muy amable. Era ella quien había abierto la puerta. Había empezado a cogerles manía a las puertas. Ya estuviesen abiertas o cerradas.

Si alguien le hubiese dicho un año antes que iba a estar deseando que aquel prestigioso galerista se marchara de su casa, no se lo habría creído. Todos sus esfuerzos y también los de los artistas que ella conocía, incluido Peter, se centraban en llamar la atención de Fortin.

Y lo único en lo que ella podía pensar en ese momento era en deshacerse de él.

—Supongo que ya sabes a qué he venido —empezó Fortin, con una sonrisa de oreja a oreja—. La verdad es que esperaba poder hablar contigo y con Peter. ¿No está en casa?

—No, él ahora no está. ¿Quieres que te avise cuando regrese?

—No quiero hacerte perder más el tiempo —expuso él, y se levantó—. Sé que hemos empezado con muy mal pie, y es todo culpa mía. Ojalá pudiera cambiar ese hecho, fui un imbécil.

Clara abrió la boca para hablar, pero él alzó la mano y sonrió.

—No hace falta que seas amable: sé que me comporté como un gilipollas. Pero he aprendido la lección y no volveré a tratarte así. Ni a ti ni a nadie, o al menos ésa es mi intención. Sólo quiero decir una cosa y ya me marchó. Para que tu marido y tú lo penséis. ¿Te parece bien?

Clara asintió con la cabeza.

—Me gustaría representaros a los dos. A ti y a Peter. Soy joven y podemos

crecer juntos, porque estaré a vuestra disposición durante muchos años, para guiaros en vuestras respectivas carreras. Eso es importante. Mi idea es organizar una exposición individual para cada uno de vosotros y, más adelante, una conjunta. Aprovechar el talento de ambos. Eso sería algo muy emocionante: la exposición del año. De la década. Pensadlo, por favor, no os pido nada más.

Clara volvió a asentir y observó a Fortin alejarse.

El inspector Beauvoir llegó al puente donde se encontraba el inspector jefe.

—Mire esto.

Le entregó una hoja impresa. En cuanto vio el título, Gamache empezó a leer deprisa. Cuando llevaba tres cuartas partes de la página, se detuvo en seco, como si se hubiese topado con un muro. Levantó la vista y miró a Beauvoir, que aguardaba su respuesta. Con una sonrisa en la cara.

El inspector jefe se concentró de nuevo en la hoja y leyó con más calma. Hasta el final.

No quería que se le escapase nada, pues se había dado cuenta de que habían estado a punto de que se les pasara algo por alto.

—Buen trabajo —le dijo, devolviéndole la hoja—. ¿Cómo lo has encontrado?

—Estaba repasando las entrevistas y se me ha ocurrido que quizá no habíamos hablado con todos los que estaban en la fiesta de aquí.

Gamache movía la cabeza en señal de aprobación.

—Muy bien. Excelente.

Miró hacia el bed & breakfast con el brazo extendido en su dirección.

—¿Vamos?

Unos instantes más tarde, los inspectores pasaron del calor del sol al frescor del porche. Normand y Paulette habían sido testigos de su trayecto a través del parque, y Gamache daba por sentado que el resto del vecindario también.

Three Pines podía parecer un lugar adormecido, pero en realidad era muy consciente de todo lo que ocurría.

Los dos artistas los vieron llegar.

—¿Les importa si les pido un grandísimo favor? —preguntó Gamache, sonriente.

—Claro que no —respondió Paulette.

—Me gustaría que se fuesen a dar un paseo por el pueblo, o a tomar algo en el *bistrot*. Yo invito.

Al principio, los dos lo miraron sin comprender nada, pero Paulette cayó en la cuenta enseguida y recogió el libro y una revista.

—Lo del paseo me parece una idea fabulosa, ¿no crees, Normand?

En la sombra del porche, Normand tenía cara de no querer moverse del cómodo columpio donde estaba bebiendo limonada y leyendo una edición antigua de *Paris Match*. Gamache lo comprendía, pero necesitaba que se marchasen.

Los dos agentes esperaron hasta que los artistas se hubieron alejado lo suficiente para no oír nada y entonces se dirigieron a la tercera ocupante del porche.

Sentada en una mecedora con otra limonada estaba Suzanne Coates. En lugar de una revista, en el regazo tenía un cuaderno de bocetos.

—Hola —los saludó, pero no se levantó.

—*Bonjour* —respondió Beauvoir—. ¿Dónde está el juez?

—Ha ido a su casa de Knowlton. Yo he reservado una habitación para esta noche.

—¿Por qué?

Beauvoir acercó una silla mientras Gamache se sentaba en otra mecedora y cruzaba las piernas.

—Quiero quedarme hasta que averigüen quién mató a Lillian. Imagino que eso los motivará para resolver el caso lo antes posible.

Sonrió, igual que Beauvoir.

—La cosa avanzaría mucho más rápido si nos contase la verdad.

Eso le borró la sonrisa de la cara.

—¿La verdad sobre qué?

Beauvoir le entregó la hoja de papel. Ella la cogió, la leyó y, por último, se la devolvió. En lugar de menguar, la exuberante energía de aquella mujer se contrajo, como en una implosión. Miró a Beauvoir y después a Gamache, pero el inspector jefe no le reveló nada. Se limitó a observar con interés.

—La noche del asesinato usted estaba aquí —afirmó Beauvoir.

Suzanne hizo una pausa, y a Gamache le sorprendió ver que incluso a esas alturas, cuando ya no había esperanza de escapar, aquella mujer estaba considerando la posibilidad de mentir.

—Sí, estuve aquí —admitió al final. Su mirada nerviosa iba de un agente a otro.

—¿Por qué no nos lo dijo?

—Me preguntaron si fui al *vernissage*, en el Musée.

Y allí no estuve. Pero no me preguntaron por la fiesta.

—¿Quiere decir que no mintió? —exigió saber Beauvoir.

El inspector miró a Gamache como si quisiera decir: «¿Lo ve? Otro ciervo que recorre el mismo camino. La gente no cambia.»

—Mire —empezó a justificarse Suzanne mientras se revolvía en su asiento—. Asisto a muchos *vernissages*, pero la mayoría de las veces estoy entre los que sirven los canapés. Ya se lo había dicho. Así consigo un dinero extra. Eso no se lo he escondido. Bueno, a decir verdad, se lo escondo a los del fisco, pero a ustedes se lo he contado.

Imploró a Gamache con la mirada, y él asintió.

—Pero no nos lo ha explicado todo —insistió Beauvoir—. Se le olvidó mencionar que cuando su amiga fue asesinada, usted estaba aquí.

—No como invitada. Estaba trabajando en la fiesta y ni siquiera de camarera. Estuve toda la noche en la cocina. No llegué a ver a Lillian. No sabía que estaba en Three Pines, ¿por qué iba a saberlo? Miren, la fiesta se organizó hace mucho; a mí me contrataron hace semanas.

—¿Se lo mencionó a Lillian? —preguntó Beauvoir.

—Por supuesto que no. No le doy parte de todas las fiestas en las que trabajo.

—¿Sabía para quién era?

—No tenía ni idea. Sabía que era en honor a una artista, pero casi todas lo son. La empresa de restauración para la que trabajo se dedica sobre todo a los *vernissages*. Yo no decidí venir aquí, era una fiesta que me asignaron. No tenía ni idea de para quién era y me daba igual, lo único que me importaba era que nadie se quejase y que me pagaran.

—Cuando le dijimos que Lillian había fallecido en una fiesta en Three Pines, debería haberse dado cuenta de que se trataba de la misma —la presionó Beauvoir—. ¿Por qué no aprovechó para decírnoslo?

—Eso es lo que debería haber hecho —admitió Suzanne—, lo sé. De hecho, es uno de los motivos por los que he venido. Sabía que tenía que contarles la verdad, pero necesitaba reunir fuerzas.

Beauvoir la miró con una mezcla de desprecio y admiración.

Aquella era una muestra magistral de falsedad. Miró al inspector jefe, que también estaba evaluándola, aunque su expresión era indescifrable.

—¿Y por qué no nos lo contó anoche? —insistió Beauvoir—. ¿Para qué mentir?

—Porque me impactó mucho. Cuando hablaron de Three Pines, al principio pensé que no les había oído bien. Y hasta que no se marcharon no reaccioné: no caí en la cuenta de que yo estuve allí esa noche. Quizá incluso en el momento en que murió.

—Entonces, ¿por qué no nos lo ha dicho en cuanto ha llegado hoy?

Ella negó con la cabeza.

—Lo sé, ha sido una estupidez, pero conforme iba pasando el tiempo, peor pinta tenía el asunto, y después me he convencido de que no importaba, porque yo no había salido de la cocina del *bistrot* en toda la noche. No vi nada. De verdad.

—¿Tiene una ficha de principiante? —preguntó Gamache.

—¿Disculpe?

—Una ficha de principiante de Alcohólicos Anónimos. Bob me explicó que todo el mundo tiene una. ¿Y usted?

Suzanne respondió que sí con una inclinación de cabeza.

—¿Me permite verla?

—Se me había olvidado: la di.

Los dos la miraron fijamente, y ella se sonrojó.

—¿A quién? —preguntó Gamache.

Suzanne vaciló.

—¿A quién? —presionó Beauvoir al tiempo que se echaba hacia delante.

—No lo recuerdo, no se me ocurre a quién.

—Lo que no se le ocurre son más mentiras. Queremos la verdad. Ahora mismo —soltó Beauvoir.

—¿Dónde está su ficha de principiante? —preguntó Gamache.

—No lo sé. Se la di a uno de mis ahijados, hace años. Es lo habitual.

Sin embargo, el inspector jefe sospechaba que la ficha estaba mucho más cerca de lo que ella admitía: en una bolsa para pruebas, después de que alguien la encontrase enterrada en el lugar donde había caído Lillian. Intuía que ése era uno de los motivos que habían llevado a Suzanne Coates de regreso a Three Pines. Para encontrar la ficha que había perdido. Ver cómo iba la investigación.

Y, tal vez, intentar descarrilarla.

Y a todas luces, Suzanne no estaba allí para contarles la verdad.

Peter bajaba por el camino de tierra cuando se percató de que su coche estaba aparcado sobre la franja de hierba, algo torcido.

Clara había vuelto a casa.

Él había pasado casi toda la tarde en un banco de la iglesia anglicana de Santo Tomás. Repitiendo las oraciones que recordaba de cuando era niño, que más o menos se reducían al padrenuestro, la oración para bendecir la mesa —«Bendice, Señor, estos alimentos que vamos a recibir»— y las vísperas. Pero enseguida se dio cuenta de que en realidad lo que repetía era el poema de Milne sobre Christopher Robin y no las palabras de un apóstol.

Sentado en silencio, rezó. Hasta cantó algo del cantoral.

Le dolía el trasero y no se sentía dichoso ni triunfal.

Así que se marchó. Si Dios estaba en Santo Tomás, evitaba a Peter.

Dios y Clara: ambos le daban la espalda. Lo mirase por donde lo mirase, aquél no estaba siendo un buen día. Aun así, de regreso al centro del pueblo, pensó que Lillian se habría cambiado por él.

Había cosas peores que no recibir respuesta del Señor. Por ejemplo, llegar a conocerlo.

Según avanzaba hacia la casa, vio que Denis Fortin se marchaba. Se saludaron con la mano mientras Peter se aproximaba por el camino.

Encontró a Clara en la cocina, mirando la pared.

—Acabo de ver a Fortin —dijo Peter, acercándose por detrás de ella—. ¿Qué quería?

Clara se dio la vuelta, y la sonrisa desapareció del rostro de Peter.

—¿Qué pasa? ¿Ha ocurrido algo?

—He hecho una cosa horrible. Necesito hablar con Myrna.

Clara intentó rodearlo y alcanzar la puerta.

—No, espera, Clara. Habla conmigo. Cuéntamelo a mí.

—¿Le ha visto la cara? —preguntó Beauvoir acelerando el paso para no quedarse atrás.

Gamache y él estaban cruzando el parque tras dejar a Suzanne sentada en el porche. Con la mecedora inmóvil. La acuarela del exuberante jardín de Gabri

que tenía en el regazo, estropeada y arrugada. Con su propia mano. La misma que la había creado la había destruido.

Beauvoir también se había fijado en la expresión de Gamache; en la dureza, la frialdad de su mirada.

—¿Cree que la ficha era suya? —preguntó Beauvoir en cuanto lo alcanzó.

Gamache aminoró el paso. Estaban llegando al puente, una vez más.

—No lo sé. —Su rostro era impasible—. Pero gracias a ti sabemos que nos mintió, porque la noche que murió Lillian ella estaba en Three Pines.

—Pero dice que no salió de la cocina —comentó Beauvoir contemplando el pueblo—, aunque escabullirse sin que nadie se diese cuenta y pasar por detrás de las tiendas hasta el jardín de Clara habría sido coser y cantar.

—Y encontrarse allí con Lillian.

Gamache se volvió y observó la casa de los Morrow desde el puente. Los árboles y el lilo que habían plantado proporcionaban al jardín trasero cierta intimidad. Ni siquiera los invitados que estuvieran en el puente habrían visto a Lillian. Tampoco a Suzanne.

—Seguro que le dijo a Lillian lo de la fiesta, porque sabía que Clara estaba en su lista de disculpas —aventuró Beauvoir—. Me apuesto lo que quiera a que incluso la animó a venir y quedó con ella en el jardín. —El inspector miró a su alrededor—. Es el que está más cerca del *bistrot*. Eso explica que encontrasen a Lillian allí: podría haber sido el de cualquiera, pero dio la casualidad de que era el de Clara.

—Así que mintió cuando nos dijo que no le había hablado a Lillian de la fiesta —concluyó Gamache—.

Y también con lo de que no sabía para quién la organizaban.

—Señor, le garantizo que todo lo que dice esa mujer es mentira.

Gamache hizo un gesto de aprobación para indicar que estaba de acuerdo; no había duda de que todo apuntaba en esa dirección.

—Puede incluso que Lillian viniese con Suzanne —especuló Beauvoir.

—No, eso no cuadra —respondió Gamache—. Trajo su propio coche.

—Es cierto —admitió Beauvoir, que estaba pensando y tratando de ver la secuencia de acontecimientos—. Pero tal vez la siguiese.

Gamache reflexionó un momento y asintió.

—Eso explicaría cómo logró dar con Three Pines: siguiendo a Suzanne.

—Sin embargo, en la fiesta, parece que nadie se topó con Lillian. Y con ese vestido rojo, de haber estado allí, habrían reparado en ella.

Gamache pensó sobre ello.

—Tal vez no quería que la vieses hasta que estuviera preparada.

—¿Para qué?

—Para disculparse ante Clara. Puede que esperase en el coche hasta una hora determinada, a la que había quedado con su madrina en el jardín. Quizá con la promesa de una última palabra de aliento antes del acto de contrición más difícil. Debió de pensar que Suzanne le estaba haciendo un gran favor.

—Pues vaya favor. Suzanne la mató.

Gamache reflexionó y al final negó con la cabeza. Tal vez todo encajase, pero ¿qué sentido tenía? ¿Por qué iba a matar Suzanne a su ahijada, a Lillian? Y, además, de una forma tan premeditada, tan personal como rodearle el cuello con las manos y retorcérselo.

¿Qué podía haber llevado a Suzanne a hacer algo así?

¿Acaso la víctima era una mujer muy distinta de la que Suzanne había descrito? ¿Estaba Beauvoir en lo cierto, una vez más? Quizá Lillian no había cambiado, sino que seguía siendo la misma mujer cruel, hiriente y manipuladora que Clara conocía. Tal vez había llevado a Suzanne al límite.

Cabía la posibilidad de que Suzanne hubiera caído desde muy alto, y que esa vez hubiese arrastrado a Lillian consigo. Por el cuello.

Quienquiera que la hubiera matado la odiaba, estaba claro que no era un crimen neutro. Aquél era un acto premeditado y deliberado, igual que el arma del crimen: las manos del asesino.

—He cometido un error terrible, Peter.

Gamache y Beauvoir se volvieron hacia la voz. Era la de Clara y llegaba del otro lado de la cortina de hojas y lilas.

—Dime, a mí me lo puedes contar —respondió Peter en voz baja y tranquilizadora, como si intentase convencer a un gato para que saliera de debajo del sofá.

—Ay, Dios —exclamó Clara con la respiración acelerada—. ¿Qué he hecho?

—¿Qué has hecho?

Gamache y Beauvoir intercambiaron una mirada y se acercaron con sigilo al muro de piedra del puente.

—He ido a visitar a los padres de Lillian.

Ninguno de los dos le veía la cara a Peter. De hecho tampoco a Clara, pero se imaginaban las expresiones.

Hubo una pausa larga.

—Eso es muy amable —concedió Peter, pero se le notaba en la voz su poca convicción.

—No ha sido amable —repuso Clara—. Deberías haberles visto la cara. Ha sido como si hubiera encontrado a dos personas moribundas y me hubiera puesto a desollarlas vivos. Dios mío, Peter, ¿qué he hecho?

—¿Estás segura de que no quieres una cerveza?

—No, no quiero una cerveza. Quiero hablar con Myrna. Quiero...

«Estar con cualquiera menos contigo.»

No lo llegó a decir, pero los tres hombres lo sobreentendieron. El que estaba en el jardín y los dos que se hallaban en el puente. Y a Beauvoir le dolió en el alma. Pobre Peter, estaba tan perdido...

—No, Clara, espera —lo oyeron decir.

Era evidente que ella se estaba alejando.

—Cuéntamelo, por favor. Yo también conocía a Lillian, sé que fuisteis buenas amigas. Debes de haber querido mucho a los Dyson.

—Sí, claro que los quería —confirmó Clara, y se detuvo—. Todavía los quiero.

Se la oía con mayor claridad. Se había vuelto hacia Peter, hacia los agentes que estaban escondidos detrás de los árboles.

—Siempre se portaron muy bien conmigo, y mira lo que les he hecho.

—Cuéntamelo —imploró Peter.

—Lo consulté con varias personas antes de ir, y todas me aconsejaron lo mismo —admitió Clara mientras se acercaba a Peter—: que no fuese. Que los Dyson estarían demasiado dolidos para verme, pero yo fui de todos modos.

—¿Por qué?

—Porque quería decirles lo mucho que siento lo de Lillian. Y que dejásemos de ser amigas. Quería darles la oportunidad de hablar de los viejos tiempos, de cuando Lillian era niña. Compartir anécdotas con alguien que la conocía y la apreciaba.

—¿No han querido?

—Ha sido horrible. He llamado a la puerta, y me ha abierto la señora Dyson; era obvio que llevaba un buen rato llorando. Al verme, se ha derrumbado. Ha tardado un momento en reconocermme, pero en cuanto se ha dado cuenta de quién era...

Peter aguardó. Igual que los demás. Se imaginaban a la anciana en la puerta

de la casa.

—Nunca he visto tanto odio. Jamás. Si la madre de Lillian me hubiese podido matar en ese momento, lo habría hecho.

Y el señor Dyson también ha salido al recibidor. Es como si hubiera menguado, casi no le queda ni vida... Recuerdo cuando me parecía tan grande. Solía cogernos en brazos y llevarnos a todas partes subidas a sus hombros, pero ahora está encorvado y... —Hizo una pausa para encontrar la palabra que buscaba—. Ahora es pequeño, muy pequeño.

No tenía palabras. O casi.

—«Has matado a nuestra hija», me ha dicho. «Has matado a nuestra hija.» Ha intentado atizarme con el bastón, pero se le ha enganchado en la puerta y ha acabado llorando de la rabia.

Gamache y Beauvoir se lo imaginaron. El señor Dyson, débil, apenado y caballeroso, consumido por un arretrato de furia.

—Clara, lo has intentado —la consoló Peter con voz tranquilizadora—. Has tratado de ayudar. No podías haberlo sabido.

—Todo el mundo lo tenía claro, ¿por qué yo no? —dijo Clara entre sollozos.

Una vez más, Peter supo que no debía decir nada y esperar.

—He estado dándole vueltas por el camino y ¿sabes de qué me he dado cuenta?

Peter aguantó; en cambio, Beauvoir, que estaba escondido a tan sólo cinco metros, estuvo a punto de hablar. De preguntar de qué.

—Me había convencido de que era un acto de valentía, de que ir a consolar a los Dyson era algo digno de un santo. Pero en realidad lo he hecho por mí. Y mira qué he conseguido. Si no hubiesen sido tan mayores, creo que el señor Dyson me habría matado.

Peter abrazó a su esposa, y Gamache y Beauvoir oyeron el sonido amortiguado de los sollozos.

El inspector jefe se dio la vuelta y echó a andar hacia el centro de coordinación, al otro lado del río Bella Bella.

Al llegar al centro, se dividieron: Beauvoir fue a investigar las prometedoras pistas que tenían, y Gamache se dispuso a partir hacia Montreal.

—Volveré para la cena —lo informó mientras se sentaba al volante de su

Volvo—. Necesito hablar con la superintendente Brunel sobre los cuadros de Lillian Dyson, sobre su posible valor.

—Buena idea.

Beauvoir, al igual que Gamache, había visto las obras colgando de las paredes de casa de la víctima, aunque a él le parecieron poco más que imágenes extrañas y distorsionadas de las calles de Montreal. Reconocibles y familiares; con la peculiaridad de que las calles y los edificios de la vida real tenían ángulos, mientras que los de las pinturas eran redondeados y fluidos.

Cuando los miraba, Beauvoir sentía náuseas, pero sentía curiosidad por saber qué le parecerían a la superintendente.

El inspector jefe, también.

Gamache llegó a Montreal a media tarde y tuvo que lidiar con el tráfico de la hora punta para llegar al apartamento que Thérèse Brunel tenía en el Outremont.

Había llamado con antelación para asegurarse de que los Brunel estaban en casa; mientras subía las escaleras, Jérôme abrió la puerta. El hombre era un cuadrado de proporciones casi exactas y, sin duda, el anfitrión perfecto.

—Armand.

Le tendió la mano y estrechó la del inspector jefe.

—Thérèse está en la cocina preparando algo para picar, ¿la esperamos en la terraza? ¿Qué te apetece beber?

—Una Perrier, *s'il te plaît*, Jérôme —pidió Gamache.

Siguió a su anfitrión por el salón de la casa, pasando junto a pilas de libros de consulta abiertos y junto a los crucigramas que había visto en manos de Jérôme otras veces. Fueron hasta la terraza delantera, desde donde podían contemplar el follaje verde del parque que había al otro lado de la calle. Le costaba creer que a la vuelta de la esquina estuviera la *avenue* Laurier, llena de *bistrots*, braserías y *boutiques*.

Reine-Marie y él vivían a unas calles de allí, y los Brunel los habían invitado a su casa muchas veces para cenar o a tomar algo. Y también habían visitado a los Gamache en otras ocasiones.

Aunque no se podía decir que aquélla fuese una visita de placer, los Brunel siempre le hacían sentir muy cómodo. Si no había más remedio que hablar de un crimen, de un asesinato, ¿por qué no hacerlo mientras bebían algo y comían queso, salchichón y aceitunas?

Armand Gamache no podía estar más de acuerdo.

—*Merci*, Jérôme —dijo Thérèse Brunel cuando le entregó la bandeja de comida a su marido y a cambio recibió una copa de vino blanco.

Bañados por la luz del sol vespertino, admiraron las vistas.

—Esta época del año me parece maravillosa, ¿no crees? —observó Thérèse—. Por lo fresco que está todo.

Entonces prestó toda su atención al hombre que tenía a su lado, y él, a ella.

Armand Gamache vio a una mujer a la que conocía desde hacía más de diez años. A quien, de hecho, había formado y dado clases en la academia, donde había destacado entre sus compañeros, no sólo por su evidente inteligencia, sino porque tenía edad suficiente para ser su madre. Para ser exactos, tenía diez años más que Gamache, ni más ni menos.

Había entrado en la Sûreté después de una distinguida carrera como conservadora jefe del Musée des Beaux Arts de Montreal. Como célebre historiadora del arte y fiel defensora, el cuerpo le había pedido ayuda tras la aparición de un cuadro misterioso. No tras la desaparición, sino tras la aparición repentina de una obra de arte.

Con ese caso, con ese delito, madame Brunel había descubierto el amor por los acertijos y, después de colaborar en alguna otra investigación, se dio cuenta de que aquello era lo que siempre había querido hacer y a lo que debía dedicarse.

Así que se inscribió en la academia y con ello dejó asombrado a un agente de reclutamiento.

De eso hacía ya doce años, y desde entonces se había convertido en una de las agentes de mayor rango de la Sûreté, superando incluso a su maestro y mentor. Aunque como ambos bien sabían, sólo porque él había escogido recorrer otro camino.

—¿Con qué puedo ayudarte, Armand? —preguntó ella, y señaló una de las sillas de la terraza con su elegante y esbelta mano.

—¿Os dejó tranquilos? —preguntó Jérôme, que se estaba levantando con algo de esfuerzo.

—No, no —contestó Gamache, y le indicó que se sentara—. Quédate si te apetece, por favor.

Y siempre le apetecía. Era un médico de urgencias jubilado y toda la vida le habían encantado los acertijos; el hecho de que ahora su esposa, que siempre había bromeado a propósito de los interminables juegos de ingenio de su marido, estuviera hasta el cuello en sus propios rompecabezas le hacía mucha

gracia. Si bien los de ella eran un asunto mucho más serio.

El inspector jefe Gamache dejó el agua con gas y sacó el informe de la bandolera.

—Quiero que le eches un vistazo a esto y me digas qué te parece.

La superintendente Brunel esparció las fotografías sobre la mesa de hierro forjado y usó los vasos y la bandeja para sujetarlas y evitar que se las llevase la brisa.

Los hombres esperaron con paciencia mientras ella las estudiaba. Se tomó su tiempo. En la calle pasaban los coches y en el parque los niños daban patadas a una pelota y jugaban en los columpios.

Armand Gamache bebió un trago de agua con gas, removi6 con el dedo la rodaja de lima cubierta de burbujas y observ6 mientras ella examinaba los cuadros de la casa de Lillian Dyson. Thérèse estaba muy seria: una investigadora experimentada a la que habían entregado un elemento relacionado con un caso de asesinato. Su mirada iba de aquí para allá, estudiando los cuadros. Más tarde dejó de bailar de un lado a otro y Thérèse observó las imágenes de la mesa una a una. Las reorganiz6 y lade6 la cabeza con el cabello peinado de manera impecable.

Se le suavizó la expresión medida que fue metiéndose en las pinturas y en el rompecabezas, pero su mirada continuaba igual de atenta.

Armand no le había dicho nada sobre las obras. Tampoco sobre quién las había pintado ni qué quería averiguar él. No le había dado ningún dato, salvo que estaban relacionadas con la investigación de un asesinato.

Quería que se formase una opinión propia que no estuviera influida por sus preguntas o comentarios.

El inspector jefe le había enseñado en la academia que la escena del crimen no estaba sólo en el lugar, sino en la mente de las personas. En sus recuerdos y percepciones. En sus sentimientos. Y era más valioso no contaminar nada de eso con preguntas que podrían dirigir la investigación en una u otra dirección.

Al final se apart6 de la mesa y levant6 la vista. Primero mir6 a Jérôme y después, a Gamache.

—Bueno, ¿qué me dice, superintendente?

—Bueno, inspector jefe, puedo garantizar que nunca he visto estas obras ni ninguna otra de este artista. El estilo es único, distinto de todo lo que hay ahí fuera. Parece sencillo, pero es engañoso. Ni primitivo ni afectado. Se trata de obras muy bellas.

—¿Cree que tienen mucho valor?

—Ahí está la cuestión —respondió ella, y estudió las imágenes de nuevo—. La belleza no está de moda. Lo que los conservadores y galeristas quieren son obras oscuras, descarnadas, satíricas y atrevidas. Diría que les parecen más complejas, que consideran que desafían más al público, pero te puedo asegurar que no es así. La luz entraña los mismos retos que la oscuridad. Podemos descubrir muchísimo de nosotros mismos contemplando la belleza.

—¿Y qué te dicen estos cuadros? —preguntó Gamache, señalando las fotos de la mesa.

—¿Sobre mí? —repuso ella, sonriente.

—Bueno, si me lo quieres contar, de acuerdo, pero estaba pensando más bien en la persona que los pintó.

—¿Quién es, Armand?

Gamache vaciló.

—Enseguida te lo cuento, pero antes quiero que me des tu opinión.

—Quienquiera que los haya pintado es un artista maravilloso. Creo que no se trata de alguien joven, porque hay demasiados matices. Como decía, estas obras parecen muy simples, pero no lo son; si te fijas, están hechas de notas de gracia. Como aquí.

Señaló el lugar donde la carretera envolvía un edificio como el río a una roca.

—El delicado juego de la luz. Y aquí, en la distancia, donde el cielo, el edificio y la carretera se unen y se hacen casi imposibles de distinguir.

Thérèse miró las pinturas con cierta nostalgia.

—Son magníficas. Me gustaría conocer al artista.

Miró a Gamache a los ojos un momento más de lo necesario.

—Pero sospecho que no va a ser posible: está muerto, ¿verdad? ¿Es la víctima?

—¿Por qué lo dices?

—¿Además de porque eres el jefe de Homicidios?

Sonrió y, a su lado, Jérôme soltó un bufido que era una risa reprimida.

—Porque si me has traído esto, el artista tiene que ser o un sospechoso o la víctima. Y, en mi opinión, la persona que pintó estos cuadros, sea quien sea, no mataría.

—¿Por qué no?

—Los pintores suelen reflejar lo que conocen. Un cuadro es un sentimiento,

y los mejores artistas se desvelan en sus obras —explicó la superintendente Brunel, contemplando una vez más los cuadros—. Quienquiera que pintase esto, estaba satisfecho. Puede que no fuese un hombre perfecto, pero sí satisfecho.

—Un hombre satisfecho o una mujer satisfecha —corrigió el inspector jefe—. Y tienes razón, Thérèse, está muerta.

Le contó todo sobre Lillian Dyson, sobre su vida y su muerte.

—¿Sabes quién la mató? —preguntó Jérôme.

—Me estoy acercando —afirmó Gamache mientras recogía las fotos—. ¿Qué me dices de François Marois y de André Castonguay?

Thérèse enarcó una ceja finísima.

—¿Los marchantes? ¿Tienen algo que ver con el caso?

—Ellos dos y Denis Fortin, sí.

—Veamos —dijo ella, y bebió un sorbo de vino—, Castonguay tiene su propia galería, pero casi todos sus ingresos provienen del contrato con Kelley Foods. Lo consiguió hace décadas y se las ha apañado para mantenerlo.

—Tal como lo cuentas, parece algo inseguro.

—La verdad es que me asombra que aún sean sus clientes. En los últimos años ha perdido mucha influencia por la apertura de galerías nuevas y más contemporáneas.

—¿Como la de Fortin?

—Exacto, como la de Fortin. Él es muy agresivo. Ha arremetido contra ese club de caballeros y, la verdad, no me extraña. Le dieron la espalda, y no le quedó más remedio que tirar la puerta abajo.

—Denis Fortin no parece satisfecho con derribar sólo las puertas —explicó Gamache, y cogió una rodaja de salchichón italiano y una aceituna—. Me da la sensación de que quiere hundir a Castonguay para siempre. Fortin lo quiere todo y está decidido a conseguirlo.

—La oreja de Van Gogh —respondió Thérèse, y sonrió al ver que Gamache hacía una pausa antes de meterse la loncha en la boca—. No me refiero al embutido, Armand. No te preocupes, estás a salvo. Aunque no pondría la mano en el fuego por las aceitunas.

Lo miró con picardía.

—¿He oído bien? ¿La oreja de Van Gogh? —preguntó el inspector jefe—. Alguien más usó la misma expresión hace unos días, pero no me acuerdo de quién. ¿Qué significa?

—Quiere decir arramblar con todo por miedo a que se te escape algo importante. Igual que, en otro tiempo, otros pasaron por alto el genio de Van Gogh. Es lo que está haciendo Fortin: llevarse a todos los artistas prometedores, por si uno resulta ser el nuevo Van Gogh, o Damien Hirst, o Anish Kapoor.

—El próximo bombazo. Lo que perdió con Clara Morrow.

—Ni más ni menos —ratificó la superintendente Brunel—. Debe de estar desesperado por no repetir el error.

—En ese caso, ¿querría a esta artista?

Gamache señaló entonces la carpeta ya cerrada sobre la mesa.

Thérèse asintió.

—Yo creo que sí. Como ya he dicho, lo bello no está de moda, pero si está buscando al próximo artista de éxito, seguro que no lo encuentra entre los que se copian unos a otros. Lo que necesitas es dar con alguien que esté creando sus propias formas, como ella.

Dio un golpecito en la carpeta con el dedo, que lucía una manicura perfecta.

—¿Y François Marois? —preguntó Gamache—. ¿Qué tiene él que ver en el asunto?

—Qué gran pregunta. A todas luces, él finge una falta de interés muy civilizada, al menos en lo relacionado con las rencillas internas, y parece estar por encima de todo eso. Según él, lo único que le interesa es promocionar grandes obras de arte y a los artistas. Y no cabe duda de que sabe reconocerlos. De todos los marchantes de Canadá, y sin duda alguna de los de esta ciudad, diría que él es el más capacitado para dar con el talento.

—Y después, ¿qué?

Thérèse Brunel examinó a Gamache.

—Es evidente que has pasado un rato con él, Armand. ¿Qué opinas tú?

El inspector jefe lo pensó.

—Me parece que, de todos los marchantes, es el que tiene mayor probabilidad de salirse con la suya.

Brunel asintió despacio.

—Es un depredador —dijo ella al final—. Paciente pero despiadado. Encantador, como estoy segura que ya has podido comprobar, pero sólo hasta que identifica lo que quiere. A partir de ese momento es mejor refugiarse hasta que acabe la carnicería.

—¿Tan despiadado es?

—Sí. Que yo sepa, siempre consigue lo que quiere.

—¿Alguna vez ha quebrantado la ley?

Ella indicó que no con la cabeza.

—Al menos no las leyes del hombre.

Los tres amigos guardaron silencio un momento, hasta que al final habló Gamache.

—Hay una cita que se ha mencionado en el caso y quería saber si la conoces: «Es un generador nato. Produce arte como si se tratara de una función fisiológica.»

Se recostó y observó sus reacciones. Thérèse, que un momento antes estaba muy seria, esbozó una leve sonrisa, mientras que su marido soltó una carcajada.

—Sí, la conozco. Es de una crítica de arte, si no me equivoco. Pero de hace muchos años —explicó Thérèse.

—Sí, de una reseña publicada en *La Presse*. La escribió la víctima.

—¿La escribió ella o trata sobre ella?

—Thérèse, la cita está en masculino —apuntó Jérôme, a quien la pregunta le había hecho gracia.

—Cierto, pero es posible que Armand se haya equivocado al decirla. Es famoso por no ser riguroso en su trabajo, ¿no lo sabías? —repuso ella, sonriente.

Gamache se echó a reír.

—Bueno, esta vez he acertado de chiripa. ¿No recuerdas sobre quién era la crítica?

La superintendente pensó, pero al final negó con la cabeza.

—Lo siento, Armand. Como ya te he dicho, la frase es famosa, pero sospecho que la persona a quien se refería no se convirtió en un artista famoso.

—¿Tan importantes son las reseñas?

—Para gente como Kapoor o Twombly, no. Pero para alguien que está empezando, alguien que haga su primera exposición, resultan claves. Eso me recuerda que he leído las elogiosas críticas a la de Clara. No pudimos ir al *vernissage*, pero no me extraña que hablen tan bien: su obras son maravillosas. La llamé para darle la enhorabuena, pero no conseguí contactar con ella. Seguro que está muy ocupada.

—¿Los cuadros de Clara son mejores que éstos?

Gamache señaló la carpeta.

—Son distintos.

—*Oui*. Pero si aún fueses la conservadora jefe del Musée, ¿las pinturas de qué artista comprarías: las de Clara Morrow o las de Lillian Dyson?

Thérèse se concedió un momento para reflexionar.

—He dicho que son diferentes, pero tienen una cosa importante en común: son obras llenas de dicha, cada una a su manera. Si el arte empieza a ir en esa dirección, será algo muy positivo.

—¿Por qué?

—Porque quizá signifique que el espíritu humano también va por el mismo camino. Que está saliendo de un período de oscuridad.

—Eso estaría muy bien —ratificó Gamache, y cogió las fotos.

Antes de levantarse, miró a Thérèse y tomó una decisión.

—¿Qué sabes de Thierry Pineault, el presidente de la Corte Suprema de Quebec?

—Dios mío, Armand, no me digas que él está involucrado.

—Lo está.

La superintendente Brunel respiró hondo.

—No lo conozco en persona, sólo como magistrado. Parece muy recto, muy íntegro. No tiene antecedentes penales de los que avergonzarse. Todo el mundo tropieza alguna vez, pero no he oído ningún comentario negativo sobre él como profesional de las leyes.

—¿Y fuera del estrado? —insistió Gamache.

—Oí rumores de que le gustaba beber y de que a veces se ponía muy desagradable. Pero también tenía motivos. Perdió a un nieto, ¿o era una niña? Un conductor borracho. Después de eso, dejó de beber.

Gamache se levantó, ayudó a recoger la mesa y llevó la bandeja a la cocina. Después se dirigió a la puerta, pero se detuvo al llegar allí.

Había estado deliberando si hablar de una cuestión con Thérèse y Jérôme, y había llegado a la conclusión de que si había un momento adecuado, era aquél, y si había una pareja ideal, eran ellos.

Mientras estaban aún en el vestíbulo, Gamache cerró la puerta despacio y los miró.

—Quiero haceros otra pregunta —confesó en voz baja—. No tiene que ver con el caso. Es sobre otra cosa.

—*Oui*?

—El vídeo del ataque —dijo sin quitarles ojo—, ¿quién creéis que lo filtró en internet?

Jérôme parecía perplejo, pero la superintendente Brunel no.

Ella estaba furiosa.

VEINTIDÓS

Thérèse se los llevó de nuevo hacia dentro, lejos del vestíbulo y de la puerta abierta de la terraza. Al centro del salón, que se hallaba en penumbra.

—Hubo una investigación interna —explicó ella en voz baja, pero con rabia—, eso ya lo sabes, Armand. Descubrieron que se trataba de un *hacker*, algún chaval que encontró el archivo y no debía de saber qué era. Sin más.

—Si fue un crío quien encontró el material por casualidad, ¿cómo es que no han averiguado quién fue? —preguntó Gamache.

—Eso déjaselo a los investigadores —le pidió ella en un tono más suave.

Gamache sopesó a las dos personas que tenía delante, una pareja mayor que él; sus rostros, arrugados, agotados.

Sin embargo, él también lo estaba.

Y por eso mismo le había advertido a Beauvoir que no hurgase en el tema y tampoco le había asignado en secreto la tarea a ninguno de sus otros cien agentes. Cualquiera de ellos habría indagado de buen grado.

Pero ¿qué encontrarían enterrado?

No, era mejor que se encargase él mismo del tema, con la ayuda de dos personas de plena confianza. Y los Brunel tenían otra cosa que los convertía en candidatos sobresalientes: estaban más cerca del fin que del principio. Del final de su carrera profesional y de sus vidas. Si a esas alturas perdían cualquiera de las dos, ya habían vivido con plenitud.

Gamache se negaba a asignar el caso a un agente joven. No quería dejar a ninguno más por el camino, no si podía evitarlo.

—Esperé al informe de la investigación interna —explicó el inspector jefe—. Lo leí y me pasé dos meses estudiándolo, dándole vueltas.

La superintendente Brunel se lo pensó mucho antes de plantear una pregunta cuya respuesta no quería saber.

—¿Cuál fue tu conclusión?

—Que la investigación tenía fallos, posiblemente intencionados. De hecho, estoy casi seguro de que los cometieron a propósito. Alguien de dentro de la

Sûreté está intentando tapar la verdad.

No merecía la pena fingir lo contrario: eso era lo que pensaba.

—¿Estás seguro de eso? —preguntó Jérôme.

—Sí. Sería casi imposible que un *hacker* encontrase el vídeo. Y en caso de que uno lo hubiera conseguido, los investigadores le habrían seguido el rastro. Se dedican a eso. Hay un departamento entero dedicado en exclusiva a perseguir el crimen cibernético. Habrían dado con él.

Thérèse y Jérôme permanecieron en silencio y después él se dirigió a su esposa.

—¿Qué piensas?

Ella miró a su marido y después, a su invitado.

—Dices que alguien de dentro quiere ocultar la verdad. ¿Cuál crees que es la verdad?

—Que fue una filtración interna —afirmó Gamache—. Alguien de la Sûreté publicó el vídeo de forma deliberada.

Antes de acabar la frase se dio cuenta de que no estaba diciéndole nada que no supiera o no sospechase ya.

—Pero ¿por qué motivo? —preguntó ella.

Era evidente que Thérèse también se lo había planteado.

—Creo que el porqué depende del quién —respondió el inspector jefe, y le estudió el rostro—. No es una sorpresa para ti, ¿verdad?

Thérèse Brunel vaciló, pero al final admitió que no.

—He leído el informe, igual que los demás superintendentes. No sé qué pensarán ellos, pero yo llegué a la misma conclusión que tú. No estoy de acuerdo con que tenga que ser una filtración interna —le dirigió una mirada de advertencia—, pero por algún motivo extraño, la investigación no era concluyente. Teniendo en cuenta que mostraba la muerte de cuatro agentes y que suponía una traición a la confianza de sus familias y al cuerpo, esperaba mayor rigor. Esperaba que no escatimasen esfuerzos ni recursos.

Y lo cierto es que dijeron que habían puesto todo de su parte, pero la conclusión, pese a toda la retórica que la acompañaba, era de una debilidad apabullante: que un *hacker* desconocido robó el vídeo, ni más ni menos. —Negó con la cabeza, respiró hondo y soltó el aire antes de continuar hablando—. Armand, aquí tenemos un problema.

Él asintió y los miró a ambos.

—Un problema grande.

La superintendente Brunel se sentó y les señaló un par de sillas, que Gamache y Jérôme ocuparon. Hizo una pausa, a punto de pasar el Rubicón.

—¿Quién crees que fue?

Gamache le sostuvo aquella mirada tan despierta e inteligente.

—Ya sabes en quién estoy pensando.

—Sí, pero necesito que lo digas.

—El superintendente jefe Sylvain Francoeur.

De la calle llegaban las voces de los niños persiguiéndose unos a otros, mientras corrían y se reían.

—Esto va a ser divertido —dijo Jérôme Brunel, que estaba frotándose las manos ante la idea de un rompecabezas tan espinoso como aquél.

—¡Jérôme! —exclamó su esposa—. ¿Es que no has entendido nada? Cabe la posibilidad de que el jefe de la Sûreté du Québec haya hecho algo que no sólo es ilegal, sino de una auténtica crueldad. Un ataque a los agentes vivos y fallecidos, y a sus familias. Para beneficiarse a sí mismo.

Thérèse se dirigió a Gamache.

—Si fue Francoeur, ¿por qué lo hizo?

—Eso no lo sé, pero que lleva años tratando de deshacerse de mí y quizá pensó que éste podía ser el empujoncito que me faltaba.

—Pero el vídeo no te deja mal, Armand —repuso Jérôme—. Más bien lo contrario. Daba muy buena imagen de ti.

—¿Y a ti qué te haría más daño, Jérôme? —preguntó Gamache mirándolo con afecto—. ¿Que te acusen de algo falso o que te halaguen por algo que no has hecho? Sobre todo cuando el dolor fue mucho mayor que las alabanzas.

—No fue culpa tuya —dijo Jérôme mirando a su amigo a los ojos.

—*Merci*.

Gamache agachó la cabeza.

—Tampoco fue mi mejor momento.

Jérôme asintió. Estar en el candelero tenía cosas buenas y malas, y podía hacer que cualquiera saliese corriendo en busca de un lugar oscuro donde esconderse. Alejado de la aplastante mirada hostil de la aprobación pública.

Gamache no había huido, aunque tanto Jérôme como Thérèse sabían que no le habían faltado las ganas y había estado a un paso de entregar la placa y de retirarse. Nadie se lo habría tenido en cuenta. Del mismo modo que nadie lo culpaba por la muerte de los jóvenes agentes. Nadie más que él mismo.

Sin embargo, en lugar de jubilarse, de batirse en retirada, el inspector jefe

se había quedado.

Y Jérôme se preguntaba si el motivo era aquél, si Gamache tenía una misión más que cumplir. Su último deber para con los vivos y los muertos.

Destapar la verdad.

La agente Isabelle Lacoste se pasó las manos por la cara y miró la hora.

Las ocho menos veinticinco de la tarde.

El inspector jefe la había llamado un rato antes con una petición que le resultó un tanto extraña. Más bien se trataba de una sugerencia que implicaba un trabajo extra, así que ella había asignado otro agente a la búsqueda. Ya tenía a cinco registrando los archivos del repositorio de *La Presse* de Montreal.

La búsqueda avanzaba a muy buen ritmo, pero no saber cuándo se había publicado la reseña, ni el año ni la década, suponía una dificultad añadida. Y el inspector jefe Gamache acababa de complicar las cosas aún más.

—Mire esto —le dijo uno de los agentes de menor rango, que se había vuelto hacia ella—. Creo que la he encontrado.

—Gracias a Dios —suspiró otro.

Los otros tres se agruparon alrededor de la microficha.

—¿Puedes aumentarla? —pidió Lacoste, y el agente giró una rueda.

De pronto la imagen era más grande y más clara.

En negrita se leía: «Una exposición que conmueve.» A continuación había algo que, más que una crítica, podía considerarse un monólogo de humor, un chiste largo sobre las palabras «mover» y «movimiento» relacionadas con las funciones fisiológicas.

Hasta los agentes, exhaustos, se reían conforme iban leyendo.

Era algo infantil, inmaduro, pero aun así, tenía gracia. Como ver a alguien resbalar con una peladura de plátano y caerse. Sin sutileza alguna, pero que causaba risa. Por el motivo que fuese.

No obstante, Isabelle Lacoste permanecía seria.

A diferencia de los demás, ella había visto cómo concluía la crítica. No con el punto al final de página, sino con un cadáver tendido en un jardín a finales de primavera.

La agente Lacoste imprimió copias de la reseña y comprobó que la fecha se leía con claridad. A continuación agradeció su trabajo a los agentes, les dio

permiso para retirarse y se subió a su coche para regresar a Three Pines.
Convencida de que llevaba consigo una condena.

VEINTITRÉS

Peter estaba sentado en el estudio de Clara.

Tras la cena, durante la que prácticamente no habían hablado, ella se había ido a ver a Myrna. Al final Peter no le había bastado. Él sabía que Clara lo había puesto a prueba y que, en vistas del resultado, no daba la talla. Le faltaba algo.

Siempre le había faltado algo, pero hasta ese momento, Peter no se había dado cuenta de qué. Por eso siempre había procurado conseguirlo todo.

Al menos ahora lo tenía claro.

Se sentó a esperar en el estudio de Clara. Como bien sabía, Dios también habitaba en ese espacio. No sólo estaba en la cima de la colina, en Saint Thomas, sino también en aquel lugar abarrotado, entre los corazones de manzana secos y las latas llenas de pinceles endurecidos por los óleos.

Entre las pinturas.

Entre los enormes pies de fibra de vidrio y los úteros rampantes.

Al otro lado del pasillo, en su estudio impoluto, Peter había hecho hueco para recibir a la inspiración. Estaba todo limpio y ordenado, y aun así las musas se habían equivocado de dirección y habían aterrizado en el de Clara.

No, pensó Peter, lo que él buscaba no era inspiración. Era algo más.

Ése era el problema, que llevaba toda la vida confundiendo una cosa con otra, creyendo que con la inspiración bastaba. No sabía distinguir la creación del creador.

Por si le servía de algo, se había llevado una biblia al estudio de Clara. Por si Dios necesitaba pruebas de su sinceridad. La hojeó y encontró a los apóstoles.

Tomás, como su parroquia. Tomás el incrédulo.

Se le hizo extraño que en Three Pines hubiera una iglesia con el nombre de alguien que tenía tantas dudas.

¿Y su tocayo Pedro? Él era la roca.

Con la intención de pasar el rato mientras Dios iba a su encuentro, Peter

hojeó la biblia para buscar referencias a su nombre.

Encontró varias que lo satisficieron mucho.

Pedro la roca, Pedro el apóstol, Pedro el santo. Incluso un mártir.

Pero Pedro también era algo más: algo que Jesús le había dicho al apóstol cuando fue testigo de un milagro evidente: un hombre que caminaba sobre las aguas. Y es que aunque el propio Pedro había caminado sobre ellas, no lo había creído.

Había dudado de todas las pruebas, de todas las señales.

«Hombre de poca fe.»

Eso habían dicho de Pedro.

Cerró el libro.

Cuando la agente Isabelle Lacoste aparcó el coche y entró en el centro de coordinación, ya anochecía. Había llamado por el camino, y el inspector jefe Gamache y el inspector Beauvoir la estaban esperando.

Les había leído la crítica por teléfono y, aun así, ambos aguardaban, ansiosos por verla impresa.

Les dio una copia a cada uno y los observó.

—¡Hostia puta! —exclamó Beauvoir, que la había leído raudo.

Ambos miraron a Gamache. Tenía las gafas puestas y se estaba tomando su tiempo. Por fin apartó la página y se quitó las gafas.

—Buen trabajo —la felicitó, y le dedicó un saludo muy serio con la cabeza.

Describir lo que la agente había encontrado como una sorpresa era lo mismo que no decir nada.

—Bueno, no hace falta mucho más, ¿no? —dijo Beauvoir—. «Es un generador nato. Produce arte como si se tratara de una función fisiológica» —citó sin ni siquiera mirar la crítica—. ¿Cómo es posible que tanta gente lo dijera mal?

—Con el tiempo las cosas pueden tergiversarse un poco —observó Gamache—. Es algo que hemos visto cuando interrogamos a los testigos: la gente recuerda las cosas de forma diferente. Rellena los huecos.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Beauvoir.

No cabía duda respecto a lo que él pensaba que debía ocurrir a continuación, pero Gamache reflexionó un momento y se volvió hacia la agente Lacoste.

—¿Te gustaría hacer los honores? Inspector, tú podrías acompañarla.

La agente Lacoste se echó a reír.

—¿Qué pasa, cree que va a darnos problemas? —preguntó ella, pero se arrepintió al instante.

En cambio, el inspector jefe sonrió.

—Yo siempre creo que va a haber problemas.

—Y yo —convino Beauvoir.

Tanto el inspector como la agente Lacoste comprobaron el arma, y los dos salieron fuera, donde ya era de noche, mientras el inspector jefe Gamache se sentaba a esperar.

Los lunes por la noche solían ser tranquilos, y el *bistrot* estaba sólo medio lleno.

Al entrar, Lacoste hizo un barrido de la sala, pues no quería dar nada por sentado. Que conociera el espacio y le resultase cómodo no quería decir que fuese un lugar seguro. La mayoría de los accidentes ocurren en el entorno más cercano, y la mayoría de los asesinatos, en el hogar.

Aquél no era el lugar ni el momento de bajar la guardia.

Myrna, Dominique y Clara estaban tomando el postre y una infusión, charlando tranquilamente en la mesa que había junto a la ventana geminada. En una esquina, al lado de la chimenea de piedra, Lacoste vio a los artistas Normand y Paulette. Frente a ellos, estaban Suzanne y otros dos comensales: el juez Thierry Pineault y Brian, que llevaba unos vaqueros rotos y una chaqueta de cuero desgastado.

Denis Fortin y François Marois compartían una mesa, y Fortin estaba contando alguna anécdota que le resultaba graciosa; Marois asentía con educación y aparentaba cierto aburrimiento. No había ni rastro de André Castonguay.

—*Après toi* —murmuró Beauvoir cuando entraron al *bistrot*.

La mayoría ya había reparado en los dos agentes de la Sûreté; al principio, los clientes levantaron la vista, unos cuantos sonrieron y pronto reanudaron sus respectivas conversaciones. No obstante, un momento después, algunos miraron de nuevo al notar algo diferente.

Myrna, Clara y Dominique enmudecieron y observaron mientras los agentes esquivaban las mesas y dejaban una estela de silencio a su paso.

Pasaron por delante de ellas tres.

Por delante de los marchantes.

Al llegar a la mesa de Normand y Paulette, se detuvieron. Y cambiaron de dirección.

—Me gustaría hablar con usted un momento —dijo la agente Lacoste.

—¿Aquí? ¿Ahora?

—No. Creo que sería mejor buscar un lugar más íntimo, ¿no le parece?

Sin ningún aspaviento, la agente dejó la fotocopia del artículo sobre la mesa redonda de madera.

Y allí también se hizo el silencio.

Sólo se oyó el lamento de Suzanne.

—¡Ostras, no!

El inspector jefe Gamache se levantó al verlos entrar y los saludó como si aquél fuera su hogar, y ellos, los invitados de honor.

Sin embargo, nadie cayó en el engaño ni él pretendía que lo hiciesen. Se trataba de un gesto de cortesía por su parte, nada más.

—Tomen asiento, por favor.

Señaló la mesa de reuniones.

—¿De qué se trata? —preguntó el juez Thierry Pineault.

Gamache no respondió a Pineault y, concentrándose en Suzanne, le señaló una silla.

—Madame.

El inspector jefe se dirigió entonces a Thierry y a Brian.

—Messieurs.

El presidente de la Corte Suprema de Quebec y su compañero rapado, tatuado y agujereado se sentaron frente a Gamache. Beauvoir y Lacoste también tomaron asiento, cada uno a un lado del inspector jefe.

—¿Sería tan amable de explicarnos esto?

Gamache hablaba en tono relajado. Señaló el viejo artículo de *La Presse* que estaba en el centro de la mesa, una isla entre dos continentes opuestos.

—¿Cómo quiere que se lo explique? —preguntó Suzanne.

—Como usted prefiera —respondió el inspector jefe.

Esperó en silencio. Una mano sostenía a la otra.

—Monsieur Gamache, ¿es esto un interrogatorio? —exigió saber el juez.

—Si lo fuera, ninguno de ustedes dos estaría presente.

A continuación, Gamache miró a Brian.

—Es una conversación, monsieur Pineault. Un intento de comprender una discrepancia.

—En realidad quiere decir una mentira —aclaró Beauvoir.

—Se está pasando de la raya. —Pineault se dirigió entonces a Suzanne—: Te aconsejo que no respondas a más preguntas.

—¿Es usted su abogado? —preguntó Beauvoir.

—Soy abogado —soltó Pineault—. Y menos mal que estoy aquí. A esto lo llamarán ustedes como les plazca, pero el tono agradable y las palabras amables no enmascaran lo que están tratando de hacer.

—¿Y qué se supone que intentamos hacer? —preguntó Beauvoir con el mismo tono amenazante.

—Tenderle una trampa. Confundirla.

—Si eso fuera cierto, habríamos esperado a que estuviese sola para interrogarla. Debería dar las gracias por que le permitamos estar aquí.

—Ya es suficiente —intervino Gamache con una mano en alto, aunque sin levantar la voz.

Los dos permanecieron en silencio pero con la boca abierta, preparados para atacar.

—Señor juez Pineault, me gustaría hablar con usted. Creo que el inspector tiene razón.

Antes de hablar con el juez, Gamache se llevó a Beauvoir a un lado y le susurró:

—Contrólate. No continúes por ahí.

Miró a Jean-Guy a los ojos.

—Sí, señor.

Beauvoir fue al baño y, una vez más, se sentó en uno de los cubículos. En silencio. Para recobrar la compostura. Se lavó la cara y las manos, se tomó media pastilla y estudió su reflejo.

—Annie y David están pasando un bache —susurró, y notó que se calmaba—. Annie y David están pasando un bache.

El dolor intestinal empezó a remitir.

Fuera, en el centro de coordinación, el inspector jefe Gamache y el juez Pineault se habían alejado de los demás y estaban junto al camión grande de bomberos.

—Su hombre se está excediendo, inspector jefe.

—Pero tiene razón. Usted tiene que tomar una decisión: ¿está aquí como abogado de Suzanne Coates o como su... —Hizo una pausa para buscar la palabra que mejor lo describiese—: Su amigo de Alcohólicos Anónimos?

—Puedo ser las dos cosas.

—No, y lo sabe. Es el presidente de la Corte Suprema de Quebec. Decida, señor. Ahora.

Armand Gamache miró al juez a los ojos y aguardó su respuesta. Pineault estaba sorprendido; era evidente que no esperaba que lo desafiase de aquel modo.

—Estoy aquí como su amigo de Alcohólicos Anónimos. Como Thierry P. La decisión sorprendió al inspector jefe, y éste no lo ocultó.

—¿Cree que ése es el papel más débil de los dos, inspector jefe?

Gamache no respondió, pero era obvio que eso era lo que pensaba.

Thierry esbozó una leve sonrisa y después se puso muy serio.

—Cualquiera puede velar por sus derechos. Usted mismo puede ocuparse de eso. Lo que no puede hacer es montar guardia para que ella se mantenga sobria; sólo otro alcohólico puede ayudarla a superar esto sin beber. Si perdiera eso, lo perdería todo.

—¿Tan frágil es la abstinencia?

—No es que la abstinencia sea frágil, sino que la adicción es muy astuta. Estoy aquí para protegerla de su adicción, y usted puede proteger sus derechos.

—¿Confía en que lo haga?

—Confío en usted, pero su inspector es otro asunto.

El juez señaló con la barbilla a Beauvoir, que salía del baño justo en aquel momento.

—Más vale que lo vigile.

—Es un agente de homicidios de alto rango —repuso Gamache con frialdad—. No necesita vigilancia.

—Todo el mundo la necesita.

La réplica del juez le provocó a Gamache un escalofrío, aunque no dejaba de maravillarle aquel hombre tan poderoso. Tantas virtudes y defectos. Se preguntó, una vez más, quién habría sido su padrino. Qué le había susurrado a un oído tan poderoso como el suyo.

—Monsieur Pineault ha accedido a actuar en calidad de amigo de

Alcohólicos Anónimos de madame Coates y a ayudarla en esa posición — anunció el inspector jefe mientras volvían a sus asientos.

Tanto la agente Lacoste como el inspector Beauvoir parecían sorprendidos, pero no dijeron nada. Eso les facilitaba el trabajo.

—Nos ha mentido —repitió Beauvoir, y le puso la hoja delante de la cara—. Todo el mundo la citaba mal, ¿no? Pensaban que la había escrito sobre algún tipo del que nadie se acordaba. Pero no era sobre un hombre, sino sobre una mujer. Sobre usted.

—Suzanne —le advirtió Thierry, y después se dirigió a Gamache—. Disculpe. No puedo dejar de ser abogado así como así.

—Tendrá que esforzarse más, monsieur —sugirió Gamache.

—En cualquier caso —intervino Suzanne—, ya es un poco tarde para tomar tantas precauciones, ¿no crees? —Miró entonces a los agentes—. Un juez de la Corte Suprema, un inspector jefe y, para rematarlo, yo: la principal sospechosa.

—Otra vez el peso de la ley —comentó Gamache con una sonrisa sarcástica.

—Demasiado peso para mí.

Suzanne señaló el papel con desgana y resopló.

—La crítica de las narices. No basta con que te rebajen de esa manera, sino que además hay que oír como todo el mundo se equivoca al citarla. Lo menos que podrían hacer es insultar como es debido.

Más que estar enfadada, parecía que el asunto le resultaba gracioso.

—Nos despistó —admitió Gamache, y apoyó los codos en la mesa—. Todo el mundo se refería a un hombre, cuando la reseña habla de una mujer.

—¿Cómo se han dado cuenta? —preguntó Suzanne.

—El libro de Alcohólicos Anónimos me ha dado una pista —explicó Gamache, y señaló con la cabeza el voluminoso ejemplar que tenía sobre el escritorio—. Cuando habla de los alcohólicos siempre usa el masculino, aunque es evidente que muchas son mujeres. Lo mismo ha ocurrido a lo largo de toda esta investigación: siempre que desconocíamos el sexo de alguno de los involucrados, hemos dado por hecho que se trataba de un varón. Veo que es algo automático. Por lo tanto, como la gente no recordaba a quién criticaba el artículo, hablaban en masculino, cuando en realidad Lillian se refería a usted. La agente Lacoste lo encontró en el repositorio de *La Presse*.

Todos miraron la fotocopia del artículo. Lo habían sacado de lo más

profundo de los archivos; una crítica enterrada entre miles de artículos y que, sin embargo, aún tenía vida.

Incluía una foto de Suzanne, que, pese a ser veinticinco años más joven, resultaba inconfundible. Sonreía de oreja a oreja, posando delante de uno de sus cuadros. Orgullosa, emocionada. Su sueño se había hecho realidad porque alguien había prestado atención a su obra. No en vano, allí estaba la crítica de *La Presse*.

En la foto, la sonrisa era permanente, pero en persona se había desvanecido y otra expresión había ocupado su lugar. Una mirada casi de ensoñación.

—Me acuerdo de ese momento. El fotógrafo me había pedido que me pusiera junto a uno de los cuadros y sonriese. Pero sonreír no era lo difícil; si me hubiera pedido seriedad me habría costado más. El *vernissage* se hizo en una cafetería de la ciudad y acudió mucha gente. Lillian se acercó y se presentó. La había visto en algunas exposiciones, pero siempre la había esquivado, porque parecía muy desagradable. En cambio, ese día fue muy amable conmigo. Me hizo unas cuantas preguntas y me avisó de que iba a escribir una reseña de la exposición para *La Presse*. Esa foto —dijo, y señaló la página que había sobre la mesa— me la hicieron treinta segundos después de que me soltase eso.

Todos miraron la imagen de nuevo.

En ella se veía a una Suzanne joven con una sonrisa que se salía de la página e iluminaba incluso la estancia en la que estaban. Sin embargo, aquella era una joven que aún no se había dado cuenta de que todo a su alrededor se desmoronaba. Que todavía no se percataba de que estaba precipitándose al vacío, dando vueltas en el aire. Y todo por culpa de aquella mujer tan amable que tomaba notas a su lado. Con una sonrisa en la cara.

La imagen le helaría la sangre a cualquiera. Era como ver a alguien justo cuando el camión entra en escena, milisegundos antes del desastre.

—«Es una generadora nata. Produce arte como si se tratara de una función fisiológica.» —Levantó la vista de la mesa y sonrió—. No he vuelto a hacer una exposición individual. Me sentía demasiado humillada y, aunque los galleristas lo hubiesen olvidado, yo no. Pensé que no sobreviviría a otra crítica como aquélla.

Miró al inspector jefe Gamache.

—Todos los caballos del rey y todos sus hombres —recitó en voz baja, y asintió.

—Fue una caída muy fuerte.

—Nos mintió —insistió el inspector jefe.

—Sí —respondió mirándolo a los ojos.

—Suzanne.

El juez le puso la mano en el brazo.

—No pasa nada —contestó ella—. Ya sabes que pensaba decirles la verdad desde el principio. La pena es que viniesen ellos a por mí antes de que yo pudiera ofrecerles la información.

—Ha tenido muchas oportunidades —intervino Beauvoir.

Pineault dio un respingo, preparado para salir en defensa de Suzanne, pero se contuvo.

—Tiene razón —admitió ella.

—Dice la verdad —aportó Brian.

Todos se volvieron hacia él sorprendidos por sus palabras, pero también por su voz. Tenía un timbre tan juvenil que, tras el impacto inicial, les recordó que bajo la tinta y la piel agujereada tan sólo había un chaval.

—Suzanne nos ha propuesto a Thierry y a mí cenar con ella porque quería hablar —explicó Brian—. Y nos ha contado todo eso.

Con la mano tatuada, señaló el artículo.

—Ha dicho que pensaba hablar con ustedes mañana por la mañana.

Oír a aquel chico cubierto de *piercings* y tatuajes llamar al presidente de la Corte Suprema de Quebec sólo por el nombre era sorprendente. Gamache miró a Pineault, incapaz de decidir si lo admiraba por ayudar a un joven tan problemático, o si había perdido la cabeza.

¿Qué otros errores de juicio estaba cometiendo aquel distinguido jurista?

El inspector jefe Gamache observó a Brian desde el punto de vista de un experto. Se le veía relajado, incluso cómodo. ¿Estaría colocado? Sin duda, se distanciaba de la situación; no le hacía gracia, pero tampoco parecía molestarle. Como si flotara por encima.

—¿Y qué han contestado ustedes? —preguntó Beauvoir sin quitarle ojo a Brian.

Había conocido a sinvergüenzas como aquél antes, y la cosa casi nunca acababa bien.

—Yo no estaba muy seguro —admitió Pineault—. Como jurista pensaba que necesitaba un abogado, que a su vez le diría que no hablase. Que no ofreciera información de manera voluntaria. Pero como miembro de Alcohólicos

Anónimos opinaba que debía decir la verdad de inmediato.

—¿Y quién ha ganado? —preguntó Beauvoir.

—Sus agentes han llegado antes de que me decidiera a hablar.

—No obstante, supongo que comprende que esto es totalmente inapropiado —dijo Gamache.

—¿Se refiere al hecho de que el presidente de la Corte Suprema dé consejo a una sospechosa de asesinato? —preguntó Thierry—. Claro que sé que lo es, y también poco ético. Pero si su hijo o su hija fueran sospechosos de asesinato y acudiesen a usted, ¿los mandaría a hablar con otra persona?

—Claro que no. ¿No estará diciendo que Suzanne y usted tienen un vínculo de consanguinidad?

—Lo que digo es que conozco a Suzanne mejor que la mayoría, y ella a mí. Mejor que un padre o una madre a sus hijos, o que los hermanos entre sí. Del mismo modo que ambos conocemos a Brian, y viceversa.

—Me doy cuenta de que ustedes se comprenden porque son adictos al alcohol —expuso Gamache—, pero no por eso pueden afirmar que conocen los sentimientos que alberga el otro en el corazón. No puede estar diciéndome que el hecho de estar sobria y acudir a Alcohólicos Anónimos significa que Suzanne sea inocente. Es imposible que usted sepa si ella nos está diciendo la verdad y mucho menos si es culpable de asesinato.

Thierry dio un respingo, y aquella pareja de hombres tan poderosos se miró.

—Nos debemos la vida unos a otros —dijo Brian.

Gamache se echó hacia delante y le clavó una mirada astuta al joven.

—Sí, y uno de ustedes ha muerto.

Sin apartar la vista del joven, el inspector jefe señaló la pared que tenía detrás. Estaba llena de fotografías de Lillian tendida en el jardín de los Morrow. Gamache los había situado de cara a esa pared deliberadamente, para que viesan las fotos y a ninguno se le olvidase por qué estaban allí.

—No lo entiende —protestó Suzanne con un tono agudo y tenso, y con un matiz de desesperación—. Cuando Lillian me hizo eso —continuó, y señaló la crítica—, éramos distintas. Éramos un par de borrachas. Yo estaba llegando al final de mi carrera de bebedora y ella empezaba. Y sí, claro, la odié. Yo ya era muy frágil, y aquello fue el último empujón. A partir de ese momento, empecé a pasarme el día bebiendo y tomando drogas. Me prostituía para beber. Era repugnante. Me daba asco a mí misma. Y al final toqué fondo, fui a una reunión de Alcohólicos Anónimos y comencé a recomponer mi vida.

—¿Y qué pasó cuando Lillian entró por la puerta veinte años después? —preguntó Gamache.

—Que me sorprendí de lo mucho que aún la odiaba.

—Suzanne —advirtió de nuevo el juez.

—Mira, Thierry, o lo cuento todo, o vale más que no me moleste ni en empezar, ¿de acuerdo?

No parecía contento, pero le dio la razón.

—Pero entonces me pidió que fuese su madrina —explicó Suzanne, que volvía a mirar a los investigadores—, y ocurrió algo extraño.

—¿El qué? —quiso saber Beauvoir.

—La perdoné.

Nadie contestó. Se hizo un silencio que al final rompió Beauvoir.

—¿Así, sin más?

—No, inspector. Primero tuve que decir que sí. Ayudar a tu enemigo es liberador.

—¿Ella le pidió disculpas por la reseña? —preguntó Gamache.

—Sí, hará cosa de un mes.

—¿Cree que Lillian estaba siendo sincera? —intervino la agente Lacoste.

Suzanne se paró a pensar y asintió con la cabeza.

—Si no, no las habría aceptado. Estoy convencida de que se arrepentía de lo que me había hecho hace veinticinco años.

—¿Se había disculpado ante otras personas? —preguntó Lacoste.

—Sí, ante otros también.

—Entonces, si a usted le pidió perdón por la crítica —dijo el inspector jefe, y señaló la hoja de papel que había sobre la mesa—, podemos suponer que estaba haciendo lo mismo con otras personas cuya obra hubiera criticado.

—Es posible que fuera así. Pero si eso es lo que estaba haciendo, no me lo contó. Yo pensé que me pedía perdón porque era mi ahijada y no quería que eso fuera un obstáculo entre las dos. Pero ahora que lo pienso, creo que tienen razón. No soy la única con quien se disculpó.

—¿Ni la única artista a quien le truncó la carrera? —preguntó Gamache.

—Seguro que no. No todas las reseñas que escribía eran de una crueldad tan desmesurada como la que me hizo a mí, y me enorgullezco de eso. Aunque muchas habrán tenido un efecto similar.

Suzanne sonreía, pero a los agentes no les había pasado por alto el canto afilado de las palabras «crueldad desmesurada».

«Aún no se lo ha perdonado —pensó Gamache—. Al menos no del todo.»

Después de que Suzanne y los demás se marchasen, los tres agentes se congregaron alrededor de la mesa de reuniones.

—¿Nos basta con esto para arrestarla? —preguntó Lacoste—. Ha admitido que estaba aquí y que desde hacía mucho tiempo sentía odio hacia la víctima. Tenía motivos y tuvo la oportunidad.

—Pero no hay pruebas —repuso Gamache, y se recostó en el respaldo.

Aquello lo frustraba. Estaban a un paso de acusar a Suzanne Coates, pero no eran capaces de hallar las últimas piezas.

—No tenemos más que conjeturas, aunque sean muy prometedoras.

Cogió la reseña, la miró y después la dejó sobre la mesa y se fijó en Lacoste.

—Tienes que volver a *La Presse*.

Isabelle Lacoste se quedó boquiabierta.

—Cualquier cosa menos eso, *patron*. Pégueme un tiro, por favor.

—Lo siento —se disculpó, y sonrió con cansancio—. Creo que en ese repositorio hay más muertos.

—¿Cómo? —preguntó Beauvoir.

—Otros artistas, otras carreras que se cargó Lillian.

—Todos aquellos a los que estaba pidiendo perdón —dedujo Lacoste, y se levantó con resignación—. Tal vez no viniera a la fiesta de Clara para disculparse con ella, sino con otra persona.

—¿No cree que la asesina fuese Suzanne? —preguntó Beauvoir.

—No estoy seguro —admitió el inspector jefe—. Creo que si Suzanne hubiera querido matarla, lo habría hecho antes. Y aun así... —Gamache calló un instante—. ¿Habéis visto su reacción cuando hemos hablado de la reseña?

—Todavía se siente furiosa —afirmó Lacoste.

Gamache asintió.

—Ha estado veintitrés años en Alcohólicos Anónimos tratando de superar ese rencor, pero sigue enfadada. Imagínate cómo puede ser en el caso de una persona que no lo ha intentado, ¿cuán enfadada debe de estar?

Beauvoir cogió la hoja y miró a la joven, llena de dicha.

¿Qué pasaba cuando no sólo se destruían las esperanzas, sino también los sueños y las carreras profesionales? Cuando se destrozaba toda una vida. A

decir verdad, ya conocía la respuesta: todos la conocían.

La tenían prendida con chinchetas en la pared que había detrás de ellos.

Jean-Guy Beauvoir se echó agua en la cara y sintió el roce de la barba incipiente en las manos. Eran las dos y media de la madrugada, y no podía dormir. Se había despertado con dolor y se había quedado en la cama con la esperanza de que desapareciese. Sólo que no había funcionado.

Así que se había levantado y, a su pesar, había entrado en el baño.

Giró la cabeza hacia un lado y luego al otro sin quitarle ojo a su reflejo. El hombre del espejo estaba demacrado. Tenía el rostro surcado de líneas. Surcos profundos alrededor de los ojos y de la boca que no eran de reír. Entre las cejas. En la frente. Levantó la mano y se acarició las mejillas tratando de alisarlas. Pero las arrugas permanecían ahí.

Se acercó más al espejo. Bajo la luz intensa del baño del bed & breakfast, la incipiente barba se veía gris.

Volvió la cabeza a un lado y reparó en que tenía algunas canas en la sien. De hecho, las tenía por toda la cabeza. ¿Cuándo le habían salido?

«Dios mío —pensó—, ¿es esto lo que ve Annie? ¿A un hombre viejo? ¿Un tipo arrugado y con canas? Por favor...»

«Annie y David están pasando un bache.» Pero era demasiado tarde.

Beauvoir regresó al dormitorio y se sentó en un lado de la cama con la mirada perdida. Entonces metió la mano debajo de la almohada, abrió el frasco y saco una pastilla. La tenía en la palma de la mano y, mientras la miraba con la vista medio nublada, cerró el puño. Sin embargo, lo abrió enseguida, se introdujo el comprimido en la boca y bebió un trago de agua del vaso que tenía en la mesita de noche. Beauvoir esperó. Aquella sensación que conocía tan bien. Y, poco a poco, el dolor empezó a remitir. No obstante, el otro dolor, uno más profundo, seguía ahí.

Jean-Guy Beauvoir se vistió, salió del bed & breakfast sin hacer ruido y desapareció en la oscuridad de la noche.

¿Cómo no lo había visto antes?

Beauvoir se acercó a la pantalla, impactado por lo que acababa de ver. Había reproducido el vídeo en cientos de ocasiones, una y otra vez. Lo había visto entero, hasta el último y espantoso fotograma que habían filmado las

cámaras que llevaban encima.

¿Cómo se le había escapado ese detalle?

Le dio de nuevo a la tecla de reproducción y lo vio una vez más. Y después la pulsó de nuevo y otra vez más.

Ahí estaba, en la pantalla, con el arma desenfundada y apuntando a uno de los terroristas. De pronto, algo lo empujaba hacia atrás. Le fallaban las piernas. Mientras observaba, se vio a sí mismo caer de rodillas y después de brucees en el suelo. De eso se acordaba.

Aún recordaba la sensación de que el suelo mugriento de hormigón yendo hacia él. Veía el polvo, y su rostro aplastado contra la superficie.

Y sentía el dolor. Un dolor indescriptible. Se apretaba el vientre, pero el daño estaba más allá de su alcance.

Oyó un grito que venía de la pantalla: «¡Jean-Guy!» Entonces aparecía Gamache con el rifle de asalto en las manos y cruzaba el espacio abierto. Lo cogía del chaleco antibalas y lo arrastraba hasta dejarlo a salvo detrás de una pared.

A continuación, el primer plano íntimo. Beauvoir iba perdiendo y recuperando la conciencia por momentos, y Gamache le hablaba, le ordenaba que se mantuviera despierto. Mientras tanto, le vendaba la herida y le ponía la mano sobre el vendaje, para contener la hemorragia.

Se acordaba también de ver al inspector jefe con las manos ensangrentadas. Empapadas en sangre.

Y en aquel momento, Gamache se había inclinado y había hecho algo que nadie más debería haber visto. Le había dado un beso en la frente, un gesto de una gran ternura que resultaba tan impactante como los disparos.

Y después se había marchado.

No era el beso lo que había dejado atónito a Beauvoir, sino lo que venía después. ¿Por qué no se había dado cuenta antes? Como era natural, lo había visto, pero no lo había interpretado bien.

Gamache lo había dejado atrás.

Solo.

Lo había dejado morir.

Lo había abandonado en el suelo mugriento para que muriera allí.

Beauvoir reprodujo el vídeo una y otra vez, y como era de esperar, siempre ocurría lo mismo.

Myrna se equivocaba. Lo que lo atormentaba no era no haber podido salvar

a Gamache: estaba furioso porque Gamache no lo había salvado a él.

Y Jean-Guy Beauvoir se sintió como si cayese al vacío.

Armand Gamache suspiró y miró la hora.

Las tres y doce minutos.

La cama del bed & breakfast era cómoda, y el edredón, cálido, pese al aire fresco que entraba por la ventana abierta y le traía el ulular de un búho en la distancia.

Tumbado en la cama, fingió que estaba a punto de quedarse dormido.

Las tres y dieciocho.

No era algo habitual que se despertase en mitad de la noche, pero aún le ocurría de vez en cuando.

Las tres y veintidós.

Las tres y veintisiete.

Gamache se resignó. Se levantó, se vistió con lo primero que encontró y bajó las escaleras de puntillas. Se abrigó con su chaqueta Barbour y salió del bed & breakfast. El ambiente era fresco y el búho había dejado de ulular.

No se movía ni un alma. Salvo el detective de Homicidios.

Gamache caminó sin prisa alrededor del parque del pueblo, en sentido contrario a las agujas del reloj. Las casas estaban a oscuras. En el interior, la gente dormía.

La brisa movía las hojas de los tres pinos altos, y se oía un murmullo.

El inspector jefe Gamache caminaba a paso comedido y con las manos detrás de la espalda. Quería despejar la mente. No pensaba en el caso; de hecho, procuraba no pensar en nada. Sólo en disfrutar del aire fresco de la noche y de la tranquilidad y el silencio.

Unos pasos más allá de la casa de Peter y Clara, se detuvo y miró hacia el puente, hacia el centro de coordinación. Había una luz encendida. Muy tenue, apenas visible.

Más que luz, lo que vio en la ventana era un grado menor de oscuridad.

Se preguntó si sería Lacoste. Si habría encontrado alguna pista nueva y por eso había regresado. Aunque ella era más de las que esperarían hasta la mañana siguiente.

Cruzó el puente y fue hacia la antigua estación de ferrocarriles.

Miró por la ventana y vio que la luz era el resplandor de uno de los puestos

de trabajo. Había alguien sentado a oscuras, delante de un ordenador.

No veía quién. Parecía un hombre, pero estaba demasiado lejos y en penumbra.

Gamache no llevaba pistola. Si podía, evitaba llevarla. En lugar de eso, lo único que, por instinto, había cogido de la mesita eran las gafas de leer, pues nunca iba a ninguna parte sin ellas en el bolsillo. En su opinión, eran mucho más útiles y poderosas que cualquier pistola. Aunque debía admitir que en aquel momento no le resultaban de gran ayuda. Durante un instante, pensó en regresar y despertar a Beauvoir, pero recapacitó y prefirió no hacerlo: quienquiera que estuviese allí, en ese momento podría haber desaparecido a su regreso.

El inspector jefe Gamache comprobó la puerta. No estaba cerrada.

La abrió poco a poco. Emitió un ligero crujido, y él contuvo la respiración, pero la figura que había frente a la pantalla no se inmutó. Parecía en trance.

Por fin tenía suficiente abertura para entrar y, una vez en el interior, hizo un barrido de la sala. ¿Estaba el intruso a solas o había alguien más?

Oteó las esquinas oscuras, pero no percibió ningún movimiento.

El inspector jefe avanzó unos pasos y se preparó para enfrentarse a la persona que estaba delante del ordenador.

Entonces vio lo que mostraba el monitor, las imágenes parpadeaban en la oscuridad. Agentes de la Sûreté con armas automáticas desplegados en una fábrica. Vio que herían a Beauvoir. Lo vio desplomarse. Y después a sí mismo corriendo por aquel espacio gigantesco para llegar hasta él.

Quienquiera que estuviese allí, estaba viendo el vídeo pirateado. Desde atrás, el inspector jefe vio que tenía el pelo corto y estaba delgado. Sólo eso era lo que alcanzaba a distinguir.

En la pantalla aparecieron más imágenes. Gamache se vio inclinado sobre Beauvoir, vendándole el abdomen.

Se sentía incapaz de mirar, pero el intruso estaba como hipnotizado. Inmóvil. Hasta ese momento. Justo cuando el Gamache de la grabación abandonaba a Beauvoir, movió la mano derecha y las imágenes dieron un salto.

Hasta el principio.

Y el asalto empezó de nuevo.

Gamache se acercó con sigilo, poco a poco, con la vista cada vez más acostumbrada y más seguro de lo que estaba viendo. De pronto sintió una

punzada en el estómago y lo supo.

—¿Jean-Guy?

Beauvoir estuvo a punto de caerse de la silla. Agarró el ratón y empezó a hacer clic como un loco. Para pausar las imágenes, pararlas, cerrar el reproductor. Pero ya era tarde. Demasiado tarde.

—¿Qué haces? —preguntó Gamache al tiempo que se acercaba.

—Nada.

—Estás viendo el vídeo —afirmó el inspector jefe.

—No.

—Claro que sí.

Gamache se acercó a su mesa y encendió la lamparilla. Jean-Guy Beauvoir estaba sentado delante del ordenador, mirando a su jefe con los ojos enrojecidos y llorosos.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Gamache.

Beauvoir se levantó.

—Necesitaba verlo otra vez. La charla de ayer sobre la investigación interna me lo recordó y necesitaba verlo de nuevo.

Beauvoir tuvo la satisfacción de ver preocupación y dolor en la mirada de Gamache.

Sin embargo, ahora sabía que todo era falso. Una tapadera. El hombre que tenía delante con cara de consternación no se preocupaba por él. Estaba fingiendo, porque de haber significado algo, no lo habría abandonado. No lo habría dejado para que muriese. Solo.

A su espalda, el vídeo que ninguno de los dos estaba mirando ya había dejado ese momento atrás. El punto en el que Beauvoir volvía al inicio. El inspector jefe Gamache corría por unas escaleras con el chaleco antibalas y un rifle de asalto, detrás de uno de los atacantes.

—Tienes que olvidarte de esto, Jean-Guy.

—¿Olvidarme? —espetó el inspector—. Eso es lo que usted quiere, ¿no?

—No te entiendo.

—Usted quiere que olvide, que todos nos olvidemos de lo que ocurrió.

—¿Estás bien?

Gamache se acercó a Beauvoir, pero él retrocedió.

—¿Qué te pasa?

—Ni siquiera le importa quién filtró la grabación. Puede que incluso quisiera que saliese a la luz. A lo mejor quería que todo el mundo pensara que

es un héroe. Pero ambos sabemos la verdad.

Detrás de ellos, en la pantalla, unas figuras forcejeaban y corrían en la penumbra.

—Usted nos reclutó a todos —dijo Beauvoir, hablando cada vez más alto—. Fue nuestro mentor y después nos eligió para ir a la fábrica. Nosotros le seguimos porque confiábamos en usted. ¿Y qué pasó? Que algunos murieron. Y ahora ni siquiera se molesta en averiguar quién publicó el vídeo de su muerte.

Beauvoir hablaba a voces, casi a gritos.

—Usted sabe tan bien como yo que no fue ningún crío estúpido. Eso significa que usted es peor que el *hacker*. No le importamos; no le importa ninguno de nosotros.

Gamache lo miraba y apretaba la mandíbula de tal manera que Beauvoir percibía la tensión de los músculos. El inspector jefe entrecerró los ojos y se le aceleró la respiración. En la pantalla, Gamache tenía la cara ensangrentada y arrastraba a un terrorista inconsciente y esposado por las escaleras. Lo dejaba tendido en el suelo y, acto seguido, con el arma en la mano, hacía un barrido de la estancia. De pronto se oyeron varios disparos muy seguidos.

—No vuelvas a decir eso jamás —le advirtió Gamache con voz ronca y sin apenas abrir la boca.

—Usted es peor que el *hacker* —repitió Beauvoir, inclinándose hacia su superior y pronunciando hasta la última sílaba.

Se sentía temerario, poderoso e invencible. Quería herirlo. Darle un empujón. Para apartarlo. Quería cerrar los puños hasta formar un par de balas de cañón y golpearle el pecho. Atizarle. Hacerle daño. Castigarlo.

—Has ido demasiado lejos —dijo Gamache en voz baja, pero cargada de advertencias.

Beauvoir vio cómo su superior apretaba los puños para contener el temblor de la rabia.

—Y usted se ha quedado corto, señor.

En la pantalla, el inspector jefe dio media vuelta rápidamente, pero no lo suficiente. De pronto echó la cabeza hacia atrás, abrió los brazos y se le cayó el arma. Salió volando por los aires, con la espalda arqueada.

Aterrizó en el suelo. Herido de gravedad.

Armand Gamache se derrumbó en la silla. Le flaqueaban las piernas y le

temblaba la mano.

Beauvoir se había ido, y el eco del portazo aún resonaba en el centro de coordinación.

Gamache oía el vídeo desde el monitor de Beauvoir, pero no lo veía. Oía a sus agentes llamarse unos a otros; a Lacoste avisando a los médicos. Gritos y disparos.

No le hacía falta verlo. Se lo sabía de memoria. Todos los agentes jóvenes: en qué momento de la incursión que él había liderado habían fallecido y cómo.

El inspector jefe mantuvo la vista al frente y respiró hondo mientras a su espalda oía disparos. Los gritos pidiendo ayuda.

Los gritos de los moribundos.

Llevaba seis meses tratando de superar aquello y sabía que tenía que dejar a los agentes atrás. Lo estaba intentando. Y lo estaba consiguiendo poco a poco, aunque no se había dado cuenta del tiempo que hacía falta para enterrar a cuatro hombres y mujeres jóvenes y sanos.

Detrás de él, los gritos y los disparos iban y venían. Reconoció las voces de los desaparecidos.

Había estado cerca, tan cerca que la idea lo asustaba, de pegar a Jean-Guy.

Gamache había sentido rabia muchas veces. Su paciencia se había visto sometida a muchas pruebas. A manos de reporteros de la prensa sensacionalista, de sospechosos, de abogados de la defensa y hasta de sus compañeros. Pero prácticamente nunca había estado a punto de llegar a las manos.

Había conseguido contenerse, pero le había costado un esfuerzo tan grande que le faltaba el aliento y estaba exhausto. Dolido.

Y sabía por qué. Sabía cuál era el motivo de que ni los sospechosos ni sus compañeros, por mucho que lo frustrasen y lo volvieran loco, lo hubieran llevado nunca a traspasar el límite, a llegar a la violencia física. Era porque no tenían la capacidad de herirlo tanto.

En cambio, alguien a quien él apreciaba sí podía. Y lo había hecho.

«Es usted peor que el *hacker*.»

¿Era eso cierto?

Por supuesto que no, pensó Gamache con impaciencia. No era más que un ataque de Beauvoir.

Aunque eso no significaba que se equivocase.

Suspiró de nuevo con la sensación de no poder llenar los pulmones con aire

suficiente.

Tal vez debía decirle a Beauvoir que estaba investigando la filtración. Confiar en él. Pero no era cuestión de confianza, sino de protegerlo. No quería exponer a su inspector a eso; todavía era demasiado vulnerable, no se había recuperado. Quienquiera que estuviese tras la filtración era una persona con poder y mucho rencor, y Beauvoir, en aquel estado de debilidad, no podía enfrentarse a eso.

No, de aquella tarea tenía que ocuparse alguien de quien se pudiera prescindir. En su profesión y en todo lo demás.

Gamache se levantó y fue a apagar el ordenador. El vídeo había empezado de nuevo y antes de que tuviera tiempo de pararlo, vio a Jean-Guy herido de bala una vez más. Lo vio caer, desplomarse sobre el suelo de hormigón.

Hasta ese momento, el inspector jefe Gamache no se había dado cuenta de que Jean-Guy Beauvoir realmente nunca había llegado a levantarse.

VEINTICUATRO

El inspector jefe Gamache preparó una cafetera y se puso cómodo.

Intentar dormir de nuevo no tenía sentido. Miró el reloj que había sobre la mesa: las cuatro y cuarenta y tres. En realidad, tampoco faltaba tanto para la hora a la que solía levantarse.

Dejó la taza sobre una montaña de papeles y tecleó unas palabras. Esperó a que apareciese la información y escribió un poco más. Hizo varios clics y desplazó el texto por la pantalla. Leyó. Estuvo leyendo un buen rato.

Al final, le había sido útil llevar consigo las gafas. Se preguntó qué habría hecho de haber llevado el arma encima, pero eso era algo que no merecía la pena pensar.

Tecleó y leyó. Y leyó un poco más.

Conseguir los datos básicos de la vida del juez Thierry Pineault había sido fácil. Los canadienses disfrutaban de una sociedad abierta. Presumían de ella. Les encantaba ser un modelo de transparencia en el que las decisiones nunca se tomaban a puerta cerrada. Donde las figuras públicas y con poder tenían que rendir cuentas a los demás y cuyas vidas estaban sujetas a examen.

Hasta ahí llegaba su engruimiento.

Como en la mayoría de las sociedades abiertas, eran pocos los que se molestaban en poner los límites a prueba y averiguar cómo y cuándo «abierto» se convertía en «cerrado». Y siempre había un límite. El inspector jefe Gamache se había topado con él hacía sólo unos minutos.

Había echado un vistazo al registro público de la vida profesional del juez Pineault: un inicio fulgurante como fiscal, una temporada como profesor de Derecho en la Université Laval, su ascenso al estrado como juez y, después, a la presidencia de la Corte Suprema de Quebec.

Era viudo y tenía tres hijos y cuatro nietos. Tres vivos. Una que no había sobrevivido.

Gamache conocía la historia. La superintendente Brunel se la había contado: la niña había muerto atropellada por un conductor borracho. El inspector jefe

quería averiguar quién iba al volante y si era, tal como sospechaba, el propio Pineault.

¿Qué otra cosa podría haber destrozado a aquel hombre de tal manera que lo hiciese tocar fondo? ¿Qué otra cosa lo obligaría a dejar de beber? ¿A dar un vuelco a su vida? Tal vez la muerte de la nieta había proporcionado a Thierry Pineault una segunda oportunidad para apreciar la vida.

Eso también explicaría la extraña conexión entre el juez y el joven Brian: ambos habían oído aquel golpe sordo. El temblor del coche.

Conscientes de qué se habían llevado por delante.

Gamache, sentado a su mesa, trató de imaginar cómo debía de ser esa experiencia. Intentó verse al volante de su Volvo, con la certeza de lo que acababa de suceder. Saliendo del vehículo.

Pero a partir de ahí se quedaba en blanco. Había cosas que estaban más allá de los límites de la imaginación.

Con la intención de despejar la mente, Gamache colocó de nuevo las manos en el teclado y modificó la búsqueda para que le proporcionase información sobre el accidente. Pero no había nada.

La puerta de aquella sociedad abierta se le había cerrado en las narices. Y alguien había hecho girar la llave.

Sin embargo, en la paz del centro de coordinación y a la luz tenue de los primeros rayos del día, el inspector jefe Gamache se coló por debajo de la faz pública de Quebec. De la imagen oficial del juez. Se adentró en el lugar donde se guardaban los secretos. O al menos donde se guardaban las confidencias. La documentación clasificada sobre personajes públicos.

Allí encontró información sobre el alcoholismo de Thierry Pineault, detalles sobre un comportamiento en ocasiones errático, sobre sus encontronazos con otros jueces. Y de pronto halló una laguna. Una baja de tres meses.

Y su posterior regreso.

Ese archivo clasificado también mostraba que, a lo largo de los últimos dos años, Thierry Pineault había revisado de forma sistemática todas las sentencias que había dictado. Había al menos un caso que se había revisado de manera oficial. Y revocado.

Pero había también otro caso. No era de la Corte Suprema ni Thierry había tomado parte en él. Al menos no como magistrado. Sin embargo, el juez Pineault lo había consultado repetidas veces. El sumario mostraba un caso

cerrado sobre una niña que había muerto atropellada por un conductor borracho.

Pero ésa era toda la información disponible. El caso estaba bajo llave en un lugar al que ni siquiera Gamache podía acceder.

Se recostó en la silla, se quitó las gafas de leer y se dio unos golpecitos en la rodilla con ellas.

La agente Isabelle Lacoste se preguntaba si había habido algún caso de muerte por aburrimiento o si ella sería la primera víctima.

Ya había aprendido mucho más de lo que quería sobre los círculos artísticos de Quebec. Sobre los propios artistas, sobre los conservadores, sobre las exposiciones. Las críticas. Los temas, las teorías, la historia.

Sobre artistas famosos de la provincia, como Riopelle y Lemieux y Molinari. Y un montón de los que no había oído hablar jamás y con los que no volvería a encontrarse. Artistas a los que, con su reseña, Lillian Dyson había relegado al olvido.

Se frotó los ojos. Con cada crítica que leía tenía que recordarse qué hacía allí. Necesitaba pensar en Lillian Dyson tendida en la hierba suave y verde del jardín de Peter y Clara. Una mujer que no cumpliría más años. Una mujer cuyo recorrido se detenía allí. En aquel jardín bonito y tranquilo. Porque alguien le había quitado la vida.

A decir verdad, después de leer las críticas tan repugnantes que había escrito la víctima, la propia Lacoste le habría atizado con un garrote. Se sentía sucia, como si alguien le hubiera tirado un montón de *merde* encima.

No obstante, alguien había matado a Lillian Dyson, y aunque a todas luces había sido un ser humano odioso, Isabelle Lacoste estaba decidida a encontrar al culpable. Cuanto más leía, más convencida estaba de que allí había alguien agazapado. En la hemeroteca. En las microfichas. La semilla de aquel asesinato era tan antigua que sólo existía en unos archivos de plástico a los que sólo se accedía a través de un visor polvoriento. Una tecnología obsoleta, testigo de un asesinato. O como mínimo, del germen de una muerte. Del principio de un final. Un acontecimiento antiguo que seguía vivo y reciente en la mente de alguien.

Aunque más que vivo estaba podrido. Viejo y corrompido, la carne ya se desprendía de los huesos.

La agente Lacoste sabía que si perseveraba en la búsqueda, el asesino acabaría saliendo a la luz.

A lo largo de la siguiente hora, mientras salía el sol y la gente se despertaba, el inspector jefe trabajó. Cuando se cansó, se quitó las gafas de leer, se pasó las manos por la cara, se apoyó en el respaldo y miró las hojas de papel que colgaban de las paredes de la antigua estación de ferrocarriles.

Hojas con respuestas a las preguntas que estaban marcadas con rotulador rojo, como regueros de sangre que conducían a un asesino.

Miró las fotos. Dos en particular. La que el señor y la señora Dyson le habían dado de Lillian aún con vida. En ella aparecía sonriendo.

Y una que había tomado el fotógrafo del equipo forense de la misma mujer, muerta.

Pensó en las dos: una Lillian viva y otra muerta. Pero allí había algo más que eso. La Lillian sobria y feliz. La que Suzanne decía conocer y que estaba a años luz de la mujer amargada que describía Clara.

¿Cambiable la gente o no?

El inspector jefe Gamache se apartó del ordenador. Ya había pasado el momento de recabar información; ahora tenía que ordenarla.

La agente Isabelle Lacoste tenía la mirada fija en la pantalla. Leía y releía. Aquella crítica iba acompañada de una fotografía, un privilegio que Lillian Dyson reservaba a las víctimas de los ataques más feroces, según había constatado Lacoste. En ella aparecía con un artista muy joven, cada uno a un lado de un cuadro. El artista sonreía. Tenía la cara iluminada de felicidad. Señalaba el cuadro como si fuera un trofeo. Algo extraordinario.

¿Y Lillian?

Lacoste giró el mando para acercar la imagen.

Lillian también sonreía. Con petulancia. Invitando al lector a compartir la broma.

¿Y la crítica?

La leyó y se le puso la piel de gallina. Como si viera una *snuff movie*. Como si presenciase una muerte, pues eso era lo que la reseña pretendía: acabar con una carrera. Matar al artista que había dentro de la persona.

La agente Isabelle Lacoste pulsó la tecla y, antes de escupir las copias, la

impresora gruñó como si tuviera un sabor horrible en la boca.

VEINTICINCO

—¿Jean-Guy? —dijo Gamache al llamar a la puerta.

No hubo respuesta.

Esperó un momento y giró el pomo. No estaba cerrado con llave, así que entró.

Beauvoir yacía en la cama de latón, tapado con la colcha y profundamente dormido. Incluso roncaba un poco.

Gamache lo miró y después se fijó en la puerta abierta del baño. Sin dejar de vigilar al inspector, atravesó la habitación, entró en el cuarto de baño y echó un vistazo rápido al lavamanos. Junto al desodorante y el dentífrico, había un frasco de pastillas.

Miró en el espejo, vio que Beauvoir aún dormía y cogió el botecito. En la etiqueta, se leía el nombre de Beauvoir y el contenido: quince comprimidos de OxyContin.

La dosis prescrita era uno por las noches, dependiendo de la necesidad. Gamache abrió el frasco y lo vació en la palma de su mano: quedaban siete pastillas.

Pero ¿de cuándo era aquella receta? El inspector jefe guardó los comprimidos, los tapó y miró la etiqueta. La fecha estaba impresa en cifras muy pequeñas. Buscó las gafas de lectura en el bolsillo de la chaqueta, se las puso y cogió el bote de nuevo.

Beauvoir gimió.

Gamache se quedó inmóvil y lo observó en el espejo. Con mucha cautela, dejó las pastillas en la repisa y se quitó las gafas.

En el espejo, el reflejo de Beauvoir se revolvía en la cama.

Gamache salió del cuarto de baño caminando de espaldas; un paso, dos. Se detuvo a los pies de la cama.

—¿Jean-Guy?

Otro gemido, esta vez más alto y claro.

Por la ventana entraba una brisa fría y húmeda que agitaba las blancas

cortinas de algodón. Había empezado a lloviznar, y el inspector jefe oía el repiqueteo amortiguado de las gotas en las hojas y el conocido aroma del fuego en las chimeneas de los hogares del pueblo.

Cerró la ventana y se volvió hacia la cama. Beauvoir estaba hundido en la almohada.

Acababan de dar las siete de la mañana, y la agente Lacoste lo había llamado. Estaba en el coche, saliendo de la autopista. Había encontrado algo en el repositorio.

Gamache quería que su inspector participase en la conversación cuando ella llegara.

El propio Gamache había regresado al bed & breakfast para ducharse, afeitarse y cambiarse de ropa.

—¿Jean-Guy? —susurró de nuevo, agachado para situarse a la altura del rostro del inspector.

Beauvoir estaba a punto de dejar caer un hilillo de baba.

Entonces hizo un esfuerzo enorme por despegar los pesados párpados y miró a Gamache a través de las rendijas con una sonrisa boba en la cara. De repente abrió los ojos y la sonrisa se convirtió en un grito que ahogó al apartar la cabeza de la del inspector jefe.

—No te preocupes —lo tranquilizó Gamache, y se irguió—. Has sido todo un caballero.

Beauvoir, aún medio dormido, tardó un instante en comprender lo que su jefe quería decir, pero luego se rió.

—Espero que al menos lo invitara a champán —dijo mientras se frotaba las legañas.

—Bueno, preparaste una buena cafetera.

—¿Anoche? —preguntó Beauvoir, y se sentó en la cama—. ¿Aquí?

—No, en el centro de coordinación. —Gamache lo miró con curiosidad—. ¿No te acuerdas?

El inspector parecía perdido y negó con la cabeza.

—Lo siento, aún estoy dormido.

Se frotó la cara intentando recordar.

Gamache arrastró una silla hasta el lado de la cama y se sentó.

—¿Qué hora es? —preguntó Beauvoir mirando a su alrededor.

—Las siete pasadas.

—Ya me levanto —dijo, y agarró el edredón.

—No, todavía no.

Gamache hablaba con voz amable pero inflexible, y Jean-Guy soltó la ropa de cama.

—Tenemos que hablar de lo de anoche.

Gamache observó a su inspector, que parecía agotado y desconcertado.

—¿Esas cosas las dijiste en serio? —preguntó Gamache—. ¿Es eso lo que piensas? Porque si es así, tienes que decírmelo ahora, a plena luz del día. Hemos de hablarlo.

—¿Si pienso qué?

—Lo que me reprochaste anoche. Que yo quería que se filtrase el vídeo y que, según tú, yo era igual que el *hacker*.

Beauvoir abrió los ojos con sorpresa.

—¿Yo dije eso? ¿Anoche?

—¿No lo recuerdas?

—Me acuerdo de verlo y de enfadarme, pero no sé por qué. ¿De verdad le dije eso?

—Sí.

El inspector jefe escrutó el rostro de Beauvoir. Su sorpresa parecía auténtica.

Pero ¿era eso mejor? Podía significar que Jean-Guy Beauvoir no pensaba realmente lo que había dicho, pero también que no recordaba. Que tenía lagunas.

El inspector jefe observó a Jean-Guy, y éste, sintiéndose examinado, se sonrojó.

—Lo siento. Claro que no lo pienso. Me cuesta creer que haya dicho algo así. Lo siento.

Su expresión reforzaba la idea.

Gamache alzó la mano.

—Ya lo sé. No he venido a castigarte, sino porque creo que necesitas ayuda.

—No, no la necesito —interrumpió Beauvoir—. Estoy bien, de verdad.

—No estás bien. Estás adelgazando y tienes mucho estrés. Siempre estás de mal humor. Anoche, cuando interrogamos a madame Coates, dejaste aflorar la rabia. Y tomarla con el juez fue imprudente.

—Empezó él.

—No estamos en un patio de colegio, Jean-Guy. Los sospechosos nos ponen a prueba constantemente y debemos mantener la calma. Sin embargo, tú le

permitiste que te sacara de tus casillas.

—Por suerte estaba usted presente para corregirme —admitió Beauvoir.

Gamache lo miró una vez más, pues no se le escapaba el regusto agrio de sus palabras.

—¿Qué te pasa, Jean-Guy? Tienes que contármelo.

—Estoy cansado, nada más. —Se frotó el rostro—. Pero estoy mejorando. Cada vez me siento más fuerte.

—No es cierto. Al principio sí, pero ahora estás empeorando. Necesitas ayuda, debes recuperar las sesiones con los psicólogos de la Sûreté.

—Ya lo pensaré.

—No. Harás más que eso —replicó Gamache—. ¿Cuántas pastillas de oxicodona tomas?

Beauvoir estuvo a punto de protestar, pero se contuvo.

—Las que me recetaron.

—¿Y cuántas son?

El inspector jefe lo miraba con aire severo y la mirada viva.

—Un comprimido por las noches.

—¿Sueles tomar más?

—No.

Se miraron. Los ojos castaños de Gamache se mostraron implacables.

—¿Sueles tomar más? —repitió.

—No —insistió Beauvoir—. Mire, ya tratamos con suficientes yonquis. No quiero convertirme en uno más.

—¿Te parece que ellos sí querían? —preguntó Gamache con voz apremiante—. ¿Crees que eso es lo que Suzanne y Brian y Pineault pensaban que pasaría? Nadie empieza con ese objetivo en mente.

—Es que estoy cansado, ya está. Y un poco estresado. Sólo es eso. Necesito las pastillas para aplacar el dolor un poco, para dormir. Nada más. Se lo prometo.

—Vas a volver a terapia y yo voy a supervisarte. ¿Entiendes?

Gamache se levantó y volvió a dejar la silla en una esquina de la habitación.

—Si no te pasa nada, el terapeuta lo confirmará. Pero si la respuesta es que sí, tendrás que aceptar ayuda.

—¿Como qué?

Beauvoir parecía escandalizado.

—Lo que decidamos entre el terapeuta y yo. Jean-Guy, no se trata de un castigo —explicó Gamache en tono más suave—. Yo mismo sigo yendo. Y aún tengo días malos. Sé lo que estás pasando, pero cada uno de los que estábamos allí sufrimos heridas distintas y nos recuperaremos de forma diferente.

Gamache observó a Beauvoir un momento.

—Sé que para ti esto es horrible: eres un hombre reservado y bueno. Un hombre fuerte. ¿Por qué piensas que te escogí entre cientos de agentes? Eres mi segundo porque confío en ti. Porque sé lo inteligente y lo valiente que eres. Y ahora tienes que serlo aún más, Jean-Guy. Por mí y por el departamento. Por ti mismo. Necesitas ayuda para ponerte bien. Por favor.

Beauvoir cerró los ojos. Y entonces se acordó. De la noche anterior. Había visto la grabación una y otra vez, como si fuese la primera. Se había visto caer.

Y a Gamache abandonarlo. Darle la espalda. Dejarlo morir solo.

Cuando abrió los ojos, el inspector jefe lo estaba mirando con la misma expresión que en la fábrica.

—De acuerdo, haré lo que me dice —accedió Beauvoir.

Gamache asintió.

—*Bon.*

Y se marchó, igual que aquel día aciago. Tal como Beauvoir sabía que continuaría haciendo.

Gamache siempre iba a dejarlo solo.

Jean-Guy Beauvoir metió la mano debajo de la almohada, sacó un frasco y de éste, una pastilla. Se afeitó, se vistió y bajó al vestíbulo. Para entonces volvía a sentirse bien.

—¿Qué has averiguado? —preguntó el inspector jefe Gamache.

Estaban desayunando en el *bistrot*; tenían que hablar y no querían compartir el comedor del bed & breakfast ni la información que iban a tratar con el resto de los huéspedes.

El camarero les había servido unos tazones espumosos de *café au lait*.

—He encontrado esto.

La agente Lacoste dejó las fotocopias del artículo sobre la mesa de madera y miró por la ventana mientras el inspector jefe Gamache y el inspector Beauvoir las leían.

La llovizna se había convertido en una niebla densa y húmeda que se aferraba a las colinas que rodeaban el pueblo y daba a Three Pines una atmósfera muy íntima. Como si el resto del mundo no existiese. Sólo allí, en aquel lugar tranquilo y silencioso.

El fuego crepitaba en el hogar; lo justo para quitar la sensación de frío.

La agente Lacoste estaba exhausta y lo único que quería era coger el tazón de *café au lait* y un *croissant*, y repantigarse en el sofá, delante de la chimenea. Leer uno de los libros de bolsillo más sobados de la librería de Myrna. Una novela vieja de Maigret. Leer y echar un sueñecito delante de la chimenea, mientras el mundo exterior y sus problemas desaparecían en la bruma.

No obstante, sabía que los problemas estaban allí dentro. Atrapados con ellos en el pueblo.

El inspector Beauvoir fue el primero en levantar la cabeza. La miró a los ojos.

—Buen trabajo —la felicitó, y dio unos golpecitos con los dedos en el papel—. Debe de haberte llevado la noche encontrarlo.

—Más o menos —reconoció ella.

Ambos miraron a su jefe, que aparentemente estaba tardando demasiado en leer una reseña corta y punzante.

Al final, Gamache dejó la hoja sobre la mesa y se quitó las gafas justo cuando llegaba el camarero con el desayuno. Tostadas y *confiture* casera para Beauvoir; *crêpes* especiados de arándanos para Lacoste. Durante el camino desde Montreal se había mantenido despierta imaginando el desayuno, pero el real era mejor que cualquiera de sus fantasías. Frente al inspector jefe, el camarero dejó un cuenco de gachas de avena con pasas, nata líquida y azúcar moreno.

Gamache se sirvió un poco de nata y azúcar por encima de las gachas y cogió la fotocopia de nuevo.

Lacoste, al verlo, soltó el cuchillo y el tenedor.

—¿Cree que lo tenemos, jefe? ¿Es el motivo de la muerte de Lillian Dyson?

El inspector jefe respiró hondo.

—Sí. Necesitamos una confirmación, rellenar algunos de los huecos en fechas y datos, pero creo que hemos descubierto el motivo. Y sabemos que también hubo una oportunidad.

Cuando acabaron de desayunar, Beauvoir y Lacoste regresaron al centro de

coordinación, pero Gamache tenía que hacer algo más en el *bistrot*.

Abrió la puerta batiente que daba a la cocina y encontró a Olivier junto a la encimera, cortando fresas y un melón cantaloup.

—¿Olivier?

Éste se sobresaltó y dejó caer el cuchillo.

—Madre mía... ¿Nadie te ha enseñado que no conviene asustar a alguien que tiene un cuchillo en la mano?

—He venido a hablar contigo.

El inspector jefe cerró la puerta.

—Tengo trabajo que hacer.

—Yo también, Olivier. Pero debemos hablar de todos modos.

El cuchillo siguió hundiéndose en las fresas, cortando finas láminas de fruta que se amontonaban en la tabla sobre una pequeña mancha de color rojo.

—Sé que estás muy enfadado conmigo, Olivier, y también que tienes todo el derecho del mundo a sentirte así. Lo que ocurrió es imperdonable, y lo único que puedo decir a mi favor es que no actué con malicia. Jamás tuve intención de perjudicarte.

—Pero lo hiciste de todos modos —interrumpió Olivier, y dio un golpe con el cuchillo—. ¿O acaso crees que en la cárcel me fue mejor por el hecho de que no tuvieras intención de perjudicarme? Cuando esos tipos me rodeaban en el patio, ¿crees que me servía de algo pensar: «Tranquilo, no pasa nada, porque el bueno del inspector jefe Gamache no quería perjudicarme»? —A Olivier le temblaban tanto las manos que tuvo que agarrarse al borde de la encimera—. No tienes ni idea de lo que se siente sabiendo que la verdad saldrá a la luz de un modo u otro. No sabes qué es confiar en los abogados y en los jueces. En ti. Pensar que me iban a soltar y al final oír el veredicto: culpable.

Durante un momento, la rabia de Olivier desapareció y en su lugar mostró asombro, sorpresa. Por esa palabra, por la sentencia.

—Es evidente que era culpable de muchas cosas. No lo niego. Y he intentado compensar a la gente, pero...

—Dales tiempo —aconsejó Gamache en voz baja.

Estaba al otro lado de la encimera con la espalda recta y los hombros hacia atrás. Sin embargo, también se aferraba a la madera. Tenía los nudillos blancos.

—Te quieren. Sería una lástima que no te dieras cuenta de eso.

—No me sermonees sobre la lástima —bramó Olivier.

Gamache lo miró y asintió.

—Lo siento. Sólo quería que lo supieras.

—¿Para qué? ¿Quieres que te perdone? ¿Quieres tranquilizar tu conciencia? Mira por dónde, a lo mejor ésa es tu prisión particular. Tu castigo.

Gamache reflexionó.

—Quizá.

—¿Eso es todo? —preguntó Olivier—. ¿Has terminado?

Gamache respiró hondo y exhaló.

—No, no del todo. Quería preguntarte algo sobre la fiesta de Clara.

Olivier cogió el cuchillo, pero aún le temblaba demasiado la mano para seguir cortando fruta.

—¿Cuándo contratasteis a los del servicio de restauración?

—En cuanto decidimos hacer la fiesta. Hará unos tres meses, supongo.

—¿Fue idea tuya?

—No, de Peter.

—¿Quién confeccionó la lista de invitados?

—Entre todos.

—¿Incluida Clara?

Olivier indicó que sí con una inclinación seca de la cabeza.

—O sea, que semanas antes de la fecha ya había mucha gente que lo sabía.

Olivier repitió el gesto sin ni siquiera mirar al inspector jefe.

—*Merci*, Olivier —dijo Gamache, y esperó un momento observando aquella cabeza rubia, inclinada sobre la tabla de cortar.

—¿Crees que tal vez hayamos acabado en la misma celda? —preguntó Gamache.

Al ver que Olivier no respondía, se dirigió hacia la puerta y se detuvo un instante, vacilando.

—Me pregunto quiénes son los guardias y quién tiene la llave.

Lo contempló un momento y se marchó.

Durante toda la mañana y hasta pasado el mediodía, Armand Gamache y su equipo estuvieron recabando información.

A la una sonó el teléfono. Era Clara Morrow.

—Quería saber si tu gente y tú estáis libres a la hora de comer. Hace tan

mal día que se nos ha ocurrido hacer salmón pochado e invitar a quien pueda venir.

—¿Robado? ¿Robar no es un delito? —preguntó Gamache, que no estaba seguro de haber oído bien.

—No, robado no. Pochado.

—Si te digo la verdad, tengo tanta hambre que cualquiera de las dos opciones me valdría —bromeó Gamache.

—Fabuloso. Va a ser en plan relax, *en famille*.

El inspector jefe sonrió al oír la expresión francesa. Reine-Marie la usaba a menudo y quería decir «ven tal cual», es decir, sin código de vestimenta, pero al mismo tiempo significaba mucho más. No la empleaba para todos los encuentros informales ni con todos los invitados, sino que la reservaba para los especiales: aquellos a los que consideraba familia. Una posición privilegiada, un cumplido. Suponía invitarlos a formar parte de su círculo íntimo.

—Acepto —respondió—. Y estoy seguro de que los demás estarán encantados también. *Merci*, Clara.

Armand Gamache llamó a Reine-Marie antes de ducharse y después miró la cama con deseo.

Su habitación, como el resto de las estancias del bed & breakfast, era de una sencillez sorprendente. Aunque no espartana. Era, a su manera, elegante y lujosa: con ropa de cama blanca y bien planchada, y un edredón de plumón de oca. El suelo, con sus anchos tablones de madera de pino, estaba cubierto con alfombras orientales hechas a mano, piezas que Gabri y Olivier habían recuperado del pasado, de cuando el bed & breakfast era una posada para diligencias. Gamache se preguntó cuántos viajeros habrían descansado en aquella habitación: una pausa en un viaje difícil y plagado de peligros. ¿De dónde vendrían y adónde irían? ¿Habrían llegado a su destino?

El bed & breakfast era una opción mucho más sencilla que el hotel balneario de la colina, y no le cabía duda de que podría haberse alojado allí, pero cuanto mayor se hacía, menos necesitaba. Familia, amigos, libros. Paseos con Reine-Marie y con *Henri*, su perro.

Dormir toda la noche en una habitación sin lujos.

Y en ese momento, sentado en el borde de la cama mientras se ponía los

calcetines, lo único que quería era tumbarse, sentir el edredón mullido y hundirse en él. Cerrar los párpados, que tanto le pesaban, y olvidarse de todo.

Dormir.

Pero aún debía recorrer un tramo del trayecto.

Los agentes de la Sûreté cruzaron el parque, entre la niebla y bajo la lluvia de camino a casa de Clara y Peter.

—Entrad. —Peter los recibió con una sonrisa—. No hace falta que os quitéis los zapatos. Ha venido Ruth y creo que ha pasado por todos los charcos de barro que ha encontrado por el camino.

Miraron el suelo y, en efecto, ahí estaban las huellas.

Beauvoir negó con la cabeza.

—Creía que serían de pezuñas.

—A lo mejor por eso no se quita los zapatos —bromeó Peter.

Los agentes de la Sûreté frotaron las suelas contra el felpudo para limpiarlas cuanto pudiesen.

La casa olía a salmón, con toques de limón y eneldo, y a pan recién hecho.

—La cena está casi lista —anunció el anfitrión atravesando la cocina en dirección al salón.

En cuestión de minutos, Beauvoir y Lacoste tenían sendas copas de vino. Gamache, que se sentía cansado, pidió agua. Lacoste se acercó a Normand y Paulette, y Beauvoir se puso a charlar con Myrna y Gabri, de acuerdo con las sospechas de Gamache, porque se hallaban tan lejos de Ruth como se podía estar.

El inspector jefe hizo un barrido de la estancia. Era una costumbre para él. Se fijó en el lugar que ocupaba cada invitado y en lo que hacían.

Olivier estaba junto a las librerías, de espaldas a la habitación. Aparentaba estar absorto con los volúmenes, pero Gamache tenía la intuición de que había visto esas estanterías muchas veces.

François Marois y Denis Fortin estaban juntos y de pie, pero callados. Y entonces Gamache se preguntó dónde estaba André Castonguay.

Y de inmediato lo encontró. En una esquina, charlando con el juez Pineault mientras, unos pasos más allá, el joven Brian los observaba.

El inspector jefe reparó en la expresión de Brian y trató de descifrarla. Hacía falta esfuerzo para escarbar, más allá de los tatuajes, de la esvástica, la

peineta y el «Fuck You», y ver otras expresiones. No cabía duda de que Brian estaba alerta, atento. No era el joven distante de la noche anterior.

—¿En serio? —preguntó Castonguay en voz alta—. ¿No me digas que te gusta?

Gamache se acercó un poco, mientras todos los demás echaban un vistazo, pero enseguida se alejó de nuevo. Brian, en cambio, se mantuvo firme en su posición.

—No es que me guste, es que me parece genial —decía Pineault.

—Vaya pérdida de tiempo —se quejó el galerista, con voz pastosa.

Se aferraba a una copa de vino tinto casi vacía.

El inspector jefe hizo una maniobra de acercamiento y se dio cuenta de que los dos estaban delante de un cuadro de Clara. En realidad era un estudio de manos. Algunas cogían objetos, otras eran puños apretados, otras se abrían o, según la percepción de cada uno, se cerraban.

—No vale una mierda —afirmó Castonguay.

Pineault le hizo un gesto sutil para que bajase la voz.

—Todo el mundo dice que es genial, pero ¿sabes qué creo yo?

Castonguay se inclinó hacia el juez, y Gamache se fijó en los labios del galerista con la esperanza de descifrar lo que estaba a punto de susurrar.

—La gente que piensa eso es idiota. Imbéciles. Borrachos.

Pero Gamache no tuvo que esforzarse en intentar entenderlo: tanto él como los demás pudieron oírlo sin problemas, pues Castonguay había expresado su opinión a gritos.

Una vez más, el círculo que rodeaba al marchante se agrandó. Pineault miró a su alrededor, y Gamache se imaginó que buscaba a Clara. Esperaba que ella no hubiese oído lo que uno de sus invitados tenía que decir sobre su trabajo.

Después, el juez volvió a mirar a Castonguay y lo hizo con muy poca simpatía. Gamache ya había visto esa expresión en los tribunales. Rara vez iba dirigida a él; más que nada, sino más bien a algún pobre abogado que había transgredido algún límite.

Si Castonguay hubiera sido la *Estrella de la Muerte*, le habría explotado la cabeza.

—Siento oírte decir eso, André —se lamentó Pineault con voz gélida—. Puede que un día sientas algo parecido a lo que opino yo.

El juez dio media vuelta y lo dejó ahí plantado.

—¡Sentir! —espetó Castonguay a la espalda del juez—. Sentir... Madre mía,

a lo mejor te convendría usar más la cabeza.

Pineault, aún de espaldas al galerista, vaciló. Todos los asistentes estaban en silencio, pendientes de su discusión, pero el juez siguió caminando.

Y Castonguay se quedó solo.

—Tiene que tocar fondo —vaticinó Suzanne.

Gamache miró a su alrededor buscando a Clara, pero por suerte no la vio allí. Debía de estar en la cocina, preparando la cena. Por la puerta emanaban aromas deliciosos que casi lograban disimular el hedor de las palabras de Castonguay.

—Bueno, Suzanne —soltó Ruth después de darle la espalda al marchante, que se tambaleaba en una esquina—, me han dicho que eres alcohólica.

—Sí, es cierto —respondió Suzanne—. De hecho, soy descendiente de una larga saga de bebedores. A ellos les valía cualquier cosa: el líquido de los mecheros, las algas de los estanques. Uno de mis tíos juraba que era capaz de convertir la orina en vino.

—¿De verdad? —preguntó Ruth con interés—. Yo convierto el vino en orina. ¿Consiguió perfeccionar el proceso?

—Bueno, como era de esperar, murió antes de que yo naciese, pero mi madre tenía un alambique y fermentaba cualquier cosa: guisantes, rosas, bombillas...

Ruth la miraba con escepticismo.

—¡Venga ya! ¿Guisantes?

Aun así, tenía cara de estar dispuesta a probarlo. Le dio un sorbo a su copa y se la acercó a Suzanne.

—Apuesto a que tu madre no cató esto.

—¿Qué es? —quiso saber Suzanne—. Si es una alfombra oriental destilada, eso también lo probó. Sabía igual que mi abuelo, pero hacía su servicio.

Ruth parecía impresionada, pero respondió que no con la cabeza.

—Es mi mezcla especial: ginebra, angostura y lágrimas de bebé.

A Suzanne no le sorprendió.

Armand Gamache prefirió no sumarse a la conversación, y justo en ese momento oyeron a Peter.

—¡A cenar!

Los invitados entraron en la cocina en fila india.

Clara había puesto velas alrededor de toda la estancia y jarrones con flores en el centro de la larga mesa de pino.

Mientras el inspector jefe se sentaba, se percató de que no sólo los tres marchantes parecían ir en grupo, sino que los tres miembros de Alcohólicos Anónimos, Suzanne, Thierry y Brian, tampoco se separaban.

—¿En qué piensas? —preguntó Myrna, sentada a su derecha y ofreciéndole la cestita con *baguettes* recién horneadas.

—En grupos de tres.

—¿De verdad? La última vez que hablamos estabas pensando en Humpty Dumpty.

—Esto es la repera —musitó Ruth al otro lado del inspector jefe—, este asesinato no se va a resolver en la vida.

Gamache miró a la anciana poeta.

—Adivina qué estoy pensando ahora.

Ella lo contempló con sus fríos ojos azules entrecerrados y una expresión pétrea, pero enseguida se echó a reír.

—No te falta razón —corroboró, y cogió un pedazo de pan—. Soy todo eso y más.

La bandeja con el salmón pochado pasaba de mano en mano, al tiempo que las verduras de temporada y la ensalada circulaban en dirección contraria. Todos se sirvieron.

—Así que grupos de tres —repitió, y señaló a los marchantes con la barbilla—. ¿Te refieres a Groucho, Harpo y Chico?

François Marois se reía, pero André Castonguay tenía la mirada nublada y cara de pocos amigos.

—Los tríos tienen una tradición muy larga —explicó Myrna—. Todos pensamos en parejas, pero las tríadas son muy comunes. Incluso místicas, como la Santísima Trinidad.

—O las tres Gracias —apuntó Gabri mientras se servía verduras—. Como en tu cuadro, Clara.

—Las tres Parcas —contribuyó Paulette.

—También está «buscarle tres pies al gato» —aportó Denis Fortin—. Y «preparados, apunten... —miró a Marois—, fuego». Pero no somos los únicos que vamos de tres en tres.

Gamache lo observó con intriga.

—Ustedes también —dijo Fortin, y miró al inspector jefe, a Beauvoir y a Lacoste.

Gamache se rió.

—No se me había ocurrido, pero es verdad.

—Los tres cerditos —sugirió Ruth.

—Three Pines —añadió Clara—. Puede que vosotros seáis los tres pinos que nos mantienen a salvo.

—Pues no han hecho más que cagarla —criticó Ruth.

—Menuda conversación más estúpida —farfulló Castonguay, y un instante después se le cayó el tenedor.

Miró el cubierto con rabia y una expresión bobalicona en la cara. Se hizo el silencio.

—No importa —intervino Clara con buen humor—, te daré otro.

Se levantó, pero Castonguay estiró el brazo para detenerla.

—No tengo hambre —se excusó con voz lastimera.

No alcanzó a Clara, pero le dio un golpe a Lacoste sin querer. La agente estaba a su lado.

—Lo siento —musitó.

Peter, Gabri y Paulette se pusieron a hablar a la vez, en voz alta y animadamente.

—No quiero —soltó Castonguay al ver que Brian le ofrecía la bandeja de salmón.

De pronto el galerista se fijó en el joven.

—Joder... ¿A ti quién te ha invitado?

—La misma persona que a ti —contestó Brian.

Peter, Gabri y Paulette subieron el volumen y entusiasmo de su conversación.

—¿Qué eres? —preguntó Castonguay, arrastrando la erre y tratando de enfocar la vista—. Por el amor de Dios, no me digas que también eres artista. Tienes pinta de estar jodido, así que quién sabe.

—Sí, soy artista. Hago tatuajes.

—¿Qué? —preguntó Castonguay, extrañado.

—No pasa nada, André —lo calmó François Marois con voz tranquilizadora.

Al parecer, las palabras de Marois surtieron efecto, y Castonguay se quedó mirando el plato como hipnotizado, meciéndose levemente.

—¿Quién quiere repetir? —preguntó Peter con voz animada.

Nadie levantó la mano.

VEINTISÉIS

—Bueno, ¿habéis tenido oportunidad de hablarlo? —preguntó Denis Fortin.

Habían salido al porche a tomar el café y una copita de coñac.

—¿Hablar de qué? —preguntó Peter, que se volvió hacia el galerista con expresión inquisitiva.

Hasta un momento antes observaba el paisaje mojado. Aún caía una llovizna suave.

Fortin miró a Clara.

—¿No se lo has dicho?

—Todavía no —respondió Clara con sentimiento de culpa—. Pero lo haré.

—¿El qué? —insistió Peter.

—Vine ayer para preguntaros a Clara y a ti si os interesaría que os representase. Sé que la fastidié la primera vez, y lo siento mucho. Pero estoy...

—Hizo una pausa para ordenar las ideas. Acto seguido, miró a Peter primero y luego a Clara—. Os estoy pidiendo una segunda oportunidad. Me gustaría demostrar que hablo en serio. Estoy convencido de que los tres formaríamos un gran equipo.

—¿Qué opinas? —preguntó el inspector jefe Gamache.

Inclinó la cabeza hacia la ventana para señalar a Peter, a Clara y a Fortin, que charlaban en el porche.

—¿Sobre ellos? —preguntó Myrna.

No oían la conversación, pero era fácil de adivinar.

—¿Crees que Fortin convencerá a Clara para que le dé otra oportunidad?

El inspector jefe dio un trago al *espresso* doble.

—No es Fortin quien la necesita —aseveró Myrna.

Gamache la miró.

—¿Peter?

Myrna permaneció en silencio, y Gamache se preguntó si Peter le había contado a Clara su papel en la corrosiva crítica de hacía tantos años.

—Creo que necesitamos tiempo para pensarlo —contestó Clara.

—Lo entiendo —concedió Fortin con una sonrisa encantadora—. No quiero presionaros. Lo único que diré es que tal vez os convenga escoger una galería joven que esté creciendo. A alguien que no se vaya a jubilar en los próximos años. Pensadlo, nada más.

—Sí, eso es importante —concedió Peter.

Tiempo atrás, eso habría bastado para que Clara decidiese contratar a Fortin: el evidente entusiasmo de su marido. Porque confiaba por completo en que él sabía lo que era mejor para ellos. Para los dos. Daba por hecho que Peter quería lo mejor para ella.

Sin embargo, en ese momento, al mirar al hombre con el que había compartido los últimos veinticinco años, se daba cuenta de que no tenía ni idea de qué quería él, pero estaba segura de que no era lo que a ella más le convenía.

Clara no sabía qué hacer, aunque tenía claro que algo debía cambiar.

Era obvio que Peter estaba esforzándose. Trataba por todos los medios de cambiar. Pero quizá había llegado el momento de que ella también lo intentase.

—¿Te das cuenta de que todavía está sufriendo? —preguntó Myrna.

—¿Quién, Peter? —dijo Gamache, y se fijó en dónde tenía ella puesta la mirada.

Ya no estaba observando a las tres personas del porche, sino a alguien que se encontraba más cerca. A JeanGuy Beauvoir, que estaba con Ruth y Suzanne.

Ruth daba señales de estar prendada de la extravagante exbebadora a quien, al parecer, no se le acababan las recetas para destilar muebles.

—Sí, lo sé —respondió Gamache en voz baja—. Esta mañana he hablado con Jean-Guy.

—¿Qué dice él?

—Que está bien, mejorando, pero es obvio que no es así.

Myrna tardó un momento en contestar.

—No, no está bien. ¿Te ha dicho qué es lo que lo hace sufrir?

Gamache observó el rostro de Myrna.

—Se lo he preguntado, pero no ha querido contármelo. He dado por sentado que es la combinación de las lesiones que sufrió en la fábrica y de la pérdida de tantos compañeros.

—Sí, pero creo que es algo más específico. De hecho, lo sé porque él mismo me lo ha dicho.

Gamache le prestó toda su atención. En segundo plano, Castonguay levantó la voz: indignado, quejumbroso, irascible. Aun así, nada conseguiría que apartase la mirada de Myrna en ese momento.

—¿Qué te ha dicho?

Myrna examinó a Gamache.

—No te va a gustar.

—Ni una sola cosa de lo que ocurrió aquel día me gusta, pero necesito oírlo de todos modos.

—Sí —respondió Myrna, convencida por fin—. Se siente culpable.

—¿Por qué? —preguntó Gamache, asombrado.

No era la respuesta que esperaba.

—Por no haber sido capaz de ayudarte. No ha podido superar ese momento, cuando te vio caer y no pudo hacer nada. Porque tú sí lo ayudaste.

—Pero eso es ridículo. Él no estaba en condiciones.

—Eso lo sabes tú, y también lo sé yo. Incluso él. Pero una cosa es saberlo y otra muy diferente, lo que sentimos.

A Gamache se le cayó el alma a los pies. Se acordó del hombre de aspecto enfermizo al que se había enfrentado de madrugada en el centro de coordinación, su rostro aún más pálido bajo la intensa luz de la pantalla. Estaba viendo el maldito vídeo una y otra vez.

Sin embargo, Jean-Guy no llegaba a la escena en la que el inspector jefe era abatido a tiros: visionaba las imágenes del momento en el que él mismo caía herido. Se lo contó a Myrna.

Ella suspiró.

—Creo que está castigándose. Como si se mutilase con un cuchillo, sólo que el vídeo es la hoja.

«El vídeo», pensó Gamache. Notaba cólera creciendo en su interior. El maldito vídeo. Como si no hubiera hecho ya suficiente daño, ahora estaba acabando con un hombre al que quería.

—Le he ordenado volver a terapia.

—¿Se lo has ordenado?

—Al principio era una sugerencia —explicó el inspector jefe—, pero al final ha sido una orden.

—¿Se ha mostrado reticente?

—Mucho.

—Te quiere —afirmó Myrna—: ése es su camino a casa.

Gamache miró a Jean-Guy y lo saludó desde el otro lado del salón, donde estaban casi todos los invitados. Una vez más, lo vio desplomarse. Dar con los huesos en el suelo.

Y Jean-Guy, desde el otro lado, sonrió y le devolvió el saludo.

Vio como Gamache bajaba la mirada, con los ojos llenos de preocupación.

Y, a continuación, la apartaba.

—Qué lástima —se quejó Castonguay con desdén, e hizo un gesto que abarcaba toda la habitación—. Ya está: es el fin del mundo. El fin de la civilización.

Agitó la copa en dirección a Brian.

—Éste se dedica a tatuar «Amor de madre» a los moteros y dice que es artista. *Maudit tabernac*.

—Venga, vamos a tomar el aire —propuso Thierry Pineault.

Agarró a Castonguay del brazo e intentó llevarlo a la entrada, pero el galerista se lo sacudió de encima.

—No he visto un buen artista desde hace años. Ella no lo es, desde luego.

—Señaló a Clara, que entraba procedente del porche—. Lleva años dando vueltas en el sumidero. Sus temas están trillados. Cosas sentimentales. Retratos...

Esa última palabra casi la había escupido.

Los invitados se apartaban de ellos y dejaban un vacío alrededor de Castonguay.

—Y él... —continuó Castonguay, que acababa de escoger a su siguiente víctima: Peter—. Lo suyo no está mal. Es convencional, pero podría vendérselo a Kelley Foods. Para que lo escondan en la oficina de Guatemala. Depende de cuánto pueda emborrachar a los compradores, aunque los cabrones de Kelley no permiten que se beba en las reuniones. Dicen que perjudica la imagen corporativa. Así que, Morrow, supongo que no podré vender tus cuadros. Pero te lo creas o no, él tampoco. —Castonguay clavó una mirada beligerante en Denis Fortin—. ¿Qué te ha prometido? ¿Exposiciones individuales? ¿Una conjunta? ¿O es que no te ha ofrecido nada? Con lo poco que sabe de arte, sería mejor que se dedicara vender muebles de jardín. Como

artista no valía una mierda, y como galerista, lo mismo digo. Lo único que se le da bien es joder al personal.

Gamache intercambió una mirada con Beauvoir, que hizo una señal sutil a Lacoste. Los tres agentes se colocaron alrededor de Castonguay, pero no lo interrumpieron.

François Marois apareció junto a Gamache.

—Paradle los pies —susurró.

—No ha hecho nada malo —respondió el inspector jefe.

—Está humillándose —apuntó Marois, que parecía nervioso—. No se lo merece, está enfermo.

—Y, a ver, vosotros dos —continuó Castonguay.

Se dio media vuelta, perdió el equilibrio y chocó contra el sofá.

—Virgen santa —soltó Ruth—, qué pesados son los borrachos.

Castonguay se irguió y se dirigió a Normand y Paulette.

—No penséis que no nos damos cuenta de lo que hacéis aquí.

—Hemos venido a la fiesta de Clara —explicó Paulette.

—Chist. No lo calientes más —dijo Normand.

Pero ya era demasiado tarde, y Castonguay los tenía en el punto de mira.

—Sí, pero ¿para qué os habéis quedado? Porque para dar vuestro apoyo a Clara no ha sido —soltó entre risas—. Los únicos que se odian entre sí más que los poetas son los artistas. —Se volvió hacia Ruth e hizo una reverencia exagerada—. Madame.

—Maldito imbécil —espetó Ruth, y se volvió hacia Gabri—. Aunque debo decir que lleva razón.

—Odiáis a Clara. Odiáis sus cuadros y a todos los pintores.

Castonguay se acercó a la pareja.

—Seguro que hasta os odiáis el uno al otro. Y a vosotros mismos. Igual que a la muerta, y con razón.

—Ya está bien —le advirtió Marois ante el silencio de los demás, y se acercó a Castonguay—. Es hora de dar las buenas noches a esta gente tan agradable y de irse a la cama.

—¡Yo no me voy a ninguna parte! —gritó el galerista, y retorció el brazo para liberarse de Marois.

En ese momento, el resto de los invitados dio un paso atrás, mientras que Gamache, Beauvoir y Lacoste lo dieron hacia delante.

—Ya os gustaría. Ya os gustaría que me fuese. Pero yo la encontré primero.

Iba a contratarla yo, y tú me la quitaste.

Castonguay hablaba cada vez más alto, y al final arrojó la copa a Marois. Pasó volando a su lado, y se hizo añicos contra la pared.

Entonces, Castonguay se abalanzó sobre el marchante, le echó las manos al cuello y lo empujó con fuerza.

Los agentes de la Sûreté intervinieron al instante. Gamache y Beauvoir agarraron a Castonguay, y Lacoste trató de interponerse entre los vendedores de arte. Tras un forcejeo, consiguieron separar a Castonguay de Marois.

François Marois miró horrorizado a su colega, con las manos alrededor del cuello. Y no era el único. Ninguno de los presentes conseguía apartar la vista de Castonguay mientras lo arrestaban y se lo llevaban.

Armand Gamache y Jean-Guy Beauvoir regresaron a casa de Peter y Clara una hora más tarde. Esa vez Gamache sí aceptó una bebida con alcohol y se hundió en el sillón grande que le ofreció Gabri.

Todos seguían allí, tal como él esperaba. Estaban demasiado excitados por los acontecimientos y tenían demasiadas preguntas sin resolver como para irse a la cama. No se veían capaces de descansar.

Y él tampoco.

—Hum —dijo después de un sorbo de coñac—, está bueno.

—Vaya día —comentó Peter.

—Y aún no ha terminado. La agente Lacoste está ocupándose de monsieur Castonguay y de todo el papeleo.

—¿Ella sola? —preguntó Myrna, y miró a Gamache y Beauvoir.

—Sabe lo que se hace —respondió el inspector jefe.

La expresión de Myrna decía que esperaba que tuviesen razón.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Clara—. Estoy hecha un lío.

Gamache se echó adelante en el sillón, y los demás se sentaron en sillas, sillones y reposabrazos. Sólo Beauvoir y Peter permanecieron de pie. Peter, como buen anfitrión, y el inspector, como buen agente de policía.

Fuera volvía a llover con más fuerza y se oía el repiqueteo en los cristales. Como la puerta del porche seguía abierta para que entrase aire fresco, también oían las gotas caer sobre las hojas.

—La clave de este asesinato son los contrastes —explicó Gamache en voz baja y amable—: sobrio y bebido; apariencia y realidad. Cambios a mejor, o a

peor. El juego de la luz y la oscuridad.

Miró los rostros atentos de su público.

—En el *vernissage* —explicó Gamache, y miró a Clara—, alguien usó una palabra para describir tus cuadros.

—Casi prefiero no preguntar —afirmó ella con una sonrisa temerosa.

—Claroscuro. Es el contraste entre la luz y la oscuridad, la yuxtaposición de ambas, algo que tú creas en tus retratos. Con los colores que utilizas, con las sombras, pero también tiene que ver con las emociones que tu trabajo evoca. Sobre todo, en el retrato de Ruth.

—¿Hay uno de mí?

—En ese cuadro, el contraste es mayor. Los tonos oscuros, los árboles del fondo. La cara parcialmente ensombrecida, la expresión tormentosa. Salvo un pequeño punto. Una diminuta alusión a la luz, en sus ojos.

—Esperanza —apuntó Myrna.

—Esperanza. O quizá no —siguió Gamache, y se volvió hacia François Marois—. Cuando estábamos delante del retrato, usted preguntó algo curioso, ¿lo recuerda?

El marchante parecía perplejo.

—¿Yo dije algo útil?

—¿No se acuerda?

Marois guardó silencio un momento, pues era una de esas pocas personas que pueden hacer esperar a los demás sin angustiarse. Al final, sonrió.

—Le pregunté si pensaba que era real.

—Eso es —contestó el inspector jefe—. ¿Era de verdad o un efecto de la luz? Una promesa de esperanza que después se nos niega. Un hecho cruel. —Miró a los presentes—. Ésa es la clave de este asesinato: la cuestión sobre hasta qué punto la luz era auténtica. Si la persona era feliz de verdad, o si fingía serlo.

—«¡Y no los saludaba! Estaba ahogándome!» —recitó Clara.

Reparó en los ojos amables de Gamache, junto a la profunda cicatriz.

—«Nadie oyó al muerto» —Y citó textualmente:

Nadie oyó al muerto lamentarse.

¡Cómo no se dieron cuenta ustedes!

¡Yo estaba mucho más, mucho más lejos!

¡Y no los saludaba! ¡Estaba ahogándome!

Esa vez, mientras recitaba el poema, Clara no pensó en Peter. Se acordó de otra persona.

De sí misma, que se había pasado toda la vida fingiendo. Mirando el lado bueno de las cosas, aunque no siempre lo sintiese así. Pero las cosas no seguirían siendo de ese modo. Las cosas iban a cambiar.

El salón se quedó en silencio, salvo por el suave golpeteo de las gotas.

—*C'est ça* —repuso Gamache—. ¿Cuántas veces hemos confundido una cosa con otra? ¿Cuántas veces hemos tenido demasiado miedo o íbamos con demasiada prisa como para distinguir lo que ocurría en realidad? Que alguien se estaba hundiendo.

—Pero a veces las personas se salvan.

Todos se volvieron hacia el hombre que había hablado. Era el joven Brian.

Gamache lo contempló unos instantes en silencio mientras observaba los tatuajes, los *piercings*, los remaches de la ropa y a través de la piel. El inspector jefe asintió lentamente y después miró a los demás.

—La cuestión que nos preocupaba era si Lillian Dyson se había salvado. ¿Había cambiado o era una falsa esperanza? Era alcohólica; una mujer cruel, amargada y egocéntrica que hería a todo el que la rodeaba.

—Pero no siempre fue así —intervino Clara—. Hubo un tiempo en que era agradable. Una buena amiga.

—La mayoría de las personas lo son —contribuyó Suzanne—, al principio. La gente no nace en la cárcel ni debajo de un puente ni en un fumadero de *crack*. Eso es algo que te pasa durante la vida.

—Las personas pueden cambiar a peor —dijo Gamache—, pero ¿cuántas veces vemos a alguien que de verdad lo ha hecho a mejor?

—Yo estoy convencida de que también es posible —afirmó Suzanne.

—¿Cree que Lillian había cambiado? —preguntó Gamache.

—Creo que sí. Al menos lo estaba intentando.

—¿Y usted?

—¿Yo qué? —preguntó Suzanne, aunque debía de saber a qué se refería el inspector jefe.

—Si ha cambiado.

Se produjo una larga pausa.

—Espero que sí.

Gamache bajó la voz, y todos tuvieron que esforzarse por oír.

—Pero ¿es esperanza verdadera, o un efecto de la luz?

VEINTISIETE

—Usted nos ha mentado una y otra vez y después ha intentado hacerlo pasar por un mero hábito —acusó Gamache sin quitarle ojo a Suzanne—. A mí no me parece un cambio verdadero. Más bien me suena a ética oportunista. A cambiar, pero siempre y cuando le convenga. Sin embargo, muchas de las cosas que han sucedido en los últimos días han sido de lo más inadecuado para usted, aunque otras no lo han sido tanto. Por ejemplo, que su ahijada acudiera a la fiesta de Clara, sin ir más lejos.

—Yo ni siquiera sabía que Lillian estaba aquí —protestó Suzanne—. Ya se lo he dicho.

—Cierto. Pero es que nos ha dicho muchas otras cosas. Por ejemplo, que no sabía a quién se refería la famosa cita «Es un generador nato. Produce arte como si se tratara de una función fisiológica», cuando hablaba de usted. De usted.

—¿Era sobre ti? —preguntó Clara, y se volvió hacia la extravagante mujer.

—Esa crítica fue el último empujón —continuó Gamache—. Después de eso, usted se precipitó al vacío. Y aterrizó en Alcohólicos Anónimos, donde puede que cambiase, o que no. Pero usted no era la única de su grupo que mentía.

Gamache miró al hombre que estaba sentado en el sofá, junto a ella.

—Usted también mintió, señor.

El presidente de la Corte Suprema de Quebec se mostró asombrado.

—¿Que yo he mentado? ¿Qué he dicho?

—En realidad, ha pecado más bien de omisión, aunque no deja de ser una falsedad. Conoce a André Castonguay, ¿verdad?

—No se lo sabría decir.

—Bueno, permítame que le ahorre el esfuerzo de hacer memoria: monsieur Castonguay tenía que dejar de beber si quería mantener el contrato con Kelley Foods. Tal como él mismo ha dicho, la empresa promulga a los cuatro vientos que no permite el alcohol y, en cambio, era de sobra conocido que él tenía

problemas con la bebida. Así que acudió a Alcohólicos Anónimos.

—Si usted lo dice —respondió Thierry.

—Cuando usted llegó ayer a Three Pines, pasó una hora en la librería de Myrna. Es una tienda con mucho encanto, pero una hora resulta un tanto excesivo. Después, cuando nos sentamos fuera, en la *terrace*, usted insistió en escoger una mesa pegada a la pared y se colocó de espaldas al pueblo.

—Elegí el peor sitio por cortesía, inspector jefe.

—También porque le convenía. Porque estaba escondiéndose de alguien. No obstante, al final de nuestra charla, se levantó y se fue despreocupadamente con Suzanne al bed & breakfast.

Thierry Pineault y Suzanne se miraron.

—Ya no necesitaba ocultarse. Eché un vistazo a mi alrededor y traté de comprender qué había cambiado. Sólo una cosa: André Castonguay se había marchado. Iba tambaleándose de camino al hotel balneario.

El juez Pineault no soltaba prenda. Se limitaba a observar a Gamache con expresión pétrea.

—Esta noche he cometido un pequeño error —admitió el inspector jefe—. Cuando hemos llegado, usted y Castonguay estaban hablando en un rincón. Parecía que discutían, y yo he dado por sentado que era una conversación sobre los cuadros de Clara.

Miró el lugar donde colgaba el estudio de las manos, y los demás hicieron lo mismo.

—*Désolé* —le dijo a Clara, que sonrió.

—La gente discute sobre mis obras constantemente. No me afecta.

Sin embargo, Gamache no estaba de acuerdo. Afectaba a muchas cosas.

—Me equivocaba —continuó el inspector jefe—, porque no hablaban de si la pintura de Clara era buena o no, sino de Alcohólicos Anónimos.

—No era una discusión —explicó Pineault, y respiró hondo—. Más bien era una puesta en común: no se puede discutir con un borracho. Y tampoco sirve de nada intentar venderle la moto de Alcohólicos Anónimos.

—Además —añadió Gamache—, él ya lo había probado.

Se miraron, muy serios, y al final Pineault asintió con la cabeza.

—Vino hace un año, desesperado por dejar de beber —admitió el juez—. Pero no le funcionó.

—Usted lo conocía de allí —continuó Gamache—, y sospecho que lo conocía bien.

Pineault asintió de nuevo.

—Era mi ahijado. Intenté ayudarlo, pero no lograba avanzar

—¿Cuándo dejó de asistir a las reuniones?

Pineault lo pensó.

—Hará unos tres meses. Lo llamé, pero no me devolvía las llamadas. Al final me di por vencido e imaginé que volvería cuando tocase fondo.

—Cuando lo vio ayer aquí, borracho, de inmediato se dio cuenta del problema —prosiguió Gamache.

—¿Qué problema? —preguntó Suzanne.

—Cuando André acudió a Alcohólicos Anónimos, conoció a mucha gente —explicó Pineault—. Incluida Lillian. Alguien los presentó, y ella lo reconoció enseguida. Le contó que pintaba y le mostró su trabajo. Él me lo explicó y le aconsejé que dejase el tema; que los hombres tenían que estar con los hombres y que, además, el objetivo de las reuniones no era hacer contactos de trabajo.

—¿Hablar sobre sus cuadros va en contra de las normas? —preguntó Gamache.

—No hay normas —afirmó Thierry—, pero no es buena idea. Dejar de beber es muy difícil, no hace falta mezclarlo con los negocios.

—Pero Lillian no estaba de acuerdo —dijo Gamache.

—Yo no estaba al corriente de esto —confesó Suzanne—. Si me lo hubiese contado, le habría dicho que parase. Supongo que por eso me lo ocultó.

—Entonces André dejó Alcohólicos Anónimos —continuó Gamache, y Pineault asintió—, pero había un problema.

—Como ha dicho, André tenía un cliente muy importante —explicó Thierry—: Kelley Foods. Y vivía con el miedo irracional de que alguien le revelase que seguía bebiendo.

—Pero no habría podido mantenerlo en secreto mucho tiempo —intervino Myrna—. Si los días que ha pasado aquí son un reflejo de su vida, se podría decir que pasa más tiempo borracho que sobrio.

—Así es —convino Thierry—. Era evidente que, tarde o temprano, André lo perdería todo.

—En cuanto lo vio aquí, se dio cuenta de que tal vez eso ya había ocurrido —continuó Gamache—. Usted es juez, a menudo en casos de asesinato, y sabe recomponer las pistas.

Pineault parecía estar pensando qué decir a continuación. Todos se

volvieron hacia él, atraídos por el silencio y la promesa de una historia.

—Tenía el presentimiento de que Lillian había venido a la fiesta a enfrentarse a él. De que se habían encontrado en el jardín de Clara, y ella lo había amenazado con contar a los de Kelley Foods que bebía, a menos que él accediese a ser su representante —explicó Pineault—. Ya lo ha visto esta noche, ha perdido el control no sólo sobre la bebida sino también sobre sus emociones.

Pineault guardó silencio unos instantes, pero Gamache lo instó a seguir.

—Continúe.

Tuvieron que esperar un poco más; con los ojos bien abiertos y la respiración contenida.

—Me preocupaba que Lillian lo hubiera presionado demasiado. Que lo amenazase con hacerle chantaje.

Pineault dejó de hablar una vez más, y tras una pausa insoportable, Gamache lo apremió de nuevo.

—Continúe.

—Creía que tal vez la había matado él. Demasiado borracho para darse cuenta. Pensaba que quizá ni siquiera se acordaba de haberlo hecho.

Gamache se planteó si un jurado o un juez aceptarían eso. Si tendría efecto sobre la decisión final. También se preguntó si alguien más se había percatado de lo mismo que él.

El inspector jefe esperó.

—Pero —empezó a decir Clara, perpleja— monsieur Castonguay acaba de acusarlo de robarle a Lillian, ¿no?

Se volvió hacia François Marois. El marchante guardó silencio. Clara fruncía el ceño, concentrada, mientras intentaba juntar las piezas. Entonces miró a Gamache.

—¿Has visto los cuadros de Lillian?

Él asintió con la cabeza.

—¿Eran buenos? ¿Vale la pena pelearse por ellos?

Otra respuesta afirmativa.

Clara parecía sorprendida, pero aceptó la opinión de Gamache.

—Entonces, no le habría hecho falta chantajear a Castonguay. De hecho, según parece, él estaba desesperado por ficharla. Lillian no necesitaba enfrentarse a él. Estaba convencido, quería los cuadros. A menos que —continuó Clara mientras ataba más cabos— eso fuese lo que lo destrozó.

Miró a Gamache, pero su expresión no revelaba nada. Escuchaba con atención, pero nada más.

—Castonguay sabía que iba a perder Kelley Foods —siguió Clara, repasando los hechos con cautela—. Era algo inevitable desde el momento en que dejó de ir a Alcohólicos Anónimos. Sólo podría mantener la esperanza si lograba sustituirlo con otra cosa. Con un artista. Pero no podía ser cualquiera: tenía que ser alguien brillante, alguien que salvase la galería. Su carrera. Alguien que nadie más conociese. Su propio descubrimiento.

A su alrededor no había más que silencio. Hasta la lluvia había parado, tal vez para escuchar mejor.

—Lillian y sus obras podían salvarlo —continuó Clara—. Pero ella hizo algo que Castonguay no había anticipado; hizo lo de siempre: preocuparse por sí misma. Habló con Castonguay, pero también con monsieur Marois, un marchante con más influencia. —Clara se volvió hacia este último—. Y usted la aceptó.

La cara de François Marois había mudado de una sonrisa amable y benévola a una mueca.

—Lillian Dyson era una mujer adulta. No estaba atada a André por ningún contrato —explicó Marois—. Era libre de escoger a quien quisiese.

—Castonguay la vio en la fiesta que celebramos aquí —prosiguió Clara, sin dejar que la mirada de rabia de Marois la intimidase—. Es probable que quisiera hablar a solas con ella, así que debió de llevarla al jardín para tener algo de intimidad.

Todos se imaginaron la escena. Los violinistas, la gente bailando, las risas.

Castonguay ve a Lillian a su llegada, bajando por la *rue du Moulin*, donde ha aparcado el coche. Se ha tomado ya algunas copas y se apresura a interceptarla, ansioso por cerrar el trato antes de que ella pueda hablar con alguien más en la fiesta. Con los marchantes, galeristas y conservadores.

La lleva hasta el jardín más cercano.

—Quizá ni siquiera se diese cuenta de que era el nuestro —supuso Clara.

Hablaba sin apartar la vista de Gamache, que seguía sin soltar prenda. Sólo escuchaba, nada más.

Respiraban silencio. Era como si el mundo se hubiese detenido, como si se hubiera reducido a ese instante.

A ese lugar. A esas palabras.

—Entonces Lillian le anunció que había firmado un contrato con François

Marois.

Clara calló. Se imaginaba al galerista caído en desgracia. Pasaba de los sesenta y estaba arruinado. Era un hombre destrozado y borracho. Y le habían asestado el golpe final. ¿Cuál fue su reacción?

—Ella era su última esperanza —continuó Clara en voz baja—. Y ahora ésta se ha desvanecido.

—Alegará incapacidad legal por embriaguez o bien homicidio sin premeditación —aportó el juez Pineault—. En ese momento debía de estar borracho.

—¿En qué momento? —preguntó Gamache.

—Cuando mató a Lillian —afirmó Thierry.

—Es que André Castonguay no la mató. El asesino está en esta sala.

VEINTIOCHO

Incluso Ruth prestaba atención. Fuera llovía de nuevo. Las gotas caían del cielo oscuro, golpeaban con fuerza las ventanas y formaba regueros que descendían por los viejos cristales. Peter se acercó a la puerta del porche y la ajustó.

Estaban encerrados.

Regresó con los demás, que se apiñaban formando un círculo irregular. Se miraron.

—¿Que Castonguay no mató a Lillian? —repitió Clara—. Entonces, ¿quién lo hizo?

Se observaron unos a otros, con cuidado de no mirarse a los ojos. Y después todos volvieron a fijarse en Gamache: el centro del círculo.

Las luces parpadearon, y a través de las ventanas cerradas, oyeron el rugido de un trueno. El bosque oscuro que los rodeaba se iluminó con un fogonazo breve. Y de nuevo se sumió en la negrura.

Gamache hablaba en voz baja. Entre la lluvia y los truenos apenas se le oía.

—Una de las primeras cosas que nos sorprendieron de este caso fue el contraste entre las dos Lillian. La mujer horrible que conocías tú —dijo, y miró a Clara— y la mujer amable y feliz que describía usted —añadió, dirigiéndose a Suzanne.

—Claroscuro —apuntó Denis Fortin.

Gamache le dio la razón con una inclinación de cabeza.

—Exacto: luz y oscuridad. En realidad, ¿quién era ella? ¿Cuál era la auténtica Lillian?

—¿La gente cambia? —planteó Myrna.

—¿La gente cambia —repitió Gamache—, o acaba volviendo a ser la misma de siempre? No cabe duda de que, en el pasado, Lillian Dyson fue una persona espantosa que hería a todo aquel que tuviera la mala suerte de cruzarse con ella. No sentía más que amargura y lástima de sí misma; esperaba que se lo diesen todo hecho y cuando no era así, no lo soportaba. Tardó

cuarenta años, pero al final perdió el control de su vida, a causa del alcohol.

—Tocó fondo —apuntó Suzanne.

—Y se hizo pedazos —repuso Gamache—. Y aunque todos teníamos claro que en su momento había sido un auténtico desastre, veíamos con la misma claridad que estaba intentando curarse. Que con la ayuda de Alcohólicos Anónimos pretendía recoger los pedazos y encontrar... —Miró a Suzanne—. ¿Cómo lo describió usted?

Al principio se mostró confusa, pero enseguida esbozó una leve sonrisa.

—Un lugar tranquilo al sol.

Gamache asintió, pensativo.

—*Oui. C'est ça*. Pero ¿cómo se llega hasta allí?

El inspector jefe escudriñó el rostro de los presentes y se detuvo un instante en el de Beauvoir, que parecía a punto de echarse a llorar.

—La única solución era dejar de beber. Pero como he aprendido estos últimos días, para los alcohólicos, dejar de beber es sólo el primer paso. Necesitan cambiar. Sus percepciones y también su actitud. Y tienen que arreglar los destrozos que han hecho por el camino. «El alcohólico es como un tornado que pasa por la vida de los demás y se lo lleva todo por delante» —citó Gamache—. Lillian había subrayado esa frase del libro de Alcohólicos Anónimos. Sigue así: «Rompe corazones y mata las mejores relaciones.»

Miró a Clara, que parecía afligida.

—Creo que estaba arrepentida de lo que te había hecho a ti y a vuestra amistad. No sólo porque no te apoyó, sino también porque trató de arruinar tu carrera. Era una de las cosas de las que se avergonzaba. Aunque no puedo saberlo con certeza —admitió Gamache, y a Clara le dio la sensación de que allí no había nadie más aparte de ellos dos—, creo que la ficha de principiante que encontrasteis en el jardín era suya. Creo que la trajo consigo y la tenía en la mano para reunir el valor necesario para hablar contigo. Para pedirte disculpas.

Gamache sacó una moneda del bolsillo y la sostuvo en la palma abierta. Era la ficha de principiante de Bob, la que él le había dado en la reunión de Alcohólicos Anónimos. Vaciló un instante y se la ofreció a Clara.

—«¿Quién es, precisamente —susurró Ruth—, a quien en todos estos años no has logrado perdonar?»

La anciana miró hacia el otro extremo del salón, pero Olivier no le prestaba atención. Igual que el resto, tenía la mirada fija en Clara y en Gamache.

Clara tendió la mano, cogió la moneda y cerró el puño.

—Lillian no tuvo la oportunidad de pedir perdón —continuó Gamache—. Cometió un error inexcusable. Tenía tanta prisa por curarse que se saltó algunos pasos del programa de Alcohólicos Anónimos. En lugar de hacerlos poco a poco, con cuidado y en orden, Lillian fue directa al noveno paso. ¿Recordáis la frase exacta? —preguntó a los tres miembros de la organización.

—«Reparamos el daño causado a cuantos nos sea posible» —recitó Suzanne.

—Pero la frase no acaba ahí, ¿verdad? —preguntó Gamache—. Parece que todo el mundo se concentra en las disculpas, pero hay más.

—«Excepto cuando hacerlo implique perjuicio para ellos o para otros» —intervino Brian.

—¿Cómo puedes herir a alguien pidiendo perdón? —preguntó Paulette.

—A veces se abren viejas heridas —explicó Suzanne.

—Mientras intentaba deshacerse de sus demonios —prosiguió Gamache—, sin querer despertó los de otra persona. Algo que llevaba tiempo latente volvió a la vida.

—¿Cree que intentó hacer las paces con alguien que no quería saber nada de ella? —aventuró Thierry.

—Lillian no era un tornado —dijo Gamache—. Un tornado es un fenómeno destructor pero natural, sin voluntad ni intenciones. En cambio, Lillian hería a las personas de forma deliberada, con malicia. Se proponía acabar con ellas. Y en el caso de los artistas no se trata tan sólo de un trabajo o de una carrera profesional: ellos son su obra. Si destruyes eso, destruyes a la persona.

—Es otra forma de asesinarlos —afirmó Brian.

Gamache miró al joven un momento y asintió.

—Eso es, exacto. Lillian Dyson asesinó, o trató de asesinar a muchas personas. No en un plano físico, pero el suyo era un acto igual de cruel, porque estaba robándoles los sueños. Su creación.

—El arma eran las críticas —aportó Normand.

—Eran mucho más que críticas —repuso Gamache—. Las personas creativas saben que las reseñas forman parte de la profesión, incluso las malas. No es agradable, pero es así. Sin embargo, las palabras de Lillian eran corrosivas; estaban pensadas para destrozar a personas muy sensibles. Y lo conseguían. Más de uno abandonó su sueño de convertirse en un artista tras

recibir sentencias y humillaciones como aquéllas.

—Tenía mucho de que disculparse —afirmó Fortin.

Gamache se volvió hacia el galerista.

—Así es. Y empezó pronto. Pero no había comprendido la segunda parte del paso: la posibilidad de hacer aún más daño. O tal vez sí.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Suzanne.

—Creo que algunas de las conversaciones que mantuvo, aunque fuesen precipitadas, eran sinceras. Pero otras, no. Aunque estaba recuperándose, todavía no estaba bien; no estaba curada y no podía evitar recaer en viejos hábitos, disfrazándolos de hechos nobles. Muchos os lo habéis preguntado: ¿cómo puede ser una disculpa un error? Pues a veces lo es. Una de esas disculpas le dio al asesino un motivo. Y otra, la oportunidad.

Los presentes se miraron entre sí. Gamache se percató de que Beauvoir se movía entre las sombras sin hacer ruido y se colocaba delante de la puerta que daba a la cocina: la única vía de escape.

Les faltaba muy poco. Gamache lo sabía. Beauvoir también. Y también otra persona que estaba sentada con ellos, en la penumbra. El asesino debía de estar sintiendo su aliento en la nuca.

Gamache se dirigió a Clara.

—Lillian vino a pedirte perdón. Estoy convencido de que una parte de ella lo hacía con sinceridad, pero otra no. No hacía falta que viniese la noche de tu gran celebración; no era necesario llevar un vestido pensado para llamar la atención. Lillian sabía que ella sería la última persona que tú querrías ver mientras celebrabas un gran éxito.

—Entonces, ¿por qué vino?

—Porque la parte de ella que aún estaba enferma quería hacerte daño. Quería estropear la noche.

Clara apretó el puño alrededor de la moneda y sintió como su dureza se le clavaba en la palma.

—Pero ¿cómo sabía lo de la fiesta? —preguntó Myrna—. Era un evento privado. ¿Y cómo encontró el pueblo? Three Pines no es un destino turístico, que digamos.

—Alguien se lo dijo —respondió Gamache—. Fue el asesino. Le explicó que había una fiesta y cómo llegar hasta aquí.

—¿Por qué? —inquirió Peter.

—Porque quería hacer daño a Lillian. Matarla. Pero también pretendía herir

a Clara.

—¿A mí? —preguntó Clara, atónita—. ¿Quién? ¿Por qué?

Miró a su alrededor tratando de entender quién podía odiarla de aquel modo. Y encontró a quien buscaba.

VEINTINUEVE

De pronto esa persona concentró todas las miradas.

El asesino esbozó una sonrisa tímida. Echó un vistazo rápido a la sala y reparó en Beauvoir, que estaba de pie ante la entrada de la cocina. La única salida. Bloqueada.

—¿Tú? —susurró Clara, su voz apenas audible—. ¿Tú has matado a Lillian?

Denis Fortin se volvió hacia Clara.

—Lillian Dyson se merecía lo que le pasó. Lo que realmente me sorprende es que nadie le retorciere el cuello antes.

Olivier, Gabri y Suzanne se apartaron de él y fueron al otro extremo de la sala. El galerista se levantó y los miró desde el otro lado del abismo.

El único que parecía relajado era Gamache. A diferencia del resto, no había buscado un lugar seguro, sino que había permanecido en su asiento, delante de Fortin.

—Lillian había ido a pedirle perdón, ¿verdad? —inquirió el inspector jefe como si estuviera manteniendo una charla distendida con un invitado nervioso.

Fortin lo miró y al final respondió que sí con la cabeza. Volvió a sentarse.

—Ni siquiera había concertado una cita. Apareció en la galería y confesó que se arrepentía de haber escrito una crítica tan horrible.

Fortin tuvo que hacer una pausa para recobrar la compostura.

—«Lo siento —repitió levantando un dedo por cada palabra—. Cuando reseñé tus obras fui muy cruel.»

Se miró las manos.

—Nueve palabras, y pensó que con eso estábamos en paz. ¿Ha leído el artículo?

Gamache asintió.

—Lo tengo aquí. Pero no voy a leerlo.

Fortin lo miró a los ojos.

—Al menos puedo agradecerle ese detalle. No recuerdo las palabras

exactas, pero sé que fue como si me hubiera pegado una bomba al pecho y después la hubiese detonado. Y aún me dolió más porque durante la exposición ella se había deshecho en halagos. No podría haber sido más amable. Me decía lo mucho que le gustaban las obras y me convenció de que el sábado siguiente *La Presse* iba a publicar una reseña fabulosa. Estuve toda la semana esperando, casi no pegaba ojo. Avisé a toda la familia y a mis amigos.

Fortin calló y trató de tranquilizarse. Las luces parpadearon, y esa vez la oscuridad duró un poco más que la anterior. Peter y Clara sacaron unas velas del aparador y las repartieron por el salón, por si se iba la luz.

Fuera se vio un relámpago, y un rayo se bifurcó detrás de las montañas. La tormenta estaba acercándose a Three Pines.

La lluvia arreciaba contra los cristales.

—Y entonces apareció la crítica. No es que fuese mala: era una catástrofe. Estaba escrita con maldad. Era una burla. Se mofaba de lo que yo había creado. Es posible que mis cuadros no fuesen brillantes, pero yo estaba empezando y hacía lo que podía. Y ella los destrozó. Fue más que humillante. Porque podría haberme recuperado del ataque, pero lo malo es que me convenció de que no tenía talento. Se llevó lo mejor de mí.

Denis Fortin dejó de temblar. Se quedó inmóvil. Tanto que ni siquiera parecía respirar. Estaba paralizado y con la mirada ausente.

Un fogonazo enorme iluminó el parque, y de inmediato se oyó un gran estruendo que sacudió la casa. Todos se sobresaltaron, incluso Gamache. La lluvia caía a mares y aporreaba las ventanas, exigiendo que la dejaran entrar. Fuera el viento feroz se enredaba en los árboles; los retorció y los sacudía de un lado a otro. Con el siguiente relámpago, vieron que la corriente arrancaba las hojas más jóvenes de los arces y los álamos, y las arremolinaba sobre el parque. Todos podían oír los álamos, estremeciéndose.

En el centro del pueblo, se veía los tres grandes pinos, con las copas enroscadas, atrapadas en un torbellino.

Los invitados se miraron con los ojos muy abiertos. Esperaron. Escucharon bien. Esperaban oír algo que se rasgaba, algo que se partía, un derrumbamiento.

—Dejé de pintar —contó Fortin en voz más alta para que se le oyese por encima de la tormenta.

Era el único que parecía no darse cuenta ni prestar atención a lo que ocurría

fuera.

—Pero te abriste camino como galerista —dijo Clara, intentando no hacer caso de lo que ocurría en el exterior—. Tuviste muchísimo éxito.

—Hasta que tú lo arruinaste todo —soltó Fortin.

Tenían la tormenta justo encima. Peter encendió las velas y las lámparas de aceite: las luces titilaban. La electricidad iba y venía.

Sin embargo, Clara estaba paralizada en la silla. No quitaba ojo a Denis Fortin.

—Le dije a todo el mundo que había roto el contrato contigo porque no valías una mierda, y me creyeron. Hasta que el Musée decidió encargarte una exposición individual. Por amor de Dios, una exposición individual. Me dejaron como a un imbécil. Perdí toda la credibilidad. Lo único que tengo es mi reputación, y tú me la has arrebatado.

—¿Por eso mataste a Lillian aquí? —preguntó Clara—. ¿Por eso lo hiciste en nuestro jardín?

—Cuando la gente recuerde tu exposición —le dijo mirándola a la cara—, quiero que les venga a la mente el cadáver que había en el jardín. Quiero que esa imagen te persiga. Que cada vez que pienses en la exposición, veas a Lillian muerta.

Miró con rabia los rostros que se agrupaban formando un semicírculo. Y ellos a él como si fuera algo fétido. Materia fecal.

Las bombillas parpadearon una vez más, y la luz volvió con la intensidad atenuada. Una bajada de tensión. Todos percibían el esfuerzo de la red eléctrica por mantenerse en funcionamiento.

Pero al final, falló la electricidad.

Se quedaron a la luz trémula de las velas.

Nadie dijo nada. Esperaron a ver si sucedía algo más; algo peor. Se oía la furia con la que el viento azotaba los árboles, y la lluvia, el tejado y las ventanas.

Gamache no apartaba la vista de Denis Fortin.

—Si tanto me odiabas, ¿por qué viniste al *vernissage* del Musée? —preguntó Clara.

Fortin se dirigió a Gamache.

—¿Quiere adivinarlo usted?

—Para disculparse —contestó Gamache.

Fortin sonrió.

—Cuando se marchó Lillian y conseguí acallar el aullido que me ofuscaba la mente, empecé a pensar.

—Cómo matar dos veces —aportó Gamache.

—Un *coup de grâce* —añadió Fortin.

—La gracia no tiene nada que ver con este asunto —rebatí Gamache—. Era un plan lleno de odio.

—En ese caso, el odio fue cortesía de Lillian. Ella creó al monstruo. Y cuando éste se volvió contra ella, no debería haberse extrañado. Pero ¿sabe qué? Se sorprendió.

—¿Cómo sabías que ella y yo nos conocíamos? —quiso saber Clara.

—Me lo contó ella. Me explicó lo que estaba haciendo: la ronda de disculpas. Te había buscado en el listín de Montreal, pero no salías. Quería saber si había oído hablar de ti.

—¿Y qué le dijiste?

Entonces él sonrió. Sin prisa.

—Al principio le contesté que no. Pero cuando se marchó, lo estuve pensando. La llamé y le hablé sobre tu exposición. Prácticamente me sentí compensado sólo con su reacción ante esa noticia. No se puede decir precisamente que se alegrase. —La vileza de su sonrisa se contagió a su mirada—. Los círculos artísticos de Quebec son muy pequeños y me había enterado de que después había una fiesta en el pueblo. Como era de esperar, yo no estaba invitado. Se lo conté a Lillian y le sugerí que sería buen momento para hablar contigo. Tardó unos días, pero volvió a llamarme. Quería que le diese la dirección.

—Pero tenía un problema —continuó el inspector jefe—. Usted ya había estado en Three Pines, así que no le costó dar indicaciones a Lillian. Además, sabía que a ella no le importaría presentarse aquí sin invitación. Pero usted también tenía que asistir, y para eso necesitaba un motivo legítimo. Aunque aún no se hubiese reconciliado con Clara.

—Sí, es cierto. Pero Lillian me había dado una idea. —Fortin miró a Clara—. Sabía que si te ofrecía una disculpa, la aceptarías. Por eso nunca te irá bien en el mundo del arte. No tienes agallas. Eres débil. Sabía que si te pedía una invitación, si te suplicaba que me dejases ir a la fiesta, me lo concederías. Pero no hizo falta: tú misma me lo pediste. —Fortin negó con la cabeza—. En serio, no lo entiendo: te traté como a una mierda y tú no sólo me perdonas, sino que me invitas a tu casa. Deberías tener más cabeza, Clara. Si no te andas

con cuidado, la gente se aprovechará de ti.

Ella lo miró con desprecio, pero guardó silencio.

El estruendo ensordecedor de otro trueno hizo temblar la casa mientras la tormenta empeoraba, encerrada en el valle.

En el salón se respiraba un aire íntimo. Antiguo. Como si se hubiera desvelado un pecado ancestral. La luz de las velas titilaba e iluminaba caras y muebles. Los convertía en algo grotesco que se proyectaba sobre las paredes, como si detrás de ellos hubiera otra hilera de oyentes oscuros.

—¿Cómo ha sabido que fui yo quien mató a Lillian? —preguntó Fortin a Gamache.

—Al final ha sido sencillo —respondió el inspector jefe—. Tenía que tratarse de alguien que ya conociese el pueblo. Que supiera no sólo cómo encontrar Three Pines, sino en qué casa vivía Clara. Que Lillian apareciese muerta en ese jardín parecía demasiada coincidencia; no podía ser casualidad. Aquello debía de estar planeado. Y si así era, ¿cuál era el motivo? Matar a Lillian en el jardín afectaba a dos personas. Ni que decir tiene que la primera era Lillian, pero también perjudicaba a Clara. Y la fiesta proporcionaba todo un pueblo lleno de sospechosos. Otras personas que conocían a Lillian. Algunos de ellos quizá la quisieran ver muerta. Eso explicaba la elección del momento. El asesino tenía que ser alguien que perteneciese a la comunidad artística; alguien que conociera a Clara, a Lillian y el pueblo de Three Pines.

El inspector jefe miró a Fortin y vio que le brillaban los ojos.

—Usted.

—Si espera que me arrepienta, no va a ser así. Era una hija de puta odiosa y vengativa.

Gamache asintió con la cabeza.

—Lo sé. Pero estaba intentando ser mejor persona. Tal vez no lo expresase como usted quería, pero creo que sí lamentaba lo que había hecho.

—Me gustaría verlo a usted, pedazo de cabrón engreído, tratando de perdonar a alguien que le ha arruinado la vida. Entonces, si quiere, venga y deme lecciones sobre el perdón.

—Si éstos son los requisitos, ahí va la lección.

Todos se volvieron hacia un rincón oscuro donde a duras penas se adivinaba un perfil. El de una mujer estafalaria y mal conjuntada.

—«Es una generadora nata —susurró Suzanne y, pese al barullo de fuera, todos la oyeron—. Produce arte como si se tratara de una función fisiológica.»

Yo conseguí perdonar eso. ¿Sabe por qué?

Nadie respondió.

—Que Dios me perdone, pero no fue por Lillian, sino por mí. Me había aferrado a ese dolor; lo había acunado, alimentado y hecho crecer. Hasta el punto de que el dolor me había consumido por completo. Al final encontré algo más importante para mí que ese dolor.

Parecía que la tormenta había abandonado el valle y, poco a poco, se arrastraba hacia otro destino.

—Un lugar tranquilo —dijo el inspector jefe Gamache— al sol.

Suzanne sonrió y respondió que sí con la cabeza.

—Paz.

TREINTA

La mañana siguiente amaneció nublada pero renovada, y la lluvia y la humedad del día anterior habían desaparecido. A medida que pasaban las horas, las nubes fueron dispersándose.

—Claroscuro —dijo Thierry Pineault, que acababa de alcanzar a Gamache durante su paseo matinal.

Esparcidas por todo el parque y por los jardines había hojas y ramas pequeñas, pero la tormenta no había derribado ningún árbol.

—*Pardon?*

—El cielo.

Pineault señaló hacia arriba.

—Un contraste de luz y oscuridad.

Gamache sonrió.

Pasearon juntos en silencio y, mientras caminaban, vieron a Ruth salir de casa, cerrar la verja y renquear por el caminito desgastado que había hecho hasta el banco. Pasó la mano por la madera mojada y se sentó con la mirada perdida en la distancia.

—Pobre Ruth —comentó Pineault—. Todo el día sentada en el parque, dando de comer a los pájaros.

—Pobres pájaros —repuso Gamache, y Pineault se echó a reír.

Vieron salir a Brian del bed & breakfast. Saludó al juez con la mano, a Gamache con un gesto de la barbilla y cruzó el césped para sentarse junto a la anciana.

—¿Qué hace Brian, le gusta vivir al límite? —preguntó Gamache—. ¿O es que tiene debilidad por las cosas frágiles?

—Ninguna de las dos. Le atraen las cosas que están curándose.

—Encajaría bien aquí —repuso el inspector jefe mientras miraba alrededor del pueblo.

—Le gusta este sitio, ¿verdad? —preguntó Thierry sin apartar la vista de él.

—Sí.

Se detuvieron y contemplaron a Brian y a Ruth, sentados uno al lado del otro, absorto cada cual en su mundo.

—Debe de sentirse muy orgulloso de él —apreció Gamache—. Es increíble que un chaval con ese historial consiga dejar la bebida y las drogas.

—Sí, me alegro por él —admitió Thierry—. Pero no estoy orgulloso. Eso no me toca a mí.

—Creo que está siendo modesto, señor. Imagino que no todos los padrinos tienen tanto éxito.

—¿Padrino? —se extrañó Thierry—. Yo no soy su padrino.

—Entonces, ¿qué es? —preguntó Gamache, tratando de no mostrar sorpresa.

Miró al juez y después al joven de los *piercings* que estaba sentado en el banco.

—Soy su ahijado. Él es mi padrino.

—¿Disculpe? —dijo Gamache.

—Brian es mi padrino. Lleva ocho años sin beber, y yo sólo dos.

El inspector jefe miró al elegante Thierry Pineault, el señor de los pantalones de franela gris y el jersey fino de cachemira, y después al joven de la cabeza rapada.

—Sé lo que está pensando, inspector jefe, y tiene razón: Brian me tolera muchas cosas. Cuando aparece en público conmigo, sus amigos le dan mucho la lata; por los trajes, las corbatas y todo eso. Es vergonzoso para él.

Thierry sonrió.

—Eso no era lo que estaba pensando, pero es algo parecido —comentó Gamache.

—¿De verdad creía que yo era su padrino?

—Bueno, lo que no se me había ocurrido era que fuese al revés —confesó el inspector jefe—. ¿No había...?

—¿Nadie más? —preguntó Thierry P.—. Sí, había mucha gente, pero tengo motivos para haberlo escogido a él. Y estoy muy agradecido de que accediese. Me ha salvado la vida.

—En ese caso, yo también le debo mi agradecimiento. Y a usted, una disculpa.

—¿Intenta hacer las paces conmigo, inspector jefe? —preguntó Thierry con una sonrisa de oreja a oreja.

—Sí.

—Acepto.

Continuaron el paseo. La situación era peor de lo que Gamache se temía. Había estado pensando en quién podría ser el padrino del juez; era evidente que tenía que ser alguien de Alcohólicos Anónimos, otro antiguo bebedor que tuviese una influencia muy grande sobre un hombre que a su vez era muy influyente. Pero no se le había pasado por la cabeza que Thierry Pineault pudiera haber escogido a un cabeza rapada como padrino.

Debía de estar borracho.

—Soy consciente de que estoy metiéndome donde no me llaman, pero...

—Pues no lo haga, inspector jefe.

—Pero ésta no es una situación común. Usted es un hombre importante.

—¿Y Brian no?

—Claro que lo es. Pero también es un delincuente que ha cumplido condena. Un joven en cuyo historial figura el abuso de drogas y alcohol, y que mató a una niña conduciendo borracho.

—¿Qué sabe de ese caso?

—Sé que lo admite. He escuchado lo que él tenía que decir sobre el asunto. Y también sé que fue a la cárcel por ello.

Caminaron en silencio alrededor del parque. La lluvia del día anterior se estaba convirtiendo en una neblina suave a medida que la mañana se calentaba. Muy pocos se habían levantado. Solo la niebla, y los dos caballeros, dando vueltas alrededor de los tres pinos altos. Y Ruth y Brian, sentados en el banco.

—La niña que mató era mi nieta.

Gamache se detuvo en seco.

—¿Su nieta?

Thierry también paró y asintió.

—Aimée. Tenía cuatro años. Ahora tendría doce, si no hubiese sucedido. Brian pasó cinco años en la cárcel, y el día que salió, vino a casa. Nos pidió perdón. Ni que decir tiene que no aceptamos sus disculpas. Le dijimos que se marchase. Pero siguió viniendo. Cortaba el césped en casa de mi hija, le lavaba el coche. Debo admitir que en aquella época muchas de las tareas del hogar quedaban sin hacer. Yo bebía mucho y no ayudaba casi nada. Pero Brian empezó a ocuparse de todo eso. Aparecía una vez a la semana y realizaba las tareas, cosas para ella y para nosotros. Y nunca nos decía nada. Hacía el trabajo y se marchaba.

Thierry reanudó el paso, y Gamache lo siguió.

—Un día, al cabo de un año más o menos, empezó a hablarme de su problema con el alcohol. De por qué bebía y cómo se sentía. Era tal como yo me sentía, pero como puede imaginar, no lo admití. No quería admitir que tenía algo en común con aquella criatura horrible. Pero Brian lo sabía. Un día me propuso dar una vuelta en coche. Y me llevó a mi primera reunión de Alcohólicos Anónimos.

Habían llegado de nuevo a la altura del banco.

—Me salvó la vida. Yo no hubiera dudado en cambiarla por la de Aimée y sé que él haría lo mismo. Cuando yo ya llevaba sobrio unos meses, vino de nuevo y me pidió perdón.

Thierry se detuvo en mitad de la carretera.

—Y esta vez acepté sus disculpas.

—Clara, no, por favor.

Peter estaba en la habitación, vestido tan sólo con el pantalón del pijama.

Clara lo miraba. Aquel cuerpo tan hermoso no tenía ningún rincón que ella no hubiera tocado. Acariciado. Amado.

Ni un solo rincón que aún amara. El problema no era su cuerpo. Y tampoco su mente. Era su corazón.

—Tienes que irte —dijo ella.

—Pero ¿por qué? Estoy esforzándome, de verdad.

—Lo sé, Peter. Pero necesitamos estar separados un tiempo. Los dos tenemos que averiguar qué es importante para nosotros. Sé que a mí me hace falta. Quizá así aprendamos a apreciar lo que tenemos.

—Pero yo ya lo aprecio —alegó Peter.

Miró a su alrededor, asustado. La idea de marcharse lo aterraba. Dejar esa habitación, su casa. A sus amigos. El pueblo. A Clara.

Subir la carretera y pasar la cima de la colina. Dejar Three Pines atrás.

¿Adónde iba a ir? ¿Qué mejor sitio que aquél?

«¡Pero no! ¡No y no!», se lamentó.

Sin embargo, sabía que si Clara quería que se marchara, tenía que hacerlo. No le quedaba más remedio.

—Sólo un año —propuso Clara.

—¿Me lo prometes? —preguntó él con los ojos brillantes, mirándola.

No se atrevía a parpadear, por si ella apartaba la vista.

—El año que viene, exactamente en esta fecha —prometió Clara.

—Volveré a casa —dijo Peter.

—Y yo estaré esperándote. Haremos una barbacoa, los dos solos. Entrecot. Y espárragos verdes. Y *baguettes* de la panadería de Sarah.

—Traeré una botella de vino. Pero no invitaremos a Ruth.

—No invitaremos a nadie —concedió Clara.

—Sólo nosotros dos.

—Nosotros dos.

Peter Morrow se vistió y preparó una única maleta.

Desde la ventana de su habitación, Jean-Guy Beauvoir veía al inspector jefe caminando despacio hacia el coche. Sabía que debía apresurarse y no hacerlo esperar, pero antes de salir debía hacer una cosa.

Algo de lo que por fin era capaz.

Después de levantarse, tomar una pastilla y desayunar, Jean-Guy Beauvoir se había dado cuenta de que aquél era el día.

Peter metió la maleta en el coche. Clara estaba a su lado.

Sentía que se tambaleaba en el borde del abismo de la verdad, a punto de precipitarse abajo.

—Clara, tengo que decirte algo.

—¿No crees que ya nos hemos dicho bastante? —preguntó ella, exhausta.

No había pegado ojo en toda la noche. La electricidad había vuelto a las dos y media, y a esa hora aún estaba despierta. Después de apagar las luces e ir al baño, se había metido de nuevo en la cama.

Había observado a Peter mientras dormía. Había visto cómo respiraba con la mejilla aplastada contra la almohada. Las largas hileras de pestañas juntas. Las manos relajadas.

Había mirado ese rostro, ese cuerpo maravilloso que incluso a los cincuenta era hermoso.

Sin embargo, había llegado el momento de separarse de él.

—No, tengo que decirte una cosa.

Ella lo miró y esperó.

—Siento mucho que Lillian escribiera esa crítica horrible cuando estábamos estudiando.

—¿A qué viene esto ahora? —preguntó Clara, desconcertada.

—Es que yo estaba cerca de ella mientras miraban uno de los cuadros y creo que...

—¿Sí? —preguntó Clara con cautela.

—Debería haberle explicado lo excelente que me parecía. Le dije que tus obras me encantaban, pero creo que debería haber sido más contundente.

Clara sonrió.

—Ya sabes cómo era Lillian. No hubiera cambiado de opinión. No te preocupes.

Le cogió las manos, se las frotó con cuidado y después lo besó en los labios.

Y salió. Hacia la verja de la casa de ambos, recorriendo el camino de ambos, que conducía a la puerta que ella debía cruzar.

Justo antes de que la cerrase, Peter se acordó de algo más.

—«Resurgimiento —gritó—. La esperanza se asienta entre los maestros modernos.»

Miró la puerta cerrada, seguro de que lo había dicho a tiempo. Convencido de que ella lo había oído.

—Me he aprendido las críticas de memoria, Clara. Todas las buenas. Las tengo todas en la cabeza.

Clara estaba dentro de casa, apoyada en la puerta.

Con los ojos cerrados, rebuscó en los bolsillos y sacó la moneda. La ficha de principiante.

La apretó con tal fuerza que la inscripción se le quedó marcada en la palma.

Jean-Guy cogió el teléfono y empezó a marcar. Dos números, tres, cuatro. Más de lo que había conseguido otras veces antes de colgar. Seis, siete números.

Le sudaban las manos. Se estaba mareando.

Por la ventana, vio que el inspector jefe metía el equipaje en el maletero del coche.

El inspector jefe Gamache cerró el portón trasero y se dio la vuelta para mirar a Ruth y a Brian.

En ese momento, otra persona entró en su ángulo de visión.

Olivier caminaba muy despacio, como si estuviera aproximándose a una

mina terrestre. Se paró un instante, pero continuó y no volvió a detenerse hasta alcanzar el banco donde estaba Ruth.

Ella no se movió; siguió mirando el cielo.

—Se va a quedar ahí para siempre —comentó Peter, que acababa de llegar a donde se encontraba Gamache—. Esperando algo que no va a ocurrir.

El inspector jefe se volvió hacia él.

—¿Crees que *Rosa* no volverá?

—Exacto. Y tú también lo crees. Dar falsas esperanzas es muy cruel.

Peter hablaba con dureza.

—Supongo que hoy no esperas ningún milagro —afirmó Gamache.

—¿Tú sí?

—Siempre. Y el día nunca me decepciona. Estoy a punto de irme a casa y ver a la mujer a la que amo, que resulta que también me quiere a mí. Tengo fe en mi trabajo y lo llevo a cabo rodeado de personas a las que admiro. Todas las mañanas, cuando pongo los pies en el suelo, me siento como si caminase sobre el agua.

Gamache miró a Peter a los ojos.

—Tal como decía Brian anoche, a veces los que están a punto de ahogarse se salvan.

Mientras observaban, Olivier se sentó en el banco y se puso a mirar el cielo con Brian y con Ruth. Entonces se quitó el cárdigan azul y con él le tapó los hombros a la anciana poeta. Ella no se movió. Sin embargo, al cabo de un momento, habló.

—Gracias —dijo—, idiota.

Once números.

El teléfono sonaba. Jean-Guy estuvo a punto de colgar. Le latía el corazón con tanta fuerza que estaba seguro de que si alguien contestaba, no sería capaz de oír nada. En cualquier caso, ya se habría desmayado.

—*Oui, allô?* —respondió una voz alegre.

—Hola —consiguió pronunciar—. ¿Annie?

Armand Gamache observó a Peter Morrow alejarse con parsimonia por la *rue du Moulin* y salir de Three Pines.

Se volvió hacia el pueblo y vio que Ruth se levantaba del banco. Miraba

hacia el horizonte. Y de pronto lo oyó. Un graznido distante. Un graznido conocido.

Ruth oteó el cielo, sujetándose el cárdigan azul al cuello con una mano huesuda y surcada de venas.

El sol se abrió paso a través de un claro entre dos nubes. La vieja y rencorosa poeta volvió el rostro hacia el sonido y hacia la luz. Se esforzaba por distinguir algo en la distancia, algo que no estaba del todo allí, algo que no era del todo visible.

Y en sus ojos cansados apareció un punto minúsculo. Un destello, una centella.

AGRADECIMIENTOS

Mientras escribía *El juego de la luz*, tenía a muchas personas susurrándome al oído. Algunas siguen en mi vida, y otras ya no, pero las recordaré siempre.

No quiero extenderme demasiado, así que sólo diré que estoy profundamente agradecida por haber tenido la oportunidad de escribir esta novela. Pero mucho más que eso, estoy profundamente agradecida, después de haberme resistido durante muchos años, ya que ahora estoy totalmente convencida de que a veces los hombres y las mujeres que están ahogándose pueden salvarse. Y cuando la muerte los escupe, pueden encontrar cierta paz en un pueblo pequeño. Al sol.

Quiero dar las gracias a Michael, mi marido, compañero y alma gemela. Por creer también en esas cosas. Y en mí, igual que yo creo en él.

Gracias a Hope Dellon, mi espléndida editora de Minotaur Books, cuyo nombre le va a la perfección. Sus excelentes dotes como editora sólo las superan sus cualidades como persona. Gracias a Dan Mallory, mi deslumbrante editor de Little, Brown, que tiene reactores en los talones y me ha llevado en un viaje emocionante y vertiginoso con una de las estrellas del mundo editorial. Lo tengo bien agarrado y no pienso soltarlo.

Gracias a Teresa Chris, mi maravillosa agente, que ha saltado el muro y se ha convertido en mi amiga. Por guiarme con este libro y en mi carrera con mano firme y amable.

Una de las cosas que me sorprenden de la profesión de escritora es la montaña de detalles que hay que tener en cuenta: permisos, circulares, contabilidad, suministros y tenerlo todo organizado para que las cosas importantes, como las fechas de una gira, no se me olviden. Todo eso se me da francamente mal, pero por suerte tengo a Lise Desrosiers, que además de fabulosa tiene de disciplinada y organizada lo que yo de perezosa. Al ocuparse de todos esos aspectos de mi vida, Lise me da tiempo para escribir. Juntas formamos un equipo fantástico, y quiero agradecerse mucho, no sólo por lo duro que trabaja, sino porque nunca le fallan el buen humor ni el

optimismo.

Espero que hayáis disfrutado de *El juego de la luz*. He tardado varias vidas en escribirla.

El juego de la luz

Louise Penny

ISBN edición en papel: 978-84-16237-18-0

ISBN libro electrónico: 978-84-15631-70-5

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero 2017

Reservados todos los derechos sobre la/s obra/s protegida/s. Quedan rigurosamente prohibidos, sin la autorización de derechos otorgada por los titulares de forma previa, expresa y por escrito y/o a través de los métodos de control de acceso a la/s obra/s, los actos de reproducción total o parcial de la/s obra/s en cualquier medio o soporte, su distribución, comunicación pública y/o transformación, bajo las sanciones civiles y/o penales establecidas en la legislación aplicable y las indemnizaciones por daños y perjuicios que correspondan. Asimismo, queda rigurosamente prohibido convertir la aplicación a cualquier formato diferente al actual, descompilar, usar ingeniería inversa, desmontar o modificarla en cualquier forma así como alterar, suprimir o neutralizar cualquier dispositivo técnico utilizado para proteger dicha aplicación.

Título original: *A Trick of the Light*

Traducción del inglés: Maia Figueroa

Ilustración de la cubierta: Sandra Cunningham / Trevillion Images

Copyright © Three Pines Creations, Inc, 2011

Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2017

Excerpt from "Up" from Morning in the Burned House by Margaret Atwood.

Copyright © 1995. Published by McClelland & Stewart in Canada, and Houghton Mifflin Harcourt Publishing Company in the US. Used with permission of the author and her publishers (in their respective territories) and the author's agent, Curtis Brown Group Ltd, London, acting on behalf of Margaret Atwood. All rights reserved.

Excerpts from chapter 9 of the book Alcoholic Anonymous, copyright 1939, is used by kind permission of AA World Services.

"Not Waving But Drowning" by Stevie Smith is used by permission of the Estate of James MacGibbon.

La traducción de esta obra ha recibido la ayuda del Canada Council for the Arts.

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.

Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

www.salamandra.info